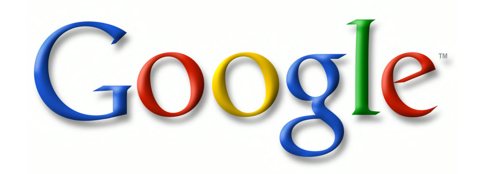
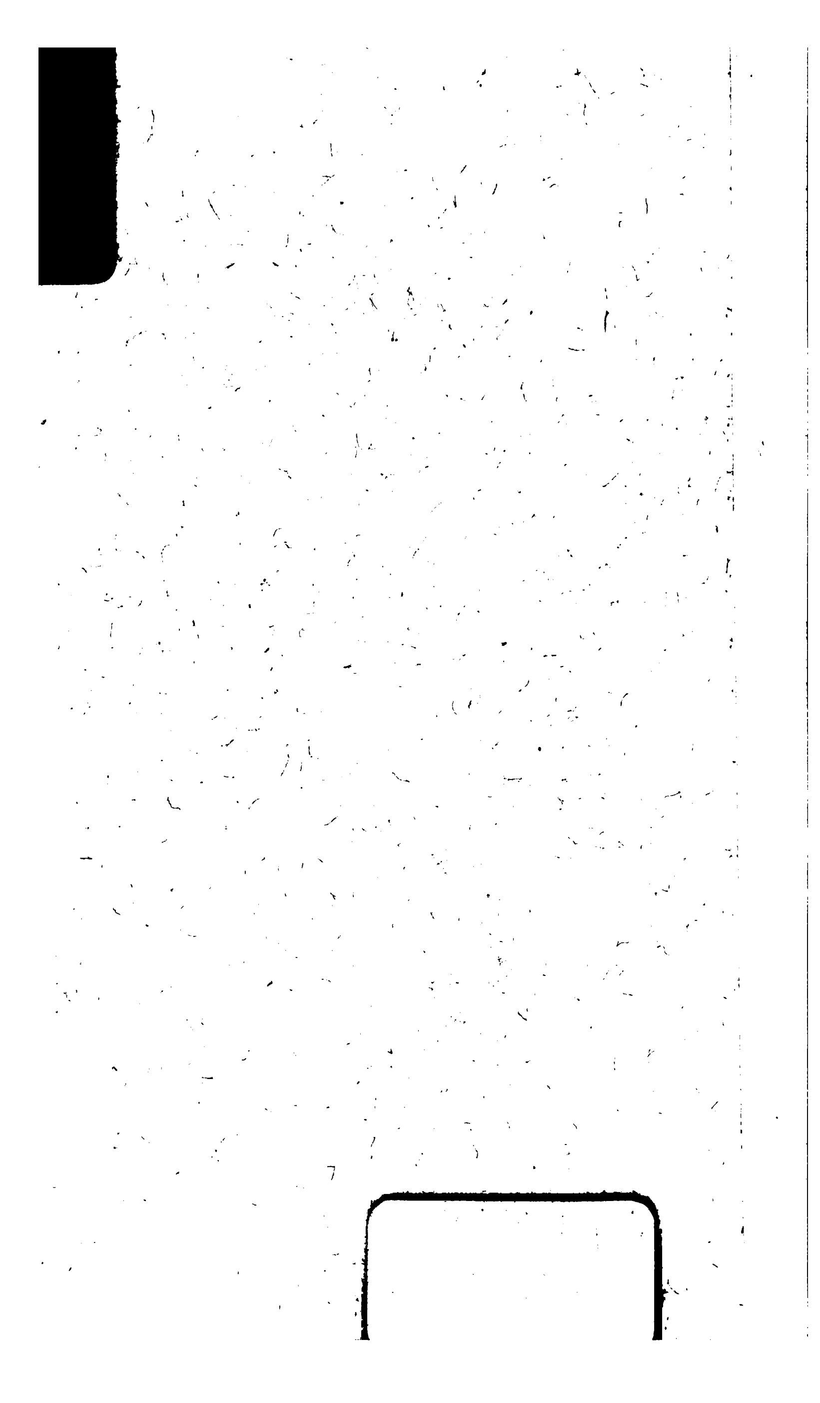






COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XXII.

Amorican South-American Lib. poetry

POESIAS

DE LA

AMERICA MERIDIONAL.

COLECCIONADAS

POR

ANITA J. DE WITTSTEIN.

CON NOTICIAS BIOGRAFICAS DE LOS AUTORES.



LEIPZIG:

F. A. BROCKHAUS.

1867.

A LA SEÑORITA DOÑA FANNY FULLER

DEDICA ESTE LIBRO

SU MUY AFECTISIMA AMIGA

ANITA J. DE WITTSTEIN.

CARACAS, 20 de Julio de 1866.

INDICE.

I. RELIGION.

II. NATURALEZA.

III. JUVENTUD, AMOR Y AMISTAD.

IV. DOLOR, DESVENTURA Y MUERTE.

V. ROMANCES.
ROMANCES HISTORICOS.

VI. POESIA JOCOSA.

VII. HOMENAJES Y CANTOS PATRIOTICOS.

I.

RELIGION.

JEHOVAH.

Eterno ser que el universo animas
Con tu aliento fecundo y soberano,
Que con un leve signo de tu mano
A cada mundo asignas un lugar;
Yo me postro ante tí: los resplandores
Que esparces por do quier, sumiso adoro,
Y de tu inmenso y estrellado coro
El concierto sublime y singular.

No es en libros santos del profeta
Donde tu nombre entero se contiene.
¡Pobre idioma del hombre que no tiene
Para nombrarte acento ni expresion!
Escritos ellos en la lengua escasa
Que imaginó para entenderse el hombre,
Busca en vano su voz, un signo, un nombre,
Digno del ser que llena la extension.

No es bajo de la cúpula sonora,
Pobremente orgullosa, de algun templo,
Que yo tu gloria y tu poder contemplo
Y te descubro en tu esplendor brillar;
Ni en el estrecho altar que te levanta
El mísero mortal, es que te admiro;
Sino en los soles fúlgidos que miro
En la celeste bóveda girar.

Solo en el hondo abismo del espacio,
En ese eterno libro de los cielos,
Entre el misterio de sus densos velos,
Tu nombre augusto dejas entrever.

Te dejas entrever, porque tú sabes
Que si el pobre mortal tu nombre oyera,
A su estruendo gigante se rompiera
El hilo frágil de su débil ser.

Tú levantas tu sol y tus planetas
Entre la tierra y tu inmortal morada
Y le ocultas al hombre tu mirada
que ilumina y fecunda la extension;
Porque si tu presencia soberana,
Si un rayo de tus ojos la alcanzara,
Ciego con tu esplendor, la muerte hallara
En la súbita luz de tu vision.

Por eso adoro resignado y mudo
De tu poder los signos esplendentes,
Tus soles mil, que arrojan á torrentes,
Vigor, vida, calor y claridad.
Y me anonado mas, cuando comparo
La duracion del hombre miserable,
El sueño falso de su vida instable
Con tu imperecedera eternidad.

¿De qué me sirve á mí, ser de un instante,
La antorcha celestial del pensamiento,
Si al impulso fugaz del manso viento,
Débil, precaria, extingue su fulgor?
¿De qué sirven las vívidas pasiones,
Los raptos delirantes del poeta,
El blando amor que el corazon inquieta,
De un pecho jóven adorable error?

Todo cuanto es del hombre, en los abismos
Del tiempo se consume y aniquila:
Solo la vasta esfera que rutila,
Eterna durará como su Dios;
Porque esos vastos globos inflamados,
Esos mundos que surcan el espacio,
Faros son de su espléndido palacio
Que salieron del cáos á su voz.

Por eso me confunde y anonada
El débil sueño de mi frágil vida,
Por eso adoro esa vision lucida
Con que ciñes, Jehovah, tu augusta sien.
Por eso es que mi amor á tus portentos
El terrenal disgusto no acibara,

Y si mi vida instable no acabara,
Eterno fuera como yo tambien.

Mas yo debo morir. Mi polvo entónces
No podrá contemplar tus maravillas,
Ni el mar de luz con que en el éter brillas,
Ni el trueno tempestuoso que es tu voz.
Yo debo perecer! ¡Ay del que viva
Sin admirar tus bellas creaciones!
Y lanzado en el mar de las pasiones
No levante las ojos á su Dios.

Yo me postro ante tí, porque tu vista
Sobre este mundo de tinieblas vela:
Nos das una creencia que consuela,
Llena toda de amor y caridad.
Nos das la fe contra la duda impía,
Al que sufre por tí, das la confianza;
Junto á un penoso fin la eternidad.

Viste al hombre disperso, infortunado,
Las heces apurar de la agonía;
Lloró infeliz, le distes á María
Que enjugara su llanto y su afliccion.
Perdió su gracia, y delincuente y torpe,
Fué condenado á un padecer prolijo:
Tuviste compasion, le diste al Hijo
Prenda de paz, de olvido y de perdon.

Sí: yo pienso que el soplo de la vida
Al desprenderse de la tierra madre,
Volverá al seno celestial del Padre,
Fuente de accion, de movimiento y luz.
Y el alma desde allí, pura, radiante,
Al brillo de la luna fugitiva,
Una mirada lanzará furtiva
Sobre su tumba humilde, y tosca cruz.

José A. Maitin.

LA RELIGION.

Sobrado tiempo con dorada lira
Canté de juventud las ilusiones,
Y en ligeras y fútiles canciones
Los afectos vertí que amor inspira.
Hoy, santa religion quiero cantarte,
Y con piadoso anhelo
Mostrar tu gloria, refulgente al suelo.

Musa de la verdad, que en ígneo trono
Con tu solemne inspiracion solias
Animar el acento de Isaías,
O del profeta rey el noble tono,
Oye mi voz humilde que te implora,
Mi tibio pecho inspira,
Y haz fulminar las cuerdas de mi lira.

Cuando con tanta estrella desparcida
Brilla sin nubes el nocturno cielo,
Quisiera, suspirando, alzar el vuelo,
Y á su perenne luz juntar mi vida.
Este secreto instinto me rebela
En soledad y calma
Que no es la tierra el centro de mi alma.

Entre nube de luz serena y pura
Vela el criador su ceño majestuoso,
Y circundan su rostro misterioso
La eternidad pasada y la futura.
Compadece del hombre la miseria,
Y su acento profundo
Por la revelacion instruye al mundo.

Augusta religion! De luz cercada
Bajas al mundo, que el error oprime,
Mostrando el cielo en ademan sublime,
Y con la santa cruz tu diestra armada.
Cubre tus ojos venda misteriosa,
Y majestuosamente
Brilla la eternidad sobre tu frente.

Tu trono es el empíreo. De su altura
Tú nos anuncias el primer pecado,
Al hombre por su mal degenerado,
Y la inefable redencion futura.

Viene al mundo Jesus, de los humanos
(¡Venturoso destino!)
Reparador y redentor divino.

Su pura, simple y celestial doctrina
La feroz impiedad tachar no puede:
La voz de los profetas le precede,
Y el universo atónito se inclina.
Enfrénase á su voz el mar airado,
Y á su mandato fuerte
Su presa con pavor suelta la muerte.

Del justo Dios para templar la ira,
Y de su inmenso amor víctima santa,
Entre tormentos, cuyo horror espanta,
Pálido el Hombre-Dios gime y espira.
Núblase el sol, y yerta se estremece
La tierra oscurecida,
En sus eternos ejes conmovida.

Por su propia virtud resucitado
Triunfa Jesus, y con glorioso vuelo,
Sube despues al esplendente cielo
Vencedor de la muerte y del pecado.
Milagros inefables! Confundido
¡Oh Cristo! yo te adoro,
Te confeso mi Dios, gimo, y te imploro.

Mas la persecucion fiera fulmina
Del infierno frenético lanzada,
Y con su pura sangre derramada
Sellan mártires mil su fe divina.
Triunfas, ¡oh religion! y al vasto mundo
Sojuzgas con presteza,
Nacida en la ignorancia y la pobreza.

El mísero mortal entre dolores
Al borde tiembla del sepulcro helado,
Que á la luz de su antorcha contemplado
La mitad perdera de sus horrores.
Y la escena del mundo ve cerrada
Por la muerte severa,
Y tenebrosa eternidad espera.

Tu influjo bienhechor allí le alcanza:
Al terminar su vida borrascosa,
Enciendes en la tumba misteriosa

Luz de inmortalidad y de esperanza;
Y su afligido corazon llenando
De inefable consuelo,
Le haces entrar por el sepulcro al cielo.

Yo vi mil veces al tirano impío
De hierro asolador el brazo armado
Teñirlo en sangre, y de terror cercado
En crímenes fundar su poderío;
Y despreciando audaz á tierra y cielo
Con sonrisa ominosa
Vile insultar la humanidad llorosa.

Hollando altivo á la virtud, gobierna
La tierra alguna vez el crímen fiero;
Mas es breve su imperio y pasajero:
La justicia de Dios vigila eterna.
De la virtud y la maldad existe
Un inmortal testigo.
Hay otra vida y Dios, premio y castigo.

Dogma sublime! Celestial consuelo,
Que al hombre justo en el dolor sustenta!
Al sucumbir á la opresion sangrienta,
Eterno galardon busca en el cielo.
Fija la vista en él, y abroquelado
Con Dios y su conciencia,
Opone al crímen firme resistencia.

Triunfas, ¡oh religion! De tu victoria
Irritados los genios infernales,
Preparan las serpientes y puñales
Para manchar tu refulgente gloria.
Núblase el aire ya, retiembla el suelo,
Y del orco agitado
Lánzase al mundo el Fanatismo armado.

Cubre su horror con tu brillante velo;
Brama, blande el puñal con faz umbría,
Y el humo negro de la hoguera impía
La pura luz oscureció del cielo.
Víctima suya, el hombre, te maldice,
Y con grito blasfemo
Feroz insulta al Hacedor Supremo.

Bárbara Inquisicion! Cueva de horrores!
Descubre al universo tus arcanos,

Y de tus sacerdotes inhumanos
Los crímenes revela, y los furores.
¡Cuántas víctimas! ay! atormentadas
En tu infernal abismo,
Apelaban á Dios del Fanatismo!

¡Divina religion! Tú que veias
Al insolente monstruo dominando,
Y en tu nombre á la tierra devorando,
En el seno de Dios tierna gemias.
El te escuchó. Retumbará la esfera
Con su decreto eterno
Y el Fanatismo volverá al infierno.

Cobrarás la pureza de tu cuna,
Como despues del huracan violento,
En el atormentado firmamento
Con mas cándida faz brilla la luna;
Y el mundo te verá desengañado
Dictar con dulce tono
Leyes de paz y amor desde tu trono.

Y libre al fin del duro cautiverio
Del odio y la fanática venganza,
Se abrirá el corazon á la esperanza,
Y adorará tu celestial imperio,
Que ha de sobrevivir cuando se aduerma
El tiempo fatigado
En escombros del mundo aniquilado.

José Maria Heredia.

SALMO XXIII.

Domini est terra.

David en este salmo describe el carácter de los predestinados, y celebra la entrada triunfante del Arca del Señor en el Tabernáculo, que figuraba la gloriosa Ascension de nuestro Señor Jesucristo á los cielos.

Del Señor es la tierra,
Y todo lo que en ella se contiene;
Su vasta redondez, cuanto ella encierra;
Y todos los vivientes que en sí tiene.

Porque la crió de nada;
Sobre mares y rios le dió asiento,

Para que de aguas sin cesar bañada
Diese á sus moradores alimento.

¿Y quién al monte santo
Del Señor subirá para alabarle?
¿Quién en el valle de miseria y llanto
Podrá ante su Santuario contemplarle?

Aquel que es inocente
En sus obras y afectos: cuya vida
Dedicada á servirle santamente,
No le fué sin provecho concedida:

Que nunca falso jura,
Ni á su prójimo engaña con malicia,
Y sus palabras conformar procura
A la eterna verdad y la justicia.

Al que en esto es constante,
Bendicirá el Señor; será regido
Por Dios su Salvador, y en todo instante
Por su misericordia protegido.

Así al justo consuela,
Que le busca por fe en las criaturas,
Y cuyo amante corazon anhela
Ver al Dios de Jacob en las alturas.

¡Príncipes celestiales!
Abrid las puertas y entonad victoria:
Levantáos, ¡o puertas eternales!
Pues viene el Rey á entrar en su alta gloria.

¿Quién es, decís pasmados,
Este rey de la gloria? santo y fuerte
Señor, que combatiendo, derribados
Ha dejado al infierno y á la muerte.

De vuestra corte el velo
¡O príncipes, alzad! sagradas puertas,
Abríos, para que entre el Rey del cielo,
Por cuyo triunfo quedaréis abierta.

¿Quién es el Rey laudable
Que entra triunfante en la celeste esfera?
El Dios en las batallas formidable;
El Rey que en todo el universo impera.

DR. D. JOSÉ MANUEL VALDES.

A LA VIRGEN.

PLEGARIA.

Vos entre mil escogida
De luceros coronada,
Vos de escollos preservada
En los mares de la vida:
Vos radiante de hermosura,
¡Vírgen pura!
De toda virtud modelo,
Flor trasplantada del suelo
Para brillar en la altura.

Vos la sola sin mancilla
De Adan en la prole insana,
A cuya voz soberana
Dobla el ángel la rodilla:
Que vencisteis el delito,
Y al precito
Quérub quebrasteis la frente;
Vos cuyo nombre potente
Es en los cielos bendito.

Vos que ocupais regio asiento
En Sion hermosa y santa,
Y teneis á vuestra planta
Por alfombra el firmamento:
Vos que mirais, ¡vírgen pura!
La amargura
De esta mujer solitaria,
¡Ay! escuchad su plegaria,
Desde el trono de la altura.

En tempestuoso oceáno
Mi bajel navega incierto,
Sin que un fanal en el puerto
Encienda piadosa mano:
Entre escollos gira roto
Sin piloto;
Y sin brújula ni vela
A merced deshecho vuela
Del vendabal ó del noto.

Vos en la noche sombría
Pura luz, celeste faro,
De los débiles amparo,
De los tristes alegría:
Ved mi vida abandonada,
¡Madre amada!
Mi juventud sin amores,
Débil planta á los rigores
De ardiente sol marchitada.

Campo estéril, seco arroyo
Donde no juegan las brisas,
Mi infancia no tiene risas
Ni mi vejez tendrá apoyo.
Noche triste cual ninguna
Y sin luna
Fué la noche desgraciada
Que fuera al mundo lanzada....
¡La orfandad meció mi cuna!

¡En torno miro!.... no existe
Ni patria, ni hogar querido,
¡Soy el pájaro sin nido!
¡Soy sin olmo yedra triste!
Cada sosten de mi vida,
Desvalida,
Fué por el rayo tronchado,
Y débil caña he quedado
De aquilones combatida.

Estranjera en este mundo
No comprendo su alegría,
Ni él penetra, madre mia,
En este abismo profundo:
Este abismo de dolores
Que con flores
Disfraza tal vez la suerte;
¡Volcan que encierra la muerte
Coronado de verdores!

Seres hay en este suelo
Enigmas ¡ay! de amargura,
Ni el cielo les da ventura,
Ni el mundo les da consuelo.
Van por ignotos caminos
Peregrinos,
Solitarios y sin nombres,

No les conocen los hombres
Ni comprenden sus destinos.

¿Qué quiere hacer, ¡oh María!
De estas almas el Eterno?....
¿Es del cielo ó del infierno
La mision que les confía?
¿Para qué fueron lanzados
¡Desgraciados!
Al bello mundo estos seres,
Entre risas y placeres
A padecer destinados?...

Yo los misterios venero
Que comprender no consigo,
Y á vos, ¡oh vírgen! os digo,
«¡Madre! yo ruego y espero.»
Se dice que el Señor vierte
En el fuerte
La amargura de su ira,
Y con blandos ojos mira
Al indefenso é inerte.

¡Ay! no soy soberbia encina
Firme del cierzo á la saña,
Sino humilde y frágil caña
Que al menor soplo se inclina.
Pase por el mundo ciego
Con sosiego
Mi solitaria existencia,
Y de Jehovah la clemencia,
Alcance mi ardiente ruego.

Del árbol de mi esperanza
Secas las flores cayeron,
Y cual humo leve huyeron
Mis sueños de bienandanza:
Despojados de ilusiones
Corazones
No ambicionan alegría,
Solo os piden, vírgen pia,
Paz, suspiros y oraciones.

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

LA ORACION POR TODOS.

IMITACION DE VICTOR HUGO.

I.

Vé á rezar, hija mia. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo:
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va á colgar su pabellon.
Sacude el polvo el árbol del camino,
Al soplo de la coche; y en el suelto
Manto de la sutil neblina envuelto,
Se ve temblar el viejo torreon.

Mira! su ruedo de cambiante nácar
El occidente mas y mas angosta;
Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
Brilla el albergue rústico, y la tarda
Vuelta del labrador la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido diamante;
Y ya apénas de un carro vacilante
Se oye á distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra, el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y á los destellos últimos del dia,
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugaz.
El dia es para el mal y sus afanes:
Hé aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
Quiere descanso, y oracion, y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
Conversan con espíritus alados;
Y los ojos al cielo levantados,
Invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas, y los piés desnudos,
Fe en el pecho, alegría en el semblante,
Con una misma voz, á un mismo instante,
Al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán, y en leda tropa
Sobre su cama volarán ensueños,
Ensueños de oro, diáfanos, risueños,
Visiones que imitar no osó el pincel.
Y ya sobre la tersa frente posan,
Ya beben el aliento á las vermejas
Bocas, como lo chupan las abejas
A la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
Esconde su cabeza la avecilla,
Tal la niñez en su oracion sencilla
Adormece su mente virginal.
¡Oh dulce devocion, que reza y rie!
¡De natural piedad primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraíso!
¡Preludio del concierto celestial!

II.

Vé á rezar, hija mia. Y ante todo
Ruega á Dios por tu madre; por aquella,
Por aquella que te dió el ser, y la mitad mas bella
De su existencia ha vinculado en él.
Que en su seno hospedó tu jóven alma,
De una alma celeste desprendida;
Y haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega despues por mí. Mas que tu madre
Lo necesito yo.... Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena,
Y devora en silencio su dolor.
A muchos compacion, á nadie envidia,
La vi tener en mi fortuna escasa:
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos.... ni le sean
A tí jamas!.... los frívolos azares
De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipa la vejez;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza á la conciencia delincuente,
La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
Conozco el mundo, y sé su alevosía;
Y tal vez de mi boca oirás un dia
Lo que valen las dichas que nos da.
Y sabrás lo que guarda á los que rifan
Riquezas y poder, la urna aleatoria,
Y que tal vez la senda que á la gloria
Guiar parece, á la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al ataúd.
La tentacion seduce; el juicio engaña;
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual; la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.

Vé, hija mia, á rezar por mí, al cielo
Pocas palabras dirigir te baste;
«Piedad, Señor, al hombre que criaste;
Eres Grandeza; eres Bondad, perdon!»
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo á la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oracion.

Todo tiende á su fin, á la luz pura
Del sol, la planta; el cervatillo atado,
A la libre montaña; el desterrado,
Al caro suelo que le vió nacer.
Y la abejilla en el frondoso valle,
De los nuevos tomillos al aroma;
Y la oracion en alas de paloma
A la morada del supremo Ser.

Cuando por mí se eleva á Dios tu ruego,
Soy como el fatigado peregrino,

Que su carga á la orilla del camino
Deposita y se sienta á respirar.
Porque de tu plegaria el dulce canto
Alivia el peso á mi existencia amarga,
Y quita de mis hombros esta carga,
Que me agovia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea,
En esta noche de pavor, el vuelo
De un angel compasivo, que del cielo
Traiga á mis ojos la perdida luz.
Y pura finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada dia,
Arda en sagrado fuego el alma mia,
Como arde el incensario ante la Cruz.

III.

Ruega, hija, por tus hermanos,
Los que contigo crecieron,
Y un mismo seno esprimieron,
Y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen solo
El favor del cielo implores:
Por justos y pecadores
Cristo en la Cruz espiró.

Ruega por el orgulloso
Que ufano se pavonea,
Y en su dorada librea
Funda insensata altivez.
Y por el mendigo humilde
Que sufre el ceño mezquino
De los que beben el vino
Porque le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios
Sumido en profundo cieno,
Hace ahullar el canto obsceno
De nocturno bacanal.
Y por la velada vírgen
Que en su solitario lecho
Con la mano hiriendo el pecho,
Reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
En cuyo pecho no vibra

Una simpática fibra
Al pesar y á la afliccion.
Que no da sustento al hombre
Ni á la desnudez vestido,
Ni da la mano al caido,
Ni da á la injuria perdon.

Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo,
Buscando el rico despojo,
O la venganza cruel.
Y por el que en vil libelo
Destroza una fama pura,
Y en la aleve mordedura
Escupe asquerosa hiel.

Por el que surca animoso
La mar, de peligros llena;
Por el que arrastra cadena,
Y por su duro señor.
Por la razon que leyendo
En el gran libro, vigila;
Por la razon que vacila;
Por la que abraza el error.

Acuérdate en fin de todos
Los que penan y trabajan;
Y de todos los que viajan
Por esta vida mortal.
Acuérdate aun del malvado
Que á Dios blasfemando irrita.
La oracion es infinita:
Nada agota su caudal.

IV.

Hija, reza tambien por los que cubre
La soporosa piedra de la tumba,
Profunda sima adonde se derrumba
La turba de los hombres mil á mil:
Abismo en que se mezcla polvo á polvo,
Y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja
De que al añoso bosque abril despoja,
Mezclar las suyas otro y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
Donde segada en flor yace mi Lola,

Coronada de angélica aureola;
Do helado duerme cuanto fué mortal;
Donde cautivas almas piden preces
Que las restauren á su ser primero,
Y purguen las reliquias del grosero
Vaso, que las contuvo, terrenal.

Hija! cuando tú duermes, te sonríes,
Y cien apariciones peregrinas,
Sacuden retozando tus cortinas;
Travieso enjambre, alegre, volador.
Y otra vez á la luz abres los ojos,
Al mismo tiempo que la aurora hermosa
Abre tambien sus párpados de rosa,
Y da á la tierra el deseado albor.

Pero esas pobres almas! .... si supieras
Qué sueño duermen: ... su almohada es fria:
Duro su lecho; angélica harmonía
No regocija nunca su prision.
No es reposo el sopor que las abruma;
Para su noche no hay albor temprano;
Y la conciencia, velador gusano,
Les roe inexorable el corazon.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
Hará que gozen pasajero alivio,
Y que de luz celeste un rayo tibio
Logre á su oscura estancia penetrar.
Que el atormentador remordimiento
Una tregua á sus víctimas conceda,
Y del aire, el agua, y la arboleda,
Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo con pavor secreto
La sombra ves, que de los cielos baja,
La nieve que las cumbres amortaja,
Y del ocaso el tinte carmesí;
¿En las quejas del aura y de la fuente
No te parece que una voz retiña,
Una doliente voz que dice: «niña,
Cuando tu rezes, rezerás por mí?»

Es la voz de las almas. A los muertos
Que oraciones alcanzan, no escarnece
El revelado arcángel, y florece
Sobre su tumba perennal tapiz.

Mas ay! A los que yacen olvidados
Cubre perpetuo horror, hierbas estrañas
Ciegan su sepultura; á sus entrañas
Arbol funesto enreda la raíz.

Y yo tambien (no dista mucho el dia)
Huésped seré de la morada oscura,
Y el ruego invocaré de un alma pura,
Que á mi largo penar consuelo dé.
Y dulce entónces me será que vengas
Y para mí la eterna paz implores,
Y en la desnuda losa esparzas plores,
Simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella
Si disipadas fueron una á una
Las que mecieron tu mullida cuna
Esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
Te arrancará una lágrima, un suspiro
Que llegue hasta mi lóbrego retiro
Y haga mi helado polvo rebullir.

Andres Bello.

RUEGO.

Inclina aurem tuam ad precem meam.
Ps. 87.

En tí, Señor, confía,
A tí, mi Dios, me entrego;
Mi humilde y triste ruego
Implora tu piedad;
No mires con desvío
Mi llanto y amargura,
Que aunque mi alma está impura
No abriga la impiedad.

Mi espíritu se humilla
A tu divina planta,
Y su dolor levanta
Esperanzado á tí.
Acoge la sencilla
Plegaria que te envía,

Señor, y tu faz pia
Vuelve un instante á mí.

Henchido de pasiones
Mi corazon demente,
Se abandonó al torrente
Del mundo seductor,
Mas ya, sus ilusiones
Falaces desdeñando,
Se vuelve á tí implorando
Consuelo en su dolor.

Si algun tiempo embriagado
De deleites mundanos
Los tuyos soberanos
Insensato olvidé,
Perdona á un descarriado,
Que buscando hoy ansioso
Tu bálsamo precioso
Va en alas de la fe.

Soi pecador indigno;
Pero mi alma sincera
Arrepentida espera
En tu inmensa bondad;
Contempla, pues, benigno
Señor, y no indignado,
A quien atribulado
Se acoge á tu piedad.

De dolor consumido,
De angustias y dolencia
Tu divina asistencia
Necesito, Señor;
Levanta mi abatido
Corazon, vuelve á mi alma,
Vuelve la dulce calma
Que le roba el dolor.

Atiende á tu criatura
Que mísera fenece,
Sus penas adormece,
Escucha su clamor:
Pues en mar de amargura
Se anega mi existencia,
Mírame con clemencia
Aunque soy pecador.

ESTEVAN ECHEVERRIA.

TRADUCCION DEL SALMO:

SUPER FLUMINA BABYLONIS....

Sentados en la márgen
Del babilonio rio,
Allí, Sion, tu nombre
Recordamos llorosos y cautivos.

Y las sonoras harpas
Y címbalos festivos,
Tristes ya y destemplados
De los frondosos sauces suspendimos.

Pues los que á servidumbre
Nos llevaron vencidos,
Por escarnio intentaron
Oir nuestras canciones allí mismo.

Y los que nos trajeron
A la ignominia uncidos,
Entonad, nos decian,
De Sion los cantares y los himnos.

¿Cómo cantar podremos
Y profanar impíos
Del Señor los cantares
En tierra ajena y en ajenos grillos?

No, Sion; y primero
Que así te dé al olvido,
Y en tu ignominia cante,
Me olvide de mi diestra y de mí mismo.

Yerta mi lengua y fija
Al paladar indigno,
Si de tí me olvidare,
Pásmese inmóvil con letal deliquio.

Si no te antepusiere,
O si indolente y tibio,
Jerusalen no fuese
De mi alegría orígen y designio,

Tu ira, Señor, se acuerde
De los infandos hijos
De Edon cuando disfrute
Jerusalen su dia apetecido.

Ellos son los que dicen
Sedientes de esterminio;
Hasta los fundamentos
Asolad, asolad los edificios!

Hija desventurada
Del pueblo aborrecido,
Feliz quien te dé el pago
Del tratamiento vil, que te debimos.

¡Oh, bien aventurado
Quien goce vengativo
Levantar con sus manos
Y en la piedra estrellar tus parvulillos!

Francisco Acuña De Figueroa.

LA ORACION.

TRADUCCION DEL INGLES DE LA SRA. HEMANS.

Pregar, pregar, pregar,
Ch'altro ponno i mortali al' pianger nati.
(ALFIERI.)

Niño, que entre flores juegas,
Cuando el bello sol declina;
Tierna madre que en silencio
Con afan de todo cuidas;
Y tú, padre laborioso,
Que al descanso te retiras,
Orad ántes que la angustia
Emponzoñe vuestras vidas;
Elevad los corazones
Y doblad vuestras rodillas.

Peregrino en tierra estraña,
Léjos ¡ay! de tu familia;
Tú que oir la voz creyeras
De ente amado ya no en vida;

Prisionero cuya estancia
Claro sol nunca ilumina;
Navegante que combates
De un airado mar las iras;
Elevad los corazones
Y doblad vuestras rodillas!

Vencedor en lid cruenta
Que á la paz tornas amiga;
Tú, mujer, que entre los muertos
Gimes de afliccion movida;
Tú mortal desventurado;
Tú á quien colman las delicias,
Pues á todo aquel orbe
Su esplendor á par envía;
Elevad los corazones,
Y doblad vuestras rodillas.

Joaquin M. De Castillo y Lanzas.

LA DIVINA PROVIDENCIA.

POEMA EUCARISTICO.

Dividido en tres cantos.

INTRODUCCION.

Léjos, léjos de mí, versos profanos,
Y con sagrada lira
Cantemos al Señor que nos inspira
Asuntos soberanos:
Léjos de mí los versos que son vanos.

Como aquel que despierta arborozado
Despues de haber soñado
Mil quimeras preciosas,
Pero que como sombra su alegría
Desparece, mirando que estas cosas
Fueron engaños de su fantasía:
Así pienso el que estoy: un gran vacío
Hallo en el pecho mio,
Despues de que canté tantos amores
De inocentes zagalas y pastores.

Mas ya que la verdad con presto vuelo
De la mansion lumbrosa
Baja, y disipa como luz del cielo
La apariencia engañosa
Que tuvieron por fútiles mis versos,
Otros caminos seguiré diversos,
Y elevaré mis tonos entre tanto
Que alabo la divina providencia
Del númen sacrosanto.

¡Oh si pudiese hacer una pintura
De su amor y clemencia!
Entónces la poesía
Empleara como debe su hermosura,
Y dando en estos cantos
Gracias debidas por favores tantos,
Sus sienes ceñiria
Con un laurel eterno
Que no lo marchitara el crudo invierno.

¡Oh, abrásame, mi Dios! déme tu aliento,
Que no tiene la pobre musa mia
Para tanto argumento,
Ni discurso, ni gracia, ni ornamento.
¡Oh si todo lo hubiese de tu mano!
Dáme, Señor, tu aliento soberano,
Y mi agradecimiento, y mis amores,
Saliendo del letargo mas profundo,
Cantarán tus favores,
Y estenderán tu nombre en todo el mundo.

CANTO PRIMERO.

Cuando con alas de inmortal deseo
Vuelo hácia todos lados,
Subo y bajo los cielos elevados,
Y tantos seres veo
En su órden respectivo colocados:
Como la luz me guia
De la alma religion, nunca pudiera
Preguntarles dudosa el alma mia,
¿Cuál es el númen misericordioso
Que desde su alta esfera
Cuida de tantos seres amoroso?

Alza, mortal, los ojos: vé y admira
Los cuidados de Dios siempre velando
Sobre toda la gran naturaleza:
Mira los bienes, los regalos mira
Que está siempre manando
La fuente perenal de sus ternezas:
Todo anuncia cariños y finezas
Del padre universal, del Dios de amores,
Que al mirar nuestra débil existencia
Nos colma de favores:
Todo anuncia su amable providencia.

Rie el alba en los cielos, avisando
Que viene el claro dia,
Y luego asoma el sol resplandeciente:
A cuyo fuego blando
Restaura su alegría
Y su vital color todo viviente.
Solo Dios pudo ser tan providente:
Su infatigable empeño
Aun en lo mas pequeño
Se muestra cuidadoso:
Porque ¿quién sino el Todopoderoso
Dice á las aves, al dejar sus nidos,
Que vuelven en bandadas
A los anchos y fértiles ejidos,
Para volver cargadas
A socorrer sus míseros hijuelos,
Que al padre de los cielos
En flébiles piadas
Le piden el sustento?
Solo Dios pudo hacer este portento.

Pero aun á mas se estiende su cuidado,
Viendo por lo que está mas retirado:
Porque ¿quién sino el mismo pule y viste
En el valle mas hondo y apartado
De tan bello color, al lirio triste?
Solo Dios, el Señor de cuanto existe:
Y su mano ahora
Hace que salga por el alto cielo
La rutilante aurora,
Para alegrar la habitacion del suelo;
Despues hará á la noche que descienda
Sobre nuestra morada,
Y del sueño tranquilo acompañada,
Hará benigno que sus alas tienda.

Entónces, cuando el cielo
Parece recogerse, y que ha bajado
La tierra, y que se cubre con el velo
Que la noche de estrellas ha corrido....
Pero el Señor no duerme,...cuando el mundo,
De lóbregas tinieblas rodeado,
Descansa en un silencio tan profundo
Cual si lo hubiese Dios dado al olvido,
¿Quién sino Dios entónces, al rugido
Del formidable leon que en la espesura
Estremece los montes levantados,
Quién sino Dios sus manos estendiera
Para saciar el hambre de una fiera
Que sale entónces de su cueva oscura?

Tales son del Eterno los cuidados:
Al fin es su criatura,
Ella, cual todas, su favor espera,
Pues solo Dios pudiera
Mantener providente cuantas cosas
Salieron de sus manos poderosas.

Sí, Señor, solo tú: desde el brillante
Alcázar de diamante
Que elevaste en el alto firmamento,
Sobre todos los seres vigilante,
Y poniendo en seguro movimiento
Las orbes celestiales,
Sí, Señor, desde allá, segun el modo
Que á penas se trasluce á los mortales,
Todo lo miras, y lo arreglas todo.
¡Todo!....sí, pues no fuera consiguiente
Que siendo tú el autor de lo criado,
Otro fuera encargado
De ser en cosa alguna providente.
Todo lo riges acertadamente;
Sin que lleve Eolo
El carro de los vientos, ni Neptuno
El cerúleo tridente:
Porque tu cetro solo,
Tu cetro de esplendor y no otro alguno,
Sobre el vasto universo representa
El gobierno de Dios que lo sustenta.

Mas ¿qué genio divino,
Como á recios impulsos, me ha obligado
A subir sobre el cielo cristalino?

Deja, mi musa, deja el estrellado
Lugar, y en manso vuelo
Baja, y me muestra en el humilde suelo
Las grandes profusiones
De Dios en las anuales estaciones:
Baja, y canta al Señor que va guiando
Al año por las tierras circulando.

CANTO SEGUNDO.

Al modo que los hábiles pintores
En ingeniosos cuadros aplicando
Oportunos colores,
Nos van representando
Los aspectos que el año va mudando;
Y como en cuatro imágenes procura,
De admirable y feliz correspondencia
Con la madre natura,
Instruirnos la pintura,
Hasta hacernos tocar con evidencia
Los favores de la alta Providencia:
Así tambien ufano yo querria
Que en sus versos lo hiciera
La alegre musa mia.
¡Oh tu sabio Barquera!
Dirígela entre tanto,
Dirígela, te ruego, miéntras canto
La dulce primavera.

¡Cuán bella se nos muestra por el llano,
Y cuál es su decoro
De esa la amable ninfa del verano,
Cuando el sol entra ufano
En la alta casa del carnero de oro!
¡Cuán risueña se mira en la espaciosa
Y afortunada selva, coronando
Al jóven año de clavel y rosa!
Y al verla tan hermosa,
Los apacibles céfiros volando,
Los arroyos corriendo,
Los melodiosos pájaros cantando,
Y las flores riendo....,
Naturaleza toda á su presencia
Alaba á la divina providencia.

Sigue el año su curso presuroso,
Y en tanto que los cielos van rodando
Sobre sus firmes ejes, va tornando
El sol por su camino luminoso.
Asoma luego el caluroso estío,
Y las espigas de los campos dora,
Que hizo brotar la mano agricultora
Entre la escarcha del invierno frio.
Arden los valles; pero el ancho rio,
Los bosques y las auras matinales
Restauran el vigor de los mortales:
Cuando por otra parte los despojos
De la alegre y fecunda sementera
Ofrecen mil contentos á los ojos:
La rubia mies preséntase en manojos
Sobre los altos carros: la galera
En su anchuroso seno la atesora:
Prepárase la era:
Y la hambre asoladora,
Que hace á las gentes formidable guerra,
Como asustada sale de la tierra.
Resuena en las cabañas la alegría
De la gente del campo bienhadada,
Y la sombra de Céres disipada,
El canto sube á la region del dia.

Pero el Señor se escucha, y con violencia
Convoca á su presencia
Mil espesos nublados
Que de agua y refrigerio van cargados:
Su seña aguardan, y en el mismo instante
Que responde á su voz el firmamento,
La máquina del mundo vacilante
Se pone en movimiento:
Sopla agitado el viento;
El polo cruje; el éter se ilumina;
La catarata se abre repentina,
Y baja por el aire estrepitosa
En torrentes la lluvia cristalina,
Cruza la tempestad y la frescura
Que deja por la tierra calurosa,
Fomenta el seno de la gran natura.

¡Tiempo dichoso en que la huerta amena
Su abundancia nos brinda ya madura
De frutas tantas con que Dios la llena!
Este es el tiempo en que el cantor famoso

De la otoñal riqueza nos mostraba
Las matutinas horas, y ardoroso
Con su cítara dulce las cantaba
En la cuna del alba amaneciente:
Al punto que asomaba
Vertuno con sus ninfas ofreciendo
A los hombres sus huertos en bonanza.
Sí, Canazul feliz, hijo de Apolo,
Tú les cantaste con tu dulce afluencia;
Tuya fué para Dios esta alabanza:
Ahora que veas que só el alto polo,
Al parecer, su sábia providencia,
Para igualar las noches y los dias,
Pese las horas en que tú decias,
Mostrando de tu númen un destello:
«Mira cuál brilla en el oriente bello
«La rozagante aurora.»
Vuelve á templar tu cítara sonora,
Y que repita ufana
Del rico otoño la oriental mañana.
Repítala, mirando la franqueza
Del año dadivoso,
Y allá como en encanto primoroso
De su genial destreza,
Recorra el velo al cuadro milagroso
De la alegre y feraz naturaleza.

Mas ¡ay! que á nuestros ojos
Otra escena se va representando,
Y la dura inclemencia y los enojos
Del cielo me parece estar mirando,
Cuando el orbe de aspecto va mudando.
Como un sueño ligero
Desparecen los gustos
Y regalos del tiempo lisonjero.
Ya tornan los disgustos
Y con ellos al alma su tormento.
Los recios golpes siento
Del robusto aquilon que se desata,
Y la abundancia y todo el ornamento
De la estacion fructífera arrebata.
¿Qué nuevo, qué terrible poderío
Triunfa del año, y su verdor maltrata?
Este es el tiempo del invierno frio.

Pero sin él ¿qué fuera
Del orbe terrenal? La primavera,

Para hacerlo dichoso bastaria
Que de vistosas flores lo cubriera?
¿El ardor estival feliz lo haria,
Cuando tan solamente sazonara
La mies que le prepara
El labrador robusto?
¿Y qué, si no pasara
El luminar mayor á mas altura?
¿El otoño á su mesa presentara
Sus dones de mas gusto,
Que próvido ha sacado
De las entrañas de la tierra dura?
Y ¿á qué el invierno, pues, llega cargado
De la escarcha y el hielo?
¿Qué beneficios trajo á nuestro suelo
Su brazo fuerte de rigor armado?
Cual obra en el enfermo y estenuado
Tornándolo á su vida y fortaleza,
La virtud de Esculapio milagroso,
Así obra en la comun naturaleza
La fuerza del invierno riguroso;
Miéntras que el delirante
Filósofo atribuye á desconcierto
Del mundo maquinal, lo que es concierto
De la ley del Señor siempre constante;
Aunque aparente elemental desórden.
¿Y á quién tanta armonía,
Tanto primor, tanto órden,
Y tanta divinal sabiduría?
Todas son de la suma providencia
Altas disposiciones,
Que á fin de conservar nuestra existencia
Arregló las anuales estaciones.
Nuestra existencia ha sido su cuidado:
¡Oh! dílo, musa, en plectro concertado.

CANTO TERCERO.

Ahora mas que nunca yo quisiera
Que felice tuviera
Mi musa el arpa de oro,
El arpa misma y cántico sonoro
Del genio deificado

Que só el trono de Israel colocado
Despertó á la natura, y á su influencia
La hizo cantar la suma providencia.
Cantáronla los hombres, y estendieron
El nombre del Señor de las alturas
Y todas las criaturas,
A todos al momento se movieron.
Cantáronla.... los páramos sombríos
La cantaron, y montes, y collados,
Y piélagos, y rios,
Y oyéronse mil cantos redoblados:
En tanto que la bóveda del cielo
Con festival estruendo respondia
Al general aplauso con que el suelo
A su gran bienhechor reconocia.
Entónces, ¿cuál seria
Mi gozo? Yo esclamara,
Despues de contemplar atentamente
La luna, las estrellas,
El mar, la tierra, el aire, y cuantas cosas
Son á la vista mas maravillosas;
Pero que todas ellas
A las plantas del hombre se postraron,
Y á su arbitrio y su ley se sujetaron:
Entónces, sí, esclamara: Dios benigno!
(El pecho lleno de palabras santas)
¿Porqué de tus favores me haces digno
Sobre criaturas tantas?
Poco ménos que un angel te he debido
Segun las excelencias que me has dado;
Sacásteme á tu esencia parecido,
Y de gloria y de honor me has coronado:
¿Cuál será despues de esto tu cuidado?

Gracias te sean dadas
¡Oh padre de los hombres bondadoso!
Y tu nombre celebren amoroso
Las gentes por la tierra esparramadas.
¡Oh! acaba de salir del seno oscuro
En que ciego te tiene la ignorancia,
Discípulo insensato de Epicuro;
Y en la acorde y eterna consonancia
De la naturaleza,
Encontrarás motivos poderosos
De amor y de fineza,
Con que la providencia
Destruye tus sofismas engañosos:

¿Qué motivo mayor que tu existencia?
Así exclamara contra el grito horrendo
De la carne orgullosa, que murmura
Del númen que en sí propia está sintiendo,
Y que ve en todas partes, á manera
Que por el velo de una nube oscura
Vemos del claro sol la antorcha pura.

¡Qué! ¿porqué no nos pone en alta esfera,
Cual só el trono argentado de la luna,
La ambicion altanera,
Se ha de pensar que ciega la fortuna
Nos lleva tropezando por el suelo,
Cuando estamos mirando en tierra y cielo
La sábia providencia que gobierna
Todo, conforme con su ley eterna?

¡Mil veces venturoso, amigo Fabio,
El verdadero sabio,
Que, como tú, contempla su existencia
Un milagro de la alta providencia:
Y conforme en su estado,
Juiciosamente advierte
Que lo lleva la suerte
Por los rumbos que Dios le ha señalado!
Sí, Fabio: pues ¿qué importa que el destino
Nos cargue de miserias y de males,
Como dura pension de los mortales?
¿Qué importa que el camino
De nuestra vida esté lleno de abrojos,
Si termina en las puertas eternales
De la patria? Es verdad: yo estoy mirando
Delante de mis ojos
El camino derecho de la gloria....

Cuando acá en sus recuerdos la memoria
Me va representando
Tantos peligros de mi triste historia:
Y miro entónces mismo
Que una deidad me libra protectora
Tantas veces de dar en el abismo:
¿Qué te podré decir? ¿Qué podré hacerte,
¡Oh amable providencia bienhechora!
Que tantas ocasiones me has librado
Del hambre, de la sed, de la dolencia....
De mil ministros de la cruda muerte?
¡Un milagro es mi vida!

¡Milagro de la suma providencia,
Que me lleva por senda conocida
Á la ciudad de eterna refulgencia!

Vos cantadla por mí, cielo estrellado,
Y tierra florecida:
Alabad al Señor de las alturas,
Porque tiene cuidado
De todas sus criaturas:
Y alabémosle todos los mortales,
Repitiéndole gracias eternales.

(Fr. Manuel Navarrete.)

SALMO XVIII.

Coeli enarrant.

El profeta celebra en este salmo la gloria de Dios, contemplando las obras admirables de la naturaleza; y hace un elogio de la ley divina. Las prerogativas que se atribuyen aquí á la ley, solo se verifican perfectamente en el evangelio.

Con clara voz publican
Los cielos la escelencia
De la gloria de Dios; su omnipotencia
Las obras de sus manos testifican;
Y el claro firmamento
Las declara en armónico concento.

Cada dia al que sigue
Anuncia su grandeza:
Sus encomios tambien la noche espresa:
La que sucede el cántico prosigue;
Y este himno permanente
En todo idioma se oye claramente.

Su armonioso sonido
En la tierra percibe
Hasta el salvaje que en su estremo vive:
Y solo el temerario, que su oido
Cierra á este lenguaje,
Le niega al Hacedor el homenaje.

Su trono majestuoso,
De clara luz formado,
Parece que en el sol ha colocado:
Pues cual sale del tálamo el esposo,
Así es la bizarría
Del astro refulgente que hace el dia.

Con pasos de gigante
Emprende su carrera,
Desde un estremo al otro de la esfera:
La repite gozoso en el instante;
Y al mundo vivifica
Con la luz y calor que comunica.

Sin mácula y hermosa
Mas que el sol la ley santa,
Al sumo bien las ánimas levanta;
Y en sus promesas fiel y generosa,
Hace á los pequeñuelos
Que aquí gusten la ciencia de los cielos.

Sus mandatos son rectos;
Dirige las acciones;
Alegra los devotos corazones,
Escitando dulcísimos afectos;
Y es su luz tan activa,
Que á la razon ilustra y la cautiva.

Inspira el temor santo
Que al alma fortalece,
Y que en el justo siempre permanece.
Es muy veraz; no admite algun quebranto;
Y en el premio ó castigo,
Su justificacion está consigo.

Aquesta ley divina,
Mas que el oro es amable
Y las piedras preciosas; porque estable
Es la felicidad á que encamina,
Y porque mas dulzura
Que la miel tiene para el alma pura.

Tu siervo, ¡o Dios! la observa,
Y tal deleite gusta,
Que todo fuera de ella le disgusta:
Y al que esta santa caridad conserva,
Le tienes preparada
Copiosa recompensa en tu morada.

Mas ¡ay! ¿quién tener puede
¡O Señor! sin tu lumbre,
De todos sus delitos certidumbre?
Haz que de los ocultos libre quede:
Y tu perdon imploro
De los ajenos que contrito lloro.

Mírame, pues, propicio;
Tu indignacion se acabe;
Tu santa gracia mis pecados lave,
Y echa de mí al orgullo, al grande vicio,
Que á ninguno perdona,
Porque á todos los hombres inficiona.

Entónces mis loores
Serán á tu oido aceptos:
Rumiaré en tu presencia los preceptos,
Con grato corazon á tus favores;
Y por ninguno motivo
Me apartaré jamas de tu atractivo.

Así, Señor, lo espero,
Porque ya con tu ayuda,
De falsos bienes mi alma está desnuda,
Y solo quiere amar al verdadero.
A tí se dé la gloria,
Pues tuya, o Redentor, es mi victoria.

(Dr. D. José Manuel Valdes.)

SALMO VIII.

Domine Deus noster.

El Salmista celebra la grandeza de Dios, y las prerogativas naturales concedidas al hombre.

¡O Dios y Señor nuestro!
Qué escelso y admirable
En la tierra es tu nombre,
Pues su gloria reluce en todas partes.

¡Qué mucho si en los cielos
Tu grandeza no cabe,

Y tanto los escede,
Que no pueden contigo compararse.

A párvulos sencillos
Inspiras que te alaben:
Y de este modo humillas
A los que no te rinden homenaje.

Pero yo cuando miro
Esos cielos tan grandes,
Que formaron tus dedos,
A la luna y estrellas rutilantes:

¿Qué es el hombre, te digo,
Que recuerdo de él haces?
¿Qué es el hijo del hombre,
Para que tú te dignes visitarle?

A los ángeles santos
Poco inferior le criaste;
Mas tú le glorificas,
Para que á todos los vivientes mande.

Para que como á dueño
Le sirvan y le acaten
Las abejas, los bueyes,
Y cuantos brutos en el campo pacen.

Los pájaros veloces,
Que atraviesan los aires:
Y hasta los mismos peces,
Que surcan los senderos de los mares.

¡Oh Díos y Señor nuestro!
¡Qué escelso y admirable
En la tierra es tu nombre,
Pues su gloria reluce en todas partes.

(Dr. D. José Manuel Valdes.)

II.

NATURALEZA.

HIMNO AL SOL, EN EL OCEANO.

En los yermos del mar, donde habitas,
Alza ¡oh musa! tu voz elocuente:
Lo infinito sostiene tus piés.
Ven: al bronco rugío de las ondas
Une acento tan bello y sublime,
Que mi pecho entibiado reanime,
Y mi frente reanime otra vez.

Las estrellas en torno se apagan,
Se colora de rosa el Oriente,
Y la sombra se acoge á Occidente
Y á las nubes lejanas del Sur:
Y del Este en el vago horizonte,
Que confuso mostrábase y denso,
Se alza pórtico espléndido, inmenso
De oro, púrpura, fuego y azul.

Vedle ya.... Cual gigante imperioso,
Alza el sol su cabeza encendida....
¡Salve, padre de luz y de vida,
Centro eterno de fuerza y calor!
¡Cómo lucen las olas serenas
De tu ardiente fulgor inundadas!
¡Cuál sonriendo las velas doradas
Tu venida saludan, oh Sol!

De la vida eres padre: tu fuego
Poderoso renueva este mundo:
Aun del mar el abismo profundo
Mueve, agita, serena tu ardor.

Al brillar la feliz primavera
Dulce vida recobran los pechos,
Y en dichosa ternura deshechos
Reconocen la magia de amor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego
De verdura las viste y de flores,
Y sus brisas y blandos olores
Feudo son á tu noble poder.
Aun el mar te obedece, sus campos
Abandona huracan inclemente,
Cuando en ellos reluce tu frente,
Y la calma se mira volver.

Tuyas son las montañas altivas
Que saludan tu brillo primero,
Y en la tarde tu rayo postrero
Las corona de bello fulgor.
Tuyas son las cavernas profundas,
De la tierra insondable tesoro,
Y en su seno el diamante y el oro
Reconcentra tu pálido ardor.

Aun la mente obedece tu imperio,
Y al poeta tus rayos animan;
Su entusiasmo celeste subliman,
Y le ciñen eterno laurel.
Cuando el éter dominas, y al mundo
Con calor vivificas intenso,
Que á mi seno desciendes, yo pienso,
Y alto númen despiertas en él.

Sol! Mis votos humildes y puros
De tu luz en las alas envía
Al autor de tu vida y la mia,
Al señor de los cielos y el mar.
Calma eterna do quiera respira,
Y velado en tu fuego le adoro:
Si yo mismo, mezquino! me ignoro,
¿Cómo puedo su esencia esplicar?

A su inmensa grandeza me humillo,
Sé que vivo, que reina y me ama,
Y su aliento divino me inflama
De justicia y virtud en amor.
Ah! si acaso pudieron un dia
Vacilar de mi fe los cimientos,

Fué al mirar sus altares sangrientos
Circundados por crímen y error.

(José Maria Heredia.)

CREPUSCULO EN EL MAR.

Antes de espirar el dia
Vi morir á mi esperanza.
ZARATE.

Allá en el horizonte el rey del dia
Su frente hunde radiosa,
Y por el vasto espacio va flotando
Su cabellera de oro luminosa.

De arreboles vistosos y cambiantes
Se adorna el firmamento
Que entre negros celajes se confunden
En su brillante airoso movimiento.

Y poco á poco sus inmensas alas
La noche va estendiendo,
Y con manto de duelo los adornos,
Y las galas del orbe va cubriendo.

Es la hora en que los tristes corazones
Ven la imágen sombría
De la esperanza que los sustentaba,
Desvanecerse con la luz del dia.

Y la hora en que yo veo de mi vida
La trama deshacerse,
Y el porvenir glorioso que halaga,
Como el cielo entre sombras esconderse.

En que yo digo adios á la esperanza
Y á los gozos del mundo,
Y con incierto paso y sin vigía
Marcho por un desierto tremebundo.

En que contemplo mi fugaz aurora
Sin lucir disiparse,
Y las lozanas flores de mi vida
Sin exhalar perfume deshojarse.

En que á la vez mis bellas ilusiones
Toman cuerpo, se abultan:
Tocan la realidad, y desmayadas
En crepúsculo negro se sepultan.

(Estevan Echeverria.)

LA NOCHE DE LUNA.

¡O sabio autor de tantas maravillas,
Del universo augusto soberano!
¡Qué dulce llanto inunda mis mejillas
Al contemplar las obras de tu mano!
Ah! de amor y de asombro conmovido,
Mi corazon palpita enternecido.

Y la prision del cuerpo abandonando
Mi espíritu ya libre, presuroso
Por el inmenso espacio penetrando,
Hasta los tronos del Señor glorioso
Atónito y absorto se levanta,
Y humilde besa la divina planta.

Este solemne reposo
Do yace naturaleza,
¡Qué tierra y pura tristeza
Inspira á mi corazon!

Todo calla...... ¡O poderoso
Movedor de las estrellas!
A tu voz salieron ellas
Del cáos y confusion.

Bañando está con opio la noche á todo el mundo
Que duerme sumergido en letargo profundo.
¿A quién no habla ahora terrible la conciencia?
¿Y quién ahora duda, gran Dios, de tu existencia?
Por estas soledades, yo te oigo, yo te veo.
Ven á escucharle y verle, ven, desgraciado ateo.

Este vasto silencio religioso,
Estos callados montes lo aseguran,
El ruiseñor lo entona melodioso,

Plácidas esas aguas lo murmuran,
Y el estruendo distante del torrente
Es la voz del Señor omnipotente.

¿Quién el órden mantiene, con que gira
La reina de las noches por el cielo?
¿Ves aquella ciudad?.... allí suspira
La inocencia oprimida y sin consuelo.
Sí, la tierra y el cielo y nuestro pecho,
Todo nos habla del que todo lo ha hecho.

Apacible y majestuosa
Marcha la luna plateada,
Dejando en su luz bañada
Del universo la faz.

Bañada en luz deliciosa,
Que la turbacion del alma
Destierra, y la dulce calma
Le vuelve, y la dulce paz.

¡De los hombres sensibles, salve deidad amable!
¡Cuál conmueve mi pecho tu influjo favorable!
Tu paz, tu luz suave y tu melancolía,
Cuánto son preferibles al esplendor del dia!
¡Salve, esposa del sol, que cuando está él ausente,
Reinas sobre ese carro de plata refulgente.

Mas ¿qué voz pavorosa se ha escuchado
De la negra montaña en la espesura?
Es el funesto buho que ha empezado
Su triste canto lleno de amargura;
El huye de tu vista, Luna hermosa,
Y yo te busco, antorcha deliciosa.

Ya relucen tus rayos en manojos
Que alternan con las sombras; ya en el llano
Serenos estendiéndose á mis ojos,
Forman un mar de luz, manso oceano,
Cuyas olas inmóviles no altera
Sino la leve sombra pasajera.

Modesta como la esposa
Que me ha destinado el cielo,
El embeleso y consuelo
Eres de mi corazon.

Y en tanto que silenciosa
Vas pasando el firmamento,
Yo me transporto al momento
De la augusta creacion.

Adoren veinte pueblos al sol en el Oriente,
Y el Inca poderoso, su falso descendiente,
Edifíquele templos, preséntele oblaciones ;
Bella luna, tus templos son nuestros corazones;
Ellos en el silencio y en el recogimiento
De la virtud te ofrecen el puro sentimiento.

Cuando de la opresion un inocente,
Y del encono de la tiranía
Huye, como si fuera delincuente,
Solo guiado por tu luz sombría;
Tu diriges sus tímidas pisadas
Por mil sendas ocultas é ignoradas.

Tú del poeta dulce inspiradora,
Tú eres del sabio amiga y confidente,
Tú del pobre que gime bienhechora,
Tú la esperanza de la esposa ausente;
Aun el bárbaro déspota suspira
Y siente un corazon cuando te mira.

A veces al marinero,
Despues de negra tormenta,
La luna se le presenta
Con toda su claridad:

Se disipa el horror fiero,
Cesa la desconfianza,
Y renacen la esperanza,
El gozo y serenidad.

Siempre, cándida luna, serás interesante,
Ya sea que aparezcas despejada y brillante,
Ya sea que te oculte la nube pasajera,
Como á una hermosa jóven una gasa lijera;
El velo trasparente cubre sus atractivos,
Tanto mas agradables, cuando menos activos....

Pero, ¿qué conmociones repentinas
Padecen mis potencias agitadas,
Al paso que las cumbres iluminas
De esos montes de nubes condensadas?
Ah! mirar me parece del Tolima
El yelo eterno, la nevada cima!

¿Cuándo disfrutaré de tu regazo,
Cuándo, mi cara patria, podré verte?
Soberbios Cotopaxi y Chimborazo:
¿Cuándo permitirá mi adversa suerte
Que os vuelva á contemplar? Ah! ¿cuándo
Podré viros, tranquilo, amenazando?

Vastos Andes, estoy viendo
Vuestra inmensa cordillera,
Y esa frente que altanera
Va los cielos á tocar.

Y la voz estoy oyendo
De sus hijos tumultuosos,
Esos rios caudalosos
Que compiten con el mar.

Mas ¡ay! que ya aparece la bella precursora
Del caloroso febo, ya la rosada Aurora,
Y ya de la mañana el puro y fresco albor,
Anuncian la venida del astro abrasador;
Ah! la benigna luna, temiendo su presencia,
A los mortales priva de su dulce influencia.

(José Fernandez Madrid.)

LA NOCHE.

...... fête éternelle
Que le ciel rayonnant donne au monde la nuit......
V. HUGO.

Hé aquí la apacible luna
Que asoma tras de los Andes,
Cual nunca bellos y grandes
De la tiniebla al traves.
Y en las ruinas solitarias
De la ciudad silenciosa,
Su pálida luz reposa
Sobre un antiguo cipres.

A mis plantas con blando murmullo
El Gualí mansamente resbala,
Y á mis sienes ardidas regala
De sus linfas el caro frescor.

Y á la trémula luz de los astros,
En las tímidas alas del viento,
Me parece que vaga el acento
De un arcángel que canta al Señor.

A lo léjos en la orilla
Volando de peña en peña,
Fantástica se diseña
Una negra confusion:
Como el vago sentimiento
De un grande dolor pasado,
Que un no-sé-qué ha fecundado
De pena en el corazon.

Un acento de pronto se escucha,
Y á una lumbre que trémula brilla,
Se oye el remo de frágil barquilla
Que de un eco preside el compas.
Y engolfada en airada corriente
En las olas incierta divaga,
Mas la lumbre de pronto se apaga,
Y el acento no suena ya mas.

Un pensamiento de muerte
Me da la opuesta ribera,
A donde la sombra impera,
De un negro barranco al pié;
Y cuando se alza la luna
Y lo ilumina curiosa,
Parece que allí reposa
Alguna vida que fué.

A mi frente se eleva de un templo
Silenciosa la pálida ruina,
Que entre nubes la luna ilumina,
Cual sudario de un resto mortal;
Y al acento del buho solitario
Me parece que vaga una sombra,
Que otro mundo mas bello me nombra,
De quien este es parodia infernal.

Del Gualí miro en los aires
El lindo puente lanzado,
Y á su traves, despeñado
El Magdalena en tropel:
Cual las férvidas pasiones
De un alma jóven y fuerte,

Hasta dormir de la muerte
Bajo el sublime nivel.

A la luz de una esfera sin mancha
Acarician las auras mis sienes,
De otra vida adivino los bienes,
Y me elevo hasta el trono de Dios,
Y al mirar las miserias del mundo,
Sus placeres, sus vanos enojos,
Una lágrima asoma á mis ojos,
Y á mi labio una mágica voz.

Y el aroma de la noche
En su misterioso vuelo,
Lleva en sus alas al cielo
El himno de mi piedad
Y un ángel de Dios querido
Siento que llena mi alma,
Y estasiado adoro en calma
La sagrada eternidad.

De los cielos la bóveda inmensa,
De las olas plateadas el ruido,
El silencio del mundo dormido
Y del céfiro el blando gemir;
Al incierto rumor de la yerba
Que en las ruinas tan triste se mece;
De la muerte la voz me parece
Que en sus brazos me llama á dormir.

(M. M. Madiedo.)

LA NOCHE.

Reina la noche: con silencio grave
Giran los sueños en aire vano;
Cándida, pura, el silencio llano
Viste la luna de su luz suave.
Hora de paz!.... Aquí do á nadie miro
En esta cumbre alzado,
Heme, Señor, del mundo abandonado.

Cómo embelesa la quietud augusta
De la natura, á la sensible alma
Que oye su voz, y en deleitosa calma

De esta mansion y su silencio gusta!
Grato silencio, que interrumpe el rio
Distante murmurando,
O en las hojas el viento susurrando.

Ya de la noche con el fresco ambiente
Gira en lánguidas alas el reposo,
Que vela fiel bajo del cielo umbroso,
Y huye la luz del sol resplandeciente.
Invisible con él y misterioso
En llano y montes yace
El bello horror que contristando place.

¡Cómo en el alma estática se imprime
El delicioso y triste pensamiento!
¡Cómo el cuadro feliz que miro atento
Es á par melancólico y sublime!
Ah! su paz de la música prefiero
Al eco poderoso
Con que se anima el baile bullicioso.

Allí en salon soberbio, por do quiera
Terso cristal duplica los semblantes:
De oro vestida y perlas y diamantes
Hermosura gentil danza lijera,
Y con sus gracias y afectado hechizo
De mil adoradores
Lleva tras sí los votos y loores.

Admirable es aquesto! Yo algun dia,
De la simple niñez salido á penas,
En los bailes magníficos y cenas
De mi amor al objeto perseguia,
Y atesoré con mágica ventura
De la jóven amada
Un suspiro fugaz, una mirada.

Mas ya por los pesares abatido,
Y á languidez y enfermedád ligado,
Muy mas me place que salon dorado
Este llano en la noche oscurecido;
A la brillante danza prefiriendo
El meditar tranquilo
Bajo este cielo, en inocente asilo.

Ay! bríllenme por siempre las estrellas
En un cielo tan puro como ahora,

Y á la alta mano de mi ser autora
Puédame yo elevar, viéndola en ellas.
A tí, Dios de los cielos, en la noche
Alzo en humilde canto
La dolorosa voz de mi quebranto.

Te saludo tambien, amiga luna:
Siempre tierno te amé, reina del cielo:
Siempre fuiste mi hechizo, mi consuelo,
En la adversa y la próspera fortuna.
Tú sabes cuántas veces anhelando
Gozar tu compañía,
Maldije el brillo del ardiente dia.

Asentado tal vez á las orillas
Del mar cuyo cristal te retrataba,
En cavilar dulcísimo pasaba
Las leves horas en que leda brillas;
Y recordando mi nublada gloria,
Miré tu faz serena
Y en tierno llanto desahogué mi pena.

Mas ¡ay! el pecho con dolor palpita,
Herido ya de consuncion tirana,
Y cual tú al esplendor de la mañana,
Palidece mi rostro y se marchita.
Cuando caiga por fin, inunde al ménos
Esa luz calma y pura
De tu amigo la humilde sepultura.

Mas ¡qué canto suavísimo resuena
Del inmediato bosque en la espesura?
Es tu voz, ruiseñor, que de ternura
En dulce soledad mi pecho llena.
Siempre te amé, porque debiste al cielo
Genio triste y sombrío
Tierno y agreste como el genio mio.

Perezca el que á tu nido te arrebata,
Y porque gimas gusta de oprimirte;
Por qué no viene como yo á seguirte
Del bosque espeso entra la sombra grata?
Salta libre y feliz de ramo en ramo
En torno de tu nido,
Que á nadie quiero esclavo ni oprimido.

Noche, antigua deidad, que el cáos profundo
Produjo ántes que al sol y al sol postrero

Has de sobrevivir, cuando severo
El brazo del Señor trastorne el mundo:
Oyeme: tú serás miéntras me dure
Este soplo de vida,
Celebrada por mí, de mí querida.

Antes del primer tiempo, sepultada
Del cáos en el vórtice yacias:
Inspirada tal vez ya preveias
A tu beldad la gloria destinada;
Y ociosa, triste, en el sombroso velo
Tu frente arrebozabas,
Y en el futuro imperio meditabas.

A la voz del criador, del oceano
Reina, saliste, el cetro levantando,
De estrellas coronada, desplegando
El manto rico por el éter vano;
Y al mundo silencioso deleitaba
En tu frente severa
De la alma luna la argentada esfera.

Cuántas altas verdades he aprendido
En tu solemne horror, sublime Diosa!
En el silencio de la selva umbrosa
¡Cuántas inspiraciones te he debido!
En tí miro el Criador, y arrebatado
De fervoroso anhelo,
Pulso mi lira y mi levanto al cielo.

Salve, gran Diosa! En tu apacible seno
Déjame consolar y recrearme.
Tu bálsamo feliz puede aliviarme
El triste pecho de dolores lleno.
Noche, de los poetas y almas tiernas
Dulce, piadosa amiga,
En blando paz convierte mi fatiga.

(José Maria Heredia.)

LA MAÑANA.

Ya se asoma la cándida mañana
Con su rostro apacible: el horizonte

Se baña de una luz resplandeciente,
Que hace brillar la cara de los cielos.
Huyen como azoradas las tinieblas
A la parte contraria. Nuestro globo,
Que estaba al parecer como suspenso
Por la pesada mano de la noche,
Sobre sus firmes ejes me parece
Que le siento rodar. En un instante
Se derrama el placer por todo el mundo,
¡Agradable espectáculo! ¿Qué pecho
No se siente agitado, si contempla
La milagrosa luz del almo dia!
Ya comienza á volar el aire fresco,
Y á sus vitales soplos se restauran
Todos los seres que hermosean la tierra,
El ámbar de las flores ya se exhala
Y suaviza la atmósfera: las plantas
Reviven todas en el verde valle
Con el jugo sutil que les discurre
Por sus secretas delicadas venas.
Alegre la feraz naturaleza
Se levanta risueña y agradable:
Parece cuando empieza su ejercicio,
Que una mano invisible la despierta.
Retumban los collados con las voces
De las cantoras inocentes aves:
Susurran las frondosas arboledas,
Y el arroyuelo brinca, y mueve un ronco
Pero alegre murmullo entre las piedras.
¡Qué horas tan saludables en el campo!
Son estas de la luz madrugadora,
Que los lánguidos miembros vigorizan,
Y que malogran en mullidos lechos
Los pálidos y entecos ciudadanos!
Todo escita en el alma un placer vivo,
Que con secreto impulso la levanta
A grandes y sublimes pensamientos.
Todo lleva el carácter estampado
De su hacedor eterno. Allá á su modo
Parecen alabar todos los entes
La mano liberal que los produce.
Todo se pone en pronto movimiento:
Cada cual de los simples habitantes
Comienza su ejercicio con el dia.
Tras su manada de corderas blancas
Leda la pastorcilla se entretiene,
Tejiendo una guirnalda, que matiza

De várias flores para su al. a frente.
El vaquero gobierna su ganado,
Que se dilata en el hermoso ejido,
El labrador robusto se dispone
Para el cultivo del terreno fértil.
Voyme al sembrado que la providencia
Con su invisible diestra me señala:
Sufriré el sol ardiente; pero alegre
Con los frutos sazones y abundantes
Que los sulcos me dan que beneficio.
Apagado el bochorno de la tarde,
Me volveré á mi choza apetecible,
Morada de la paz y de los gustos,
Donde mi esposa dulce ya me espera
Con sus brazos abiertos: mis hijitos,
Despues de recibirme con mil fiestas,
Penderán de mi cuello: ciertamente
Que vendrá á ser entónces como el árbol
De que cuelgan racimos los mas dulces.
¿Y he de trocar entónces mi cabaña,
Aunque estrecha y humilde, por el grande
Y soberbio palacio, donde brilla
Como el sol en su esfera un señor rico,
Pisando alfombras con relieves de oro?
Nada ménos. Tampoco este instrumento,
Este instrumento rústico y grosero,
Bienhechor que me da lo necesario
En todas las urgencias de mi vida,
Por el cetro brillante que un monarca
Empuña con su diestra poderosa.
No cabe el gozo dentro de mi pecho;
Ni de alabar me canso en la mañana
Al padre universal de las criaturas,
Que miro en esa luz madrugadora:
Sin dejarlo de ver en las restantes
Producciones tan grandes de su seno.
¡Oh, cuántas! ¡cuáles son! ¡y qué admirables!
Pero ninguna como el alba hermosa,
Que parece que á todos le da vida,
Enviándoles la luz de su semblante.
¡Oh, risa de los cielos, y alegrías
De estos campos felices! Precursora
De los rayos del sol, yo te saludo.
Las frescas sombras, las campiñas verdes,
Las fuentes claras, los favonios blandos,
Las aves dulces y las flores tiernas
Te saludan tambien allá á su modo.

Su faz hermosa la naturaleza
Sacar parece del sepulcro ahora:
Todos sus entes cobran nueva vida
A tu presencia dulce y agradable.
Corren las fieras á sus cuevas hondas,
Brincan las cabras, los corderos balan,
Llaman las vacas á sus becerrillos,
Mugen los toros, y responde el eco,
Que sale de los montes retumbando.
Los pastorcillos, y las zagalejas,
Sonoros himnos canten al eterno
Autor que baña tu semblante hermoso
De tan alegre luz por la mañana.

(Fr. Manuel Navarrete.)

AL COMETA DE 1825.

Planeta de terror, monstruo del cielo,
Errante masa de perennes llamas
Que iluminas é inflamas
Los desiertos del éter en tu vuelo;
¿Qué universo lejano
Al sistema solar hora te envía?
¿Te lanza del Señor la airada mano
A que destruyas en tu curso insano
Del mundo la armonía?

¿Cuál es tu orígen, astro pavoroso?
El sabio laborioso
Para seguirte se fatiga en vano,
Y mas allá del invisible Urano,
Ve abismarse tu carro misterioso:
¿El influjo del sol allá te alcanza,
O una funesta rebelion te lanza
A ilimitada y férvida carrera?
Bandido inaquietable de la esfera,
Ningun sistema habitas,
Y ¿tan cerca del sol te precipitas
Para insultar su majestad severa?

Huye su luz, y teme que indignado
A su vasta atraccion ceder te ordene,
Y entre Jove y Saturno te encadene,

De tu brillante ropa despojado.
Mas si tu curso con furor completas,
Y le hiere tu disco de diamante,
Arrojaras triunfante
Al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz, yo te amo. Cuando mira
Tu faz el vulgo con asombro y miedo,
Yo al contemplarte, ledo
Elévome al Criador: mi mente admira
Su alta grandeza, y tímida le adora.
Y no tan solo ahora
En mi alma dejas impresion profunda:
Ya de la noche en el brillante velo,
De mi niñez en los ardientes dias,
A mi agitado mente parecias
Un volcan en el cielo.

El angel silencioso
Que hora inocente direccion te inspira,
Se armará del Señor con la palabra
Cuando del libro del destino se abra
La página sangrienta de su ira.
Entónces furibundo
Chocarás con los astros, que lanzados
Volarán de sus órbitas, hundidos
En el éter profundo,
Y escombros abrasados
De mundos destruidos
Llevarán el terror á otro sistema!...
Tente, Musa, respeta el velo oscuro
Con que de Dios la majestad suprema
Envuelve la region de lo futuro:
Tú, cometa fugaz, ardiente vuela,
Y á millones de mundos ignorados
Al Hacedor magnífico revela.

(José María Heredia.)

LAS NUBES.

Gloria á vosotros, vaporosos velos,
Que flotais en la frente de los cielos,
Como alientos perdidos

Del que arrojó los astros encendidos.
O cual leves encajes
Que velan de su rostro la hermosura,
Enseñando al traves de los celajes
De sus azules ojos la dulzura,
El alabastro de su frente hermosa,
Su labio de corales,
Y en bellas espirales
Su cabellera de oro luminosa.

¿O sois, decidme, acaso los reflejos
Del alma de mi Dios? Bendice al mundo
Cuando de oro y de azul pintais la esfera
Y derramais colores
Ricos en fantasías y en amores
Como los años de la edad primera?

¿Contempla el orbe y de placer sonríe
Cuando á la frente cándida del alba
Asomais con el tinte de la rosa,
Cual el rubor al pálido semblante
De vírgen candorosa
Al primer beso de su tierno amante?
¿Al contemplar el mundo,
Se acuerda de su bello paraíso,
Y que el hombre infeliz cambiarlo quiso
Por el que habita lodazal inmundo:
Y por el hombre siente,
Y se le anubla de pesar la frente
Cuando quedais en la tranquila tarde
Con esa luz fantástica, sombría,
Entre el ser y el no ser del tibio dia?

¿Sois el iman entónces misterioso
Que arrastra á meditar el pensamiento
Y agita silencioso
Dentro del corazon el sufrimiento?
¡Quién en vosotras, húmedos los ojos
No clavó alguna vez, cuando del dia
Va muriendo la luz, cual va muriendo
Del alma con los años la alegría,
Y la enlutada noche hasta el ocaso
Llega, cual la vejez, paso tras paso!!

Decid, nubes, decid, ¿sois los reflejos
Del alma de mi Dios?... El rudo crímen
De la obcecada humanidad primera
Arrancó de sus labios soberanos
Tremenda maldicion. Cayó en la frente
De la obra de sus manos
El rayo de su voz omnipotente;
Y vosotras rodando por la esfera
Hidrópicos los senos,
Lanzasteis cual torrente furibundo,
Entre millon de truenos
Las aguas del diluvio sobre el mundo.

Cuarenta veces la inundada tierra
En sus ejes rodó; y en todas ellas
No iluminara el sol ni las estrellas
Las sombras del airado firmamento,
Y tan solo á vosotras en contino
Y rápido volar negras mirara
Lanzando en torbellino
A su maldita frente
Las ondas y las ondas del torrente.
Cumplióse el fallo irrevocable y justo
Del poderoso juez del universo,
Y á su semblante, adusto
Al castigar al crímen del perverso,
Asomó el alegría,
Y vosotras con ella
Bañadas del color del claro dia,
Al decir basta y levantar del arca
El porvenir del mundo en el Patriarca.

Allí está con la réproba Sodoma
Su maldicion tambien. Allí vosotras
Al eco de su voz acudís luego,
Y en encendidas fuentes se desploma
De vuestro rojo seno un mar de fuego...
Y al volver el semblante
De la hirviente ceniza el ser divino,
En pos de su camino
Vais siguiendo su planta
A iluminar de Abraham la ciudad santa.

Allí exhala Jesus al postrimero
Dolorido suspiro en el madero:

Allí tambien ¡oh nubes misteriosas!
Pálidas os contemplo y silenciosas
Cubrir la luz del luminar del cielo
Y por el hombre-dios vestir de duelo.
Decid, nubes, decid, ¿sois el reflejo
Del alma de mi Dios? son sus enojos
Y el eco de su acento,
Y el fuego de sus ojos
Terribles centellando
Cuando en montes trepais al firmamento
La recia y nuda tempestad rodando?
Ese trueno es su voz? Esa serpiente
De fugitiva luz, es la mirada
Que lanza de repente
Al volar su carroza de topacios
Chispeando estrepitosa en los espacios?

Salud nubes, salud!... Si sois las bellas
Luces de un rico y eternal espejo,
Donde el Dios que conserva las estrellas
De su alta voluntad muestra el reflejo!

Y por eso de amor nos estasiamos
Cuando azulais los cielos,
Bellas cual los primeros dulces años;
Y tímidos temblamos
Cuando os tornais encapotados velos
Tristes como los tristes desengaños.
Y en la tarde tranquila
Por eso el corazon medita y flota
En la mar de recuerdos dilatada,
Y del cáliz del alma tibia gota
Empaña la pupila,
Fija en el horizonte la mirada
Por vuestro iman fatídico arrastrada.

Ay! cuántas veces de la verde orilla
Del rio cuyas ondas arrullaron
Mis suenos al nacer, húmeda en llanto
La pálida mejilla,
Mis ojos en vosotros se clavaron!

Y no era aun infeliz! aun no la mente
Desplegando la momia de la vida,
Al corazon valiente
Con su esqueleto lívido asustara,
Y el corazon volviendo

La vista entristecida
Sus lazos con el mundo desatara!

Pero ya un no-sé-qué de misterioso
En el fondo de mi alma se escondia,
Y os procuraba inquieto y silencioso
Entre el ser y el no ser del tibio dia!
Así la jóven que inesperta siente
La primera impresion dentro del alma,
Sin saber el por qué de sus sonrojos
Teme y evita los estraños ojos,
Y el corazon sin calma,
Por el jardin, perdida,
En las flores se fija distraida.
Cuántes veces proscripto y peregrino,
Sin amor, sin hogar, sin esperanza,
Desde estranjera roca
Os contemplé llorando mi destino,
Y con esa espresion que nunca alcanza
El labio á repetir, el alma mia
Os contó sus pesares,
Triste como el crepúsculo del dia,
Desde el areno de estranjeros mares! ....

Hay momentos ¡ o nubes!
Que misterioso eléctrico fluido
El alma con vosotras armoniza,
Y al hombre con el polvo confundido
Angel segunda vez lo diviniza.

Os he visto cubrir los horizontes
Del cielo tropical, y erais ¡ oh nubes!
De oro y rubíes movedizos montes.
Si tiene el Hacedor trono y querubes,
Ni el trono es mas espléndido de galas,
Ni las pequeñas alas
De los querubes bellos
Mas bordados de fúlgidos destellos.
Allí el amor de mi adorada hermosa
Era un perfume emanacion de vida:
Allí era la mujer purpúrea rosa
De la guirnalda del Señor caida.

Mas ¡ ay! tambien del aterido polo
Cubrís los cielos como pardo manto:

Y yo desde un bajel perdido y solo
Donde nadie cantó, Nubes, os canto.
Despeñadas cruzais el firmamento
Rápidas como herido pensamiento,
Y atónita os contempla
Mi alma, como el enojo soberano
Lanzado en derredor de este Oceano,
Que encarcelado y solo
Entre el linde de América y del mundo,
Maldice de su cárcel los confines,
Y en rudos parasismos
Sacudiendo sus crines
Salta de los abismos
Para invadir los cielos furibundo.

Y desde el frágil tembloroso leño,
Dios y la humanidad en mi memoria,
La humanidad con su doliente ceño,
Dios con su poderío y con su gloria;
Decid, nubes, decid ¿quién un tributo
No os rindió alguna vez? En el contento,
O con el alma en luto,
¿Qué mortal no os ha dado un pensamiento?

En las noches serenas
Cuando flotais en torno de la luna
Cual ondas de humo de encendida pasta,
Que sostenidas en el aire apénas,
Soplo sutil á deshacerlas basta,
El corazon dolido,
¿Qué madre no ha llorado con vosotras
El dulce fruto de su amor perdida?
O amorosa y prolija,
No imaginó entre flores,
El porvenir de su inocente hija?...

¿Qué vírgen no os ha dicho sus amores,
O la tardía ausencia
Del ídolo feliz de su existencia?
En la noche sombría
Cuando volais en densa muchedumbre
Como inquietas ideas
De recóndita negra incertidumbre,
Adónde el alma impía
Que miró sin temor al cielo airado?

¿Qué genio no ha volado
En alas de su ardiente fantasía?
¿Qué desterrado, acaso,
En los velos de nácar y zafiro
Que bajais al Ocaso,
No ha mandado á su patria algun suspiro?...

Pasad, nubes, pasad; pasad serenas
Para aliviar las escondidas penas
De mis tristes hermanos en el Plata.
Y del proscripto Bardo
Que vaga peregrino
Y os canta ¡oh nubes! desde el frágil pino,
Revelad á su patria bella
Cuánto suspira el corazon por ella:
Que por ella en el mundo errante llora,
Y cuanto mas padece mas la adora.

(José Marmol.)

EL ARCO IRIS.

Arco sublime de triunfo
Que adornas el vasto cielo
Cuando su confuso velo
Recoge la tempestad;
No al oráculo severo
De la alma filosofía
Pregunta la mente mia
La causa de tu beldad.

Paréceme como en tiempo
De mi niñez deliciosa,
Cuando tu frente radiosa
Parábame á contemplar;
Y estacion te imaginaba
Para que entre tierra y cielo
Descansara de su vuelo
Del justo el alma inmortal.

¿Pueden los ópticos frios
Esplicar tu forma bella

Para agradarme con ella
Cual mi ignorancia feliz?
En lluvia fugaz convierten
El espléndido tesoro
De perlas, púrpura y oro,
Que ardiente soñaba en tí.

Cuando á natura la ciencia
Quita el misterioso encanto,
Cuánto disminuye, cuánto
El brillo de su beldad!
Cuál ceden á yertas leyes
Mil deliciosas visiones!
Cuán plácidas ilusiones
Miramos ¡ay! disipar!

Pero el mismo omnipotente
Nos revela, arco divino,
Tu orígen y tu destino
Con su palabra inmortal:
Al dibujarse tu frente
En el cielo y mar profundo,
Al cano padre del mundo
Fuiste sagrada señal.

Cuando tras fiero diluvio
La verde tierra te amaba,
Cada madre á su hijo alzaba,
A ver el arco de Dios.
El campo te daba incienso,
Y aroma pura la brisa,
Cuando en tu luz la sonrisa
Del cielo resplandeció.

Y como entónces brillabas,
Sereno brillas ahora,
Y cual del mundo la aurora,
Su fin tremendo verás:
Que Dios, fiel á su promesa,
Intacta guarda tu gloria,
Para perpetua memoria
De que á la tierra dió paz.

De la música primera
Sonó en tu honor el acento,
Y del primer poeta el viento
Oyó la mágica voz.

Sigue, pues, siendo mi tema,
Símbolo de la esperanza,
Fiel monumento de alianza
Entre los hombres y Dios.

(José María Heredia.)

EN UNA TEMPESTAD.

AL HURACAN.

Huracan, huracan, venir te siento
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible
En su curso veloz. La tierra en calma
Siniestra, misteriosa,
Contempla con pavor su faz terrible.
¿Al toro no mirais? El suelo escarba
De insoportable ardor sus piés heridos,
La frente poderosa levantando,
Y en la hinchada nariz fuego aspirando
Llama la tempestad con sus bramidos!
Qué nubes! qué furor! El sol temblando
Vela en triste vapor su faz gloriosa,
Y su disco nublado solo vierte
Luz fúnebre y sombría,
Que no es noche ni dia.....
Pavoroso color, velo de muerte!
Los pajarillos tiemblan y se esconden
Al acercarse el huracan bramando,
Y en los lejanos montes retumbando
Le oyen los bosques, y á su voz responden.
Llega ya.... ¿No le veis? Cuál desenvuelve
Su manto aterrador y majestuoso!...
Gigante de los aires, te saludo!...
En fiera confusion el viento agita
Las orlas de tu parda vestidura....
Ved!... en el horizonte

Los brazos rapidísimos enarca,
Y con ellos abarca
Cuanto alcanzo á mirar de monte á monte.
Oscuridad universal!... Su soplo
Levanta en torbellinos
El polvo de los campos agitado!...
En las nubes retumba despeñado
El carro del Señor, y de sus ruedas
Brota el rayo veloz, se precipita
Hiere y aterra al suelo,
Y su lívida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia?... Desatada
Cae á torrentes, oscurece el mundo,
Y todo es confusion, horror profundo.
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¿Dó estais?... os busco en vano:
Desparecisteis.... La tormenta umbría
En los aires revuelve un oceano
Que todo lo sepulta....
Al fin, mundo fatal, nos separamos;
El huracan y yo solos estamos.
¡Sublime tempestad! Cómo en tu seno
De tu solemne inspiracion henchido,
El mundo vil y miserable olvido
Y alzo la frente de delicia lleno!
¿Dó está el alma cobarde
Que teme tu rugir?... Yo en tí me elevo
Al trono del Señor: oigo en las nubes
El eco de su voz: siento á la tierra
Escucharle y temblar. Ferviente lloro
Desciende por mis pálidas mejillas,
Y su alta majestad trémulo adoro.

(José Maria Heredia.)

LA TEMPESTAD Y LA CALMA.

.... Move espanto,
Vendo que se sostem nas ondas tanto.
(Camoens.)

¡Cuál bramas, mar ferviente, y de tu seno
Airado lanzas espumantes olas!
¡Cómo de saña lleno

Luchas contigo mismo
Y turbas el abismo!

¡Ay! ya niega su luz el rubio Febo,
Ya no refleja en tu cristal su llama;
La noche del Erebo
Corre el funebre manto
De tinieblas y espanto.

¡A tu rido formidable y bronco
Del seno oscuro de la espesa nube
Estalla el trueno ronco
Que por la esfera zumba;
Y horrísono retumba;

Y el relámpago breve y luminoso
Se repite, anunciando el fuerte trueno,
Y este al rayo espantoso:
Así es que no termina
Fuego, estridor, ruina!

Y Eolo suelta los fugaces vientos
De sus húmedos antros, y seguidos
De huracanes violentos
Hinchan el oceano,
El cual se agita insano.

Mas ay! que con un débil blando pino
La oscura tempestad furiosa juega,
Y flotando sin tino
La frágil navecilla
Se aproxima á la orilla;

A la orilla, de rocas escarpadas
Guarnecida: y en ellas á estrellarse
Sus tablas mal trabadas
Vuelan con rumbo incierto,
Cual si ese fuera puerto.

Y el piloto aturdido, que al acaso
El timon y la brújula confía,
Porque en tan arduo caso
Ya ve inútil su arte,
Toma en el llanto parte.

Siente en aquel momento, no su vida,
Sino al anciano padre, al higo tierno

Y á la esposa querida,
Que deja en la indigencia
Si pierde la existencia.

Entónces tiende por el ancho cielo
Flébiles ojos, y á distancia mira
Un lampo de consuelo;
Las nubes enrarecen,
O bien desaperecen.

Brilla el astro criador; su voz calmando
El huracan; las aguas se nivelan,
Y un vientecillo blando,
Que leve se desliza,
Las frescas ondas riza.

Prosigue el nauta su maniobra y cierto
De dulce calma que promete el íris,
Corre á tomar el puerto,
Alegre y victorioso
Del piélago espantoso.

Así el triste se salva de inminente
Riesgo de ver su nave dividida,
Y aunque este le amedrente,
Le queda la esperanza
Que vendrá la bonanza.

Y así la frágil existencia mia
En la furiosa tempestad que sufre,
Con las penas porfía
Hasta que llegue el alma
A recobrar la calma.

(Gabriel A. Real De Azua.)

EL VERANO.

Ya lanzo al fin mi rústica piragua
En las ondas ¡oh estío! de tu mar,
No agites, no, contra su prora el agua,
Deja que cumpla su destino en paz.

Deja que siga en veloz carrera
El carro eterno del fecundo sol,
Y que aborde por fin á una ribera,
Donde halle un campo y en su bosque un Dios.

Deja se aduerma á mis cantares la ola
Y humilde halague mi infeliz batel,
La fama al oirlos, con gloriosa aureola
Mi sien de niño ceñirá talvez.

Y ora del prado en las floridas galas,
A la sombra de verde pabellon,
Traeráme el aura en sus fragantes alas
Refugio blando á mi azaroso ardor:

Ya en su ancha taza la sonora fuente
Sus limpias aguas brindará á mi sed,
Y allí inspirando su frescor la mente
¡Oh sol! tus cantos modular podré.

O allí el naranjo de escarlato y verde
Su estensa copa brindará talvez,
Y el bello fruto que entre azahar se pierde
Bálsamo dulce á mi calor será:

O acá el granado sus purpúreos globos
Con su agridulce brindará tambien,
Y los coposos altos algarrobos
De fresca sombra me darán dosel:

O mas allá la bi-frutal higuera
Que en los misterios escondió la flor,
Con su ancha copa llenará la esfera,
Y á un limpio arroyo privará del sol.

¡Y, qué delicia en lo alto del cogollo
Su dulce fruto de ébano gustar,
Luego bajando al fondo del arroyo
Dejar nos lama trémulo el cristal!

En ella encierra el pueblo una creencia
Heredero de santa tradicion......
Cuánto halaga la mísera existencia
Hallar en todo y por do quiera un Dios!

Dicen se ven celestes resplandores
En su copa la noche de San Juan,

Y apareciendo súbito sus flores
Ciérranse al punto y la ilusion se va.

Pobre de aquel, se dice, que quisiere
El misterioso arcano sorprender,
La cólera de Dios allí le hiere
Y á otro mundo refiere lo que ve.

Todo al verano ofrece su tributo,
Al impulso feraz de ardiente sol.
Yo me deleito en ir de fruto en fruto
Bendiciendo la mano de mi Dios.

(JACINTO CHACON.)

EL VERANO.

Ya el verano se acerca
Coronado de rosas,
Vertiendo por los campos
Flores de todas formas.
Los prados que rodean
Mi granja encantadora,
Empiezan á cubrirse
De yerbas olorosas.
¡Ojalá vieras, Fabio,
La fuente bullidora
Que baña los cimientos
De una arruinada choza!
A su orilla sentado
Vieras rodar las olas,
Formando remolinos
Las aguas espumosas.
El manzano que un dia
Junto á musgosa roca
Plantámos los dos juntos
Al despuntar la aurora,
Qué airoso está! qué bello!
Qué gentilmente asoman
Las sobrosas manzanas
Entre las verdes hojas!
Aquella grande palma
De susurrante copa,

A cuyo pié dormias
Las siestas calorosas,
Ya por el suelo yace
Falta de jugo y hojas:
Ejemplo formidable
A las hermosas todas.
¡Qué seca está! qué triste!
Los pájaros se asombran
Cuando ven abatida
Palma tan orgullosa.
Pero la que sembraste
En la cercana loma,
Esa sí está muy bella,
Muy verde y silbadora.
¡Cuántas veces sentado
Bajo su inmensa copa
Miro alzarse la luna
Espléndida y redonda!
Deja el poblado, Fabio,
Deja su vana pompa,
Que el verano se acerca
Coronado de rosas.

(José Bernardo Conto.)

LAS FLORES.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA....

Hermosas en la espléndida mañana
Alzais ¡oh flores! la hechicera frente,
Porque el aura gentil que os engalana
Venga á daros sus besos inocentes.

Ojalá que rodando placentero
En las alas del aura el canto mio,
Se prenda en algun caliz hechicero
Como una fresca gota de rocío:

Ojalá que por siempre lindas flores
Inspiraseis mi loca fantasía...
Ojalá mis recónditos dolores
Entre vosotras adurmiera un dia.

Felices sois que en el jardin precioso
Por los juegos del viento remecidas,
Sin que os turben el plácido reposo
Vuelan las horas leves y perdidas.

Felices sois que no teneis una alma
Ni un corazon que siente la amargura,
Vosotras bellas que dormís en calma
Miéntras el aura en derredor murmura.

Felices sois que al rayo de la aurora
El seno alzais bellísimo y galano,
Porque las perlas que preciosa llora
Venga á traeros el céfiro liviano.

Y no teneis ni un vago pensamiento;
Ni una espina en el cáliz oloroso
Que brinde solo matador tormento
Robando á la existencia su reposo.

Felices sois... ¿pero por qué marchitas
Doblais á veces las hermosas frentes,
Y pareceis que vegeteis malditas
Las secas hojas arrugando ardientes?

¿Porqué cerrais el seno perfumado
Y á las auras huyendo con desvío
Ni os levanta la luz del sol dorado,
Ni os refresca el purísimo rocío?

Cuando así estais, sin duda el sentimiento
Os cubre con su manto de agonía,
Luego teneis tambien un pensamiento,
Una alma y una ardiente fantasía.

Luego tambien teneis en esta vida
El llanto y el placer, preciosas flores,
Y esa esperanza que en el corazon anida
Y ese fuego que encienden los amores.

Luego teneis pasiones roedoras
Que vuestras frentes al dolor dobleguen,
O ilusiones de amor encantadoras
Que los senos purísimos os rieguen.

Tal vez cuando columpia su albo coche
La reina de la noche limpia y grave,

Abrais del seno el delicado broche
Por recibir un beso puro y suave.

Tal vez en un lenguaje misterioso
En el jardin donde yaceis unidas,
Os mandais con el viento voluptuoso
Pensamientos de amor, flores queridas.

Tal vez amándoos en union divina,
Miéntras la fuente vuestros piés halaga,
Resbala la existencia peregrina
Y en las alas de amor tranquila vaga.

Si es cierto que abrigais, cándidas flores,
La blanca luz de hermosa fantasía,
Si mucho gozareis, tambien dolores
Vendrán á tormentaros dia á dia.

Mil veces miraréis al ronco viento
Tronchar el tallo de la flor querida,
Y enredarla en sus pliegues turbulento
Y verla, ay triste! para siempre ida.

Otras veces veréis hoja por hoja
Arrancar el revuelto torbellino,
Y la flor bella á quien el viento arroga
Ir á cruzar el polvo del camino.

Y así tendréis en la existencia amarga
Eternos dias de tristeza y llanto....
Eternos, sí, porque la vida es larga
Si la angustia lo envuelve con su manto.

Mas si esperanza, oh flores, os asiste,
Tal vez en el sufrir tendréis la calma,
Esperar y sufrir, cualidad triste
Del ser que siente porque abriga una alma.

(Eusebio Lillo.)

A UNA MARIPOSA.

Fugaz mariposa,
Que de oro y zafir

Las alas ostentas,
Alegre y feliz:

¡Cuál siguen mis ojos
Tu vuelo gentil,
Que al soplo despliegas
Del aura de abril!

Ya rauda te lanzas
Al bello jardin,
Ya en rápidos giros
Te acercas á mí.

Del sol á los rayos
Que empieza á lucir,
¡Con cuánta riqueza
Te brinda el pensil!

Sus flores la acacia
Despliega por tí,
Y el clavel fragante
Su ardiente rubí.

Abre la violeta
Su seno turquí,
La anémona luce
Su vario matiz.

Ya libas el lirio,
Ya el fresco alelí,
Ya trémula besas
El blanco jazmin.

Mas ¡ay! cuán en vano
Mil flores y mil,
Por fijar se afanan
Tu vuelo sin fin!...

Ay! que ya te lleva
Tu audaz frenesí
Do ostenta la rosa
Su puro carmin.

Temeraria, tente!
¿Dó vas, infeliz?...
¿No ves las espinas
De punta sutil?

Torna á tu violeta,
Torna á tu alelí,
No quieras, incauta,
Clavado morir.

(Gertrudis G. De Avellaneda.)

PASEO POR EL BETIS.

Ya del Bétis
Por la orilla
Mi barquilla
Libre va.

Y las auras
Dulcemente
En mi frente
Soplan ya.

Boga, boga,
Buen remero,
Que el lucero
Va á salir:

Y á occidente
Ledo sube
En su nube
De zafir.

De la tarde
Que ya espira,
Se retira
Lento el sol:

Y á medida
Que se aleja,
Huellas deja
De arrebol.

A ocultarse
Va sereno
En el seno
De la mar.

Y del cielo
Cae en tanto
Leve llanto
Sin cesar.

Con su riego
Mil olores
Dan las flores
Del pensil,

Halagadas
Por la brisa,
Blanda risa
Del abril.

Busca el nido,
Do se mece
Y adormece
Luego al fin

En las ramas
Del granado
El pintado
Colorin.

Y allá léjos
De la orilla
Ve á Sevilla
Reposar,

De cien torres
Coronada,
Perfumada
De azahar.

Sorprendente
Panorama,
Do derrama
Su fulgor,

De la noche
Mensajero,
El lucero
Brillador.

Oh! no esperes
A que muera

La postrera
Claridad.

Boga, boga,
Buen remero,
Mas lijero,
Por piedad!

(Gertrudis G. De Avellaneda.)

A UNA MARIPOSA.

SONETO.

Hija del aire, nívea mariposa,
Que de luz y perfumes te embriagas,
Y del jazmin al amaranto vagas,
Como del lirio á la encendida rosa;

Tú que te meces cándida y dichosa
Sobre mil flores que volando halagas,
Y una caricia por tributo pagas
Desde la mas humilde á la orgullosa;

Sigue, sigue feliz tu raudo vuelo,
Placer fugaz, no eterno, solicita,
Que la dicha sin fin solo es del cielo:

Fijar tu giro vagaroso evita,
Que la mas bella flor que adorna el suelo
Brilla un momento y dóblase marchita.

(Gertrudis G. De Avellaneda.)

EL AZAHAR.

Flor sencilla á cuya vida
Breves horas marca el cielo,
Para imágen en el suelo
Del contento mundanal.

Es tu aroma regalado
A mi espíritu doliente,
Cual de vírgen inocente
El cercano respirar.

Tiernas hojas nacaradas
Te dió grata la natura,
Y á tu cáliz la amargura
De las hieles del amor.

En su negra cabellera
La hermosura te ensortija,
O tu trono alegre fija
En sus labios de rubí.

En tí encuentra blando alivio
El ausente que padece,
Tu belleza se le ofrece
La que su alma cautivó;

Y mirándote arrobado,
Mil recuerdos en su mente
Se despierten blandamente:
¡Mil recuerdos de placer!

¡Cuántas veces mis temores,
Flor querida, disipaste!
¡Cuántes veces mitigaste
De mi amada la esquivez!

Hoy de nuevo la esperanza
En tí el alma deposita,
¡La esperanza! que marchita
Veré luego con la flor.

(Adolfo Berro.)

AL JAZMIN.

Blanca flor que en la mañana,
Empapada del rocío,
Das consuelo al pecho mio
Con tu aroma sin igual;

Vida tienes en la rama,
Cual mis dichas, un momento;
Que marchitas al aliento
Ceden luego del pesar.

Culto rinden á tu imperio
Las mosquetas y las rosas;
Que te ponen las hermosas
Para ornato allá en su sien.

En el llanto te formaste
De una vírgen sin ventura,
Que del alma la amargura
Dió á tu cáliz al nacer.

Cuando cesa en alta noche
De los hombres el murmullo,
Abre luego tu capullo
Matizado de arrebol.

Y al brillar la luz serena
De la aurora apetecida
En tí encuentra nueva vida
El inquieto picaflor.

Dió á tus hojas la natura
El color de la esperanza;
Que tu aroma solo alcanza
Doblegar á la esquivez.

Yo te vi en el puro seno
De quien causa mis dolores;
La mas bella entre las flores
Desde entónces te llamé.

De la cruz que mi sepulcro
Marque al pio viandante
No te apartes un instante,
Aromático jazmin.

Al mirarte así enlazado,
Pensativa y lacrimosa,
Dirá acaso alguna hermosa:
«Fué poeta é infeliz.»

(Adolfo Berro.)

LAS FLORES.

Solo el que no es dichoso sufriendo oculta pena
Comprende cuánto vale una olorosa flor,
Cuando con dulce risa de mil encantos llena
La ofrece una belleza, teñida de rubor.

Las flores son un bálsamo al alma acongojada,
Que al respirar su aroma se eleva á otra region,
A esa region sublime en sueños figurada
Donde todo es ventura, donde todo es pasion.

Cuando presa la mente de pensamiento impío
Olvida cuanto tiene el hombre en derredor,
Y no hay en torno suyo mas que ese desden frio
Que marchita una á una las horas del amor;

Es dichoso si entónces una amiga mano,
Le brinda cariñosa, con tímido mirar,
Una flor olorosa que su dolor tirano
Embota, y un momento suaviza su pesar.

Acaso se respiran aromas en el cielo:
Tiene algo de divino la esencia de una flor;
Y cuando yo he soñado con mi ángel de consuelo
Una flor en el seno le vi de albo color.

Cuánto, cuánto se goza, si en la sombría
Al reclinar cansada la calorosa sien,
Se desliza hasta el alma la célica ambrosía
De flores que una bella brindara sin desden!

Tal vez en ese instante resbala silenciosa
Una lágrima ardiente que nadie enjugará!
Tal vez algun suspiro del alma congojosa
Se pierde entre sus hojas... y las marchitará!

(José Maria Cantilo.)

LA MARIPOSA.

Inocente mariposa
Que andas vagando sencilla
Del Atoyac á la orilla
Las puras tardes de abril.

Los cazadores te asustan
Y dejas la flor mas bella,
Pero retornas á ella,
Y chupas luego otras mil.

Bates las alas azules
Por la ribera arenosa,
En donde la agua espumosa
Se quebranta con furor.

En tanto tú sosegada
Te diviertes á tus solas
Con ver las movibles olas,
Movibles como el amor.

En vano un inquieto niño
Te acecha allá entre las ramas,
Pues burlas todas sus tramas
Solo con querer volar.

No conseguirá el travieso
Despojarte de tus galas,
No te arrancará las alas
Ni aun te las podrá empañar.

Pura eres como la luna,
Y airosa como la palma,
Que vive en la dulce calma
Del desierto en que nació.

El alba, el agua y las flores
Encantan tus bellas ojos,
Y por la tarde los rojos
Celajes que el sol tiñó.

Lleno el corazon de luto
Envidio tus dulces dias,
Tus sencillas alegrías
Y tu inocente candor.

Miéntras que paso la vida
Sumido en negra tristeza,
Léjos de aquella belleza
En quien coloqué mi amor.

(Manuel Carpio.)

LA PALMA DEL DESIERTO.

AL SR. D. CARLOS BELLO.

Palma altiva y solitaria
Que en los bosques te presentas,
O en agreste fado ostentas
Tu gigante elevacion:
Ese ruido misterioso
Que se escucha en tu ramaje,
¿Es acaso tu lenguaje;
Es tu idioma; es tu espresion?

Respondes, quizá, y no entiendo
Tu respuesta, palma bella,
Por mas que quisiera en ella
Lo que dices comprender:
Mas yo escucho tu murmullo,
Y que tú me hablas sospecho.
¡Ay, no puedo satisfecho
Tus palabras entender!

De tus abanicos verdes,
Por el céfiro movidos,
Los misteriosos sonidos
Creo que palabras son.
Porque ¿qué es la voz humana,
Si palabras articula,
Sino el aire que modula
El hombre con precision?

Si él espresa en sus palabras
Ideas y pensamientos,
¿Quién sabe si tus acentos
Ideas no son tambien?
Ideas que tú á tu modo
Espresas en tu lenguaje
Modulando en tu ramaje
El aire con tu vaiven?

Pero sea lo que fuere,
Bástame á mí para amarte,
Tan gallarda contemplarte,
Tan altiva, y tan gentil;

Mas, sabiendo que á las naves
Do truena el bronce horadado,
Jamas una tabla has dado
Ni á una lanza duro astil.

Por tí ningun pueblo llora
Los males de la conquista;
Ninguno se halla en la lista
De los esclavos por tí.
Al contrario al hombre enseñas
Que el primer bien de la vida,
Es buscar una querida
Cuando tú lo haces así.

En vano la primavera
De flores el campo inunda,
Tu caliz no se fecunda
Si compañera no ves:
Pero si otra copa erguirse
Divisas á la distancia,
Racimos en abundancia
Se desgajan á tus piés.

Alzarse graciosa he visto
Mas que el pino tu cabeza,
Y ostentar su gentileza,
A orillas del Paraná.
He visto al añoso cedro
Dominar la selva ufano,
Y me ha parecido enano
Siempre que á tu lado está.

Si las aves del desierto
En tu copa hacen su nido,
Jamas al pichon querido
Tu altura le ha sido infiel:
Cuando sin alas implume
No puede arrojarse al viento,
Entre tus ramas contento
No teme un asalto cruel.

Ah si en ardorosa siesta
Me das tu sombra propicia,
Y el cefirillo acaricia
Tu verde copa al pasar;

Cuán dulce, cuán delicioso
Es quedarme allí dormido,
Al son del blando gemido
Que repites sin cesar!

En tí la imágen admiro
Del ángel que es mi tesoro,
De la bella que yo adoro
Tú me das la copia fiel;
En ese talle gallardo
Con que se engalana el valle,
De su delicado talle
La redondez veo en él.

La fragancia de tus flores
El aroma es de su aliento,
Que al acercarme de ella siento
Perfumar su alrededor;
Y embriagado al aspirarlo
Es tan dulce su incentivo,
Que si entónces sé que vivo
Es porque muero de amor.

Cada ramo de tu copa
Que sombrea el tronco bello,
Un rizo es de su cabello
Que el cuello viene á sombrear.
Y los racimos do escondes,
Linda palma, tu simiente,
El blanco pecho turgente
Me parecen diseñar.

Ojalá que un siglo entero
Te mire verde y frondosa,
Ojalá que majestuosa
Tu tronco eleves galan;
Sin que roedor gusano
Haga de horadarlo ensayo;
Sin que lo consuma el rayo
Ni lo quiebre el huracan.

Otra fortuna no envidio
Que descansar á tu sombra,
Bajo la olorosa alfombra
De trébol que hay á tu pié.

No importa que sepultura,
En la bella patria mia
Me niegue la tiranía,
Con tal que á tu sombra esté.

(JUAN GODOY.)

CEDRO Y PALMA.

De un arroyo sin nombre en las orillas
La palma con el cedro se enlazó,
El viento que juntara sus semillas
Los ramos de los ramos separó.

El sol que tanto fecundó su vida
Lisonjero halagándola al nacer,
Vibró mas fuerte la calor querida,
Quemó las fibras y agostó su ser.

El agua que regalo era á su frente
Y espejo á la hermosura era en su pié,
Desatando la lluvia y la corriente,
Azote y tumba á sus amores fué.

Nada valió la oscuridad de asilo,
Nada el misterio de ignorado amor.
Hermoso el sol amaneció tranquilo
Y era no mas que un dia de dolor.

El viento, el sol, el agua, les dió el cielo
Prendas asaz de duradero bien,
Bastó que fuera su morada el suelo,
Les fué un erial el prometido Eden.

Solitario y desnudo el cedro queda
Simpático y gigante en el sufrir,
La tempestad en su cabeza rueda,
Sin poder arrancarlo ni abatir.

(JUAN CARLOS GOMEZ.)

EL PENSAMIENTO.

O flor de alta fortuna.
(RIOJA.)

Yo soy una flor oscura
De fragancia y hermosura
Despojada,
Flor sin ningun atractivo
Que solo un instante vivo
Acongojada.

Nací bajo mala estrella,
Pero me miró una bella
Enamorada,
Y me llamó pensamiento,
Y fuí desde aquel momento
Flor preciada.

No descuello en los jardines
Como los albos jazmines
O las rosas;
Pero me buscan y admiran,
Me contemplan y suspiran
Las hermosas.

Si me mire algun ausente
Que de amor la pena siente,
Cobra vida;
Y es feliz imaginando
Que en él estará pensando
Su querida.

Yo soy grata mensajera,
Que bajo forma hechicera
Voy volando;
A llevar nuevas de dicha,
Al que vive en la desdicha
Suspirando.

Símbolo del pensamiento,
Del amor y el sentimiento,
Mi destino;
Es deleitar al que adora,
Y consolar al que llora
Peregrino.

(ESTEVAN ECHEVERRIA.)

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

De otoño el viento, la tierra
Llenaba de hojas marchitas,
Y en el valle solitario
Mudo el ruiseñor yacia.

Solo y moribundo un jóven
Lentamente recorria
El bosque donde jugaba
En sus niñeces floridas.

«Adios adorado bosque,
Voy á morir, le decia,
Y mi fin desventurado
Tus hojas ¡ ay ! vaticinan.
La enfermedad que mi seno
Está devorando impía,
Pálido cual flor de otoño,
Hácia el sepulcro me inclina.
Apénas breves instantes
Disfruté la dulce vida,
Y siento mi primavera
Cual sueño desvanecida.
Caed efímeras hojas
Y por el suelo tendidas,
A mi desolada madre
Ocultad mi tumba fria.
Mas si mi amante velada
Viene en la tarde sombría
A llorar en mi sepulcro,
Agitándoos conmovidas,
Despertad mi triste sombra;
Y su fiel llanto reciba.»

Dijo y partió .... para siempre !
Murió y al tercero dia
La sepultura le abrieron
Debajo la árida encina.
Su madre, ay ! por poco tiempo,
Vino á llorarle afligida;
Pero no su fiel amante
Como el infeliz creia.
Solo del pastor los pasos
En aquella selva umbría,

Perturban hoy el silencio
En torno de sus cenizas.

(José María Heredia.)

LOS TRÓPICOS.

(FRAGMENTOS DE UN POEMA MANUSCRITO:
«EL PEREGRINO.»)

Y en medio de las sombras
Enmudece la voz del peregrino,
Y el rumor de las ondas solamente
Y el viento resbalando por el lino,
Sobre el Fénix se oia,
Que como el genio de la noche huia
En las alas del viento tristemente;
Alumbrando sus huellas
Sobre el azul y blanco las estrellas.

. . . .

Qué bello es al que sabe sentir con la natura
Pasar al mediodía del circo tropical,
Y comparar el cielo de la caliente zona
Con el que tibia pinta la luz meridional.

Los trópicos! radiante palacio del crucero,
Foco de luz que vierte torrentes por do quier!
Entre vosotras toda la creacion rebosa
De gracia y opulencia, vigor y robustez.

Cuando miró imperfecta la creacion tercera
Y le arrojó el diluvio la mano de Dios,
Naturaleza llena de timidez y frio
Huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo: «basta!» volviéndola sus ojos,
Y decretando al mundo su nuevo porvenir,
El aire de su boca los trópicos sintieron
Y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entónces como premio del hospedaje santo
Naturaleza en ellos su trono levantó,
Dorado con las luces de la primer mirada,
Bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas; las cristalinas fuentes,
Los bosques de azucenas, de mirtos y arrayan:
Las aves que la arrullan en melodía eterna,
Y por su linde rios mas anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas,
Se visten con las nubes, de la cintura al pié:
Las tempestades ruedan y cuando al sol ocultan
Se mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno engalanado de primavera eterna,
No habita ese bandido del Andes morador,
Que de las duras placas de sempiterna nieve
Se escapa entre las nubes á desafiar al sol.

Habitan confundidos la tigre y el jilguero,
Tocanos, guacamallos, el leon y la torcaz,
Y todos, cuando tiende su oscuridad la noche
Se duermen bajo el dátil, en lechos de azahar.

La tierra, de sus poros vegetacion exhala
Formando pabellones para burlar al sol,
Ya que su luz desdeña, pues tiene el diamante
Del oro y topacio magnífico esplendor.

Naturaleza vírgen, hermosa, radiante,
No emana sino vida y amor y brillantez:
Donde cayó una gota del llanto de la aurora,
Sin ver pintadas flores no muere el astro rey;

Así como la niña de quince primaveras
De gracias rebosando, de virginal amor,
No bien recibe el soplo de enamorado aliento
Cuando á su rostro brotan las rosas del rubor.

Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde
Resbala como tibio suspiro de mujer,
Y en voluptuosos giros besándonos la frente
Se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas ay! otra indecible, sublime maravilla
Los trópicos encierran, magnífica: la luz.
La luz ardiante, roja; cual sangre de quince años,
En ondas se derrama por el espacio azul.

Adónde está el acento que describir pudiera
El alba, el mediodía, la tarde tropical;
Un rayo solamente del sol en el ocaso,
O del millon de estrellas un astro nada mas?

Allí la luz que baña los cielos y los montes
Se toca, se resiste, se siente difundir;
Es una catarata de fuego despeñada
En olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo
Que cual si reflectase de placas de metal,
Traspasa como flecha de imperceptible punta
La cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos, espléndidos radiantes
Que en torbellino brota la frente de Jehová
Parado en las alturas del Ecuador mirando,
Los ejes de la tierra por si á doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa vivifica
La tierra que recibe los rayos de su sien,
E hidrópica de vida revienta por los poros
Vegetacion manando para alfombrar su pié.

Y cuando el horizonte le toma entre sus brazos,
Partidas las montañas fluctuando entre vapor,
Las luces son entónces vivientes inflamados
Que en grupos se amontonan á despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses
Caracoleando giran en derredor á él,
Y azules mariposas en bosques de rosales
Coronan esparcidas su rubicunda sien:

Y mas arriba, cisnes de nítido plumaje
Nadando sobre lagos con lindes de coral,
Saludan el postrero suspiro de la tarde
Que vaga como pardo perfume de la altar.

Y muere silenciosa mirando las estrellas
Que muestran indecisas escuálido color;
Así como las hijas en torno de la madre
Cuando recibe su alma la mano de Dios.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos
Las fantasías bellas de los poetas van,

Son ellas las que brillan en rutilantes mares
Allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma;
Allí se poetiza la voz del corazon:
Allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
Discurren solamente por la region de Dios.

Un poco mas... y el mustio color de las estrellas
Al paso de la noche se aviva en el cenit,
Hasta quedar el cielo bordado de diamantes
Que por engaste llevan auréolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas,
Parecen las ideas del infinito ser,
Que vagan en el éter en glóbulas de lumbre
No bien que de su labio se escapan una vez:

Y en medio de ellas rubia, cercana, trasparente,
Con íris y auréolas magníficas de luz,
La luna se presenta como la vírgen madre
Que pasa bendiciendo los hijos de Jesus.

(José Marmol.)

CANTO Á LA CORDILLERA DE LOS ANDES.

(DEDICADO AL SR. DON P. PALAZUELOS Y ASTABURUAGA.)

En qué tiempo, en cuál dia, ó en qué hora
No es grandioso, soberbio é imponente,
Altísima montaña,
Tu aspecto majestuoso!
Grande, si el primer rayo de la aurora
Se refleja en las nieves de tu frente:
Grande, si desde en medio del espacio
El sol las ilumina;
Y magnífico, en fin, si en el ocaso
Tras de la onda salada y cristalina
Su disco refulgente se ha escondido,
Dejando en tu alta cumbre
Algun rayo de luz que nos alumbre;
Aunque no veamos ya de dó ha partido.

¿Qué mortal atrevido es el que ha osado
Á tus escelsas cimas elevarse?
¿Quién es el que ha estampado
En las eternas nieves que las cubren
El rastro de su planta?
El condor que en su vuelo
Mas allá de las nubes se levanta,
Y que á escalar el cielo
Parece destinado,
Jamas fijó la garra ensangrentada
En tus crestas altísimas en donde
A la tierra Argentina el sol se esconde.
Qué sublime y grandiosa es la presencia
En las ardientes noches del verano;
Cuando la luz incierta de la luna
Alumbra una por una
Las hondas quiebras de tu frente altiva!
Al contemplar mi mente
La siempre caprichosa alternativa
De eminencias sin límite patente,
Y de profundidades sin medida,
Absorta y conmovida
Cree estar viendo los pliegues del ropaje
De un fantasma nocturno cuya planta
En la tierra está fija,
Y su cabeza al cielo se levanta.
¿Qué serian los Alpes, el Caucaso,
El Pirineo, el Atlas y Apeninos,
Si se hallaran vecinos
Al agreste empinado Chimborazo?
Solo tú, Dolhaguer, de las alturas
Que el mortal ha podido
Sujetar á mensuras
Mas alto te levantas;
Pero ¿quién ha medido
El gran Loncominí, ni el Illacmani?
Y quién del Tupungato inaccesible
La enorme elevacion ha calculado?
Cordilleras inmensas donde el hielo
A los fuegos del sol es insensible
Forman el pedestal donde su asiento
Tiene esta mole, cuya helada cima
Parece que sostiene el firmamento.
Huye sañudo ó iracundo el viento
Y las selvas y torres estremece,
Y su espantosa furia tanto crece
Que arranca los peñascos de su asiento.

Las nubes sobre nubes amontona;
Y de la tempestad el ronco estruendo
De valle en valle su furor pregona.
Rasgan mil rayos de la nube el seno,
Y el horrendo estampido
Del pavoroso trueno,
De la oscura guarida hace que huya
El leon desvaporido.
Mas cuando en las montañas
De un órden inferior, y en las llanuras,
Todo anuncia el estrago y esterminio
De las selvas, peñascos y criaturas,
La tempestad no estiende su dominio
A la cumbre elevada inconmovible
Del siempre encanecido Tupungato,
Do fluye el éter puro y apacible.
En la edad primitiva de la tierra,
Cuando el fuego voraz que en lo mas hondo
De sus senos recónditos se encierra
Mas á la superficie se acercaba;
Y cuando en cada una
De tus cumbres altísimas se via,
Que en torbellinos de humo ardiente lava
El cráter inflamado despedia
De cien volcanes, cuyas erupciones
Nuevos montes y valles, nuevos lagos
Dejaron por señal de sus estragos:
Cuando las convulsiones
Que agitaron la tierra de contino
A los mares abrieron el camino
Que despues Magallanes descubriera;
Entónces: ¿qué mortal hubiera visto
Impávido y sereno
Su cabeza amagada por el trueno,
Y el pié no hallar asiento
Que seguro le fuera
Cuando la tierra estaba en movimiento?
Sí fué en aquella era
En la que la salvaje Patagonia
Una raza habitaba de gigantes,
De mas gran corazon que lo es ahora
El hombre envilecido,
Oiria en el rugido
Que la esplosion violenta producia,
El orbe conmoviendo en sus cimientos,
La voz del Grande Espíritu ordenando
A los astros distintos movimientos,

Hacer la division de noche y dia
Y las varias sazones arreglando,
En el fuego, veria, que arrojaban
Las cóncavas entrañas
De las crespas y altísimas montañas
Otras tantas antorchas con que quiso
Iluminar su trono,
El Ente eterno que los mundos hizo.
Si á la tierra bajara
La libertad querida, hija del cielo,
¿Dó su trono fijara
En el mísero suelo,
Sino donde el aliento emponzoñado
Del despotismo mancillar no pudo
El aire primitivo?
¿Y cuál lugar en fin no ha profanado
En su inquieto furor la tiranía?
La corva quilla de guerrera nave
Corta la onda agitada del Oceano,
Y el despotismo fiero que no cabe
En el recinto que ocupar solia,
Estiende su poder al país lejano;
Nuevas víctimas halla
En que ejercer sus bárbaros furores,
Y el hombre infeliz, del despotismo;
Cuando ni la ballena
En lo mas hondo del salado abismo
De su influjo fatal se mira esenta,
Y fuera de su alcance no se cuenta!
El pino, de los bosques ornamento,
En el recinto oculto y solitario
La erguida copa ostenta
Mecida blandamente por el viento;
Pero el brazo nefario
La cortante segur al tronco aplica,
Y en el fugaz período de un instante,
El mismo que hasta el cielo
Elevarse orgulloso parecia,
Sin vida cae tendido sobre el suelo.
De allí á la húmeda playa
El esfuerzo del hombre hace que vaya:
En bajel se transforma y ¡quién creyera
Que este árbol tan gallardo, tan lozano,
Que en la remota selva habia nacido
Exento no estuviera
Del poder formidable de un tirano!
El ordenó que nave se volviera,

Y nave se volvió, do ahora truena
El cañon matador cuando él lo ordena.
Empero ¿ por ventura,
La mísera morada
Seria la mansion augusta y pura
En que la libertad moró algun dia ?
No : que á la tiranía
El hombre como el bruto
Le pagan de dolor triste tributo :
Los míseros humanos
Bajo el yugo do quier de los tiranos
Arrastraron su mísera existencia.
Do quiera que hombres hubo
Alzó la tiranía
Su estandarte sangriento en mano impía.
Tan solo en la eminencia
Do nieves sobre nieves amontona
La sabia providencia
Cual en los polos frios,
Do ni el viento, ni el sol las desmorona,
No pueden los tiranos,
Como en los hondos valles y los llanos
El suelo mancillar con piés impíos.
¡ Oh dulce patria mia ! quién creyera
Cuando al salir del sueño de la infancia
Admiradas te vieron las naciones
Alzarte como el águila altanera ;
Y que en tu vuelo audaz, con arrogancia,
Humillabas los leones
De Castilla, que tanto respetaron,
Y ante los cuales á su vez temblaron ;
Quién creyera, repito, que algun dia
Doblases la cerviz al yugo duro,
A que te habia de uncir la tiranía
Bajo la planta de un tirano oscuro !
Pero todo en tu seno lo ha manchado
Ese funesto aborto del abismo ;
Por miles las cabezas ha cortado,
Con la sonrisa aleve del cinismo ;
Y en todo lo que abarca
Tu suelo desde La Plata á Catamarca,
Y del pié de los Andes á Corrientes,
Con sangre señalaron su camino
Sus bárbaros tenientes.
Solo la nieve eterna de la cumbre
De ese cordon que ciñe al Occidente
Tus inmensas llanuras,

No sostuvo jamas la pesadumbre
De sus plantas impuras.
Mas tus picos nevados
No así se resistieron
En otro tiempo, altísima montaña,
Para no ser hollados
De aquellos que valientes combatieron
Por libertarse del poder de España.
Legiones de mi patria enarbolando
El bicolor do el sol su faz ostenta,
Vi yo escalar tu cima;
Y el yugo de Fernando
Que tres centurias de existencia cuenta
Roto le vi caer en Chile y Lima.
Libertad en tus cumbres se proclama;
Y desde el cabo helado do la tierra
Con el sañudo mar siempre está en guerra,
A la desierta arena de Atacama,
De monte en monte se repite el grito;
Y el eco dice «Libertad» en Quito.
¡Mas o dulce ilusion! ¿Porqué concluiste?
Independencia y gloria consiguieron;
Pero la libertad que á tantos dieron
No alcanzaron jamas, ¡o verdad triste!
Yo saludo las cumbres en que ostentas
Nieves que una edad cuentan con el mundo,
Montaña inaccesible.
Y al contemplar las faces que presentas,
Desde el valle profundo;
Que mísero gusano imperceptible,
Me diera el Ser eterno por morada:
Al beber de los rios y torrentes
Que se desprenden de tu helada cima,
Y que rugiendo van par la quebrada
En que Dios encerrara sus corrientes:
El soplo del Eterno que me anima
Bendice su hacedor, y agradecido
Se postra en su presencia enmudecido.
Yo veo en esa mole gigantesca
La obra de un ente eterno,
Y de la eternidad me da la norma.
Llegará talvez tiempo en que perezca
A la voz de gobierno
Con que los soles y los mundos forma.
Quizas en los arcanos de su mente
Está ya decretado,
Que en polvo se disuelva de repente;

Pero mi entendimiento
Débil y limitado
A comprender no alcanza
El supremo poder, que movimiento
Al universo ha dado,
Fijando el equilibrio y la pujanza
De los cuerpos que pueblan el vacío,
Do ejerce su poder y señorío.
Mas su saber y su grandeza admiro
Cuando al insecto imperceptible miro;
Y siento que su mano,
Que todo lo que sacara de la nada,
Ha podido arrojar sobre ancho llano
Una montaña enorme y elevada;
Y á polvo reducirla en un momento
Arrancando de cuajo su cimiento.
Cuando las tempestades
Las razas esterminen de los hombres,
Estinguiendo los nombres
De naciones, imperios y ciudades:
Cuando el fuego del cielo
Por la mano de Dios lanzado sea,
Y descendiendo al suelo
Hecho pavesas por do quier se vea;
Y que los altos montes y collados
Como la cera fluyen liquidados:
Cuando el fiero Aquilon embravecido
Sublevando las aguas del oceano
Las saque del abismo donde han yacido,
El escarpado cerro y ancho llano
Bajo sus ondas cubran encrespadas:
Cuando ninguna voz, viviente, unida
Al mugir de las olas agitadas,
Deje sentir de vida
Un eco solo que repita el monte:
Entónces esas puntas siempre heladas
Respetará la furia de los mares;
Y en el vasto horizonte
El punto enseñarán donde algun dia
La libertad tuviera sus altares.
Y así como los mástiles indican,
El lugar do la nave ha zozobrado;
Y que mudos publican
El fracaso que allí los ha fijado:
O cual cruz solitaria en el desierto
Anuncia al caminante,
Que en aquel punto ha muerto

Y sepultado está su semejante:
Así esas crestas que orgullosa elevas,
Del naufragio del mundo y los mortales
Vendrán á ser las únicas señales,
Que puedan consultar las razas nuevas;
Hasta que un gesto del eterno obrero
La grandeza les vuelva y ser primero.

(Juan Godoy.)

AL NIAGARA.

Templad mi lira, dádmela, que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiracion. Oh! cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!... Niagara undoso,
Tu sublime terror solo podria
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.
Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador; disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan;
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo comun y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracan furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi al oceano
Azotado por austro proceloso,
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro.
Mas, del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresion que tu grandeza,
Sereno corres, majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podria
De la sirte rugiente

La aterradora faz? El alma mia
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo: mil olas
Cual pensamientos, rápidas pasando
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.
Ved! llegan, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Cruzanse en él mil íris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
Rómpese el agua: vaporosa nube
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.
Mas ¿qué en tí busca mi anhelante vista
Con inútil afan? Porqué no miro
Al rededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa y crecen,
Y al soplo de las brisas del oceano
Bajo un cielo purisímo se mecen?
Este recuerdo á mi pesar me viene....
Nada ¡oh Niagara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto y delicada rosa,
Muelle placer inspiran y ocio blando
En frívolo jardin: á tí la suerte
Guardó mas digno objeto, mas sublime;
El alma libre, generosa, fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.
Omnipotente Dios! En otros climas
Vi monstruos execrables
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar en sangre y llanto,

De hermanos atizar la infanda guerra,
Y desolar frenéticos la tierra.
Vílos y el pecho se inflamó á su visto
En grave indignacion. Por otra parte
Vi mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.
Asombroso torrente!
Cómo tu vista el ánimo enajena,
Y de terror y admiracion me llena!
¿Dó tu orígen está? Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el oceano?
Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente oscuro de los siglos
En insondable eternidad!... Al hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes dias,
Y despierta al dolor!... Ay! agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.
Nunca tanto sentí como en este dia
Mi soledad y mísero abandono
Y lamentable desamor.... ¿Podria
En edad borrascosa
Sin amor ser feliz? Oh! si una hermosa
Mi cariño fijase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y ardiente admiracion acompañase!
Cómo gozara, viéndola cubrirse
De leve palidez, y ser mas bella
En su dulce terror, y sonreirse

Al sostenerla mis amantes brazos!...
Delirio de virtud! Ay! desterrado
Sin patria, sin amores,
Solo miró ante mi llanto y dolores.
¡Niagara poderoso!
Adios! adios! dentro de pocos años
Ya devorada habrá la tumba fria
A tu débil cantor. Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
Viéndote algun viajero,
Dar un suspiro á la memoria mia!
Y al abismarse Febo en occidente
Feliz yo vuele do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

(José María Heredia.)

UN RECUERDO DE PUERTO-CABELLO.

EL MANGLE.

Cuán bellas son tus aguas azules y dormidas,
Tus islas solitarias, tu calma perennal,
Y tus garcelas blancas, que habitan escondidas
Sus olvidados nidos pintados de coral!

Cuán gratos los cantares que en lánguido desvelo
Tendido en su piragua levanta el pescador,
En tanto que en sus redes ó en su traidor anzuelo
Se prende el pez incauto del fondo habitador;

Y ver desde tus costas entre el redondo hueco
Que el viento en ancha nube y ennegrecida abrió,
La trasparente luna y el argentino fleco
Que en el contorno oscuro su tibia luz prendió;

Y allá sobre las cumbres de los lejanos montes
Cuando la niebla invade su agreste soledad,
Fosfórico relámpago hender los horizontes
Sus cóncavos tiñendo de fatua claridad!

Acaso un dios marino visita en la alta noche
Tu alcázar incrustado de concha y caracol,

Y tiran los delfines su misterioso coche
Que se hunde entre las aguas al asomar el sol.

Un coro de sirenas tal vez en pos le canta
Salvajes harmonías que nunca oyó el mortal,
Y el céfiro dormido, por escuchar, levanta
De tus manglares bellos sus alas de cristal.

Las ondas espumosas del ronco mar vecino
Respetan en sus iras tu plácida quietud,
Como respeta el crímen el resplandor divino
Que arroja de su frente la tímida virtud.

Del mar son los furores, del mar las tempestades,
Las trombas, y del trueno la retumbante voz,
Lenguaje con que en medio sus anchas soledades
Maldice los linderos que le señala Dios.

Y tuyos los aromas que vierte la mañana
Sobre las ténues alas del plácido terral,
Y de la fresca tarde la tibia luz lejana
Que trémulo refleja tu límpido cristal.

Innúmeros gaviotas que habitan las arenas
Por visitarte cruzan la atmósfera sutil;
Y dejan en las noches las mágicas sirenas,
Por arrullar tu sueño, sus lechos de marfil.

Yo he visitado tus dormidas linfas
En las tardes purísimas de Abril:
De tus marinas y salvajes ninfas
Los cantares dulcísimos oí.

Era yo niño entónces, y embriagado
A estas voces de cielo me adormí,
Y en mi sueño inocente y nacarado,
Vi la sombra fugaz de un serafin.

¿Fué la imágen falaz de la fortuna,
De la celeste gloria, del amor,
O el ángel invisible que en la cuna
Mis ilusiones cándidas meció?

Yo no lo sé... pero sentí en mi frente
El contacto de un ósculo de paz.

Yo desperté... la forma trasparente
Vi sepultarse rápida en el mar.

Sueño feliz, bellísimo, encantado,
Que jamas en mi vida olvidaré,
Dulce como el ambiente embalsamado,
Como el beso de amor de una mujer.

Sueño que vive oculto en mi memoria
Como una faz que adora el corazon,
Como el eco de un cántico de gloria,
Como una gota de agua entre una flor.

Oh! bellas son tus aguas azules y dormidas,
Tus islas solitarias, tu calma perennal,
Y tus garcelas blancas que habitan escondidas
Sus olvidados nidos pintados de coral.

(A. Lozano.)

EL GUAILI.

¿Veis estos montes azules
Y ese despejado cielo,
Puro y misterioso velo
Que cubre la faz de Dios,
Dosel inmenso del mundo
Bajo el cual, suntuosa brilla
La estupenda maravilla
De la inmunera creacion?

El sol limpio señorea
En la mitad del espacio,
Como un inmenso topacio
De espléndida brillantez,
Y cual aliento de un ángel
Un dulce ambiente murmura,
En la trémula verdura
De las palmas del verjel.

Empero, ¿qué caro ruido
Llena toda el alma mia,
Cual la sublime armonía
De un concierto celestial?...

Oh ! no es el robusto acento
De las olas del oceano,
Ni su horizonte lejano
Que inspira la libertad....

En un bullicioso rio
Que pega de peña en peña,
Y cuya orilla risueña
Coronan árboles mil:
Es el Guaili delicioso,
Cuyas ondas cristalinas
Van huyendo de las ruinas
De otro pueblo que hubo aquí.

Sobre el escombro de un puente
Alguna vez me reclino,
Y nuestro frágil destino
Pienso en las olas mirar....
Volando de roca en roca
Un instante sin descanso
Y mas luego en un remanso,
Morir sin dejar señal.

Al fin, desnudo, á la sombra
De algun cancho centenario,
Al blando ooncierte vario,
Del viento y del agua azul;
Oyendo sobre mi frente
El tierno canto de un ave,
Quisiera á su voz suave
Mezclar mi triste laud.

En un recodo apacible,
Bajo un dosel de verdura,
Vigor, placer, y frescura
Hallo alegre al zabullir;
Y miéntras hundido vago,
O en las olas jugueteo,
Acariciado me creo
En un regazo gentil.

Aquí la planta del hombre
Apénas tiene una huella:
El agua duerme ó se estrella
Con belleza natural.
Las rocas en toscos grupos
Allá y acá se presentan,

Y aquí las aguas revientan,
Y allá las ciñen en paz.

Amable naturaleza!...
¿Podrá del hombre la ruina
Tu faz grandiosa y divina
Con su tumba entristecer?...
No, porque tú eres hermosa
Aun en tus mismos furores....
Tú embelleces los horrores
Con tu sublime pincel.

El hombre, pobre copista
De tu elegante belleza,
Busca en vano en su cabeza
Algo mas bello que tú;
Pues cansado al fin, conoce
Que en tí el modelo se anida
En las glorias de la vida,
Y en la paz del ataud.

(M. M. Madiedo.)

UNA IMPRESION AL PIÉ DEL ILLIMANI.

I.

Era una tarde de Julio
En que el sol se desplomaba
Todo su ardor derramando
Sobre una vega templada,
En que la naturaleza
Por los yelos agostada,
Con el moribundo invierno
Ya victoriosa luchaba.
Por todas partes mis ojos
Con dulce placer miraban
Praderas enriquecidas
De vegetacion lozana,
Que fertiliza fecundo
El Chuquiapu con sus aguas.
Verjel que forma un contraste
Con la tierra cabrinada,
De cenicientas colinas

Por todas partes cortadas
En pendientes precipicios,
De mil picos erizadas;
Parece que un cataclismo
Con sus encendidas lavas
Hubiera vuelto cenizas
Estas peladas montañas,
De verde vegetacion
Otro tiempo coronadas.
Lánguida mi fantasía
Y de esta idea embargada,
Un objeto mas grandioso
Con toda ansiedad buscaba;
Un objeto que pudiese
Aplacar la sed del alma,
Y calmar ese deseo
Que el corazon abrumaba.
Ya me gozaba en las flores
Que embalsaman la quebrada
Dando vida al que respira
Tan tibia y tan vital aura:
Ya con placer el murmullo
De las aguas escuchaba,
Que entre las piedras del valle
Quebrándose se quejaban,
Regando con sus cristales
Una alfombra de esmeraldas.
En tan risueños objetos
Y escenas tan variadas,
Vagaba la mente mia
Sin quedar nunca fijada:
Cuando al volver una peña
Por un torrente cortada
Se presentó ante mis ojos
Esa gigante montaña,
Dominadora del mundo,
De los Andes soberana.

Como al salir de un letargo
Si el sol la pupila hiere,
Palpita, vacila y muere
Velada en negro capuz:
Y los ojos deslumbrados
Y en las tienieblas sumidos
Quedan de pronto perdidos
En un torrente de luz:

Así al verla tan inmensa
Tocando su frente al cielo,
Cubrió mis ojos un velo,
Y lleno de admiracion,
Contemplaba con asombro
Aquel cuerpo prodigioso;
Monumento portentoso
De toda la creacion.

Mustio quedé, sin aliento
Viendo el inmenso coloso,
Y un respeto religioso
Absorbió mi pensamiento.

Y estasiado yo miraba
Sin movimiento y sin voz,
Aquel gigante en que Dios
Todo su poder mostraba.

Cubierto de eterno yelo
A todo el orbe domina,
Su cabeza diamantina
Es el pedestal del cielo.

En su nieve virginal
Jamas ha sido posada
Del hombre la planta osada
Ni del águila real.

Esa cabeza eminente
Perdida en el firmamento,
Es tocada solamente
Del rayo del sol fulgente
Y del huracan violento.

De sus nieves plateadas
Cien trasparentes cascadas
Espumantes se desatan:
Y en mil hilos destrenzadas
Por su falda se dilatan.

Y fecundas resbalando
Por aquel ameno suelo,
Bellas flores van regando
Y árboles mil que ostentando
Están sus copas al cielo.

Allí el granado encendido
Y de corales cubierto,
Se alza á los aires florido;
Y su tronco eleva erguido
El palmero del desierto.

Forman juntos bosque vivo,
El añoso cocotero
Que crece junto al olivo;
Y el cedro que abriga altivo
Al preciado limonero.

Esta risueña pradera
Es sitio de bendicion,
En ella fijó hechicero
Una eterna primavera
Su encantadora mansion.

II.

En un bosque de naranjos
Respirando aromas mil
Con que el ambiente embalsaman
El azahar, el alelí,
El nardo, la rosa pura
Y el oloroso jazmin;
Una deliciosa tarde
En dulce placer viví.
El alma toda ocupada
De inspiracion juvenil,
Adormida se mecia
Cual la flor en su pensil:
Y el corazon embargado
De dulce quietud feliz,
Calmaba aquellos latidos
En que oscilando ¡ay de mí!
Entre el dolor y el fastidio,
Y en agitacion febil,
Solo á mi mente delirios
Inspiraba y frenesí.
Allí toda mi amargura
En un instante la vi
Disipada, y en placeres
Convertido mi sufrir:
Y toda la mente mia
Ocupaba ya el matiz
De las esmaltadas flores,

O ya el armonioso fin
Con que las sentidas notas
De su gorjeo sutil,
Hace escuchar melodioso
El pintado colorin.

En un instante volaron
Estas apacibles horas,
Empero otras seductoras
Mis momentos ocuparon.

Apénas el rey del dia
Escondió sus luces puras,
Un mar de nieblas oscuras
Los hondos valles cubria.
Y presuroso subiendo
A las altas serranías,
Entre sus ombras sombrías
Las iba todas hundiendo.

De pronto cubierto el mundo
Por este diluvio inmenso,
Quedó sepultado en denso
Y oscuro vapor profundo.

Solo la frente elevada
Del encumbrado gigante
Por la viva luz brillante
Del sol era iluminada.

Y esa frente colosal
En el espacio encendida,
Parecia desprendida
De su eterno pedestal.

Radiante en la oscuridad
Asombro causaba verla;
Como una infinita perla
Colgada en la inmensidad.

Este faro luminoso
Al fin tambien se apagó
Y todo se halló cubierto

De la oscura inundacion:
Y en un solemne silencio
De aletargado sopor,
Muda la naturaleza
Como los hombres quedó.
Entónces al sentimiento
De triste meditacion,
En la soledad tranquila
Toda mi alma se entregó;
Y en la misteriosa noche
Sintiendo la emanacion
Deliciosa que exhalaban
Los limoneros en flor,
Gozaba en silencio mudo
De la asombrosa impresion
Que me causó ese coloso
¡Obra gigante de Dios!

(Mariano Ramallo.)

CHORONI.

(FRAGMENTO.)

Cuán dulce es ver las aguas cristalinas
Ir por el valle susurrando amores,
Y salpicar las hojas purpurinas
Con sus blancas espumas á las flores.

Y ver cómo sin tregua y sin descanso
Con giros mil la retozona brisa
En ondulantes pliegues, del remanso
La transparente faz arruga y riza.

Y cuando tardo el sol y esplenderoso
Su lumbre cuelga en la mitad del cielo,
Y con su rayo ardiente y caloroso
Deslumbra y quema el fatigado suelo;

Cuán dulce es reposar bajo la sombra
De la seiba ramosa y estendida,
Y entre la yerba ver que el suelo alfombra
Correr la fuente que á beber convida!

Y esa ráfaga ver, arrebolada,
Manto oriental de púrpura y de grana,

Que el sol tiende en la bóveda azulada
Al ocultar su lumbre soberana.

Y cuando al aclarar en Occidente
Su luz sepulta al fin su última estrella;
¡Cuán grato es ver en el opuesto oriente,
La aurora despuntar cándida y bella!

Y ver las perlas diáfanas, redondas,
Que la noche al pasar dejó prendidas
Sobre la abierta flor, colgando en ondas
Al borde de las hojas suspendidas.

Y entónces escuchar en la espesura
De la paloma la sentida queja,
Que mas que la espresion de su ternura,
Un lamento tristísimo semeja.

Y al jilguero cantor que se estremece
Al desatarse en dulce melodía,
Y que desde la rama en que se mece,
Con sus himnos de amor saluda al dia.

¡Oh descuidado y bello pajarillo
Que vagas libre en pos de tus amores!
¡Ah! cuánto envidio tu vivir sencillo,
Tus colinas, tus bosques y tus flores!

El trino encantador y apasionado
Con que su amor tu compañera llora,
El gorjeo sentido y delicado
Tú puedes escuchar, ave canora.

Tú eliges á tu gusto tus amores
Sin que te pesen importunas leyes,
Que del aire los plácidos cantores
No han menester repúblicas ni reyes.

. . . .

Yo buscaré la dicha en tus cantares,
En tus bosques la paz y la ventura:
Y allanaré la voz de mis pesares
De quieta soledad en la espesura.

(José Antonio Maitin.)

LA MAÑANA.

Alza la aurora su virgínea frente
Bañando el cielo de encendida grana,
Y húmedas rosas despidiendo ufana
Al mostrarse gentil por el oriente.

Pero ántes el lucero refulgente,
Heraldo y precursor de la mañana,
Subió anunciando que la luz cercana
Es muy mas que su luz resplandeciente.

Vuelve á la vida el mundo; á sus amores
Tornan las aves con festivo canto;
Y á su rústica afan los labradores.

Y los que beben de la noche el llanto
Cálices puros de gallardas flores,
Brindan perfume, suavidad y encanto.

(Gabriel A. Real De Azua.)

III.

JUVENTUD, AMOR
Y
AMISTAD.

A LA JUVENTUD.

«Abre tus puertas, mundo!.. ensancha, vida,
Para mí tu camino!
Broten raudales de placer divino,
De amor, de libertad! grandes pasiones
Dadme, dadme sin fin ... mi alma encendida
Se agita en sed de vivas emociones.
Quiero agotar ¡o vida! tus tesoros,
Devorar quiero, mundo, tus placeres,
Gloria, virtud, festines y mujeres;
Cantos, risas, y amores...
Todo debe formar mi alta ventura,
Todo lo encierras en tu rico seno,
Como guardan las flores
En su caliz feliz la esencia pura.»

«Es tan bella la vida!... y vigorosa
Palpita, hierve en mi agitado pecho:
Y cual hielo deshecho
Al rayo vencedor del astro ardiente,
De mi inspirada mente
Se disipan las áridas lecciones
De la adusta esperiencia,
De la helada vejez vanas visiones
Para espantar la crédula inocencia.»

«Horrible te pintaban, mundo amado,
Y un eden puro de delicias eres:
Tu ambiente perfumado
En languidez sublime me aletarga...
¡Dáme, dáme placeres,
Que el alma es grande, la existencia larga!
Gozar quiero, gozar!... tantas hermosas
De frente pura, de mirar sereno,

Mi ardiente culto aceptarán gozosas;
Coronado de rosas
Y adormecido en palpitante seno,
Gozando cantaré su amor divino,
Que es amor de la vida el dulce encanto
Y amor será mi plácido destino:
¡Mi destino feliz! quién ¡ay! merece
Culto tan santo, adoracion tan pura
Como vosotras, que debeis al cielo,
Con el alma de un ángel su hermosura?
¡Mujeres adorables! no se mece
Tan bella flor en esmaltado suelo
Al soplo de la brisa,
Ni de aromas tan suaves,
Como es hermosa y dulce la sonrisa
De vuestra pura boca,
Que al beso ardiente del amor provoca.»

«En vuestro seno, cándido, inocente
No cabe, no, la falsedad traidora,
Pura el alma teneis, pura la frente,
Como la luz primera de la aurora.
¡Vírgenes celestiales!
De vuestro amor las dulces emociones
Me inundarán de aromas y armonía,
Y vosotros seréis los manantiales
De mi eterna alegría:
Y si penetro de la gloria al templo,
Si pulsando la lira al orbe admiro;
O dando heróico ejemplo,
De amor de patria y libertad ardido
A las lides me lanzo,
Y el laurel á los héroes concedido
Por mi valor y mi entusiasmo alcanzo:
La guirnalda preciosa,
Por vuestras manos de marfil tejida,
Refrescará mi enardecida frente:
Y en vuestros brazos bellos
La laureada cabeza descansando,
Me adormiré escuchando
Del popular aplauso el alto grito,
Y en ensueños de gloria
Veré mi nombre en letras de oro escrito
Entre los grandes héroes de la historia.»

«¡Gloria! don celestial! númen divino!
Eterna fuente de grandiosos hechos!

¿Dó estan los tibios pechos
Que no palpiten á tu nombre augusto?
¿Dó las almas cobardes
Que no se inmolen en tu altar sublime?
Sed de tí me devora,
Y de alcanzarte la ambicion me oprime...
No mas ¡ay! con tu sombra me desveles;
Toma mi vida, y dáme tus laureles.»

«La vida, sí, la vida!... hermosa ofrenda
Si en las aras divinas se consagra
De la alma libertad, y tu aureola
La ciñe en torno de celestes rayos.
Oh! la muerte no es muerte!....
Si eterna vida me concedes, gloria,
La muerte es la victoria!
¡Verdugos! preparad vuestros cuchillos,
Vuestros cadalsos levantad, tiranos!
Aquí os espera mi entusiasmo ardiente,
La palma del martirio entre las manos
Y el eterno laurel sobre mi frente!»

«De mi tumba gloriosa
El tierno amor y la amistad sincera
Con llanto y flores regarán la losa...
El amor! la amistad! bienes divinos
Que á mis bellos destinos
Serán perfumes de celeste rosa.»

«Abre tus puertas, mundo, que ya ansío
Tus goces devorar y aun tus dolores...
Todo es sublime en tí, nada sombrío;
Placeres, amistad, cantos, laureles,
En tí mezclado con virtudes veo:
Puros tus goces, tus amores fieles,
Grande tu gloria y tus encantos creo.»

Dice la juventud, y ardiente avanza
Por el estéril campo de la vida,
De mil flores ceñida,
Llena de fe, radiante de esperanza....
¿Qué haces del hombre ¡oh mundo!
Que lleno de ilusiones
A tí llegó con férvido entusiasmo
Pidiéndote virtudes y emociones?...

Su dardo agudo el desengaño esgrime,
La fe vacila, el entusiasmo calma,
Nace la duda que emponzoña el alma
Y entre tinieblas la esperanza gime.
Esto le das ¡oh mundo! y cuando todas,
Sus creencias y virtudes
En tus abismos el dolor derrumba,
Triste y árido hastío
Le roe el alma con su diente frió,
Y le arrojas cadáver en la tumba.

(Gertrudis G. de Avellaneda.)

RECUERDOS A LOS LUGARES DE LA INFANCIA.

Lugares gratos, risueños,
De mi juventud primera
Do mi dulce primavera
Pasé entre plácidos sueños;

Palmas bellas, bosque umbrío,
Fuentecilla, aves canoras
Que llenabais, seductoras,
De embriaguez el pecho mio.

Me encantó vuestra presencia
Cuando el alma no gemia,
Cuando el corazon dormia
El sueño de la inocencia.

Cuando la vida á mis ojos
Era espléndido un jardin,
Un horizonte sin fin,
Sin espinas y sin abrojos.

Ahora ese vasto horizonte,
Ese jardin de ventura
Es cual honda sepultura
Al pié de un áspero monte.

Ahora es la vida un letargo,
Que solo finge á la mente
El cuadro oscuro y doliente
De nuestro sufrir amargo.

Es como nave ligera
Que impelida por el viento
Sobre un lago turbulento
Va á estrellarse en la ribera.

Y no pudiendo evitar
El náufrago la tormenta,
Tranquilo á mirar se sienta
El escollo en que ha de dar.

Es fatídica una llama
Que sin alumbrar devora,
Que sobre el pecho, traidora,
Su incendio voraz derrama.

Y si en el alma nos queda
Oculta alguna pasion,
Es lava de destruccion
Que quemando el pecho rueda.

¡Oh! ¿porqué corren los años
De la niñez inocente,
La niñez en cuya frente
No se sientan los engaños?

Veloz el tiempo y sutil
Prendidas lleva en sus alas
Las visiones y las galas
De la juventud gentil.

Por eso es dulce el placer
De recordar lo pasado
De ese tiempo afortunado
Que jamas ha de volver.

Por eso, sí recordamos
Un bien que ya no tenemos,
Que nos alejamos creemos
Del mal que experimentámos:

Que la desventura misma
Solo por haber pasado
La mira el pecho encantado
Al través de lindo prisma.

¡Oh sitios blandos, risueños,
De mi juventud primera,

Do mi dulce primavera
Pasé entre plácidos sueños.

Aun os quedan esas flores
Que en mi niñez conocí,
Os queda el bosque que vi
Rico en matiz y en olores.

Aquí todo entre ilusion
Sigue su marcha invariable;
Aquí todo es inmutable
Excepto mi corazon.

Ese lago en cuya hondura
Brilla la luna argentada
Sigue en paz sin perder nada
De su transparencia pura.

A ese bello firmamento
Le queda su fondo azul;
Le queda el flotante tul
De nubes que lleva el viento.

Ellas se disuelven hoy
Para aparecer mañana
Sirviendo al alba temprana
De cortejo y de convoy.

Le queda al limpio horizonte
Su tarde y su blanca aurora,
Le queda ese sol que dora
El verde y distante monte.

Y esos celajes risueños
Que hacen su lujo y su gloria,
Pero á mí... solo la historia
De mis pasados ensueños.

¿Adónde voló el encanto
De la inocencia pasada?
¡Nuestra ventura es soñada
Y despertamos al llanto!

En esa edad de ventura
El mundo y el falso aliño
Deslumbra y ciega de un niño
El alma cándida y pura.

Yo creia ver en mi anhelo
Un Dios en cada mujer,
En cada objeto un placer
Y en cada placer un cielo.

Yo entónces no sospechaba
Que hubiese hombre engañador;
Yo creia en el amor
Porque entónces deliraba.

Yo pensaba en mi contento
Que el labio jamas mentia,
Y que el tiempo sucumbia
A la fe de un juramento.

Yo miraba á la mujer
Linda como errante estrella,
Y creí al verla tan bella
Que era eterna en su querer.

Ahora busco en mi fatiga
Una ilusion hechicera,
Alguna blanda quimera,
Alguna esperanza amiga.

Y solo hallo en mi ansiedad
Orgullo, mentira, nada....
Y la imágen descarnada
De la estéril realidad.

Sí volaron las visiones
De la cándida inocencia,
Y en hiel trocó la experiencia
Mis ántes blandas canciones.

En tanto la tierra rueda
Entre un mundo de ilusion;
¡Solo el seco corazon
Una sola no le queda!

Y yo correré anhelante
De la vida en el sendero,
En pos de un bien que no espero
Y que toce á cada instante.

Y en este vivir ansiando,
Y en este morir viviendo,

Vase el tiempo transcurriendo
Y nuestra vida menguando.

¿Qué nos importa vivir
Si aunque cien años contemos
Se tocan en los extremos
El nacer con el morir?

¿De qué vale un año mas
De existencia pasajera
Si es la vida una carrera
Mas inquieta que fugaz?

¿De qué sirve que el espacio
Eterno corras ¡oh sol!
Y tiñas con tu arrebol
Esos techos de topacio?

¿De qué vale que tu luz
Mi vista ansiosa deslumbre
Si al fin es fuerza que alumbre
Un sepulcro y una cruz?

Porque habremos de llegar
A nuestro término impío,
Como las ondas de un rio
A los abismos del mar.

Vendrá el dia en que renuncie
A esta gran naturaleza,
A su pompa, á su belleza
Y mi último adios pronuncie.

Llegará la hora en que todo
Lo mire desparecer,
Cuando se borre mi ser
Entre gusanos y lodo.

Llegará la hora en que otro hombre
Me cave en la tierra dura
Una estrecha sepultura
Y ponga en ella mi nombre.

En vano entónces la tierra
Brotará plantas y flores;
No mas veré los primores
Que ella en sus senos encierra.

En vano soberbio el mar
Ostentará su presencia;
No mas desde una eminencia
Yo lo podré contemplar.

En vano el ambiente aquí
Embriagará con su aliento,
En vano, sí, porque el viento
No soplará para mí.

En vano levantará
Su blando arrullo la fuente,
Que su murmurio inocente
Para mí no sonará.

Ni habrá un eco en el oido
Ni para el pecho habrá amores,
Para la vista colores,
Ni un placer para el sentido.

Entónces, luna, del cielo
Emperatriz y señora,
Benigna dispensadora
De la calma y del consuelo;

Entónces tú seguirás
En tu marcha misteriosa,
Y mi tumba silenciosa,
Blanca luna, alumbrarás.

Tú correrás el espacio
Para no acabar tal vez,
Del firmamento al traves
Que te sirve de palacio.

Y tu lánguida lumbrera
De la noche en el misterio
Alumbrará un cimenterio
Y una seca calavera.

(José A. Maitin.)

EL AURA DE AMOR.

Al beso del aura derraman las flores
Sus copas de olores
Con suave candor;
Y llenos de aroma, de vida y consuelo,
El bosque, la tierra, la brisa y el cielo,
Exhalan perfumes de paz y de amor.

Y es pura y es santa la esencia primera
Que vierte hechicera
La tímida flor;
¡Como es inocente la lágrima pura
Que brilla en los ojos de casta hermosura
Al beso primero del aura de amor.

La cándida niña, donosa, inocente,
Que mira en su frente
Brillar el pudor;
Suspira y ansía sentirse inspirada,
Y en sueños divinos verter perfumada
La esencia primera del aura de amor.

Y en dulces delirios mirar seductoras
La vida y las horas
Rodar sin dolor,
Cual ruedan sencillas en noches de estío
Las ondas ligeras del diáfano rio
Al leve suspiro del aura de amor.

El ave nos brinda sus nítidas plumas,
El mar sus espumas,
Las flores su olor;
La tierra sus galas brillantes y bellas,
Y el cielo sus nubes y blancas estrellas,
Antorchas divinas de paz y de amor.

Empero, ¿qué fueran sus castas dulzuras,
Sus lágrimas puras,
Su eterno fulgor...
Si nunca vinieran en rápidos giros
Vertiendo ligeras sus dulces suspiros
Las cándidas alas del aura de amor?...

Horrible nos fueran los mares y estrellas,
Las tristes querellas

Del ave y la flor;
Y lánguidas fueran las suaves caricias,
Que llenan el alma de afables delicias,
Apénas sentimos el beso de amor.

¡El mundo nos brinda sus mil serafines,
Sus ricos jardines
De angélico olor;
Y en tanto sentimos su dulce armonía,
Los goces del alma nos dan poesía,
Y eternos nos dicen: «¡la vida es amor!»

(Rafael Maria Mendive.)

SIN CONOCERTE.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORA A. O. DE C.

En las remotas playas
Donde la luz primera,
En mi infantil pupila
Se reflejó al nacer,
Antes que el sol asome,
Su roja cabellera
Los horizontes dora
Con oro y rosicler.

Y las sedientas nubes
Aspiran el aroma,
Que arranca á un suelo vírgen
Su aliento abrasador,
Y á perfumar la senda
Del astro rey que asoma,
Formando su guirnalda,
Se agolpan en redor.

Cuando la tarde tiende
Su diamantino velo,
Y luchan confundidas
La sombra con la luz,
Mucho ántes que serena
Cruce la luna el cielo,
Anuncia su venida
La ardiente cruz del sud.

Si en medio de los campos
Donde su mano toda
Henchida de altos dones
Abriera el Hacedor,
En ágil parejero
Vagar os acomoda,
Marchando paso á paso
Para escuchar mejor:

Mucho ántes que de cerca
Los contempleis ardiendo,
Sentís de los volcanes
El grito colosal,
De rios y torrentes
El fragoroso estruendo,
De los lejanos vientos
El eco sepulcral.

Al pié de un ancha sierra,
Sobre el estenso llano
Donde los ojos giran
Con ansia y nada ven,
La brisa de repènte
Con ámbar soberano
Inunda del viajero
La fatigada sien.

Y aspira la fragancia
Del Seibo majestuoso,
De las plateadas hojas
Y de encarnada flor,
De el Guayacan, el trébol
Y el tala vigoroso,
Que al márgen de los rios
Se eleva triunfador.

O escucha los suspiros
Del aura que recorre,
Y vibra entre las hojas
Del férreo ñandubay,
O el áspero mugido
Con que bramando corre,
Quebrándose en las rocas,
Veloz el Uruguay.

Así aunque no conozco
Tu angélico semblante,

Ni de tu voz celeste
La mágica esp resion,
Al hojear tu álbum
He visto rutilante,
Bellísimo reflejo
De un ángel de ilusion.

Pintores y poetas
Revelan de antemano,
Que iguala á tus hechizos
Tu gracia y tu virtud,
Y liras y pinceles
Intentan ¡ ay ! en vano
Pintar lo que no es dado
Pero que inspiras tú !

¿ Qué importa ? ... son el eco,
La voz que donde quiera
Traiciona tu existencia
Y un himno eleva á tí:
Perdona si arrostrado
Por tu beldad, sincera
Quise una flor humilde
Poner tambien aquí.

Recuerdo de un estraño,
De un triste peregrino,
Es flor de ajeno suelo
Que marchitó el dolor...
Alzarla de tus plantas
Querrás, ángel divino,
Y por tu bien con ella,
Mis ruegos al Criador.

(Alejandro Magoriños Cervantes.)

CANCION.

Las tiernas hijas del Plata
Mas frescas son que las flores,
Sus palabras son amores,
Dulce halago es su mirar.
Infeliz quien sus virtudes
Y quien sus gracias no admira,

Mas infeliz quien las mira
Y las tiene que dejar!
Ten tus alas un momento,
No me robes el contento,
Manso viento.

Cual la lumbre que de noche
La luna esparce en los cielos,
Nos vierten ellas consuelos
En las horas de amargor;
Y, si risueño el destino
Placeres nos atesora,
Son como flor que en la aurora
Nos embriaga con su olor.
Ten tus alas un momento,
No me robes el contento,
Manso viento.

Sus negros ojos alcanzan
De los amores la palma;
A traves de ellos el alma
Se ve cándida brillar;
Como entre arena plateada,
Refleja el nácar luciente
A traves de su corriente
El augusto Paraná.
Ten tus alas un momento,
No me robes el contento,
Manso viento.

Sus corazones abrigan
La pureza de su cielo,
La inocencia de su suelo,
Lo benigno de su sol:
Al picaflor ellas vencen
En viveza y en donaire,
Y les da la flor-del-aire
Su fragancia y su frescor.
Ten tus alas un momento,
No me robes el contento,
Manso viento.

Pobre de mí, que ya nunca
Las veré en playa estranjera!
Pobre de mí cuando muera
Sin que me aliente su voz.
Si escribió suertes risueñas

Allá en su libro el Eterno,
Tambien cual noches del invierno
Oscuras las escribió.
Ten tus alas un momento,
No me robes el contento,
Manso viento.

Adios, estrellado cielo,
Adios, oh Rio Argentino,
Donde me lleve el destino
Serán tus hijas mi amor.
¿Cuál habrá entre ellas que un dia
Mi oscuro nombre repita?
¿Ningun corazon palpita
Cuando oye mi triste voz?
Ten tus alas un momento,
No me robes el contento,
Manso viento.

(Florencio Balcarce.)

A LA ESPERANZA.

Mágico nombre que el mortal adora,
Sueño feliz de encanto y de ilusion,
Tú cuya luz al porvenir colora,
Tú, cuyo aroma embriaga al corazon:

Supremo bien, que el cielo bondadoso
Otorgar quiso al infeliz mortal,
Cual en desierto estéril arenoso,
Hizo nacer un puro manantial:

Eres de Dios la paternal sonrisa,
Eres el don de su divino amor,
Mas suave que el murmullo de la brisa,
Mas dulce que el aroma de la flor.

Eres un ángel que acompaña al hombre
Desde la cuna al fúnebre ataúd,
A la inocencia hechizas con tu nombre,
Alientas con tu voz á la virtud.

Tú sola das un bálsamo divino
Al lacerado y yermo corazon,
Y de la vida en el erial camino
Tuyas las flores que se encuentran son.

Hasta en la losa de la tumba fria
Vierte tu luz divina claridad,
Y al penetrar en su mansion sombría
El hombre espera inmensa eternidad.

Por tí el guerrero de su hogar querido
Corre al combate con heróico ardor,
Y del cañon el hórrido estampido
Escucha sin espanto ni temor.

Tuya es la voz que le promete gloria,
Tuyo el afan que se despierta en él,
Mostrándole una página en la historia
Y una corona eterna de laurel.

Al marinero que en el frágil leño
Surca el imperio del terrible mar,
Tú le prometes de tesoros dueño
A la patria querida retornar.

Ay! tu tambien delirio lisonjero
Siempre serás del triste trovador.
Tú de su vida el áspero sendero,
Perfumarás con encantada flor.

Tuya es la voz que escucha enardecido,
Que le revela un alto porvenir,
Y de las leyes del eterno olvido
Intenta audaz un nombre redimir.

En vano envuelta en el inmundo cieno
La envidia exhala su infernal vapor,
En vano vierte insana su veneno,
En vano lanza el grito detractor.

Que cuando se alza en el brillante cielo
Mirando al sol el águila real,
No ve al reptil que en el oscuro suelo
Clavarle intenta su aguijon fatal.

Y tú, tierno amante
Que triste suspiras
De ausencia las iras,
De olvido el rigor,

¿Qué balsamo suave
Mitiga tu pena,
Y encanta y serena
Tu acerbo dolor?...

Tú sola, Esperanza!
Tu influjo divino
Del crudo destino
Se sabe burlar.

No temen tus flores
La fuerza del hielo,
Y en árido suelo
Las haces brotar.

Ven, pues, ¡oh Diva! tu favor imploro,
Muéstrame ya tu seductora faz...
Ah, no te pido ni el laurel, ni el oro,
Solo ambiciono sosegada paz.

Déjame ver en venidero dia
Una choza pajiza entre verdor,
Miéntras trinando en la enramada umbría
Las aves canten su inocente amor.

Allá me ofrece la apacible calma
Exenta de temor y de inquietud,
Descanso dulce que apetece el alma,
Supremo bien, que anhela la virtud.

De las ciudades el ambiente impuro
No osará, no, mi asilo penetrar.
Ni de un palacio el ostentoso muro
La luz del sol me llegará á robar.

No veré allí ni mármoles ni bronces
Que presten su dureza al corazon,
Y libre siendo por mi bien entónces,
Me inspirarán sus dueños compasion.

No allí la envidia arrastrará su planta,
Ni la calumnia elevará su voz,
Ni la perfidia, que al herir encanta,
Ni la codicia, allí estará, atroz.

Ni allí abrazada de la fiebre impía
Beberá el alma en turbio cenagal,
Ni en el silencio de la noche umbría
Oiré el rumor de inmundo bacanal.

Ni veré frentes pálidas, marchitas,
Surcadas ¡ ay ! en tierna juventud,
Cual si de Dios por el furor malditas
Ansias enoja la paz del ataúd.

Mas en la tarde, al márgen del arroyo,
Veré cansado al labrador pasar,
Del pueblo honor, de su familia apoyo,
Que alegre torna á su tranquilo hogar:

Y del ganado escucharé el balido,
Y allá distante el compasado son
Con que se anuncia al ánimo abatido
La hora feliz de calma y oracion.

Sauces dolientes, palmas solitarias,
Templos serán, no ingratos al Señor,
Donde dirija al cielo mis plegarias,
Cual puro aroma de inocente flor.

Será la grama mi alfombrado suelo,
Tendré do quier magnífico dosel,
Harán las hojas su vistoso velo
Y flores mil resaltarán en él.

Y miéntras duerma en el modesto lecho
No sentiré latir el corazon,
Ni conturbarse mi agitado pecho
Con sueños ¡ ay ! de gloria ni ambicion.

Al despertar con las pintadas aves
Saldré á los campos, saludando al sol,
Y entre perfumes cándidos, suaves,
Me embriagaré de luz y de arrebol.

Para mi mesa ofrecerá la oveja
Su blanca leche, y frutas el verjel,
Agua la fuente, y la industriosa abeja
Panales mil, de perfumada miel.

Ay ! este cuadro, en que descansa el alma
Pinta, esperanza, en mágico cristal,

Y en dulce sueño de inocencia y calma
Deja que olvide el ruido mundanal.

Deja que alegre tus promesas crea,
Deja que venza al desaliento atroz,
Aunque mentida mi ventura sea,
Aunque desmienta el porvenir tu voz.

Y pasen del mundo
Placeres risueños,
De gloria los sueños,
De amor la ilusion.

Y pasen las voces
Del frio ateismo,
Que arroja el abismo
De estéril razon.

Y pasan pugnando
Las viejas naciones,
Queriendo eslabones
Eternos romper.

Y oprima el tumulto
Legítimo dueño,
Y tiemble del ceño
De intruso poder.

Y pasen del hombre
Locuras, dolores,
Blasfemias, furores,
Proyectos sin fin.

Veré solamente,
Mecida en tus alas,
Mi choza, las galas
Del bello jardin.

Y en vano del mundo
La pompa engañosa
Mi paz venturosa
Querrá perturbar.

Seré á su atractivo,
Que al necio alucina,
Del monte la encina,
La roca del mar.

(Gertrudis G. De Avellaneda.)

LA VIRGEN BAÑANDOSE.

Sobre la playa estendida
El mar sus ondas desliza,
Y en la arena movediza
Templa el ímpetu fugaz.

Ríela en las verdes aguas
Del sol la luz placentera:
Cruza en tanto la ribera
Doncella de blanca tez.

No es mas hermosa en el cielo
De amor la fúlgida estrella;
No el azahar que descuella
En el florido jardin.

Sueltos los cabellos viene,
Desnudo el pié torneado,
Y el albo cuerpo velado
En rozagante cendal.

Sin duda quiere en las aguas
Templar el ardor de cuero,
Por eso al rayo primero
Dejará el paterno hogar.

Llega á la orilla y se para,
Que frio el líquido siente;
Córtale luego impaciente
Como veloce alcion.

Mirábala yo embebido
Perderse en alegre juego,
Y sobre las aguas luego
Húmedo el cuello mostrar.

Dichoso el mortal, la dije,
Que amor encuentre en tus ojos,
Disiparas sus enojos,
Como las nieblas el sol.

Vivir en la tierra ingrata
De un ángel de paz al lado,
Para, en su seno, arrullado,
Dormir, exento de afan:

Beber el hálito suave
Que exhala inocente boca,
Cuando el halago provoca,
Con sus palabras de amor.

Mirar el rostro sereno,
Contino de la hermosura,
Que á ser del hombre ventura,
Predestinada nació:

El porvenir es, sin duda,
Que aguarda, niña hechicera,
A quien la diestra sincera
De vírgen esposa des.

Mas ¡ay! si á lazos profanos
Sujetas el débil cuello,
Verás, cual vano destello,
Nacer la dicha y morir.

Que amarga pena se abriga,
Por siempre, niña, en el pecho,
Si cae una vez deshecho
Muro, que alzara el pudor.

Huye del hombre engañoso
Las seductoras miradas,
Que van en ellas mezcladas
Venturas y perdicion.

Así la rosa que aromas
Esparce en el prado ameno,
Perece si el tierno seno
Hieren los rayos del sol.

Deja las aguas, incauta,
Vuelve á tu pobre morada,

Y allí del mundo olvidada,
Amor y dicha hallarás.

Crece en el bosque sombrío
La ruborosa violeta,
Y nunca mano indiscreta
La roba al suelo feliz.

(Adolfo Berro.)

ESPERA A ORILLAS DEL MAR.

Ven, mujer, á mis ojos mas hermosa
Que en la mañana purpurina rosa
Ornato del jardin:
Pura como María
Que el Gólgota vió un dia
Verter llanto sin fin.

Ven, que reina la noche, y la ribera
Con mustia luz alumbra en su carrera
La luna virginal;
Ven y aspira el ambiente
Que circunda mi frente
Á orillas de la mar.

Todo al sueño se entrega sin temores:
Nadie perturbará nuestros amores
Al pálido destello:
Y en tu seno, bien mio,
Se enjugará el rocío
Que moja mi cabello.

Llega, pues, que sin tí todo en el suelo
Ofrece solo imágenes de duelo
Al alma combatida:
Y solo en tu presencia
Recobra mi existencia
La paz apetecida.

Deja hermosa el blando lecho
Do no encuentras dicha alguna;
Es mas dulce aquí en mi pecho
Reposar, miéntras la luna
Se refleja en blanco techo.

¿Qué placer mas acabado
Puede darse en este suelo,
Que mirar á su adorado
Bajo puro y vago cielo
En amores abrasado?

¿Qué mayor contentamiento
Que, cruzando la ribera
Escuchar el dulce acento
Del que prueba ya el tormento
Que da amor á quien espera?

¿Mas deseados los sonidos
De la danza, siempre impura,
Son tal vez á tus oidos,
Que del pecho los latidos,
Cuando colmas mi ventura?

¿Porqué, pues, con loco anhelo,
Do te llama la velada,
Vas corriendo engalanada,
Y hoy olvidas que yo velo
En la orilla despoblada?

Ven, ingrata, á esta ribera
Sin joyeles, desceñida
Tu flotante cabellera,
Y aun serás mas hechicera
Que la aurora á su salida.

Aquí crecen blandamente
Nacaradas bellas flores,
Esperando solamente
Para dar suaves olores
Que las ponga yo en tu frente.

Todo aquí al amor provoca,
Todo, amor está diciendo;
Llega, hermosa, que tu boca
Lo repita al ronco estruendo
De las aguas en la roca.

(Adolfo Berro.)

YO TE AMO.

Je t'adore ange, et t'aime femme.
Dieu, qui par toi m'a complété,
A fait mon amour pour ton ame
Et mon regard pour ta beauté.

(V. HUGO.)

Como la rosa nueva
Que su perfume exhala
Cuando refleja el cielo
Su colorido al alba,
Así pura es la vírgen
Que yo amo con el alma,
Y es linda cual la aurora
Teñida de oro y nácar.

Cual la paloma tierna
Que entre la selva canta,
Meciéndose graciosa
En una débil rama,
Así su voz es dulce
Cuando esta frase mágica:
«Yo te amo,» me repite
Estremeciendo mi alma.

Como vestal purísima,
Como vision fantástica,
Que forja entre misterios
La mente acalorada,
Así á mí me parece
Cuando la luna pálida
Sobre su talle esbelto
Su luz tenue derrama.

Como la sombra al cuerpo
Sigue siempre ligada,
A esta mujer angélica
Así está unida mi alma:
Que ella es para mi vida
Como el rocío á la planta,
Como el azul al cielo,
Como la estrella al nauta.

(LUIS L. DOMINGUEZ.)

LA DIAMELA.

Dióme un dia una bella porteña,
Que en mi senda pusiera el destino,
Una flor cuyo aroma divino
Llena el alma de dulce embriaguez;
Me la dió con sonrisa halagüeña,
Matizada de puros sonrojos,
Y bajando hechicera los ojos,
Incapaces de engaño y doblez.

En silencio y absorto toméla
Como don misterioso del cielo,
Que algun ángel de amor y consuelo
Me viniese, durmiendo, á ofrecer;
En mi seno inflamado guardéla,
Con el suyo mezclando mi aliento,
Y un hechizo amoroso al momento
Yo sentí por mis venas correr.

Desde entónces, do quiera que miro
Allí está la diamela olorosa,
Y á su lado una imágen hermosa
Cuya frente respira candor;
Desde entónces por ella suspiro,
Rindo el pecho inconstante á su halago,
Con su aroma inefable me embriago,
A ella sola consagro mi amor.

(Estevan Echeverria.)

AVISO.

Quejábase llorosa
La insensible Dorina,
Y en nada halla consuelo
Al dolor que la agita:
Quejábase y á todos
Inquiere y solicita,
Y á su perrita llora
O robada ó perdida.

Aquellos ojos bellos
Donde el amor se anida,
Para herir con ventaja
Al que incauto los mira;
Ya tristes y agitados
Opacamente brillan,
Mostrando de su pena
La imágen espresiva.

Los labios que á la rosa
Los colores imitan,
Por donde entre corales
Las perlas te divisan;
Los labios, que teniendo
Tantas almas cautivas
Con un «no» dan la muerte,
Con un «sí» dan la vida;
Ya trémulos exhalan,
No la amable sonrisa,
Sino los tiernos ayes
Que su pecho suspira;
Su pecho de diamante
Donde el amor afila
Las flechas, porque hagan
Incurables heridas,
Tambien siente la pena
Y agitado palpita,
Cual tierna flor que el cierzo
Del vástago derriba.
Ligeros cupidillos
En torno de ella giran,
Mariposas amantes
Que el dulce aroma liban.
De Citerea el hijo
Satisfecho la mira,
Ya á su víctima bella
Engañado acaricia.
Ya del triunfo ilusorio
La proeza publica,
Clamando... la he vencido!...
Mas entónces Dorina,
Volviendo del deliquio
Que la embarga y atrista
Le dice: «rapazuelo
De condicion maligna,
Ni tu imperio ocasiona,
Ni tu ciencia adivina

El motivo que causa
La amarga pena mia....
Dime si acaso sabes
Qué mano cruel, impía,
Robó de mis halagos
A mí dulce perrita.
Ay! no sabe el tirano
De cuánto bien me priva,
Y el tesoro del alma
Que con ella me quita.
Cleópatra es su nombre
Y bien pudo la egipcia
Mas soberbia ostentarse,
Pero nunca mas fina.
Su delicado cuerpo
Suave vellon cubria,
Que en cándidos anillos
Los céfiros agitan.
En torno al albo cuello,
Para señal te sirva,
Es su joyante seda
Ménos larga y pulida.
Y sus pequeños ojos
Cual negras estrellitas,
Entre copos de nieve
Le bailan y le brillan.
Ah! cuán fina do quiera
A mi encuentro salia
Removiendo la cola
Juguetona y festiva,
Y al mirarme enojada,
Con espresion sumisa
Arrastrándose humilde
Desarmaba mis iras.
A veces oficiosa
Al verme pensativa,
Agitada espresaba
Su curiosa fatiga:
O fijándome inmóvil
Atenta é indecisa,
Leer mis pensamientos
En mis ojos queria.
Tan fiel como celosa,
Si acaso alguna amiga
Me tomaba la mano
O el cuello me ceñia,
Con sonorosos ladridos

A su rival gruñia',
Como quien reclamaba
Sus derechos... ó altiva
Atacando al zapato
Mas resuelta me hacia
Con el ebúrneo diente
Agradables cosquillas.
Estas son, o Cupido,
Las señas distintivas
Con que debes buscarme
A mi fiel falderita.
Si la encuentras, protesto
A tu imperio rendida,
Que mi pecho á tu aljaba
No mas fiero resista;
Y llevar en ofrenda
A tus aras propicia
Mas blancas que mis manos
Dos tiernas palomitas.»
Mas Cupido que atento
La contempla y suspira,
Arrojando á sus plantas
El carcaj y la vira,
Balbuciente la dice
Con espresion divina:
Tu pecho y tus palomas
Conserva, amable niña.
Yo buscaré con ansia
Y encontraré á fe mia,
A ese objeto dichoso
De tu amor y mi envidia;
Darételo adornado
De flores y de cintas
Mas oye... que has de darme
Un beso por albricias.

(Francisco Acuña de Figueroa.)

MALVINA.

Cuando va tu voz, Malvina,
Siguiendo cada inflexion
Del tierno armonioso son
Que esprime tu harpa divina:

Cuando tu mano graciosa
Pulsa la trémula cuerda
Sin que á su contacto pierda
Su blandura deliciosa:
Entónces, bella Malvina,
Imposible es, que haya un alma,
Que se mantenga en su calma
En tu presencia divina.

Si de la verde gramilla,
Al compas que da el Obué,
Tu pequeñísimo pié
Los tiernos tallos humilla:
Si de actitud voluptuosa,
Tu talle gentil, esbelto
Agil cambia, y siempre suelto
Otra toma mas airosa;
Entónces, bella Malvina,
Apénas hubiera un alma,
Que conservase su calma
En tu presencia divina.

Si tus labios de carmin
Los conmueve una sonrisa,
Y en tus dientes se divisa
La blancura del jazmin;
Si el pañuelo trasparente,
Que el cándido pecho cubre,
Al blando latir descubre
La móvil forma turgente,
Entónces, bella Malvina,
No hay sobre la tierra un alma
Que pueda mostrarse en calma
En tu presencia divina.

Si tus ojos humedece
Centellante y cristalina
Una lágrima, Malvina,
Al ver un ser que padece;
Si al correr por tu mejilla,
Pára en ella un solo instante,
Como chispa de diamante
Que sobre una rosa brilla,
Entónces, bella Malvina,
No creo que hubiera un alma,
Que permaneciese en calma
En tu presencia divina.

Cuando el nítido arroyuelo,
Con su linfa cristalina,
Cubre tus formas, Malvina,
Como trasparente velo;
Y que bulliciosa y pura,
Lamiendo el nevado cuello
Los rizos de tu cabello
Acaricia con blandura:
Entónces, bella Malvina,
Estoy cierto que no hay alma,
Que pudiera estar en calma
En tu presencia divina.

En blanco y mullido lecho
Vi de Malvina dormida,
La cabellera esparcida
Sobre el cuello y lindo pecho,
No era de simple mujer,
Era de ángel su presencia,
Era la misma inocencia
Representada en su ser.
Entónces, bella Malvina,
Entónces sentí que mi alma
Habia perdido su calma
En tu presencia divina.

(Juan Godoy.)

EN EL ALBUM DE UNA BRASILERA.

¿A qué nacer la flor en el desierto
De las galas del lujo asaz cubierto,
Si su vida inocente es ignorado?
Rebosar en sus pétalos la almíbar,
Si los seres que tienen por morada
Bosques de naranjeros no la liban?
Porqué naciste, vírgen, en la tierra
Que tanta dicha y tanto bien encierra
Con tus ojos formados para el llanto
Y tu sonrisa de inefable encanto?
Ah! no haber elegido aquí otro suelo
Del tiempo y las tormentas azotado,
Do es necesario el ángel de consuelo
De la desgracia al lado.

(Juan Carlos Gomez.)

EL CONVITE.

Llega, llega á mis brazos,
Objeto amable, que encantar supiste
Mi tierno corazon: con faz serena
Tiende tus brazos de mi cuello en torno,
Y bésame otra vez.... Oh! cuánto el alma
Se llena de placer! Cómo al mirarte
Huyen mis penas cual la nieble fria
Al relucir del sol...! Nunca ¡oh amada!
Nunca podrá olvidar el alma mia
Tu beldad y tu amor.... Mírame, hermosa,
Y que otra vez al contemplar mi gloria
Aplauda amor entre festiva risa,
Batiendo alegre las divinas palmas.
Mil veces infeliz el que no sabe
Como Fileno amar...! Su árido pecho
Cerrado á la alma voz de la natura
Nunca supo gustar de sus favores;
Y muy mas infeliz quien no ha encontrado
Una amante cual tú cuya ternura
En su pecho abrasado
Funde un trono inmortal á los amores.

Tú, adorada, mi llanto enjugaste
Consolando mi amargo dolor:
Yo adoré tu beldad, tú me amaste,
Y aplaudió nuestras dichas amor.

Mas, qué? sobre mis hombros te reclinas
Y tu cabello nudoso
Cubre mi frente? Tu nevada mano
Tiende, hermosa, hácia mi... ¿Mi mano ardiente
Mórbida estrechas con la mano tuya,
Y me juras amor, y en él me inflamas
Con tu ardiente mirar?
Oh dulce amiga!
Una vez, y otra, y mil los dos juremos
No olvidarnos jamas: ven y sellemos
Nuestro ardiente jurar con mil caricias....
. . . .
Nunca fuí tan feliz: no arrebatado
Hora me siento del amor furioso
Que encendiera en mi pecho una perjura,
Ménos bella que tú, ménos amable.
Infiel! cuál me vendió!... ¡Yo que rendido

Por siempre la adoré!... Léjos empero
Memoria tan fatal: de hoy mas la olvido
Por adorarte á tí.... Ven ¡oh querida!
Sienta yo palpitar bajo mi mano
Tu blando corazon y torne á oirte
Suspirar de placer entre mis brazos;
Y que al mirarme en languidez envuelto,
Tú con sonrisa plácida me brindes
A coger en tus labios regalados
El dulce beso en que el amor se goza;
Y que al cogerlo, en tus celestes ojos
Mi ventura y tu amor escritos mire
Y te bese otra vez; y luego espire.

(José Maria Heredia.)

LA QUE VI EN EL BAILE.

A MI HERMANA.

(Inédito.)

Era jóven, y era linda,
De una estatura mediana,
Negro el cabello, los ojos grandes,
La mejilla sonrosada;
En su festivo semblante
De espresion abierta y franca,
Por una mano invisible
La bondad lleva grabada;
Dulce su voz, harmoniosa,
Penetrantes sus miradas,
De afable y sencillo trato,
Alegre como una pascua,
Sin melindres de doncella
Ni escrúpulos de beata.
De blanco toda vestida
De sencillez hace gala:
Tanto mas bella parece
Cuanto ménos esmerada.
Chalcito color celeste,
Sujeto al pecho llevaba
Con una «mariposita»
De filigrana de plata.
En cada una de sus formas,
En sus modales, en su habla,

Hay un secreto que hechiza,
Hay un hechizo que encanta.
Cuando baila ¡ qué donaire !
Qué gentileza ! qué gracia !
Sí parece que no toca
Al suelo la leve planta.
Entre el bullicio y tumulto
De la alegre contradanza,
Atónito la seguia
Con la vista y con el alma:
Solo á ella veian mis ojos,
Solo su voz escuchaba.
Si fuera como está hermosa
La que el destino me guarda,
Cuán dichoso me creyera !
Oh, cómo tierno la amara !

Miéntras bailaba ligera
Una presurosa valsa,
Cayérasele un ramito
Que en la cabeza llevaba;
Recogílo en el momento
Como una cosa sagrada,
Y guardélo aquí en mi pecho
Que agitado palpitaba.
Entre confiado y dudoso,
Acerquéme luego á hablarla,
Y mirándome risueña
Estendió su mano blanca,
Brindándome una diamela
Que sobre el pecho ostentaba.
Al tomarla yo la dije,
Con no sé qué desconfianza:
«Por qué la empleais tan mal?»
«En nadie mejor empleada,
Me contestó cariñosa,
Que en el que humilde se abaja
A levantar una flor
Acaso ya pisoteada» ....

Desde entónces ando loco,
Yo no sé lo que me pasa:
Soñé con ella esa noche,
Tambien soñaré mañana.
Ella, el ramo, la diamela,
Y aquella boca torneada
Como el arco del amor

Me siguen como fantasmas:
Unas veces todas juntas,
Otras veces separadas,
Siempre las tengo presentes
Y no pudiera olvidarlas,
Ni aunque tú me lo pidieras,
Ni aunque ella me lo mandara,
Ni porque traiga en el pecho
«La imágen de la inconstancia.»

(Manuel Inurrieta.)

A UNA ROSA.

SONETO.

(Inédito.)

Señora de la selva, augusta rosa,
Orgullo de setiembre, honor del prado,
Que no te despedaze el cierzo osado
Ni marchite la helada rigorosa.

Goza mas ¡ á las manos de mi hermosa
Pasa tu trono! y luego el agraciado
Cabello adorna, y el color rosado
Al ver su rostro aumenta vergonzoso.

Recógeme estas lágrimas que lloro
En tu nevado seno, y si te toca
A los labios llegar de la que adoro,

Tambien mi llanto hácia su dulce boca
Correrá, probarálo, y dirá luego:
Esta rosa está abierta á puro fuego.

(Juan Crisostomo Lafinur.)

MUCHO AMOR.

CANCION.

(Imitacion de Béranger.)

Si de un tesoro pudiera
Disponer á discrecion,
A mi Amira se lo diera
Como le di el corazon.

Satisfaria al momento
Hasta su antojo menor;
No soy, no soy avariento,
Pero tengo mucho amor.

Oh! si me inspirase Apolo!
En las cuerdas de mi lira
Se inmortalizara solo
El dulce nombre de Amira.

Fuera eterna su memoria,
Y eterno fuera mi honor:
No tengo amor á la gloria,
Pero tengo mucho amor.

Si el destino me elevara
Hasta el trono de los reyes,
Ella fuera quien reinara
Y quien dictara mis leyes:

Quisiera para mi dueño
De una corte el esplendor;
No tengo ambicion ni en sueño,
Pero tengo mucho amor.

Mas, qué importuno deseo!
¿No soy de Amira el esposo?
¿Qué glorias, bienes ni empleo
Me hicieran tan venturoso?

No ambicionar cosa alguna,
¿Dónde hay tesoro mayor?
Me persigue la fortuna,
Pero tengo mucho amor.

(José Fernandez Madrid.)

AMIRA Y YO.

CANCION.

(Imitacion de Béranger.)

La que amaré siempre
Qué hermosa es Amira!
¡Cuán interesante
Su melancolía!

Delirio de amores
Sus ojos inspiran;
En todo su cuerpo
¡Qué gracia, qué vida!
¡Cielos! soy tan feo,
Siendo ella tan linda!

Veinte primaveras,
Frescas sus mejillas,
Rosa media abierta
Su boca de risa!
Sus cabellos, oro;
Su hablar melodía,
Y mil y mil gracias
Encuentro en Amira.
¡Cielos! soy tan feo, etc.

Qué dicha! ella me ama
Con pasion activa;
Me halaga amorosa
Con tiernas caricias;
A mí, de quien ántes
El amor huia,
A mí, que de nadie
Tener debo envidia.
¡Cielos! soy tan feo, etc.

Ya mi pelo negro
Las canas matizan,
Aunque á siete lustros
Mi edad se limita:
Qué importa? de flores
Me ciñe mi amiga;
Triunfante en mis brazos
Contemplo á mi Amira.
¡Cielos! soy tan feo
Y es ella tan linda!

(JOSÉ FERNANDEZ MADRID.)

AGRADECIMIENTO.

No necesitas, no, niña preciosa,
De tu garbo, donaire, gentileza:
Para ser estimada con presteza,
Eres á mas de linda, muy graciosa.

Estando en la ciudad mas populosa,
Cual viajante, que yerra en la maleza,
Mereció mi cariño tu terneza:
¿Puede darse entre dichas mayor cosa?

Mil gracias te repito cada dia,
En la noche, en la tarde, en la mañana,
Recorriendo tu amor y gallardía:

Y á pesar de la ausencia mas tirana,
Un altar te levanto en la alma mia,
Donde adoro tu imágen soberana.

(Fr. Manuel Navarrete.)

PARA EL ALBUM

de la Señorita Rosa O. de Zeballos, insigne profesora de música, y de sus dos bellas primas.

Rosa, que por modestia delicada,
En florecer te places rodeada
Del lindo par de Margarita y Pola,
Huyendo la vergüenza
De ser en gracias y hermosura sola:
Quien pueda resistir al bello encanto,
Rosa, de tu mirar y de tu canto,
Y en grata calma verte y escucharte;
Ese voces tendrá para alabarte.
Mas no el que absorto, estático suspira
En placer inefable, sin que pueda
Decir, qué siente, ni decir qué admira.

Yo te escuché una vez; y todo el dia
En ilusion dulcísima creia
Sentir, y respirar, y vivir todo
En un plácido ambiente de armonía.
Y en el silencio de la noche, cuando
El mentido concierto me desvela,
Un ángel desprendido
Del cielo me deslumbra — y me revela
Que la vírgen Cecilia, que allá ordena
De serafines el ardiente coro,
Absorta cuando te oye, y suspendida
Los celestiales números olvida,
De su alto ministerio se distrae,
Y el arpa de oro de sus manos cae.

Y cuando de improviso
Del místico deliquio se levanta,
Nuevas cuerdas aumenta á su instrumento,
Y del cordero atento
En nuevas notas nuevos himnos canta.

(José Joaquin De Olmedo.)

A SILVIA.

¿Qué cantaré de tí, gentil doncella,
De moreno color, serena frente.
Candorosa, inocente
Y humilde á par de bella?

No á tí te concedió naturaleza
El color de la rosa y de la azucena,
Ni de soberbia llena
Desdenes y esquiveza.

Mas dióte gallardísima apostura,
Y negros ojos y mullido seno
Y un mirar tan sereno
Que escita la ternura.

Semejante en el prado á la violeta,
Que agrada mas con pálidos colores,
Que entre vistosas flores
La rosa y la mosqueta:

Así me places tú, Silvia querida,
A quien mi triste corazon adora,
Mas que otra engañadora
Belleza fementida.

¿Sientes allá á tus solas, por ventura,
Ese deseo de amar sin resolverse?
¿Querer y no atreverse,
A mostrar mas dulzura?

Pues sabe que yo soy el que ha inspirado
A tu pecho ese noble sentimiento,
Ese dulce tormento,
Ese feliz cuidado.

Y yo lo sé muy bien, porque te miro,
Y me miras, y vuelves recelosa,
Y luego ruborosa
Lanzas ¡ay! un suspiro.

Ven ¡adorada! arrójate á mis brazos,
Estrecha al mio el corazon amante,
Y cíñeme constante
Entre tus dulces lazos.

Debajo de este plátano que mece
Sus hojas en el aire blandamente:
Orillas de esa fuente
Que vaga se adormece.

A la luz de la luna, que menguada
Con turbia claridad nos ilumina,
Junto á mí te reclina,
¡O Silvia enamorada!

Y unidos siempre en lazo delicioso,
Volar dejemos la fugace vida:
Tú por siempre querida,
Yo por tí venturoso.

(José Joaquin Pesado.)

LA SONRISA DEL PUDOR.

A R. G.

Es hermosa mi querida
Cuando en sus ojos de fuego
Se pinta el desasosiego
Que nos inspira el amor;
Pero se torna mas bella,
Aspecto angélico toma
Cuando á sus labios asoma
La sonrisa del pudor.

Emblema de la esperanza,
Arco-íris de consuelo,
Símbolo de paz del cielo
Entre el hombre y el amor,
Señal de gratitud pura
En la beldad apacible,
Es divina, indefinible,
La sonrisa del pudor.

Pura cual la voz del niño
Que entre incienso al cielo sube,
Cual sobre la blanca nube
Nítido rayo del sol,
Como el tinte de la aurora
Que refleja el mar en calma...
Enajena arroba mi alma
La sonrisa del pudor.

Prodigo tiernos elogios
A su encanto soberano,
Imprimo en su blanca mano
Un beso lleno de ardor.
Teme... duda... huir pretende...
Tiembla... se acerca... se allega,
Y en su labio se despliega
La sonrisa del pudor.

Es la reprension modesta
De una ciega confianza,
Es un rayo de esperanza
Entre sombras de temor,
Es una arma poderosa
En labios de la hermosura,
Es de angélica dulzura
La sonrisa del pudor.

No es la espresion fastidiosa
De la insensata alegría,
No es maliciosa ironía
A la inocente pasion,
No es del rencor ó desprecio
La máscara engañadora;
Es sublime, seductora,
La sonrisa del pudor.

Mi amada compadecida
De mi pasion ardorosa,
Tiende una mano piadosa
Y me mira con amor,
Una lágrima derrama,
Vergonzosa retrocede,
Y tímida me concede
La sonrisa del pudor.

Es dulce lazo que liga
Al amor con la inocencia,

Una tierna complacencia,
Es el velo del candor:
Es en tus labios ¡amada!
La gracia mas seductiva;
Me embelesa, me cautiva
La sonrisa del pudor.

Adorada, esa sonrisa
Me entusiasma, me embelece;
Que interpreta me parece
El mismo agrado de Dios.
Es tu escudo la modestia,
Es el honor tu divisa,
Y tu encanto esa sonrisa,
La sonrisa del pudor.

(GUILLERMO PRIETO.)

A..........

(VERSOS ESCRITOS EN EL GOLFO MEJICANO.)

En las ondas azules, agitadas,
Cuando el austro amenaza tempestad,
El riesgo olvido de mi frágil nave,
Solo pienso, mi bien, en tu beldad.

Ruega por mí, ferviente y piadosa,
Al que rige la tierra, el viento, el mar;
De tus santas plegarias conmovido,
Mi delincuente vida salvará.

Este secreto impulso que me arrastra
Hácia tu ser hermoso, celestial,
No es el amor profano de este mundo,
Misterio es de pasion y de piedad.

Suele buscarte mi alma enardecida
En el éter del aura matinal,
En el cielo de un sol que se despide...
No en el grato recinto de tu hogar.

Antes de verte hechizo de mi vida,
Mi triste corazon era un volcan,
Y en su lóbrego centro se agitaban
Fiera ambicion, venganza funeral.

Crudos embotes de civil discordia,
Lauro sangriento, aplauso popular,
Eran objetos que á mi pecho hacian
De esperanza y de gozo palpitar.

Te vi, y amé el perfume de los campos,
La pureza de un pecho virginal,
El rio que se esconde entre las flores,
En un infante el beso maternal.

Hoy ya no cruzo el piélago espumoso
Tras de una gloria de placer falaz;
Corro á tus brazos... á mi opaca frente
Una lágrima tuya animará.

(José Rivera Indarte.)

AL BELLO SEXO ORIENTAL.

En este dia
Penas á un lado;
Venga la lira,
Vamos cantando.

Tiernos, sencillos,
Suenen mis versos
En alabanza
Del bello sexo.

Las orientales
Ora me inspiran:
Vamos cantando,
Venga la lira;

Pues son las hijas
Del rico Oriente
Como las flores
Que da diciembre.

Todas gallardas
Como azucenas,
Modestas todas
Como violetas;

Como las rosas
Todas lozanas,
Y todas suaves
Como las malvas.

Yo de la tierra
Donde he nacido
Salí llorando,
Pobre y proscripto.

Y los sollozos
De mi familia,
De mis amigos,
De mi querida,

Fueron el solo
Triste consuelo
Que me dejaron
En tal momento:

El fin entónces
Miré cercano
De mis marchitos
Jóvenes años.

Mas por fortuna
Pisó mi planta
Estas riberas
Hospitalarias :

Y aquí me dieron
Hogar y asilo;
Hallé consuelos,
Encontré amigos.

Y vi las hijas
Del rico Oriente
Como las flores
Que da diciembre.

Todas amables,
Graciosas todas;
Que como aquellas
Su suelo adornan.

Ellas hicieron
Con sus modales,

Con la dulzura
De su carácter,

Que mis tormentos
Se mitigaran
Y que, si estraño
Mi dulce patria,

Halle en la suya
Blandos cuidados,
Que son alivio
De un desterrado.

Hijas donosas
De aqueste suelo,
¡Así mis votos
Oyera el cielo!

Vierta sus dones
Sobre vosotras,
Jóvenes tiernas,
Madres y esposas.

Amor os brinde
Solo delicias,
Como á mí ¡ay triste!
Brindóme un dia.

Jamas los celos
Ni las mudanzas
Marchitar puedan
Vuestra esperanza.

Entre los brazos
Del himeneo,
Vuestros amores
Bendiga el cielo.

Y vuestros hijos
A par que crezcan,
Con el sustento
Virtudes beban.

Dulces y blandos
Como sus madres,
Vuestro cariño
Tiernos os paguen.

Vuestros ejemplos,
Vuestros cuidados,
Harán virtuosos
Los ciudadanos.

Así la patria,
Verá gozosa
Que su fortuna
Debe á vosotras.

¡Y así mis votos
Oyera el cielo!
Pero entre tanto,
Donoso sexo,

Recibe el voto
De un argentino,
Que miéntras llora
Triste y proscripto,

Canta á las hijas
Del rico Oriente
Como á las flores
Que da diciembre.

(Florencio Varela.)

A MI AMANTE.

Es media noche: vaporosa calma
Y silencio profundo
El sueño vierte al fatigado mundo,
Y yo velo por tí, mi dulce amante.
¡En qué delicia el alma
Enajena tu plácida memoria!
Unico bien y gloria
Del corazon mas fino y mas constante,
¡Cuál te idolatro! De mi ansioso pecho
La agitacion lanzaste y el martirio,
Y en mi tierno delirio
Lleno de tí contemplo el universo.
Con tu amor inefable se embellece
De la vida el desierto,
Que desolado y yerto
A mi tímida vista parecia,
Y cubierto de espinas y dolores;
Ante mis pasos, adorada mia,
Riégalo tú con inocentes flores.

Y tú me amas! Oh Dios! Cuánta dulzura
Siento al pensarlo! De esperanza lleno,
Miro lucir el sol puro y sereno,
Y se anega mi ser en su ventura.
Con orgullo y placer alzo la frente
Antes nublada y triste, donde ahora
Serenidad respira y alegría.
Adorada señora
De mi destino y de la vida mia,
Cuando yo tu hermosura
En un silencio religioso admiro,
El aire que tú alientas y respiro,
Es delicia y ventura.
Si pueden envidiar los inmortales
De los hombres la suerte,
Me envidiarán al verte
Fijar en mí tus ojos celestiales
Animados de amor y con los mios
Confundir su ternura.
O al escuchar cuando tu boca pura
Y tímida confiesa
El inocente amor que yo te inspiro:
Por mí exhalaste tu primer suspiro,
Y á mí me diste tu primer promesa.

Oh! luzca el bello dia
Que de mi amor corone la esperanza,
Y ponga el colmo á la ventura mia!
¡Cómo de gozo lleno,
Inseparable gozaré á tu lado,
Respiraré aliento regalado,
Y posaré mi faz sobre tu seno!

Ahora duermes talvez, y el sueño agita
Sus tibias alas en tu calma frente,
Miéntras que blandamente
Solo por mí tu corazon palpita.
Duerme, objeto divino
Del afecto mas fino,
Del amor mas constante;
Descansa, dulce dueño,
Y entre las ilusiones de tu sueño
Levántese la imágen de tu amante.

(José Maria Heredia.)

IV.

DOLOR, DESVENTURA
Y
MUERTE.

HIMNO AL DOLOR.

Nada se hace en la tierra sin motivo, y de la tierra no nace el dolor.
Las cosas, que ántes no queria tocar mi alma, ahora por la congoja son mi comida.

(JOB.)

Devora, fiera insaciable,
Monstruo, ó demonio execrable,
Que avasalles la creacion;
Devora como lo has hecho,
Si no te hallas satisfecho,
Con furor aun mas deshecho,
Mi robusto corazon.

Cebe, cebe en mis entrañas,
Con mas rencorosas sañas
Tu furia el diente voraz;
Y en ellas continuo asida,
Como el cáncer á la herida,
Lo que me resta de vida
Consuma en su afan tenaz.

Roe, roe; tu constancia
No abatirá mi arrogancia,
Ni mi orgullo tu furor.
Nada, nada desconhorta
Un corazon que conforta
Alma grande, á quien importa
Poco, placer, mundo, amor.

Roe, roe, y en mi seno
Tu mortífero veneno
Derrama: — no he de gemir;
Y cual Jacob, sin testigo
Contra el ángel enemigo,

Lucharé firme contigo
Hasta vencer ó morir.

No temas, no, que me espante
Tu fuerza y poder gigante,
Aunque frágil caña soy.
Mi alma es símil á la roca
Cuya frente al cielo toca,
Y la tempestad provoca
Siendo mañana lo que hoy.

Hollada la sierpe, vibra
Su dardo, hiere y se libra
Del villano pié veloz;
O sobre el tigre, enroscando
Su flexible cuerpo blando
Lucha incansable, burlando
Su instinto y saña feroz.

Devora: — tu fiero brio
Yo provoco y desafío
Armado de mi razon;
Yo masa de vil arcilla,
Yo flor que un soplo amancilla,
Trama débil y sencilla,
Despojo de la creacion.

Yo miserable gusano,
Luz que alienta efluvio vano,
Insecto, chispa mortal;
Yo, ménos que un ente aerio,
Yo, esclavo vil de tu imperio,
Yo polvo, nada, misterio....
Nacido en hora fatal.

Yo te provoco: — descarga
Sobre mí con mano larga
Tus iras: — yo callaré;
Y sellando como el sabio
A toda queja mi labio,
Cual firme monte á tu agravio
Inmoble siempre estaré.

Yo te provoco: — Dios eres,
Dios terrible que á los seres
Impones tu dura ley;
Dios que su furia sedienta,
Con gemidos alimenta,

Como el oso su cruenta
Zarpa en indefensa grey.

Dios inexorable y fuerte
Que divides con la muerte
El vasto imperio del mal;
Desde que el hombre perverso,
En oscuro dia adverso,
Fué lanzado al universo
Del crímen con la señal.

Yo te provoco: — al infierno
Pide su penar eterno,
Su angustia y noche sin fin;
Su esquisito sentimiento,
El vivaz remordimiento,
La congoja y el tormento
Del soberbio serafin.

Pídele con sus delirios
Sus indecibles martirios,
El hielo y llama voraz;
La sed, la rabia, y despechos
De los mas precitos pechos,
Y aquellos marmóreos lechos,
Do no hay sueño ni solaz.

Pide tambien á la tierra
Cuantos dolores encierra,
Cuanto ha, y debe padecer;
Y sobre mí con violencia
Lanza toda su inclemencia:
Que de mi alma la escelencia
No se dejará vencer.

Yo te provoco: — cuatro años
Los tormentos mas estraños
Probaste iracundo en mí!
Agotando de mi vida,
De mi juventud florida
La fuente escelsa, que henchida
De un mundo de glorias vi.

Yo te provoco: — cuatro años
De mil y mil desengaños
Me hiciste apurar la hiel;
Y en un páramo desierto,

Do todo era negro y yerto,
Me dejaste al descubierto
Presa la borrasca cruel.

Yo te provoco: — tu mano
De mis fatigas temprano
La copiosa mies segó,
Dejándome los abrojos,
Para doblar mis enojos,
Y el recuerdo y los despojos
De un tiempo feliz que huyó.

Yo te provoco: — ¿qué males,
Qué ansias ó penas fatales
Me podrán sobrevenir,
Que no haya firme sufrido?
Qué pasion no habré sentido?
Qué idea no habré podido
Grande ó noble concebir?

Mi espíritu en su carrera
Ha recorrido la esfera
De lo terrestre y lo ideal;
Visto su forma desnuda,
Y sondada sin ayuda
Los abismos de la duda,
Del bien, la vida y el mal.

Cuando los otros insanos
A pensamientos livianos
El juvenil brio dan;
Y en el labio la sonrisa,
Con inquietud indecisa,
Flores de la vida á prisa
Despojando torpes van;

Mi corazon de tormentas
Desatadas y violentas
Sufrido habia el rigor;
Y laso en un solo dia.
Muerto al placer y alegría,
Dicho en su congoja habia
Adios eterno al amor.

En la edad en que sin tino
Del error por el camino
Muere tropezando el pié

La turba insana, y apura,
Sumida en tiniebla oscura,
Del placer la copa impura
Que vacía siempre ve:

Ya mi espíritu ambicioso
Para su ardor generoso
Buscaba un nueva manjar;
Y en sus vuelos soberanos,
Libre de lazos mundanos,
De la creacion los arcanos
Osaba altivo indagar.

Como en un espejo terso,
Reflejaba el universo
Sus maravillas en él:
Nada, nada se encubria
A la inteligencia mia
Y mi ardiente fantasía
Era un mágico pincel.

Gloria, gloria era el acento
Que en el cielo, tierra y viento
Yo escuchaba resonar;
Gloria mi pecho exhalaba,
Gloria durmiendo soñaba,
Y su fantasma miraba
Do quier como astro brillar.

Ella me llevara ufano
A contemplar del oceano
El tempestuoso furor;
Ella entre cultas naciones
A buscar dignas lecciones
De graves meditaciones;
Nuevo alimento á mi ardor.

¿Dónde se fué tanto sueño,
Porvenir tan halagüeño,
Tanta sublime pasion?
Dolor impío? — Triunfante
Tu brazo asoló pujante
El edificio gigante,
Que labrara mi ambicion.

Tú agotando, poco á poco,
Has ido el ardiente foco
De luz que mi alma abrigó;

Y con tu soplo de muerte
Convirtiendo en masa inerte
Una edad jóven y fuerte
Que mil frutos prometió.

¿Qué esperanza me has dejado,
Qué idea no has sofocado
En mi espíritu al nacer?
¿Qué pasion ó sentimiento
No me has trocado en tormento?
Qué amor ó contentamiento
En hastío ó desplacer?

¿Qué ilusion ó dulce engaño
En funesto desengaño?
Qué dicha en triste pesar?
De qué angustia no has cercado
Mi corazon desolado?
Qué lágrima no has helado
En mis ojos al brotar?

Nobles y grandes pasiones,
Pensamientos y visiones,
Sublimes, gran porvenir;
Estudio, vigilias largas,
Siempre fastidiosas cargas
Para débil cuerpo, amargas
Horas de oscuro vivir

Y de frio desaliento; —
Todo, todo en un momento
¡Oh inescrutable dolor!
Para mi estéril ha sido,
Grano en el agua esparcido;
Y en fuente lo has convertido
De despecho y amargor.

¿Qué afliccion ó desventura
Podrá parecerme dura?
Qué puedes robarme ya?
Qué placer del mundo activo
Puede tener atractivo
Para mi pesar esquivo?
¿Qué llenar mi alma podrá?

Ven, ven ¡oh dolor terrible!
De tu poder invisible
Haz un nuevo ensayo en mí;

Verás que un alma arrogante
Es como el duro diamante,
Que siempre brilla flamante
Sin admitir mancha en sí.

Ven oh dolor! en silencio;
Ven, pues, ya te reverencio
Como á genio bienhechor,
Que mueve influjo divino;
No cual númen que previno
Inexorable destino
Para venganza y terror.

Como animando la tierra
El aire impuro destierra
Con su ardiente rayo el sol;
Así tú, ¡oh dolor fecundo!
Lacerando el cuerpo inmundo,
Que se ase reptil al mundo,
Eres del alma el crisol.

Tu intensa llama le aplicas,
La limpias y purificas
De la escoria material;
Sublimando la escelencia
De su peregrina esencia,
Hasta darle una potencia
Divina, escelsa, inmortal.

Tú pruebas su fortaleza,
Su constancia y su grandeza
En el yunque del sufrir;
El triunfo glorificando
Del que contigo luchando
Sufre y calla, sofocando
De sus huesos el gemir.

Sin tu influjo el hombre henchido
De vanidad, sumergido
Yace en el mar del placer,
Y cree en su delirio ufano,
Cuando se arrastra gusano,
Tierra y cielo soberano
Sujetar á su poder.

Ven, que tal vez atesora
Alguna fibra sonora
Mi pecho aun lleno de ardor;

Que á tu inhumana porfía
Exhalará una harmonía
Capaz de darme alegría,
Y de vencerte ¡oh dolor!

Ven luego; que una alma noble
Firme, incontrastable, inmoble
Es contra la adversidad
Como el océano, sublime,
Que de ley comun se exime,
Y en cuya frente no imprime
Mancilla el tiempo, ni edad.

(Estevan Echeverria.)

AL SOL.

EN UN DIA DEL MES DE DICIEMBRE.

(Soneto.)

Reina en el cielo, sol! reina é inflama
Con tu almo fuego mi cansado pecho:
Sin luz, sin brio, comprimido, estrecho,
Un rayo anhela de tu ardiente llama.

A tu influjo feliz brote la grama,
El hielo caiga á tu fulgor deshecho;
Sal! del invierno rígido á despecho,
Rey de la esfera: sal! mi voz te llama.

De los dichosos campos, do mi cuna
Recibió de tus rayos el tesoro,
Alejóme por siempre la fortuna.

Bajo otro cielo, en otra tierra lloro...
Esta nieve luciente me importuna.
¡El invierno mi mata! ¡yo te imploro!

(Gertrudis G. de Avellaneda.)

EL RUEGO DE UNA MADRE.

En bóveda estrecha
De negra capilla
Al pié de la esposa
De Dios sin mancilla,
Mujer enlutada
Se mira postrada
De hinojos orar.

Vírgen, dice, lacrimosa,
De Dios padre tan querida,
Por la sangre que vertida
Los humanos rescató,

Vuelve á mí tus dulces ojos,
Ten piedad de quien te implora,
Que la culpa roedora
Me consume sin cesar.

¡Yo pequé! Bebí en la copa
Rebozada de impureza
Con que brinda á la belleza
La maldita corrupcion.

Hubo un hombre que en mis labios
Derramó infernal veneno;
Yo le abrí mi incauto seno
Y él... ya madre, me dejó.

Mil desprecios me aguardaban
En un mundo sin clemencia,
Que seduce á la inocencia
Y se burla de su afan.

Un horrible pensamiento
Brilló entónces en mi mente;
Yo di á luz un inocente,
Y á este templo le arrojé.

¡Hijo mio! El seco labio
Te dió aquí el adios postrero;
Un quejido lastimero
De tu boca se exhaló:

¡ Ah, perdon ! de entónces siempre
Resonando está en mi oido
Ese lúgubre gemido
Que me acuerda mi maldad.

¿ Te dió amparo algun cristiano ?
¿ Vives, hijo, acá en la tierra ?
Ó tal vez ¡ gran Dios ! te encierra
El abismo del no ser !

¿ No me ves hijo del alma,
No me ves aquí humillada
A la vírgen adorada
Que me absuelva, demandar ?

Torpe madre, impresas llevo
Del delito las señales ;
Me desprecian los mortales
Y me aguarda el ataúd.

¡ Ah ! morir sin esperanza
De abrazarte en ese cielo
De do acaso el desconsuelo
De tu madre viendo estás !

¡ Imposible ! que me abrumen
En el mundo los pesares,
Que se aumentan á millares....
Soy indigna de perdon.

Mas ¡ oh vírgen ! un instante
Vuelve á mí tu rostro pio,
Logre ver al hijo mio,
Santa madre de Jesus.

(ADOLFO BERRO.)

LA NIÑA MARIA.

Beaucoup, beaucoup d'enfants pauvres et nus, sans mère
Sans maison, n'ont jamais d'oreille pour dormir.

(MME. D. VALMORE.)

Preciosa las hermosas la llamaban,
Y la cándida frente le besaban,
Viéndola despertar ;
Y en la falda la madre la mecia
Y cantos inocentes la decia,
Al verla dormitar :

«Duerme, niña preciosa,
Duerme, paloma mia,
Opaco viene el dia,
Y el viento recio está:
Duerme, miéntras la nieve
De agosto se evapora;
Nublada está la aurora,
Y acaso lloverá.

«Los árboles se doblan
A impulsos de los vientos,
Soltando amarillentos
Sus ramas á volar:
Del mar las ondas braman;
Qué triste que está el dia,
Duerme, paloma mia,
Al son de mi cantar.

«Si vieras, cómo cruzan
Helados, abatidos,
Los pobres desvalidos,
Sin cama y sin hogar;
Si vieras otros niños
El blanco pié desnudo,
Sufrir el frio rudo
Que los hace llorar!

«Si vieras desgreñados
Sus dorados cabellos!
No hay un perfume en ellos
Ni rizados están:
Y del sol del invierno
El pálido desmayo,
Aprovechan del rayo
Para pedir el pan.

«Si vieras esos niños¡
Como tú tan preciosos,
Demandando llorosos
La pública piedad;
Y en abandono triste
Pasar el triste dia,
Y la noche tan fria
En desnuda horfandad.

«Si vieras, amor mio,
Dulce paloma mia,

Qué frio que está el dia;
Qué encrespada la mar;
Cuál los arbustos crujen
Al impulso del viento,
Nublando el firmamento
Las nubes al pasar!

«Oh! duerme y no despiertes,
Tierna paloma mia,
Opaco viene el dia;
Y el viento frio está:
Duérme miéntras la nieve
De agosto se evapora:
Nublada está la aurora
Y acaso lloverá.

«Y cuando te recuerdes
En tu envidiado lecho,
Te alzaré hasta mi pecho
Para darte calor;
Y quizas al mirarte
Tan linda, tan tranquila,
Enturbie mi pupila
Por tí llanto de amor!»

Así cantaba ufana
La madre de María,
Miéntras dormir la hacia
De la cuna al vaiven;
Y en su blanca mejilla
Mil besos estampaba,
Y sus labios besaba,
Y su tranquila sien.

Donosa era María
Adormida en la cuna;
Como un rayo de luna
Que refleja en el mar:
Cuando ella la besaba,
Sus labios entreabria,
Y sin saber reia
Despues al despertar.

Pero esta vez acaso
En su sueño profundo
Vió los males que el mundo
Guardaba á su niñez;

Y el canto de la madre
La niña entenderia,
Y en el vivir veria
Soledad y aridez.

Y diez veces á penas en el cielo,
La luna que es tan grata para el suelo,
Mostró su redondez;
Y la niña que tanto acariciaban,
Al ver que los querubes la llamaban,
Voló con rapidez.

Un año todavía no tenia
Y la cuna mullida en que yacia
En tumba se trocó:
Y los que ántes alegres le arrullaron
Al mirar su cadáver la lloraron,
Pero la canto yo.

Los ángeles sus alas agitaron,
Y al trono del Eterno se llevaron,
Un alma sin pecar;
Y esa noche mirando las estrellas
Yo vi una exhalacion en medio de ellas
Rutilante pasar.

(José Maria Cantilo.)

A LA LUNA.

¡O luna solitaria!
Un argentado rayo
De tu luz se refleja blandamente
Sobre mi adusta y amarilla frente.

Tus puros resplandores,
Tu quietud, qué contraste
Con el triste negror del alma mia,
Y con la convulsion de mi agonía!

En un tiempo me viste
De la infiel en los brazos,
En un mar de deleites sumergido
De celestes visiones seducido.

Esperando me viste
La cita apetecida,
Y acusando del tiempo la tardanza,
Que diferia el colmo á mi esperanza.

Entónces yo contaba
Del reloj los compases,
Tardos, al paso que eran repetidos
Con rapidez del pecho los latidos.

Ahora tu luz serena
En mis párpados dora
Una lágrima amarga y solitaria,
Como lo son mi queja y mi plegaria.

La sombra de la angustia
Que el corazon desgarra
Se proyecta en mis ojos negra y triste,
Y el universo de pavor reviste.

Mis sueños de ventura
Huyeron para siempre:
La infausta realidad me ha despertado
Y el seductor encanto ha disipado.

Solo queda la imágen
De la fiel que adoraba.
¿Mas qué? ¿La he olvidado y no la adoro?
Mis labios callen: dígalo mi lloro.

Su imágen es el pino
Que crece en el desierto,
El pájaro que en noche umbría canta,
La torre que entre ruinas se levanta.

De mi dicha el recuerdo,
Luna, brilla en el alma
Cual tu rayo en el mar embravecido
Cuando el rudo aquilon lo ha sacudido.

¿Por qué ocultas tu disco
Tras la parda montaña?
¿Aun tú me dejas sin alivio, o luna?
¿Aun para tí mi queja es importuna?

Si tú á quien miré siempre
Cual deidad bienhechora,
No prestas un consuelo á mi amargura,
Me queda un postrer bien; la sepultura.

Sonrío contemplando
Que del duro destino
El furor implacable y saña airada,
Bien pronto, no hallarán sino la nada.

Sueñe con nueva vida
El mortal que disfruta
De placeres, de gozo y bienandanza,
Miéntras yo digo «á Dios» á la esperanza.

(José Manuel Cortés.)

YO TE AMÉ.

«Yo te amé, jóven hermosa,
Por las gracias que vi en tí;
Por tu mirada amorosa,
Por tu mejilla de rosa,
Por tus labios de rubí.

«Sí te ofendí en mis amores,
Mujer querida, perdona!
Mas no olviden tus rigores
Que yo siempre tendré flores
Para hacerte una corona.

«Dobla, sí, tu tiranía;
Yo sufriré tu desaire:
Pero deja, vida mia,
Que yo me esté noche y dia
Admirando tu donaire.

«Y cuando el pecho abrasado
Entregues tú á mi rival,
Deja, mi alma, que á tu lado
Yo recoja arrodillado
Las migas de tu panal.»

Bajo el cerrado balcon
De la mujer que ha robado
La paz á su corazon,
Un amante desgraciado
Preludiaba esta cancion.

(Luis L. Dominguez.)

LA MADRE AFRICANA.

Tirai-je ces enfants de la rive africaine,
Qui cultivent pour nous la terre américaine?
Différents de couleur, ils ònt les mêmes droits;
Vous-mêmes contre vous les armez de vos lois.

(DELILLE. — MALHEUR ET PITIÉ — CHANT I.)

Y así, cruel pirata, así te alejas
Robándome tirano
Los hijos y el esposo? así inhumano
En desamparo y en dolor me dejas?
Ay, vuelve, vuelve! en mi infeliz cabaña,
Sin consuelo y sin vida,
Vé cuál me dejas como débil caña
Del huracan violento combatida.
Vuelve, entrañas de fiera,
Que por mi mal viniste!
Llévame vil, y en servidumbre muera
Con mis prendas amadas; mas ay triste,
Que no espero ablandar tu pecho duro
Con lamentos prolijos,
Tú no sientes amor, no tienes hijos!!!

¿Y es posible que el sol que entre zafiros
Ostenta esa bandera
Llegue á esta playa por la vez primera
A presenciar tu infamia y mis suspiros?
Oh globo celestial que esplendoroso
Dominas en las cumbres,
Oscurece tu luz y al monstruo odioso
Solo sangriento y con horror alumbres!

Mas ay, qué nueva pena!
Ya descubren mis ojos
La azagaya y el arco que en la arena
Del asalto feroz fueron despejos.
¡Inocente consorte! Tú ignorabas
Que saben esos bravos
Proclamar «Libertad»... y hacer esclavos!

De esta suerte la mísera africana
Se queja inútilmente
Miéntras la nave apresta indiferente
El traficante cruel de carne humana;

Y truena el bronce, y su clamor repite,
Que el clamor la consuela:
Mas el «Aquila» en hombros de Anfitrite
Suelta las alas, y al estruendo vuela.

Al punto encandenados
Los cautivos se miran
Y al fondo del bajel desesperados
Los lanzan sin piedad; y ellos suspiran,
Miéntras que la infeliz desde la peña
Se arroja y da un lamento
Que en pos de la alta popa lleva el viento.

(Francisco Acuña De Figueroa.)

EL INFORTUNIO, EN EL MAR.

Qu' importe le soleil? je n'attends rien des jours.

(Lamartine.)

Qué importa al desgraciado
A quien pesar devora,
Que brillante y risueña
Aparezca la aurora:
Que cuando por los mares
Su nave surca erguida,
De tempestad horrenda
Se vea combatida;
Y divagando incierta
Jamas arribe al puerto,
O vacile en el borde
Del abismo entreabierto.
¿Qué importa? si temprano
Se voló su esperanza:
El con ojos serenos
Contempla la bonanza,
Y nada pide al mundo,
Ni á las bellas auroras,
Ni al puerto ni á los dias,
Ni á las fugaces horas.

(Estevan Echeverria.)

A MI MADRE.

Madre llorad! las nieblas de la vida
Me acercan ya la noche de dolor,
Madre llorad! vos mi primer querida,
Mi última fe, mi inolvidable amor.

Yo no demando el angustioso llanto
Que agosta y quema al empapar la faz,
Sino el que brota de un recuerdo santo,
Serena el àlma y la concede paz.

Si alguna vez llorasteis por un hijo
Lágrima amarga, yo no la pedí;
Pero si acaso el corazon os dijo
Que penariais, debió ser por mí.

Presagio fué de mi destino impío,
Nació la espina. ántes de abrir la flor,
Juntad ahora vuestro lloro al mio,
Regad, mi madre, el tallo del amor.

(Juan Carlos Gomez.)

EL DESAMOR.

Salud, noche apacible: astro sereno,
Bella luna, salud! ya con vosotros
Mi triste corazon de penas llenas
Viene á buscar la paz. Del sol ardiente
Me oprime el resplandor y me devora;
Su luz abrasadora
Marchita mas y mas mi mustia frente.
Solo tu luz ¡oh luna! pura y bella
Y modesta cual tú reanimar sabe
Mi corazon llagado,
Cual fresca lluvia al aterido prado:
Hora serena en la mitad del cielo
Ries á nuestros campos agostados,
Y bañas su verdura
Con suave luz y plácida frescura.
Calla toda la tierra embebecida,
En contemplar tu marcha silenciosa:

Resuena solo la cancion melosa
Del tierno ruiseñor, ó el importuno
Grito de la cigarra: entre las flores
El céfiro reposa adormecido.
El pomposo naranjo, el mango erguido,
Agrupados allá, mi pecho llenan
Con el sublime horror que en torno vaga
De sus copas inmóviles: unidos
Forman bajo ellos cavidad sombrosa,
Do de la luna tímida los rayos
No penetran jamas. Morada fria
De grato horror y oscuridad sombría,
A tí me acojo, y en tu amigo seno
Mi tierno corazon sentiré lleno
De agradable y feliz melancolía.
Calma serenidad, que enseñoreas
Al universo, dí: ¿Porqué en mi pecho
No reinas ¡ay! tambien? Porqué agitado
Y en fuego el rostro pálido abrasado,
Yo solo, en tanta paz, gimo y suspiro!
Esta llama volcánica y furiosa
Que arde en mi corazon, cuál me atormenta
Con su estéril ardor...! ¿Nunca una hermosa
Será por fin su delicioso objeto?
Cuál feliz seré entónces! Encendido
La amaré y me amará; y amor y dicha....
Engañosa esperanza! Ay! Desquerido
Gimo, triste, anhelante,
Y abrasado en amor no tengo amante.
No la tendré jamas?... Oh! si yo hallara
Una beldad sensible que me amara,
Cómo la amara yo! Cómo las horas
De mi tranquila vida hermoseando,
Me hiciera ella feliz! Cómo en sus ojos
Y en su dulce sonrisa yo leeria
Mi ventura inmortal! Cuando la lluvia
Vertiéndose á torrentes en mi techo
Lo hiciera estremecer, cuando los rayos
Retumbasen do quier, ¡con qué delirio
Yo la estrechara á mi agitado pecho,
Y entre la conmocion de la natura,
Y con ella exaltado dividiera
Mi inefable placer y mi locura!
O en una noche plácida y serena
A la callada luna contemplando,
En su divino hablar me embebeciera,
Y en su seno mi frente reclinando,

Palpitar dulcemente le sintiera;
Y envuelto en languidez abrasadora
Un beso y otros mil la diera ardiente
Y en mi feliz delirio la abrazara,
Miéntras la luna en esplendor bañara
Con un rayo de luz su tersa frente....!
Oh! sueño engañador y delicioso!
Por qué mi acalorada fantasía
Vienes ¡ay! á halagar? La mano impía
De la suerte cruel negó á mi pecho
La esperanza del bien: solo amargura
Me guarda por do quier el mundo ingrato,
Y el caliz del dolor mi labio apura.

(José Maria Heredia.)

EL AMOR ESTINGUIDO.

Cuando acá en mi memoria te presentas
Con todos los hechizos de tu cara,
¡Ay Doris! ¡cosa rara!
La ya ceniza de mi amor alientas.
¡Influjo poderoso
Por secreta virtud de tu semblante!
El sol no tiene fuego semejante,
Doris, al de tu rostro milagroso.
No perturbes ¡ay Doris! mi sosiego.
La noche de tu ausencia oscura y fria,
Me ponga á salvo de tu ardiente fuego.
¿No te ablanda el dolor de la alma mia,
Que tu ingrata beldad ausente adora?
¡Doris cruel! parece
Que á mis ruegos te exaltas, segun crece
De tus ojos la lumbre abrasadora.
Amor, tirano amor, así me inflamas,
Que rios de fuego corren por mis venas,
Y mis huesos cual leños á las llamas,
Me hacen sentir del tártaro las penas.
Muévante mis gemidos,
Que cual volcan que arroja
Peñascos encendidos,
Lanzo al impulso de mortal congoja.

Así en la ardiente juventud sentia
Del amor los escesos:

Mas ya con la edad fria
El calor se retira de mis huesos,
¡Triste señal de mi postrero dia!

(Fr. Manuel Navarete.)

LA DONCELLA LOCA.

Vertiendo acerbo llanto
Vaga una vírgen bella,
Y de mortal quebranto
Lleva profunda huella
Sobre su rostro pálido,
Cual deshojada flor.

Doliente y enlutada
Tres lustros no ha cumplido,
Y ya desconsolada
Del mundo ingrato ha huido,
Y en el sepulcro busca
Remedio á su aflicion.

En vano la doncella
Con anhelantes ojos,
En su dolor mas bella
Buscaba los despojos
Del generoso jóven
Que su alma cautivó.

No halló de sus amores
La tumba ensangrentada,
Y las funéreas flores
De sí lanzó angustiada,
Y entre sus labios áridos
Sonó una maldicion.

Y aquel virginal seno,
Robada su esperanza,
Girar sintió el veneno
De la hórrida venganza,
Y pronunció de muerte
Un juramento atroz.

Allá en la noche cruza
Por la ciudad dormida:

Puñal oculto aguza
Demente y dolorida,
Y un corazon acecha
Por otro que perdió.

(JOSÉ RIVERA INDARTE.)

LA FUENTECILLA.

Fuentecilla solitaria
De aqueste bosque sombrío,
¿Si vas á morir al rio
Para qué corres así?
¿A quién el presente llevas
De esas perlas que derramas?
Fuentecilla, si no amas
¿Adónde las llevas, dí?

Entre sus pliegues undosos
Recoge ambicioso el viento
El embalsamado aliento
De la flor matutinal,
Y al escuchar el concierto
De tu inocente murmullo
Lo aspira con un arrullo
Sobre tu onda de cristal.

Tu corriente cristalina
El campo fecunda hermoso,
Y tu giro caprichoso
Placer á la vista da:
Tu linfa clara y serena
Sirve á las aves de espejo,
Que se miran al reflejo
De tu luminosa faz.

Si tus cristales recoges
Al abrigo de un remanso
Para dar algun descanso
A tu curso triunfador,
Allí te halaga amorosa
La vaga, la blanda brisa,
Y tu faz tranquila riza
Con sus suspiros de amor.

Así corres, fuente clara,
Entre auríferas arenas,
De tus márgenes amenas
Delicia á la vez y honor.
Mas ¡ ay ! del bien que disfrutas
¡ Ay de tu correr sereno !
Si llega á agitar tu seno
Un pensamiento de amor.

Tu corriente retozona
Pasa libre entre las flores
Y desdeña los amores
De campos, aves y flor;
Mas ¡ ay de tu curso grato !
Que el bien se torna en fatiga
Cuando en el seno se abriga
Un pensamiento de amor.

Cerca de mi ingrata ¡ oh fuente !
Al pasar tus ondas bellas,
No la retrates en ellas
Para no mirarla yo;
Porqué si distante lloro,
Si léjos de ella suspiro,
¿ Qué haré si en tu fondo miro
Su retrato encantador ?

Muerte es para mí la noche,
Muerte para mí el dia claro,
Y muerte es el desamparo
En que me tiene mi bien.
Turbio me parece el cielo;
Turbia tu onda me parece;
Turbio el césped que florece
Bajo mi lánguido pié.

Ay ! del triste que olvidado
Por una ingrata suspira,
Y por sus ojos delira,
Y por su cuerpo gentil;
Miéntras ella indiferente
De su pena no se cura,
Ni de su horrible amargura
Ni de su dolor sin fin.

Maldicion en la mujer
Que turba nuestro sosiego

Con su mirada de fuego,
Con su sonrisa de amor:
Y despues alegre rie
Miéntras el amante llora;
Miéntras el pecho devora
En silencio su dolor.

¡Oh fuente! si no has amado
Huye de amor el veneno:
Triste de tí si en el seno
Fácil cabida le das:
Que si encuentras por acaso
Quien á tu amor no responda,
Mas vale que turbe tu onda
El cierzo y el vendabal.

(José A. Maitin.)

LA GUAJIRITA DE YUMURI.

¿Quién es aquella que está sentada
        A la alborada
Bajo aquel mango largo y pomposo
        Que miro allí?
Rubio el cabello, rostro lloroso,
        Su tuniquillo
        Corto amarillo,
Muestra que ha sido la sin reposo,
        La guajirita de Yumurí.

La que fué amada de Don Eugenio
        Que tiene ingenio,
Dos cafetales y un potrerito
        No baladí;
Y como es rico, mozo y bonito,
        Vino á Matanzas
        Con esperanzas
De olvidar pronto, ved qué delito,
        La guajirita de Yumurí.

La guajirita no imaginaba
        Que la olvidaba,
Y así no exhala cuando él se ausenta
        Ni un ¡ay de mí!

El la promete con voz contenta
Que al otro dia
Retornaria,
Y bajo el mango le espera atenta
La guajirita de Yumurí.

El alba nace risueña y clara:
Despues la cara
Del sol se muestra, toda teñida
De carmesí:
El sunsun busca la apetecida
Flor del granado,
Vivo y alado,
Como la vista del que es su vida
La guajirita de Yumurí.

Porque mas gusto despues le quepa,
El mango trepa:
No es amadora melindrosita
De las de aquí.
Y aunque los ramos salta espedita
Como podria
Serlo una hutia,
Nada ve, nada, la guajirita,
La guajirita de Yumurí.

Al fin ve un potro que por la senda
A toda rienda
Viene, y un negro la monta, que era
Carabalí.
Ella al mirarla toda se altera:
Ve que es Bartolo,
Que viene solo,
Si Don Eugenio .... Quedó cual cera,
La guajirita de Yumurí.

Es una esquela, toda borrones,
Ve las razones
Con que se escusa; y es todo bola,
Nada es así.
Bartolo, luego que ella leyóla,
Mete la espuela,
Y con la esquela,
Sin contestarle, se queda sola
La guajirita de Yumurí.

Ya desde entónces la vida ignora
Del que ella adora:

El no la escribe, ni su criado
        Va por allí.
Perdió la pobre su sonrosado
        Cútis: su cama
        Es lo que ama
Y allí la tísis ha ya mirado
        La guajirita de Yumurí.

Y Don Eugenio casó en la Habana
        Há una semana
Con una vieja rica, de un genio
        Como un ají;
Pero la vieja tiene un ingenio,
        Mina en el cobre... —
        Y como es pobre
Nunca recuerda ya Don Eugenio
        La guajirita de Yumurí.

(José Jacinto Milanés.)

A LA NOCHE.

(Soneto.)

Un tiempo con ardor por tí anhelaba,
Tu sosegado imperio apetecia,
Y en él, junto á la hermosa amada mia,
Tus horas entre el júbilo contaba.

Si amante Diana su Endimion buscaba
Y con plateados rayos nos heria;
Si allá á lo léjos céfiro gemia,
O el mar en la ribera rebramaba;

Eres hermosa ¡oh noche! mi divina
Idolatrada Flérida presente
La majestad te daba que perdiste!

¿Qué dices hoy al corazón? mezquina
Luce la luna: miro indiferente
El tachonado manto que te viste.

(Felix Maria Delmonte.)

CELIAR.

(Fragmento.)

De un verde montecillo en la colina,
Hay una pobre tumba solitaria,
Que la luna tristísima ilumina
Cual desmayada antorcha funeraria:
Y sobre ella lánguida se inclina
Una hermosa fragante pasionaria,
Que recogiendo del aurora el llanto
Le forma con sus hojas rico manto.

No hay allí ni doradas inscripciones,
Ni marmóreos ornatos, ni grandeza,
Ni del arte las vanas profusiones
Con que cubre sa polvo la riqueza;
Ni tampoco se ven inspiraciones
Consagradas al genio ó la belleza,
Ni de los bravos á su patria fieles,
La cifra coronada de laureles.

Pero en medio la calma pavorosa
Que allí en silencio aterrador preside,
Una cruz se levanta misteriosa,
Que al caminante una plegaria pide,
Y aunque de tosco leño, silenciosa,
Con su sombra no mas, tremenda mide
El corto espacio do cual vil gusano,
Muere encerrado nuestro orgullo humano!

Y el viento de la noche que murmura
Con amoroso, lánguido silbido,
Se detiene en la yerta sepultura
Entre los brazos de la cruz perdido:
Y luego al despedirse, con ternura
Exhala un melancólico gemido,
Que se prolonga cual la voz sonora
De una cuerda que vibra tembladora.

. . . .

Bellísimos los dos y afortunados,
Llenos de gracia y virginal hechizo,
Nacieron para amar y ser amados,
Cual obra en que el criador se satisfizo.

Al placer y virtud predestinados,
Con mano liberal su amor los hizo,
Y pura colocó sobre su frente
La auréola del ángel inocente.

Se vieron y se amaron cuando apénas
De la infancia el pensil abandonaban,
Y los dos por camino de azucenas
Bajo un cielo de azahares dormitaban,
Visiones de placer siempre serenas
Sus angélicas horas arrullaban,
Y todavía de sus hojos bellos
El dolor no empañaba los destellos.

Era dulce y tranquila su mirada,
Natural y tiernísimo su acento,
Gallarda su presencia y descuidada,
Melancólico acaso el pensamiento,
Y en toda su persona derramada
Tal potencia de vida y sentimiento,
Que bastaba mirarlos un instante
Para sentir el pecho palpitante.

Imágen de los seres que idealiza
El que un cielo de zafir pasea,
Pensamiento de amor que se desliza
Cuando la mente ardiendo centellea,
Soñada perfeccion que diviniza
El inspirado vate allá en su idea,
Angel ó genio, aparicion ó sombra,
Que admira el alma, pero nunca nombra.

. . . .

¡Dormid, sombras, dormid!...tibia la luna
Os preste melancólica su lumbre:
Y las nocturas brisas, una á una,
Sobre esa cruz, en varia muchedumbre,
Murmuren los cantares que en la cuna
Con acento de paz y dulcedumbre,
Le canta, dirigiéndose al Eterno,
La cariñosa madre al niño tierno;

¡Dormid, sombras, dormid!... y lentamente
Destrenzándose en ondas bullidoras,
Un arroyo de márgen trasparente
Os cuente con su voz las tardas horas!...

¡Dormid, sombras, dormid!... y reluciente
Escondida en las ramas tembladoras,
Multitud de aves ricas, ciento á ciento,
Trinen á par del amoroso viento!

Y tú ¡oh tumba! que guardas sus amores,
Y con ellas tambien su triste historia,
Conserva en derredor fragantes flores,
Que recuerden al mundo su memoria;
Quizá uno de tantos trovadores,
Mas feliz ó mas digno de la gloria,
Te inmortalice vencedor un dia
Con cantares de espléndida armonía.

No me olvides y adios!... débil mi canto
Entre mis labios trémulos espira;
Siento en mis ojos resbalar el llanto,
Y enmudeciendo la sonante lira,
En vez del fuego varonil y santo
Con que el poeta creador se inspira,
¡Imágen del dolor! rodando brilla
Una lágrima ardiente en mi mejilla.

(Alejandro M. Cervantes.)

A UN ARROYO.

¡Cuán lento vas, arroyo cristalino,
Con espresion sencilla
Rizando en tu camino
La verde alfombra de flotante lino,
Que blando crece en tu espumosa orilla!

¡Cuán ricas de ilusion resbalan solas
Ceñidas de amapolas
Y blancas azucenas,
En dulces giros las modestas olas
Que nacen en tus márgenes serenas!

Ebrias de amor las aves candorosas
Se miran dulcemente,
Cual visiones hermosas
En el espejo claro y transparente
De tus humildes aguas silenciosas.

El césped blando y la feraz llanura
Te ofrecen regaladas
Su cándida verdura;
Y en grato son las auras perfumadas
Tranquilas besan tu corriente pura.

Suaves te dan los bosques sus aromas,
Los valles sus primores,
Las selvas sus palomas,
Su sombra grata las enhiestas lomas,
Y el cielo mismo su dosel de amores:

Y en las de mayo hermosas alboradas
Flotante en tus espumas,
Te arrullan sosegadas,
Del blanco cisne las nevadas plumas,
Las hojas por los céfiros llevadas!

Hijo tal vez, de agreste peña dura
Tu manantial de plata,
Por la feraz llanura
Como una cinta blanca se dilata
Ceñida de riquísima verdura.

Y ajeno de ansiedad y de pesares
Por selvas y palmares,
Sin suspirar congojas,
Tranquilo vas al seno de los mares
Cubierto siempre de fragantes hojas.

Niño tambien me deslicé inocente
Con paso indiferente,
En ilusion de amores
Tras el vivo matiz de hermosas flores,
Y el mágico cristal de mansa fuente.

Y libre como garza voladora
Con infantil decoro
Y gracia encantadora,
Besando fuí tus arenillas de oro
Al rayo suave de la blanca aurora.

Entónces ¡ay! con cuán brillante arreo
Agitaba mis alas
En casto devaneo,
Rodeado siempre de celestes galas,
Por los eternos campos del deseo!

Mas de entónces á ahora... ¡cuántos daños
Han causado á mi vida
Los tristes desengaños;
Una tras otra la ilusion perdida
Bajo el peso terrible de los años!

Yo soy aquel infante candoroso
De las guedejas blondas
Y mirar cariñoso,
Que tantas veces se agitó en tus ondas
Como entre flores el sunsun hermoso.

Yo soy el mismo; pero el alma mia
Tristemente ha perdido
Toda aquella alegría;
Y en vano busca en tu corriente fria
El dulce encanto de su Eden perdido.

Sigamos ¡ay! sigamos la jornada,
Llorando yo mis penas,
Con alma resignada,
Y tú rizando el manto de azucenas
Que se mece en tu manto sosegada.

Sigamos, sí: que no hay mayor ventura
Ni mas dulce consuelo,
Tras de tanta tristura,
Como la ofrenda que se eleva al cielo
Contemplando las glorias de natura! ...

Tal vez mañana triste y abatido
Por los placeres vanos,
Aquí vendré perdido,
De horrible tedio el corazon herido,
Mustia la frente y los cabellos canos!

Y al recordar las horas inocentes
De aquella edad sencilla,
Dos lágrimas ardientes,
Tan puras cual tus lánguidas corrientes
Cuajadas brillarán en mi mejilla!

Tú dulcemente correrás, callado,
Sin escuchar mis ayes,
Miéntras que fatigado
Buscando iré por los vecinos valles
Algun recuerdo de mi bien pasado.

Y sentado en tu márgen fresca y grata,
Con plácida alegría,
Veré cuál se retrata
Sobre tus ondas de color de plata
La imágen ¡ay! de mi vejez sombría!

Prosigue pues, arroyo, tu carrera,
Miéntras que suspirando
En celestial quimera,
Perdido voy por la gentil pradera
Con lágrimas tus aguas salpicando:

Que iguales en la vida y en la suerte,
Uno será el destino,
Que con acento fuerte
Nos sorprenda á los dos en el camino,
Y nos lleve al abismo de la muerte.

(Rafael Maria Mendive.)

SONETO.

EN LA MUERTE DE MI HERMANA.

Y ¿eres tú, Dios, á quien podré quejarme?
Inebriado en tu gloria y poderío,
Ver el dolor que me devora impío
Y una mirada de piedad negarme?

Manda alzar otra vez por consolarme
La grave losa del sepulcro frio,
Y restituye, o Dios, al seno mio
La hermana que has querido arrebatarme.

Yo no te la pedí. Qué! es por ventura
Crear por destruir placer divino,
O es de tanta virtud indigno el suelo?

O ya del coro absorto en tu luz pura
Te es ménos grato el incesante trino?
Díme, ¿faltaba este ángel á tu cielo?

(José Joaquin De Olmedo.)

DE MI MUERTE.

Ora benigno me dilate el cielo
Estos momentos que llamamos vida,
Ora le plazca que el presente sea
     Mi último dia;

Bien me acostumbre la dolencia larga
A ver de léjos que la muerte llega,
Bien como rayo que improviso hiere,
     Súbito venga;

Ya me arrebate del festin alegre,
Entre los bríndis del ligero Baco,
Ya, cuando, á solas, de mi patria lloro
     Triste los hados.

Sin que me aflige roedora duda
Bajaré impávido á la eterna noche,
Y las riberas pisaré tranquilo
     Del Aqueronte,

Iré á presencia de mi juez severo
Sin ese miedo que al impío turba;
Que por mi causa no corrió en la tierra
     Lágrima alguna.

Tiemble el malvado que evitar pudiendo
Llanto y dolores, corazon de piedra,
Al afligido que á su vista gime,
     Bárbaro muestra.

Torpe calumnia que mi vida amarga,
Fiero me pinta con colores negros,
Y el pecho blando que me dió natura
     Finge de acero.

Mas como el númen que al mortal espera
En las regiones donde no se miente,
No me hará cargo de dolor ajeno,
     Mi alma no teme.

O cielo, escucha mi ferviente voto,
Y no me niegues lo que solo ruego
Para el momento en que la tumba helada
     Me abra su seno.

Primero muera que mi tierna esposa,
Muera primero que mis dulces hijas,
Y, moribundo, con errante mano
Pulse la lira.

(Juan Cruz Varela.)

A MI RIVAL,

DESPUES DE LA MUERTE DE MI AMADA.

Ya los pájaros cantores
No darán músicas bellas,
Ni danzarán los pastores,
Ni el cielo vestirá estrellas,
Ni la primavera flores.

Ni los simples tomejines
Vendrán por verla en la fuente,
Ni ella al verme en los jardines,
Orlará grata mi frente
De claveles y jazmines.

Aquella frente agraciada,
En cuya forma hechicera
Tuvo el placer su morada,
Tornó á lo mismo que era
Antes de ser engendrada.

Yo sé, Pilar, cuanto hacias
En obsequio de mi amada,
Y que amistad le tenias,
Y algo mas; pero, así en nada
Mi honor ni el suyo ofendias.

Por ser cosa natural
Que unánimes dos estén;
Y no porque en caso tal,
Quisieras tú á Fela bien,
Debo yo quererte mal.

Nuestra situacion retrata
Dos cazadores que en vano
Corren para ver quién mata

La paloma, y un milano
A la vista la arrebata.

(Gabriel De La Concepcion Valdés.)

EULOGIA PEREZ.

Murió la vírgen de las dulces horas,
De la belleza la dorada flor;
Iba á ser tuya, jóven que la lloras,
Y alma del cielo se elevó hasta Dios.

En los senderos de la ingrata vida
Como ilusion de tierno frenesí,
Como la perla en areñal perdida,
Brilló y su lampo al esconderse vi.

Y la luz de sus ojos esplendente,
Suave como la estrella matinal,
Y los rubios cabellos de su frente
Cual oro y seda en su garganta ondear:

Gentil y pura como el alba hermosa,
Para hechizar el corazon nació,
Y de su boca de jazmin y rosa
Para verter palabras de pasion.

Y era santa, inefable su sonrisa,
El perfume que suelen exhalar
Las flores agitadas por la brisa
Que ha mojado sus alas en el mar.

Hija sensible, cariñosa y pia,
La corona de esposa le ofreció
El ángel de la ardiente simpatía,
De los santos amores precursor.

Y la idea querida que atesora,
Bañó su rostro en cándido rubor,
Presente siempre la dulcísima hora
En que su seno palpitó de amor.

Pero con ciegas iras
La despiadada muerte,
En su cabeza jóven

Vapor de tumba vierte,
Y desfallece y arde
La virgen infeliz.

Y su cabello hermoso
Al punto dividido,
No ondea ya en su cuello;
Joyel de amor perdido,
Aroma que sus hojas
Rinde entre polvo vil.

En el solemne trance
No le amedrenta el seño
De enfermedad terrible:
El encantado ensueño
De sus amores cándidos
Le encubre su dolor.

Y entre ilusiones flota
Su mente delirando,
Piensa que el sol para ella
Sus rayos derramando,
Brilla con la luz plácida
Que alegra el corazon:

Y que guirnalda pura
De azahar ciñe su frente,
Y que su amor de vírgen
Trémula, balbuciente,
Ofrece á su adorado
Del ara en el dintel.

Pero con soplo frígido
La realidad ahuyenta
Las ilusiones de oro
Que su pasion inventa,
Y la doncella mira
Su porvenir cruel.

Férvido «adios» entónces
Envía resignada
A sus llorosos padres,
A su familia amada,
Y á su adorado, lánguida
Dice tambien «adios».

Por su ventura ruega,
Pero la idea impía,
De que otro amor su pecho
Pueda abrigar un dia,
La aflige y al delirio
Torna de su pasion.

En su blanco ataúd como dormida
La mira el pueblo con doliente faz,
Y no puede creer que de esta vida
Se ha desceñido el velo funeral.

Y del templo en la cúpula está ella
Transformada en celeste querubin,
Mas que en el mundo fascinante y bella
Sus ecos une á la oracion de allí.

Y las nítidas lágrimas recoge
Que á su memoria vierte la amistad,
Las preces de las vírgenes acoge,
Manda á sus pechos bálsamo de paz.

Las que vais á gustar santos amores
A Eulogia un pensamiento consagrad,
Y con guirnaldas de argentinas flores
La cruz de su sepulcro coronad.

(José Rivera Indarte.)

EL SEPULCRO DE MI MADRE.

Bajo esta losa fria
¡Idolatrada madre!
Descansan para siempre
Tus restos venerables:

Descansan, y mis ojos,
Que no te ven cual ántes,
Cercados de tinieblas
En llanto se deshacen.

Estériles mis quejas
Se pierden en el aire,
Que nada los lamentos
Contra la muerte valen:

Ni logra el blando ruego,
Que exhala el pecho amante,
El que su presa vuelva
La tumba inexorable:

Ni ménos á su impulso,
Que dóciles se ablanden,
Del lúgubre destino
Las puertas de diamante.

Llena de anhelo ardiente,
Rendida orabas ántes,
En este mismo templo
Donde ahora inmóvil yaces:

Pidiendo al Ser Supremo
Con ruegos incesantes,
Que en mí sus claras luces
Benigno derramase.

¡Cuántas veces la aurora
Te vió en estos umbrales,
Impetrando del cielo
Favores y piedades!

Jamas á lo alto fueron
Tus súplicas en balde,
Que era para el Eterno
Tu valimiento grande.

¡Cuántas miró la noche
Tus lloros abundantes;
Como tu amor ardientes,
Y á tu cariño iguales!

Tus flébiles suspiros
Herian estas naves,
Que hora sordas repiten
Mis dolorosos ayes.

Sobre las breves huellas,
Que en pos de tí dejaste,
En escuadron vinieron
Mil bárbaros pesares;

Y alzándose terribles,
Con fuerza incontrastable

Lanzáronme á un abismo,
Sobre barquilla frágil.

Así, madre querida,
Desde que tú faltaste,
Cual náufrago navego
En borrascosos mares.

Encréspanse las olas,
Silban los huracanes,
Y entre agrupadas nubes
Rugen las tempestades.

Perezco sin remedio,
Pues que llegó á apagarse
La luz que era mi guia,
En las olas instables.

¡Oh si pluguiera al cielo,
Que en tan horrible trance
Asilo bonansible
En tu sepulcro hallase!

En él nacen contino
Provechosas verdades,
Alivios duraderos,
Consuelos perdurables.

Desde él la llama oculta,
Que en tus cenizas arde,
Al corazon envía
Centellas eficaces.

No rico mausoleo
De mármoles y jaspes
Oprime tus despojos,
Bajo su mole grave:

Sino sepulcro humilde
Al pié de los altares;
Lugar que tantas veces
En vida frecuentaste.

En torno las virtudes
Con cándido ropaje,
Te cercan, encubriendo
Llorosas el semblante.

Ellas en vela siempre,
Hacen que se te guarde
Respeto merecido,
Libre de todo ultraje.

Permite que me acerque,
Que con lágrimas bañe
Tus restos, y en mi auxilio
Con voz débil te llame.

Deslazado del cuerpo
Tu espíritu brillante,
Sobre el empireo goza
Delicias inmortales.

Espléndida diadema
Te ciñe radiante,
Y en trono de zafira
Triunfas de las edades:

Contemplando segura,
Con ojos penetrantes,
La ingénita belleza,
Que vida y luz esparce.

Nunca de mí te olvides:
Ah mi dolor te apiade,
No porque el cielo habitas
Dejas ya de ser madre.

(José Joaquin Pesado.)

A LA SEPULTURA DEL SEÑOR DON MANUEL VICUÑA,

PRIMER ARZOBISPO DE LA IGLESIA CHILENA.

(Soneto.)

Yace bajo esta losa muda y fria
El despojo mortal del Pastor santo,
Que en vano riega el abundoso llanto
De su grey solitaria noche y dia.

La tierna Magdalena así gemia
No encontrando el cadáver sacrosanto

De Jesus, y tal era su quebranto
Que la divina voz desconocia.

Cumpliöse aquí la ley de la natura;
Un vacío, un dolor, una memoria,
Solo deja al morir la criatura;

Mas si rauda se eleva hácia la gloria
El alma eterna refulgente y pura,
¿Dónde está de la muerte la victoria?

(Mercedes Marin De Solar.)

A UNA MUJER.

Fuiste un tiempo, triste niña,
La envidia de la hermosura,
Y en tu frente honesta y pura
Brilló el amable candor.
Y entónces, niña, ¿te acuerdas?
Los hombres te saludaban,
Y á tu oido murmuraban
Dulces palabras de amor.

Palabras que en tu inocencia
Sin comprenderlas oias,
Y tú á la vez sonreias
Quizas sin saber porqué;
Pues que tu sonrisa ingenua
En tu labio y tu mejilla,
Como tu alma era sencilla,
Pura como el labio fué.

Esas palabras que ahora,
Si suenan en tus oidos,
Suenan como ecos perdidos
De un concierto que acabó!
Te traen al pensamiento
Un recuerdo, dulce y triste
De lo que en un dia fuiste
Cuando el amor te halagó.

Tus ojuelos celestiales
Eran dos diáfanas fuentes,
De vívida lumbre ardientes,
Y respirando placer;
Eran de amor lenguas vivas
Que si el amor inspiraban,
Ellos solo lo ignoraban,
Sin desearlo comprender.

¡Pero, qué pronto perdieron
Su hermosura y su viveza!
¡Ay cuán presto á la tibieza
Se siguió la languidez!
¡Dolorida es la mirada
Que un tiempo fuera tranquila,
Y ya el párpado destila
Llanto que quema tu tez!

Eran tus labios la imágen
De la rosa purpurina,
Que la brisa matutina
Aromática empapó,
Cuando por puertas de nácar,
Apareciendo la aurora,
Trasparentes gotas llora
Sobre el cáliz de la flor.

Y era tu risa el remedo
De las blandas olas, cuando,
Por la playa resbalando,
Quieren su imperio ensanchar,
Y al replegarse á su lecho
Muestran á la vista, avaras,
Nítidas perlas, que raras
En su seno guarda el mar.

Si dormias, de tu sueño
Gozabas tranquilamente,
Sin que agitase tu mente
Un recuerdo de dolor;
Que tu corazon sereno
Dejaba gustar á tu alma,
En suave y plácida calma
Del dulce sueño el valor.

Cual arroyo que tranquilo
Sus limpias aguas desliza,

Y las flores fecundiza
En el ameno verjel,
Era tu vida en el mundo;
Por él serena pasaba,
Brillo y color le prestaba,
Y era pura como aquel.

¿Quién que te viera aquel tiempo,
Hermosa niña, dijera,
Que tu aparicion no fuera
Una vision celestial?
¿Un ángel que descendia
A endulzar nuestra amargura,
A prometernos ventura
Allá en la vida eternal?

¿Y hora porqué mustia y sola
Y retirada del mundo,
Consuelo á un dolor profundo
Buscas en la soledad?
¿Porqué tus ojos al cielo
De lágrimas inundados,
Los tienes siempre tornados
Como implorando piedad?

¡Piedad de los cielos, niña!
Y los cielos ¿qué te han hecho,
Que así exhalas de tu pecho
Quejas de amargo dolor?
— Los cielos no te ofendieron,
Ni te podrán dar los cielos,
Para tus males, consuelos
Que te ha negado el amor.

Amaste, niña, y amando
Dejaste de ser dichosa,
Que una ventura engañosa
Sorprendió tu corazon;
Y dejastes inocente,
Una dicha verdadera
Por una falaz quimera,
Una fatal ilusion.

Tu tierno pecho sencillo
Las palabras engañaron
Que los labios pronunciaron
De ese tu amante traidor.

Y cuando pudo su astucia
Triunfar de tu resistencia,
Burlóse de tu inocencia
Y de tu cándido amor.

Tu le contemplas á veces
En medio de los placeres
Del amor de otras mujeres
Tranquilamente gozar,
Sin que recuerde tan solo
Una vez al pensamiento,
El horroroso tormento,
Que te ha por fin de acabar.

O te finges que le miras
Ya volver arrepentido,
Y á tus piés le ves rendido
Implorando tu perdon,
Y tú le tiendes la mano,
Y en disculparle te empeñas,
Y vas á abrazarle y .... ¡Sueñas
Con una grata ilusion!

Inocente paloma, sufre y llora,
Que trazado en el libro del destino
Estaba el largo y áspero camino
Que te conduce de la vida al fin.
¡Sí, sufre y llora, que tu culpa espías,
Que tú á la tierra á padecer viniste,
¡Sobrada culpa tuviste
Con empezar á vivir!

Si creiste tal vez que tu existencia
De placeres se viera coronada,
Por tu amor adormida, y arrullada
De la fortuna entre caricios mil,
¡Inocente paloma! es que ignorabas
Entre ilusiones de eternal ventura,
¡Que esta mansion de amargura
Lo era de engaños así!

Los goces, los deleites de la tierra
Son sombras, son fantasmas pasajeros,
Que á nuestra vista ofrecen lisonjeros
Cuadros de gloria y de inmortal placer.

¡Fantasmas que cual humo se deshacen,
Miéntras que al alma fascinada aquejan
Los recuerdos que le dejan
De la ventura de ayer!

Y tú, paloma incauta, enamorada,
¿Qué harás de tu existencia desgraciada,
Díme qué harás con tu infeliz pasion?
Llegas tal vez á un claustro y dolorida
En él consumes tu agitada vida,
Entre el cilicio, ayunos y oracion.
Y allí suplicas con ferviente anhelo
Que plegue concederte el almo cielo
De tu acerbo penar el galardon.
Y en tus ruegos talvez envuelto un nombre
Sube á implorar del cielo, para el hombre,
Que te perdió en el mundo, su perdon!

(Hermogenes Yrisarri.)

UNA MUJER EN LA TUMBA.

Yace por siempre helada
Dentro ataúd profundo
Una mujer manchada,
Que el Hacedor del mundo
Tornó en arcilla, en nada.

Luz funeraria vierte
Mustio, fugaz destello
Sobre el ya rostro inerte
Que de lozano y bello
Tieso paró la muerte.

Nadie eficaz consuelo
Dióle con labio amante,
Ni mitigó su duelo
En el terrible instante
De abandonar el suelo.

Nadie doliente llora
Sobre su faz marchita;
Ni la piedad implora

En oracion contrita
Del Dios que el justo adora.

Que en ese enjuto seno
Se aposentaba el crímen,
Desque al rubor ajeno
Pudo salvar el límen
Que lleva al desenfreno.

Fué su ventura, gota
De matinal rocío
Que rudo viento azota,
O que ferviente estío
Con seco rayo agota.

Miéntras creciera obscura
Bajo el paterno techo,
Nunca pasion impura
Hizo latir su pecho
Con desigual presura.

La vanidad maldita
Echóla luego al mundo
Que la inocencia incita
Para que el vicio inmundo
Deje su huella inscrita.

¡Ay! la que amada prenda
Era del padre anciano,
Dando al deseo rienda
Hizo en altar profano
De su pureza ofrenda.

Por el salaz camino
Corrió con suelta planta,
Pimpollo purpurino
Que insecto vil quebranta
Y arrastra el torbellino.

¡'Cuánta ventura insana,
Cuánto pesar impío
Abrigó el alma vana
De ese cádaver frio
Que fetidez emana!

¿Y esa, gran Dios, la hermosa
Es que brilló en el suelo,

Cual loca mariposa
Que remontando el vuelo
Cae en la mar undosa?

Sí: que la diestra fuerte
Del Hacedor del mundo,
El alma mia advierte
En ese cuerpo inmundo,
Que desecó la muerte.

(Adolfo Berro.)

A LA MUERTE.

En vano, cruda muerte,
En mí tu saña apuras,
Si están mis manos puras
¿Qué mal podré temer? —

La llama que á mi mente
Dió un dia el alto cielo
No esperes en el suelo
Tirana oscurecer.

El présago sonido
Que exhalas de tu boca,
Espante al que provoca
La lid de maldicion.

Espante al que su patria
Sujeta á vil coyunda,
Y en crímenes se inunda
De atroz recordacion.

Espante al que seduce
La cándida belleza
Y en llanto é impureza
La mira sin horror.

Espante al que á su hermano
Conduce en cautiverio,
O lleva el adulterio
Al lecho del amor.

Si yo de paz proclamo
Las leyes á porfía,

Si odié la tiranía
Y al hombre desleal:

Si miro un nuevo hermano
De Dios en cada hechura:
Si en mí la desventura
Consuelo halló vital;

¿Porqué, sangrienta muerte,
Tu saña me persigue?
El que inocente vive
¿Qué mal podrá temer?

La llama que á mi mente
Dió un dia el alto cielo,
No esperes en el suelo
Tirana oscurecer.

(Adolfo Berro.)

LOS SEPULCROS.

DEDICADO AL SÑR. DON MANUEL ROBUEDO.

De lánguidos cipreses, á la sombra,
Y en urnas que el amor baña con llanto,
¿Es mas plácido el sueño de las tumbas?
Cuando el sol á mis ojos estinguidos
No resplandezca ya, y á mis oidos
Llegue la dulce voz de la harmonía,
Ni el tierno amor mi corazon inflame,
Ni el halagüeño porvenir me ria,
¿Podrá darme consuelo yerta losa,
Que distinga mis huesos de otros tantos
Que en la tierra y el mar siembra la muerte?
No, querido Manuel; aun la esperanza,
Diosa final, de los sepulcros huye:
El pavoroso indiferente olvido
Lo envuelve todo en su profunda noche;
Y el hombre, los sepulcros y ruinas
De tierra y cielo, en insondable abismo
Sepulta el tiempo con helada mano.
Mas ¿para qué los míseros mortales,
Al tiempo anticipándose, destruyen
La piadosa ilusion que en los umbrales

De la huesa fatal detiene al muerto?
¿Aun no vive en la tumba, cuando puede
Tras sí dejar recuerdos cariñosos
O de útil gloria noble monùmento?
Esta de afectos comunion divina
Es un celeste don á los humanos:
Por ella con los muertos aun vivimos,
Y con nosotros ellos. Sus reliquias
De la inclemencia y del profano vulgo
Defiende la piedad. El caro nombre
Conserva el mármol ó la piedra humilde,
Y árboles odorferos, floridos
Con blanda sombra las cenizas bañan.
Solo quien al amor negó su pecho
Se concentra en la tumba. Su alma triste
Se precipita al tormentoso Averno,
O bien se acoge á las inmensas alas
De la clemencia celestial. Su polvo
Cubren los cardos y ominosa ortiga;
Que sobre las reliquias de los muertos
Jamas brotaron apacibles flores,
Si no las riega del afecto el llanto.
Do quier que sociedad juntó á los hombres,
Contra los elementos y las fieras
Guardaron los cadáveres. Las tumbas
Garantizaban los remotos pactos,
Eran aras tambien, y fué temido
Sobre el paterno polvo el juramento.
Los cedros, los cipreses y los sauces,
Llenando el aire con efluvios puros,
Sombra perenne y plácida tendian
Sobre las urnas. Los amigos fieles
Una centella al sol arrebataban
Para alumbrar la subterránea noche
Que en sepulcrales bóvedas reinaba,
Porque siempre los ojos moribundos
Buscan al sol, y el último suspiro
A la nublada luz todos exhalan.
De agua lustral murmuradoras fuentes
Violetas y amarantos producian,
Y los hijos, las madres, las esposas,
Al obsequiar las adoradas tumbas
Con láctea libacion, en la fragancia
Elíseo aroma respirar creian.

Las urnas de los sabios y los fuertes
Patriótico valor, virtud respiran.

De Maraton las coronadas tumbas
Los magnánimos pechos inflamaron
De los héroes de Grecia, y la semilla
De un bosque de laureles germinaron.
Al contemplar de Washington divino
El modesto sepulcro, nos llenamos
De amor de Patria y Libertad, y osamos
Luchar con los tiranos y el destino.

(José María Heredia.)

EL CEMENTERIO DE ALEGRETE.

(EN LA NOCHE.)

Los que en las dichas de la vida ufanos,
Correis jugando su azarosa senda,
Ceñidos de fortuna con la venda,
Que os muestra eternos sus favores vanos;

Los que de risas y venturas llenos,
Orlada en flores la altanera frente,
Cruzais por esta rápida corriente
Que en barca de dolor surcan los buenos;

Los que libais en la nectárea copa
De los placeres sus delicias suaves
Como los trinos de doradas aves,
Como los besos de una linda boca:

Volved la espalda á la suntuosa sala,
De orgullo y oro y corrupcion vestida,
Venid á este salon á que os convida
La muerte ornada de su eterna gala.

Venid á este salon, á cuya puerta
Malgrado tocaréis en algun dia;
Aquí de los vapores de la orgía
Vuestra alma libre, se verá despierta.

Y es bueno conocer una posada
A que hemos de llegar precisamente,
Ya se marche en carroza refulgente,
Ya arrastrando entre zarzas la pisada;

Y es útil levantar esas cortinas
Que la heredad envuelven mas preciosa,
Y del que planta solamente rosas,
Y del que coge solamente espinas!

Y es justo contemplar lo que nos queda
De todos los regalos que da el mundo,
A los que estamos en dolor profundo,
Y á los que ensalza la voluble rueda!

¡Oh! no tardeis los favoritos de ella!
Lujo hay tambien en el palacio helado;
Cada astro le es un arteson plateado,
Cada horizonte una columna bella.

Allí está el leño redentor del hombre,
Trono de un Dios y de su sangre lleno;
Y de esas tumbas en el yerto seno,
Hay riqueza y poder, beldad y nombre.

Todo es sublime como el Dios de todo,
Y de su lampo la verdad le alumbra,
La eternidad en pompa se columbra
Sobre humana soberbia que ya es lodo.

Lodo y no mas, dichosos de la tierra,
Seremos y seréis! ¿Es un consuelo
Que nos permite compasivo el cielo
A los que el templo de fortuna cierra?

Sí, que en dolor el alma desgarrada
Al reino de la muerte nos llegamos,
Y en su espejo infalible divisamos,
Que gloria, pena, dicha, todo es nada!

Sí que en este lugar se os ve temblando
Palidecer entre congoja y miedo,
Y del manto del tiempo el viejo ruedo
Con mano desperada asegurando,

Quisierais detenerle en su carrera
Que os arrastra tranquila y majestuosa,
Y al batir de su pié, se abre la fosa
Que inevitable al término os espera!

Y si de régia pompa precedido
Llega á esa puerta el ataúd fastuoso;

Es que el mundo que os fué tan engañoso,
Os arroja de sí con gran ruido.

Y si se alza altanero en el momento
Para albergar vuestro despojo helado;
De la humanal prudencia es un legado,
Que á la soberbia manda el escarmiento.

Y si preces sin fin se oyen en coro
A la fúlgida luz de mil hachones;
Es remedar sin fe las oraciones,
Para pedir á vuestras arcas oro.

¿Lo dudais? Preguntad al prócer fiero
Que entre mármol y bronce allí reposa,
Al Creso que recubre aquella losa,
Al bravo que aquí duerme con su acero.

¿A dónde está el poder, á dó la gloria
Que en tanto de la tierra era preciada;
Dó la opulencia que brilló envidiada;
A dónde el himno audaz de la victoria?

Todo pasó cual humo disipado,
Todo pasó! pero quedó el olvido....
Y ¿acaso en el sepulcro del mendigo
Un instante ese bien habrá faltado?

Ahora... volved á vuestro mundo hermoso
Y en medio del festin y sus cantares,
Incensad de fortuna los altares,
Envueltos en su brillo esplendoroso.

Adormecéos en sitial dorado
De la lisonja al embriagante acento;
«Caigan virtud y honor para el contento
«De quien en noble cetro está apoyado.»

Hollad al débil si piedad os pide
Y al mísero que gima en vuestra sala,
No le deis aun las sobras de la gala,
Que donde quiera vuestra planta mide!

Alzad la espada sanguinosa y fuerte,
Que doma al pueblo, esclavitud sembrando,
Y de las leyes el altar pisando,
Poblad la tierra de orfandad y muerte!

Que yo, sobre las tumbas recostado,
De vuestras dichas y poder me rio;
En la justicia del señor confío,
Que solo el que la ofende es desgraciado!

(Pacheco y Obes.)

EL DIA FINAL.

Cumpliéronse los tiempos! de sus obras
Retira el Criador su excelsa mano,
Y aquella voz que enfrena al oceano,
Terrible é indignada,
«¡Toma! dice á la nada,
«¡Cuanto de ti saqué, de mí recobras!»

Y alzando el ángel de la muerte el vuelo
Por los inmensos campos del vacío,
Raudo entre nubes de color sombrío,
Que al sol envuelven en luctuoso velo,
De planeta en planeta
Pasa llevando la sentencia dura,
A que el Supremo Artífice sujeta
De su poder la portentosa hechura.

Rota la ley que ordena el movimiento
De innumerables mundos,
Por la vasta estension del firmamento,
Sin rumbo ni compas vagan errantes
En confusion y vértigos profundos.
Unos con otros luchan: sus brillantes
Destellos palidecen;
Y el espacio sin fin el grito absorbe
Que cruza por los ámbitos del orbe.

¡Escuchad, escuchad!!... Los aquilones
Rápidos giran, y en su curso ciego
De unas á otras regiones
Van el carro de fuego
De la sañuda tempestad lanzando:
Las altivas naciones
Pálidas tiemblan con pavor nefando,
Y cual flexibles cañas
Doblan sus crestas ásperas montañas.

Por las ciudades, de opulencia emporios,
Rugiendo van los tigres y panteras;
Las aves carniceras
Refúgianse en magníficos cimborios
De alcázares y templos; y en las grutas
De sanguinarias fieras,
Hermanos contra hermanos
Se abalanzan hambrientos los humanos.

¡No hay amor! ¡no hay piedad! Del negro espanto,
Del furor ciego y el pesar profundo,
Huyendo van los sentimientos suaves...
Del inocente infante el tierno llanto,
Y del anciano los dolores graves,
La desesperacion en su iracundo
Frenético anhelar, en vano escucha...
¡Naturaleza con la muerte lucha!

Espectáculo atroz! La mar devora
Campos y pueblos que no dejan rastros,
Y se alza bramadora
Amenazando al cielo,
Como si el apagar fuese su anhelo
La ya marchita lumbre de los astros.

La ponderosa mole de la tierra
Su movimiento y turbulencia imita,
Vorágines inmensas abre y cierra
Y en convulsion frenética se agita.

¡Desapareció la lobreguez! El cielo,
Hoguera inmensa sacudiendo llamas,
Con claridad fatídica ilumina
La universal catástrofe. Del velo
De densas nubes, que desgarra el rayo,
Despeja el sol la enrojecida frente,
Y de su centro súbito desata
Volcánico torrente,
Que por el ancho espacio se dilata.

Brama en el aire ignífero oceano,
Zumba y estalla el fulminante trueno;
Giran chocando rápidos planetas,
Como del mar en proceloso seno,
Desmanteladas y perdidas naos;
Cruje la tierra; el cielo se desgarra,
Tiende la muerte su acerada garra;

Gime la creacion y torna el cáos!
¡Reina la eternidad! sobre los mundos,
Devueltos á la nada,
El ígneo trono del Señor se asienta:
Yace á sus piés la muerte encadenada,
Rota en su mano inerme
La guadaña sangrienta,
Y el tiempo á su lado inmóvil duerme.

(Gertrudis G. De Avellaneda.)

INMORTALIDAD.

Cuando en el éter fúlgido y sereno
Arden los astros por la noche umbría,
El pecho de feliz melancolía
Y confuso pavor siéntese lleno.

Ay! así girarán cuando en el seno
Duerma yo inmóvil de la tumba fria!...
Entre el orgullo y la flaqueza mia
Con ansia inútil suspirando peno.

Pero ¿qué digo? irrevocable suerte
Tambien los astros á morir destina
Y verán por la edad su luz nublada.

Mas, superior al tiempo y á la muerte
Mi alma verá del mundo la ruina
A la futura eternidad ligada.

(José Maria Heredia.)

V.

ROMANCES.

ROMANCES HISTORICOS.

YANDUBAYÚ Y LIROPEYA.

Siguiendo va por un bosque
Del Paraná renombrado
A Yandubayú, cacique,
El sanguinario Carvallo.

Vuela el indígena, y solo
Se para, así que lejano
De Juan Garay y su tropa
Ve al atrevido cristiano.

Entónces cual tigre fiero
Que sobre el toro inmediato
Revuelve, y la aguda zarpa
Clava en el cuello gallardo,

El, esquivando la espalda
De furibundo lanzaso,
Ha, con los brazos ñudosos,
A su enemigo aferrado.

Tremenda lucha se traba,
Que son guerreros bizarros;
Y á su contrario dar muerte
Los dos al cielo juraron.

Mil veces el indio fiero
Cree ya vencido á Carvallo:
Pero mil veces sin fruto
Le anuda al cuello los brazos.

Rendido, en fin, al esfuerzo
De aquel luchar tan estraño,
Víctima ya del cacique,
Era el soberbio cristiano:

Cuando del ruido avisada
Que hacen las voces entrambos,
Á despartir la pelea
Vino, con rápido paso

La muy gentil Liropeya,
India de rostro lozano;
Del Paraná rica perla
Que guarda el bosque callado.

Por ella en castos amores
Se está el cacique abrasando;
Y por haberla ofreciera
Á grave empresa dar cabo;

Cinco terribles guerreros
Tiene á la lucha emplazados,
Pues ofendieron sus deudos
Y él ha jurado vengarlos.

«¿Así te olvidas, cacique,
De tus promesas? ingrato!
¿Así en combates sin premio
Digno de tu heróico brazo,

La vida espones que solo
Has de arriesgar en el campo,
Donde triunfante, de esposa
Debo ofrecerte la mano?

Ay! deja, deja, te ruego
Á ese enemigo soldado,
Y guarda, guarda tu esfuerzo
Para combate mas alto.»

Dijo la india; y al punto
Soltó el cacique á Carvallo;
De paz la diestra tendióle
Sin rastro alguno de enfado.

De Liropeya así cumple
Yandubayú los mandatos;
Luego tranquilos y juntos
Se van los dos retirando.

Fresca y hermosa es la india,
Bien lo notó el castellano,

Que por salaces deseos
Y torpe saña llevado,

Hunde la espada traidora
En el cacique preclaro,
Que cae sangriento y sin vida
De Liropeya en los brazos.

Como la tórtola blanda
Viendo á su amante llagado,
Por el mortífero plomo
Que le echó al suelo del árbol,

Con nunca oidas querellas,
Asorda bosques y llanos,
Aun á piedad las entrañas
Del cazador escitando;

Así con voces sentidas,
Vertiendo fúnebre llanto
Sobre el cadáver que estrecha
Contra su seno torneado,

La hermosa indígena increpa
Al matador inhumano,
Y á su maldito destino
Que á tal desgracia la trajo.

De allí llevarla procura
Con tiernos ruegos Carvallo;
Pero ella airada resiste
Sus seductores halagos.

En fin, volviendo los ojos
Al desleal castellano:
«Seguirte quiero, le dice,
«Si con tus ágiles brazos

«Abres la fosa que encierre
«Este cadáver helado;
«Para que pasto no sea
«De los voraces caranchos.»

Lleno de impróvido gozo
Suelta la espada el villano,
Y empieza á abrir el sepulcro
Del que mató descuidado;

En él le arroja, y le cubre
Despues con tierra y guijarros,
Y adonde está Liropeya
Vuelve contento sus pasos.

Ella del suelo ligera
El fuerte acero ha tomado,
Y al español inclemente
Fiera mirada lanzando,

«Abre otra fosa, le dice,
«Oh maldecido cristiano!»
Y con la espada sangrienta
Se pasa el seno angustiado.

(Adolfo Berro.)

EL REY BALTASSAR.

(MELODIA HEBRAICA.)

Mane, Thecel, Phares.

En el impío festin
El rey Baltassar estaba,
Con la corona en las sienes
Y sobre un trono de plata.
Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grey,
Se postraba y esclamaba:
«Gloria al rey!»

De Israel los vasos de oro
Que se trajeran mandaba,
Y en ellos el vino beban
Sus concubinas amadas.
De orgullo y lascivia lleno
Sus ricos mantos desgarra,
Y en la desnudez hermosa
Su disolucion halaga.
Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grey,
Se postraba y esclamaba
«Gloria al rey!»

—«Los verdes ojos del rey
Parecen dos esmeraldas,

La púrpura de la rosa
Sus rojos labios no iguala.»
—«Dichosa la vírgen bella
Que oye sus dulces palabras;
Dichosa la que en sus brazos
De amor el aliento exhala.»
—«Prudente y sabio rey,
Justicia tan solo manda,
La tierra adora sus leyes,
Ventura eterna le aguarda.»
—«Qué vale el dios de Israel,
Contra el poder de su espada!
De los míseros judíos
Cuál es la triste esperanza!»
Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grey,
Se postraba y esclamaba:
«Gloria al rey!»

En esto una horrible mano
Sobre la pared grabara
Sentencia que nadie entiende,
Y el rey Baltassar temblaba.
Era Mane, Thecel, Phares,
La inscripcion de la muralla,
Y al rey, la corte y el pueblo
Terror de muerte causaba.
A sus magos les pregunta:
«Qué dicen esas palabras?»
Y ellos responden confusos:
«Nuestra ciencia no lo alcanza.»
La reina entónces le dice:
«Llama á Daniel, á qué aguardas?
Es hombre de Dios querido,
Y en él tu padre confiaba.»
Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grey,
Se alejaba y esclamaba:
«Ay! del rey!»

—«Si aclaras este misterio
Que á mi corazon espanta,
Segundo te haré del reino
Y vestirás escárlata.»

—«Triste mortal, qué me ofreces
Cuando á tí todo te falta?

En esa inscripcion yo leo:
«Tú vas á morir mañana.»
En esa inscripcion yo leo:
El Moro y Persa mañana
Se dividirán tu reino,
Las riquezas de tu casa.
Pues blafemaste de Dios,
Tu triste huesa mañana
Del último de tus siervos
Será con desprecio hollada.....
El gozo de los tiranos
Es cual fosfórica llama
Que en la noche tenebrosa
De las tumbas se levanta.
Solo un momento es la tierra
De sus caprichos esclava,
Pero él pasa y sus verdugos,
Son polvo, gusanos, nada.»
En tanto al mísero rey
La pena y terror desmayan,
Busca á los suyos y encuentra
Solo á Daniel que le hablaba;
    Pues damas y cortesanos
    Y toda la sierva grey,
    Se alejaba, y esclamaba:
    «Ay! del rey!»

(José Rivera Indarte.)

MOISES SALVADO DE LAS AGUAS.

IMITACION DE VICTOR HUGO.

«Compañeras, al baño! alumbra el dia
    La cúpula lejana:
Duerme en su choza el segador; y enfría
    Las ondas la mañana.

«Menfis á pénas bulle: hospedadora
    Nos da la selva abrigo:
Y tendremos, amigas, á la aurora
    Por único testigo.

«De Faraon mi padre, el jaspeado
    Palacio al mundo asombra;

A mí del bosque el pabellon, del prado
Me agrada mas la alfombra.

«¿Qué son las fuentes en que el oro brilla,
Y el mármol de colores,
A par del Nilo y de esta verde orilla
Esmaltada de flores?

«No es tan grato el incienso que consume
En el altar la llama,
Como entre los aromos el perfume
Que el zéfiro derrama.

«Ni en el festin real me gozo tanto,
Como en oir la orquesta
Alada, que esparciendo dulce canto
Anima la floresta.

«¿Veis cuál se pinta en la corriente clara
El puro azul del cielo?
El cinto desatadme, y la tiara,
Y el importuno velo.

«¿Veis en aquel remanso transparente
Zabullirse la garza?
Las ropas deponed, y al blando ambiente
El cabello se esparza.

«Ea! trisquemos en el fresco baño,
Alzando blanca espuma....
Mas ¿qué objeto descubre tan estraño
La fugitiva bruma?

«Mirad: enfrente al sicamor sombrío
Que verdes arcos tiende
Sobre la playa, un bulto por el rio
Lentamente desciende.

«No temais: de una palma el tronco
Que en demanda navega anciano
De las altas Pirámides, liviano
Sobre las hondas juega.

«¿O es de Hérmes por ventura
¿O es la concha divin el carro leve?
De Isis, que con suave alient
La brisa matutina? mueve

«¿ Qué digo? es tierno niño, que en ligera
Barca duerme al sereno
Arrullo de las olas, cual pudiera
En el materno seno.

«Arrastra el Nilo la flotante cama,
Cual nido de avecilla
Que arrebatado hubiese á la retama
De su silvestre orilla.

«¡ Qué de peligros corre á un tiempo mismo!
¿ Cuál puerto de salud
Le aguarda? ¿ mece el proceloso abismo
Su cuna ó su ataúd?

«Los ojos abre, hijas de Menfis! llora...
¿ Pudo una madre ¡ oh cielo!
Al agua abandonar devoradora
El hijo pequeñuelo?

«Tiende los brazos ¡ ay! cual si supiera
Su malhadada suerte;
Y son frágiles cañas la barrera
Que presenta á la muerte.

«Es de la raza de Israel sin duda,
Que mi padre sentencia
A proscripcion... pero ¿ qué ley sañuda
Proscribe á la inocencia?

«¡ Pobre niño! su llanto me conduele:
A su madre afligida
Sucederá otra madre: salvaréle;
Me deberá la vida.»

Ifisa hablaba así, jóven princesa;
Y dócil al consejo
De la piedad acometió la empresa;
Y el juvenil cortejo

A la vírgen, que presta se adelanta,
De confianza llena,
Sigue estampando con ligera planta
La movediza arena.

Semejaba, depuesto el blanco lino,
Revolando las blondas

Madejas por el hombro alabastrino,
La hija de las ondas.

El blanco pié con círculos de plata
El espumoso rio
Le ciñe; y ya á las olas le arrebata
El pequeño navío.

Palpita con la carga que suspende,
Alegre y orgullosa;
Y en sus mejillas el color se enciende
De la temprana rosa.

Bullente espuma hendiendo, que se irrita
Y la presa reclama,
El peso que la agobia deposita
Sobre la verde grama;

Y del recien nacido alegremente
Cercan todas la cuna,
Y sonriendo, la asustada frente
Le besan una á una.

Mas ¡oh tú! que de léjos á tu hijo
Por la playa desierta
Seguiste desolada, el rostro fijo
En su carrera incierta!

Llega: el hinchado seno dá al infante:
Tu llanto ni su sonrisa
Revelarán en tí la madre amante,
Pues aun no es madre Ifisa.

En los brazos maternos, rociado
Con lágrimas de duelo
Y de gozo á la par, dulce cuidado
De la tierra y del cielo,

El pequeño Moises iba seguro:
De Faraon cruel
Hospeda el regio alcázar al futuro
Caudillo de Israel.

Y ante el trono de Dios, la faz velada
Con las alas, el coro
Que ve á sus piés la bóveda estrellada,
Pulsaba liras de oro.

«Alégrate, Jacob, en el asilo
De tu destierro» (el canto
Así sonaba) «y no al impuro Nilo
Se mezcle mas tu llanto.

«El Jordan á sus campos te convida:
Te oyó el Señor: Egipto
Marchar verá á la tierra prometida
Tu linaje proscripto.

«Ese niño que vírgen inocente
Salvó de olas y vientos,
Es el Profeta del Horeb ardiente,
Rey de los elementos.

«Humilláos, mortales insensatos,
Que al Eterno haceis guerra:
Hé ahí el Legislador, que sus mandatos
Promulgará á la tierra.

«Cuna humilde, baldon de la fortuna,
Juguete del profundo,
Ha salvado á Israel: humilde cuna
Ha de salvar al mundo.»

(ANDRES BELLO.)

EL MÁSCARA.

ROMANCE.

(El argumento de esta composicion está basado en un cuento tradicional del país.)

EXPOSICION.

La tradicion nos refiere
(Y no es cuento de poeta)
Que era una niña Henriqueta
De hermosura sin igual.
Era como americana
De alma grande y generosa,
Como Caraqueña, hermosa
Y como hija angelical.

No diré cómo otros muchos
Han dicho en versos gentiles
Que muestra en sus quince abriles
Mil encantos á la vez;
Tampoco diré que tiene
Como la noche el cabello,
Que es transparente su cuello
Y de azucena su tez.

No diré que es su cintura
Una caña del desierto
Que del aire al soplo incierto
Oscila en blando vaiven
Y que con razon pudiera,
Sin pasar por orgullosa,
Mirar á la mas hermosa
Con orgulloso desden.

Diré ménos que en sus labios,
Roja púrpura de Tiro,
Vaga lánguido el suspiro
Mas que la brisa fugaz,
Ni que son lindos sus ojos
Como un rayo refulgente
Del sol, cuando alza en oriente
La blanca aurora en faz.

Sí diré que es Henriqueta
Tan sencilla como hermosa,
Como una flor, candorosa,
Como un lirio, virginal;
Como un arroyo escondido,
Inocente y apacible,
Como tórtola, sensible,
Como un niño, angelical.

Doña Anastasia, su madre,
Segun la crónica cuenta,
No ha llegado á los cuarenta
Que aun le falta medio mes:
Y aunque viuda desde jóven,
Hermosa y acaudalada
De amor la blanda mirada
Desdeña con altivez.

Que por Henriqueta vive,
Por Henriqueta respira,

Es el sol en que se mira,
Su porvenir de ilusion;
Y la educa con esmero,
Y la aguarda como el oro,
A Henriqueta su tesoro,
Su delicia y su pasion.

Por ella, Doña Anastasia
Si cuatro vidas tuviera
Determinada las diera
Al punto sin vacilar,
Que es exclusivo el objeto
De sus mas dulces caricias,
De su pecho las delicias,
De su vista el luminar.

Pero si Doña Anastasia
A su hija Henriqueta adora,
Esta sabe encantadora
Pagar tan grande aficion;
Que es esta madre para ella
Un Dios á quien rinde amante
Un corazon delirante,
Un culto y una oracion.

Pero ¡ ay ! Henriqueta llora.
¿ Qué lágrima se desprende
De sus ojos, y desciende
Hasta el seno virginal?
¿ Porqué abatida suspira?
¿ Qué interno dolor la inquieta?
¡ Desventurada Henriqueta!
¿ Tan tierna y lloras tu mal?

¿ Tan niña, tan inocente,
Te oprime la desventura?
¿ Y cabe en tanta hermosura
Tan escesivo dolor?
Si gime en llanto anegado
Un ángel puro del cielo,
¿ Qué mucho llore en el suelo
El infeliz pecador?

Es que ama. Tierna, sensible,
Su corazon es estraño
A la astucia y al engaño,
Mas no al inocente amor;

Y es siempre el amor primero
Una herida irresistible:
Es un gusano invisible
En el tallo de una flor.

Ama á Claudio. Es un mancebo
A quien conoció en la infancia,
Ese tiempo de ignorancia,
De candor y sencillez;
Ese tiempo en que se vive
De quimeras é ilusiones,
Sin que las negras pasiones
Vengan á hollar nuestra tez.

A sus amantes afectos
Su madre no se oponia,
Que crecer tal vez los via
Con un secreto interes:
Mas el amor que Henriqueta
Profesaba desmedido
La hizo cambiar de sentido
Y abrió un abismo á sus piés.

Y es el caso que en la arena
Un rival se nos presenta,
Caballero de gran cuenta
Segun fama que le dan.
Hombre de capa y espada,
Calzon corto con hebillas,
Ajustadas pantorillas
Y se titula Don Juan.

Es Henriqueta la dama
De todas sus atenciones;
Enredado en sus prisiones
Jura adorarla sin fin;
Y por Henriqueta vive,
Por Henriqueta suspira,
Es la Diosa que le inspira,
Su deidad, su serafin.

A la madre por lo ménos
Así Don Juan lo refiere,
Que á la niña hablar no quiere
Por cortedad ó temor.
Y la madre se trastorna,
Pierde el tino y la chabeta,

Y le promete á Henriqueta,
Y acoge, incauta, su ardor.

¿Y Claudio? Es sensible Claudio,
De la casa es despedido;
Suspira y pierde el sentido
A impulsos de su dolor;
Y cuando en su acuerdo vuelve
Se mesa el rubio cabello,
Se maltrata el rostro bello
Con insensato furor.

Hijo infeliz de la suerte,
Juguete de la fortuna,
Levantólo hasta la luna
Y lo embriagó de placer,
Para qué su caida fuese
Tal vez mas estrepitosa,
Su pena mas dolorosa,
Mas duro su padecer.

Perdido, desesperado,
Y maldiciendo su suerte
Buscado hubiera en la muerte
Un descanso á su dolor,
A no esperar con el tiempo
Alguna feliz mudanza,
Que fué siempre la esperanza
Compañera del amor.

Henriqueta por su parte
Cual víctima resignada,
Llorosa, desmelenada,
Y entre mortal ansiedad,
Al sacrificio se apresta
Por su madre preparado,
Que es de obediencia un dechado
Y un modelo de humildad.

Era esta la vez primera
Que á una prueba sometida
Fuera, tan dura y temida
Para una amante mujer;
Mas valiente combatia
Su tierna aficion temprana,
Sus proyectos de un mañana,
Sus recuerdos de un ayer.

Mas ¿ cuál es la hermosa niña
Que por dulce y resignada
Siendo amante y desgraciada
No llore en la soledad ?
Entónces ¡ ay ! es la queja
El solo bien que le resta,
Un calmante á su funesta,
Desesperante ansiedad.

Es por esto que Henriqueta
Al reclinarse en el lecho
Siente acudir á su pecho
Los recuerdos mil á mil ;
Por eso es que en el reposo
De la noche silenciosa
La borrasca tormentosa
Del corazon está allí.

Es por esto que se queja
Cuando en la blanca mañana
De su pompa soberana
Revestido sale el sol,
Y cuando rojo y pausado
Se descuelga en occidente
Entre el manto refulgente
De grana y de tornasol.

Es por esto que apetece
El bien de la noche oscura
En que pueda su amargura
Sin reserva apacentar ;
Y es por esto que se queja
De rigor de su fortuna
Cuando la cándida luna
Nos convida á suspirar.

Ya discurre por los patios
Con mirada errante y loca,
Con un suspiro en la boca,
Un ¡ ay ! en el corazon ;
Ya la tristeza queriendo
Descargar que la tormenta,
Abatida y macilenta
Dice con doliente son :

«¡ Que viva yo de él ausente !
¡ Sin su amor, madre, vivir !

Mandadme, madre, morir
Y os veréis obedecer,
Que hace apetecer la muerte
La pena cuando es amarga,
Y hace dolorosa y larga
La existencia el padecer.»

«Don Juan, amaros quisiera,
Mas ¡ay! amaros no ofrezco:
Si pienso en vos, me estremezco,
Pienso en Claudio y soy feliz.
A vos, Don Juan, os protege
Un severo mandamiento,
A Claudio mi sentimiento,
¿Qué será de mí, infeliz?»

«No es tenaz vuestra Henriqueta,
No, madre, es desventurada,
Que al sacrificio aprestada
Está que vais á exigir.
Yo moriré, mas muriendo
Una prueba podré daros
De que por no disgustaros
Preferí, madre, morir.»

EL HOMBRE MISTERIOSO.

Corre la voz en el pueblo
De que el Don Juan es un hombre
De tenebrosa conducta
Y dañadas intenciones,
Corre la voz de que tiene
De oro repletos sus cofres,
Aunque oficio lucrativo
Ni practica ni conoce.
Corre la voz de que lleva
Al juego sumas enormes,
Que perdidas una vez
Con otras luego repone.
Corre la voz de que encubre
Sus recónditas acciones
Con un velo tan espeso
Que sorprende y sobrecoge.
Unas veces el contento
Se dibuja en sus facciones,
Otras un negro disgusto
Que el corazon le corroe.

Ya es rico el traje que viste
En bordados y colores,
Elegante es su servicio
Y lucidos sus bridones.
Ya de repente aparece
Sencillo y pobre en su porte,
Descuidados los vestidos
Y recrecido el bigote.
Hoy de repente se ausenta,
Aunque nadie sabe adónde,
Y mañana reaparece
Entre lisonjera corte
De enemigos que le temen
Y de amigos que le abonen.
Es una especie de duende
Que á todo el mundo conoce,
Que amenaza con su gesto,
Que cautiva con sus dones,
Que ora presenta con la cara
Y que mañana la esconde.
Sobre ente tan misterioso
Historietas varias corren:
Hay quien dice que le ha visto
En medio de negra noche
Evocando su vara
Las infernales visiones;
Que á su horrible llamamiento
Los espíritus responden
Y que su cuarto se llena
De espectros y apariciones.
Hay quien dice que otras veces
Los cimenterios recorre
Cual fantasma de otro mundo,
De gigantes dimensiones.
Que ora aparece y se muestra,
Ora se apaga ó se esconde,
Ya de las tumbas se aleja,
Ora á las tumbas se acoge.
Hay quien dice que le ha visto,
Ya bien cerrada la noche,
De su conciencia acosado
Tal vez, ó de sus temores,
Dirigirse hácia la iglesia
Con paso tímido y torpe,
Y que al llegar de la puerta
Ante las hojas enormes
Con estrépito se cierran

Girando sobre sus goznes
Y resuenan conmovidas
Las campanas de la torre.
Tambien entre los muchachos
Y las viejas, la voz corre
De duendes y de fantasmas
Que entre rumores discordes,
Ya en tropel, ya una por una,
El pueblo cruzan de noche:
De diabólicas figuras
Que á los escombros se acogen
Y reparecen danzando;
O arrastrando los sayones
En la oscuridad se pierden
Sus negros bultos deformes.
A estas historias se mezclan
Los esparcidos rumores
De delitos perpetrados,
De sorpresas, de traiciones,
Y de robos cometidos
A deshora de la noche,
Sin que descubrirse puedan
Del delito los autores,
Y en qué lugar, en qué sitio
Se guarecen, ó se esconden.
Todo esto lo dice el pueblo,
Mas se ocultan estas voces
Bajo el manto del secreto,
Que quien las dice se espone.
Es un murmullo escondido,
Un ruido sordo que corre
Sin que nadie al que lo causa
Acuse en público ó nombre.
Que todos el poder temen
De las riquezas que esconde,
O de sus artes ocultas
Las consecuencias atroces.
Y este ser indefinible,
Medio trasgo y medio hombre,
El infierno lo defiende
Y el oro de que dispone.

LA QUEJA.

Está el cielo despejado,
Fresca y serena la tarde,
Azulado el firmamento,

Claro y transparente el aire.
Hácia el rosado Occidente
El sol desmayado cae
Y arrebola con sus rayos
Del contorno los paisajes.
Perfumado está el ambiente
Y los céfiros fugaces,
Estremecen con su aliento
El verde y rico follaje
De los granados silvestres,
De los tupidos rosales.
Ya columpian un narciso
Que se abre al sol de la tarde,
Ya estremecen una rosa
Que al sacudimiento suave
Se desprende de sus hojas
Que una á una al suelo caen.
Ya blandos remolinean
En redor de los follajes;
Ya pasan sin detenerse
Arrebatando en su viaje
A la rosa su fragancia,
Su aroma á los azahares,
Y repletos con la esencia
Que en el seno no les cabe,
En el ambiente la sueltan
Embalsamando los aires.
En hora tan regalada,
Por tan deliciosa tarde
Convidada, y oprimida
Ademas con sus pesares,
Al jardin buscando aliento
La bella Henriqueta sale.
Está sola: ya no tiene
Quien sus pasos acompañe.
Se detienen sus miradas
Con dolor en los lugares
Que otra vez testigos fueron
De sus placeres fugaces.
¡Cuántas veces venturosa
Y en presencia de su madre
Por aquel sitio risueño
Vagó feliz con su amante!
¡Cuántas veces de su Claudio
Los cuidados vigilantes
De riesgos la defendieron
Difíciles de evitarse!

¡Cuántas veces recorriendo
Del jardin las largas calles,
Los vástagos espinosos
Que embarazan el pasaje,
Con sus manos él aparta
Para que su amante pase,
Y de sus dedos al punto
En hilos brota la sangre
Que de Henriqueta recata
Un susto para evitarle!
Cuántas veces de sus flores
Desnudando los rosales
Tejió con ella guirnaldas,
Que sus sienes adornasen!
¡Cuántas veces reposando
A la sombra de algun sauce
Bajo sus ramas llorosas
Se contemplan sin hablarse,
Y con los ojos se entienden,
Y en sus pupilas radiantes
Ellos leen de sus afectos
El misterioso lenguaje!
«¡Lugar de amor! esclamaba
Con voz honda y lamentable;
¡Lugar de amor, donde nunca
Se anidaron los pesares,
Ni irritados de la vida
Soplaron los vendavales!
¡Lugar de amor, sitio ameno,
En que el céfiro suave
Mis ilusiones mecia
En las regiones del aire!
Yo no pensé que debiera
Jamas descender al valle
Y que á mis plantas bramando
Oscuras las tempestades
En el torbellino envuelta
El huracan me arrastrase.
Lugar de amor! ya no encuentro
Quien mis pasos acompañe,
Ni un solo eco que responda
A la voz de mis pesares.
Y sola por tu recinto
En abandono espantable
Transcurriré sin que puedan
Tus encantos consolarme.»
El cuello entónces inclina

En los bordes de un estanque,
Y en el fondo transparente
Se dibuja su semblante.
Mas como una flor marchita
En su cabeza observase,
Así esclama entre suspiros
Dando rienda á sus pesares:
«¿De qué sirve, flor hermosa,
«Que en las aguas te retrates
«Si quien te puso en mi frente
«Tal vez solitario, errante,
«No verá mas tus colores
«Ni tu delicado esmalte?»
Y del abundante pelo
La desprende en un instante
Y sus lindas hojas vuelan
Esparcidas por el aire.
«¿De qué vale que esta cinta
«Con mis cabellos se enlace
«Y que el broche que la ajusta
«Lucido en mi frente radie,
«Si en mi frente, de la muerte
«Retratada está la imágen?»
Y el cinto de su cabeza
Entre los dedos deshace
Y en las aguas de la fuente
En trozos menudos cae.
«¿De qué sirve que estos bucles
«De barnizado azabache
«Por el cuello de alabastro
«Arrastren sus espirales,
«Si mi pecho á la esperanza
«Acabó ya de cerrarse?»
Y del cabello destruye
Las proporciones iguales,
Y lo embrolla y lo destrenza,
Y sobre la espalda cae
Velando sus blancos hombros
Desordenado y flotante.
«¿De qué sirve, fuente bella,
«Que tú mis ojos retrates,
«Si de aquel que amante lloro
«No me muestras el semblante;
«Si él no ha de mirarse en ellas
«Y ellos á el no han de mirarle,
«Y si en tus ondas tranquilas
«Le busco ¡ay Dios! pero en balde?»

Y de sus dos claros ojos
Se desprenden dos raudales
Que como líquidas perlas
Sobre sus mejillas caen,
Y rodando en anchos hilos
Por el seno palpitante
A amargar van de la fuente
Los purísimos cristales.
Así la bella Henriqueta
Alimenta sus pesares:
Del dolor atormentada
En el dolor se complace;
Y en tono de una querella
Del jardin al separarse
De este modo entre suspiros,
Un adios dice á su amante:

«Sutiles vagando las auras ligeras
Te llevan mi afecto sincero y mi fe,
Cual puras deidades de amor mensajeras
Que pueblan los aires en blando tropel.

«En sus transparentes y cándidas alas
Te lleven la esencia que plácido Abril
Concede á las flores, espléndidas galas
Con que orla su frente donosa y gentil.

«Abriendo el capullo sacudan su aroma
La rosa esquisita y el blanco clavel,
Y exhale su arrullo la tierna paloma
Oculta en las ramas del lindo verjel.

«Del aire liviano los dulces cantores
Alegren el alba con cánticos mil,
Y abriendo sus alas de ochenta colores
Te formen doseles de rico matiz.

«Que nube importuna no ofusque ni dañe
De tus bellos dias la plácida luz;
Que revuelta niebla no enturbie ni empañe
El célico brillo del ambiente azul.

«Y siempre los años rodando incansables
Te lleven en alas del dulce placer,
Y al dejar del mundo las dichas instables
Encuentres en otro florido un eden.

«¡Oh quieran las auras vagando ligeras
Llevarte mi afecto sincero y mi fe,
Cual puras deidades de amor mensajeras
Que pueblan los aires en blando tropel.»

LA TERTULIA.

Era entrada ya la noche:
En una calle apartada
Reina el silencio y apénas
Lo interrumpen las pisadas
De alguno que por acaso
Embozado entre la capa,
Medroso entre las tinieblas
Va tal vez fingiendo audacia.
Solo una casa está abierta
De cuantas hay en la cuadra.
En la puerta hay un farol;
Alumbrada está la sala,
Y sus amigos en ella
Recibe Doña Anastasia.
Un solo hombre se descubre
Entre el séquito de damas.
Regular es su estatura,
De ancho pecho y ancha espalda,
Y aunque tal vez sus facciones
Son bellas, proporcionadas,
Una espresion hay en ellas,
Aunque indefinible, ingrata.
Sus ojos nunca se fijan
Sobre el rostro de quien le habla,
Como quien en tales ojos
Teme descubrir el alma.
Su voz es áspera y dura
Cuando olvida disfrazarla,
Pero si la dulcifica
Es mas fingida que blanda.
En su mirar de soslayo
Hay algo que desagrada,
Sus finezas no cautivan
Que ántes desconfianza causan.
Esto descubre el que atento
Y sin prevencion le trata,
Pero en cambio es ostentoso
En su traje y en sus galas;
Con las damas cortesano
A sus caprichos se adapta,
Y por darse valimiento,
Cuando le conviene, paga
Prosélitos que hasta el cielo
Alaban sus prendas raras.
Con esta astuta conducta

Y atenciones simuladas,
La confianza mas completa
Ganó de Doña Anastasia.
Este estraño personaje
Es Don Juan, quien en la sala
Ocupa las atenciones
De cuantas hay bellas damas.
Y á todas las entretiene,
Anima á todas y encanta,
Ya contando sus haciendas,
Ya contando sus hazañas.

Frente á frente de su madre
Está Henriqueta sentada,
Aquella con rostro alegre,
Esta mustia, y cabizbaja;
Aquella á todos responde
Y divierte cortesana;
Esta inmóvil en su silla
Es del silencio la estatua.
De los presentes momentos
La una goza alegre y franca;
La otra ignora ó desatiende
Cuanto en torno suyo pasa.
Está atenta la primera,
Su alma toda está en la sala,
Y el placer en que rebosa
A los otros se traspasa.
De la segunda en los ojos
Se transparenta y retrata
Una abstraccion que la lleva
A otro mundo de esperanzas,
A un cielo de bendiciones
O un infierno de desgracias.
Don Juan arrastra su silla
Cerca de Doña Anastasia,
Y este diálogo murmuran
Para los dos en voz baja.
— ¿No nota usted de Henriqueta
La enajenacion estraña?
— Acaso algun accidente,
Señor Don Juan, la maltrata.
— La dolencia bien conozco
Que el corazon le desgarra.
— Si por Claudio lo decís,
Don Juan, no receleis nada.
— ¡Yo á Claudio temer, señora!

Ni siquiera lo pensaba.
Entre ese infeliz y yo
Es inmensa la distancia.
— A no pensarlo yo así,
No hubiera por vuestra causa
Despedido al pobre mozo
De quien tanto recelabais.
— ¿ No sabeis lo que se dice
Del tal Claudio ?
— No sé nada.
— ¿ No han llegado á vuestro oido
Las voces que se propagan
De robos, de atrocidades,
De violencias perpetradas
Que en secreto se susurran,
Y de que hablan en voz baja ?
— Algo de eso.
— ¿ Y no sabeis
Que es Claudio el mismo que arrastra
Esa vida de delitos
Y de atrocidades tantas ?
— ¿ Será cierto ?
— ¿ Y no sabeis
Que las paredes escala,
Y que de la sombra oscura
Protegido y su comparsa,
En las casas se introduce
Con su puñal y sus armas ?
— ¿ Qué decís ?
— ¿ Y no sabeis
Que al traves de opaca máscara
Impenetrable, y hundido
En los pliegues de su capa....
— Parece increible, Don Juan;
Malvado no le juzgaba.
— ¿ Y le defendeis ?
— No tal;
Pero la nueva me espanta,
La bondad, la mansedumbre
En su rostro se pintaba.
— Doña Anastasia, mirad
Que el rostro á veces engaña.
— Mas no abundan, por fortuna,
Esas almas depravadas
Que la maldad alimentan
Tan oculta y disfrazada,
Que nunca, nunca, en la vida

Se les asome á la cara. —
   Oyó el otro estas razones
Sin saber cómo tomarlas,
Si por lo que en sí valian
O como sátira amarga.
En el rostro un leve tinte
De turbacion se le marca.
Un silencio sospechoso
Por breves instantes guarda,
Y su pasmo conociera
La misma Doña Anastasia
A abrigar ella en su pecho
Temor, duda, ó desconfianza.
Repuesto Don Juan prosigue
Con su astucia acostumbrada:
— No es mi intento contrariaros:
Un error... alguna falsa
Noticia... tal vez, señora,
La voz pública se engaña.
   Aquí cortando el discurso
Con gravedad se levanta,
A Henriqueta se aproxima
Y con misterio le habla.
Mas los ojos de la bella
Distraidos, errantes vagan,
Y Don Juan enfurecido
Dice con voz esforzada:
— ¿Qué decís? ¿Guardais silencio?
Hablad, jóven, sin tardanza.
   Henriqueta por Don Juan
De repente interpelada
Como quien sale de un sueño
Que los sentidos embarga,
Vuelve en su acuerdo, se turba,
La sangre al rostro le salta.
Y no encontrando respuesta
Dudosa y tímida calla.
El insistiendo le dice,
Con malicia concentrada:
— ¿No contestais, Henriqueta?
Solo espero una palabra.
— Perdonad, señor; responde
La niña ruborizada:
Una pena... aquí... en la frente,
Me consterna y me quebranta.
— Que mejoreis, Henriqueta.
— Señor Don Juan, muchas gracias. —

Al decir esto Don Juan,
Se despide y se levanta:
Una leve cortesía
Con un adios acompaña,
Y aquel fatídico adios
Que en el aire se propaga
Es la voz de un anatema
Que en el corazon se graba;
Sus postreras vibraciones
Retumbando por la sala
Con el rumor de la gente
Se entremezclan y se apagan.
Ya todos sobrecogiera
Su espantosa disonancia
A no impedirlo en tal hora
La femenil algazara.
Al corredor se dirige;
Allí se envuelve en su capa,
Y de repente á la vista
Cual sombra se oculta vana.
Todas luego se despiden
Entre ruido y carcajadas
Y un silencio pavoroso
Reina despues en la sala.

EL MASCARA.

Nada interrumpe el silencio
De la casa de Henriqueta
Y del sueño la paz quieta
Su gente gozando está.
Se escucha solo en la sala
Compasado el movimiento
Del reló que va violento
Murmurando su compas.

Cual fantasma que la tierra
De sus abismos exhala
Se ve súbito en la sala
Una sombra aparecer.
Que entre la lámpara opaca
Antepuesta su figura
Con gigantesca estatura
Se dibuja en la pared.

No se sienten sus pisadas
Dentro la desierta sala,

Y la fantasma resbala
Con silencio sepulcral;
Solo el crujir se percibe
De su extensa vestidura,
Que larga, espesa y oscura
El suelo barriendo va.

Y á la estancia se dirige
La fantasma pavorosa
Y la lámpara dudosa
Pinta su sombra otra vez,
Que grotesca se propaga
Por el ancho pavimento
Y se ofusca con el viento
Que la luz va á conmover.

Se detiene la figura
Ante la cama anchurosa
En que tranquila reposa
Doña Anastasia infeliz;
Y apartando el cortinaje
Con fuerte sacudimiento,
A contemplarla un momento
Se detiene el bulto allí.

El movimiento del lienzo
Su blando sueño interrumpe;
Los ojos abre y prorumpe
En un grito de terror;
Mas aquel espectro oscuro
Un puñal sacó del pecho
Y la infeliz desde el lecho
Brillar mil veces le vió.

— Perdon, Claudio, no me mates,
Esclama sobresaltada.
Compasion: tu mano armada
No descargues sobre mí.
— Es imposible, responde
Una voz cóncava, horrible,
Cuyo acento no es posible
Conocer y distinguir.

— Al punto dadme las llaves
De vuestros cofres, señora. —
— A tus plantas, Claudio, implora
Una mujer tu piedad. —

— La compasion no es la prenda
De quien ha tenido aliento
De llegar á este aposento
A esta hora con un puñal.

— Esa máscara espantosa
En vano tu rostro vela;
No: mi sangre no se yela
Apesar de tu disfraz.
Sé tu nombre y no presumo
Que tu mano generosa
En una mujer llorosa
Pretendas ensangrentar. —

— Mi nombre nada os importa.
Silencio: y venid conmigo:
Por esta vez yo os lo digo:
Otra os lo dirá el puñal. —
— No, Claudio: tu fuiste bueno
Y tu virtud me asegura:
Jamas tu conciencia pura
Con tal crímen mancharás. —

— Pues moriréis. — No, perdona;
Aparta el arma homicida. —
— O las llaves, ó la vida. —
— Sí, Claudio, te las daré. —
Y las llaves le presenta
Doña Anastasia al momento
Con desesperado acento
Diciendo al dárselas: Ten.

«Conducidme: ya sabeis
Que es vana la resistencia,»
Le dice con inclemencia
Aquel espectro infernal.
Ella entónces se levanta
Para servirle de guia,
Y él de cerca la seguia
Con el puñal por detras.

Ambas figuras vagando
En la estancia silenciosa
La imágen son misteriosa
Del crímen y del dolor:
La una lleva en el semblante
La desolacion pintada,
La otra la muerte sentada
Sobre su puñal atroz.

Saciada ya la codicia
Del ladron sediento de oro,
Su persona y su tesoro
Determina asegurar.
Y de nuevo amenazando
A la dama consternada
Pregunta con voz airada
Por la llave del zaguan.

Un pensamiento á la dama
Acomete de repente;
Animado el pecho siente
De varonil decision;
Que es la mujer en el riesgo
En imaginar violenta,
Y atrevida si la alienta
La venganza ó el amor.

Sin vacilar la señora
Con el dedo le señala
Una llave que en la sala
Colgada á un tabique está,
Y esta llave pertenece
A una doble y ancha puerta
Que conduce de la puerta
A una calle principal.

Toma el otro sin exámen
Esa llave apetecida.
Nada teme: la salida
Segura la cuenta ya.
Y sin mirar en su anhelo
Al uno ni al otro lado
Se lanza precipitado
A la puerta del zaguan.

Todas sus fuerzas entónces
Recoge Doña Anastasia,
Que en la extremada desgracia
Es sublime la mujer.
Los zapatos abandona:
Y conteniendo el aliento
Sigue al ladron, mas que el viento
Sutil sobre ambos piés.

Miéntras él brega en la puerta
Por introducir la llave,

Logra ella con tiento suave
El entreporton cerrar,
Y pasándole el cerrojo
Con estruendo estrepitoso,
Al máscara misteriosa
Aprisiona en el zaguan.

Corre luego á la ventana,
Y abriéndola sin tardanza
Clama, grita y no descansa
En su continuo gritar.
Y la cuadra se alborota,
Y los vecinos concurren,
Cobardes unos, se escurren,
Valientes otros, se están.

Entre tanto el calabozo
Forzar quiere el prisionero
Cual tigre sangriento y fiero
Que encadenado se ve,
Y la puerta que lo encierra
A su formidable empuje
Sobre entrambos ejes cruje
Que la afectan al dintel.

Al estruendo que se escucha
Cuyo orígen no se acierta
Henriqueta se despierta
Sobresaltada y sin voz,
Y de los brazos del sueño
Se desprende atribulada,
De su pena concentrada
Benigno consolador.

Baja veloz de su cuarto
De su nodriza seguida,
La caballera tendida
Sobre la frente sin par;
Los ojos en desconcierto,
El corazon palpitante
Y en el célico semblante
Una palidez mortal.

Ya la puerta de la calle
De tropa cercada estaba,
Y su jefe preguntaba
Por la llave del porton;

Entónces Doña Anastasia
Llegándose á la ventana
Entre orgullosa y ufana
Sin vacilar se la dió.

La puerta se abre. La escolta
Con el arma preparada
Penetra precipitada
Y sín estorbo al zaguan;
Y cercando al prisionero
Que tranquilo permanece
Mas bien que un hombre, parece
Una vision infernal.

Del entreporton entónces
Las anchas hojas se abrieron,
Y las armas recibieron
De cien antorchas la luz;
Y el oficial de la escolta
Llegándose al prisionero:
«Ríndase usted, caballero,
Le dijo, por Belzebú.»

El máscara lo repela
Con una fuerte pechada,
Y requiriendo la espada
«Nadie se acerque,» esclamó.
«Por una mujer vencido
«De satánica malicia
«A todos haré justicia;
«Hacedme justicia vos.»

«Los deberes reconozco
«De mi deplorable estado;
«Yo debo ser desarmado,
«Mas yo me desarmaré.»
Y desprendiendo del cinto
La espada que le ceñia
La pone con bizarría
Del oficial á los piés.

«Doña Anastasia, este cofre
«Vuestro es; lo habeis redimido.
«Declaro que me ha vencido
«Vuestra astucia sin igual.
«Mas es justo que querais
«Saber, señora, quién soy.

«A satisfaceros voy,
«Conocedme: soy Don Juan.»

Y la máscara se arranca,
Y la bate contra el muro,
Y en su rostro áspero y duro
Brilla sonrisa feroz.
Una sonrisa aparente,
Amarga como los celos;
Sarcasmo con que á los cielos
Y á los hombres insultó.

Doña Anastasia en tal punto
Conmovida y trastornada
En los brazos desmayada
De su hija amante cayó.
Miéntras que Don Juan se rinde
Al oficial sin reserva,
Su pena ocultando acerba
Bajo el ancho capoton.

CONCLUSION.

Al estruendo de las armas,
Al rumor de los soldados,
A los ayes exhalados,
Al alarma y confusion,
El mas lóbrego reposo
Fué por grados sucediendo
Y los rumores muriendo
Todo en silencio quedó.

En un ancho taburete
Henriqueta está sentada
Y su madre reclinada
Sobre su rodilla está;
La madre oculta su pena
En lo mas hondo del pecho,
Y la hija en llanto deshecho
Su llanto quiere ocultar.

La madre guarda silencio
Y en ocasiones suspira;
A Henriqueta á veces mira
Con la mas tierna expresion,
Y Henriqueta conmovida,
Sobre la abatida frente

De su madre un beso ardiente
Estampa lleno de amor.

Y la madre la cabeza
Levanta, la mira inquieta;
La blanca mano le aprieta
Y la lleva al corazon;
Y amorosa la acaricia,
Y la riega con su llanto,
Y su pena y su quebranto
De esta manera exhaló:

«¿Adónde me llevaba
Mi loca fantasía?
Tal vez por Henriqueta
Velabas tú, gran Dios.
Abrázame, Henriqueta,
Abrázame, hija mia;
Pasaron los peligros
Y aun quédame el temor.

«¡Perdona! yo pensaba
Hacerte venturosa,
¡Perdona! del abismo
El cielo te sacó,
Abismo que mi mano
Cavaba presurosa
Y que un eden de glorias
Juzgaba en mi ilusion.

«¡Perdona! tú tan dulce,
Tan cándida, tan pura!...
Yo acaso te creia
Un cielo, un querubin;
Un Dios yo te buscaba
En alma y en figura;
Al cielo yo ofendia,
Mas él perdona al fin.»

Mas se escucha en la calle de repente
El dulce preludiar de un trovador
Que sus quejas exhala blandamente
De la luna inocente al resplandor.

Oye Henriqueta el celestial acento
Y se mitiga un tanto su pesar,
Y atenta el alma, el corazon atento,
Moverse teme, y teme respirar.

El mundo yace en mágico reposo,
¡Horas de calma, de placer y de amor!
Y en medio del silencio misterioso
Esta canción entóna el trovador:

«¡Amor, tu me has ofendido,
Pero quedas perdonado;
Amor, soy desventurado
Y perdona el infeliz.
El que vive en la grandeza
Y á quien su tesoro abona,
Ese amor nunca perdona,
Mas el desgraciado sí.»

La voz oye Henriqueta
Y conocerla piensa;
Opaca niebla y densa
Sus ojos ofuscó:
Un lánguido desmayo
Acometerla siente,
Mas oye nuevamente
La voz del trovador.

«Miéntras que dura la noche
Suspiro yo á tu ventana,
Temiendo el sol de un mañana
Que ha de alejarme de tí.
Mas cuando la noche arrastra
Hácia occidente su velo,
Cuando el sol colora el cielo,
Estoy ya léjos de aquí.»

Entónces de su madre
Apártase Henriqueta,
Y palpitante, inquieta,
Turbado el corazon,
Se asoma á la ventana
A tiempo que el mancebo
Con blanda voz de nuevo
Cantaba esta cancion:

«Feliz si pudiera debajo tus rejas
Morir; ó duraran estando aquí
Eternas las noches, eternas las quejas,
Y eterno el suspiro que exhalo por tí.»

No duda ya Henriqueta:
Un grito prolongado

Del pecho acongojado
La mísera lanzó.
Las fuerzas la abandonan,
Se ofusca su mirada,
Y moribunda, helada,
Exánime cayó.

«Levanta de nuevo tu frente hechicera:
Levanta: te esperan la dicha, el amor.
No agosten los vientos en su primavera
Tan bella, tan pura, tan cándida flor.

«Levanta, que es dulce vivir si viviendo
Hallamos, hermosa, un pecho que amar,
Si hallamos quien sufra si estamos sufriendo,
Si hallamos quien llore al vernos llorar.

«El tallo levanta, clavel peregrino,
Pasó la tormenta, cesó su furor.
Que el rayo primero del sol matutino
Devuelva á tus hojas su brillo y su olor.

«Y que este mi llanto que riega tu frente
A nueva existencia te torne y feliz
Cual lluvia que embota del sol inclemente
Los rayos que lanza del alto zenit.»

Como el quejido lejano
De alguno que se lamenta
Y al aire su pena cuenta
En profunda soledad;
De Henriqueta en el oido
La voz que así la llamaba
Confusamente sonaba
Como ensueño celestial.
Pausada y lánguidamente
Abre sus ojos de cielo,
Celestiales en su duelo,
Dulces en su languidez;
Mas de repente la hermosa
Un ¡ay! prolongado exhala
Al ver á Claudio en la sala,
Arrodillado á sus piés.
Mas no es el ¡ay! de la muerte
De un corazon desgarrado,
Es un ¡ay! afortunado
Lleno de encanto y pasion.

A los brazos de su madre
Se precipita y la dice:
«Madre de amor, soy felice;
Gracias mil, madre de amor.»

(José A. Maitin.)

LOS RECUERDOS.

ROMANCE A DELMIRA.

Tú me apareciste, como un ángel benigno enviado para llevarme desde los inocentes dias de mi infancia, hasta la sublime cumbre de mi existencia. Mis ojos, al abrirse, encontraron tu corazon, y mi primer sentimiento fué un inefable regocijo.

(Schiller.)

De los primeros amores
¡O cuán dulce es el recuerdo!
Cómo su risueña imágen
Vierte en el alma consuelo!
Mi corazon desdichado
Flota en un mar de tormentos,
Delmira, mas tu memoria
Templa sus males acerbos.
Cuando la negra tristeza
Tiende sobre mí su velo,
Y de fantasmas sombrías
Circunda mi pensamiento:
Cuando el recuerdo terrible
De mil aciagos sucesos,
Viene cual nube carguda
De tormenta, horror y truenos
A atribularme en mis ansias
Y hacer mi dolor mas fiero;
Tu imágen se me aparece,
Como en páramo desierto
Al caminante perdido
Verdoso y florido otero;
Y la fantasía entónces
Con las alas del deseo,
Me transporta enajenada
A aquel delicioso tiempo,
En que por la vez primera
Te vi como ángel del cielo.
El bozo empezaba apénas

A adornar mi labio tierno;
Eras tú rosa en su aurora,
Eramos niños, recuerdo,
Y de rubor inocentes
Palpitaron nuestros pechos
De simpática ternura,
De amante júbilo al vernos
Turbáronse nuestros rostros
Y se reveló el misterio:
Nació el amor ignorado,
Y el amor habló en silencio.
Tu imágen bella de entónces
Quedó grabada en mi seno,
Y una agitacion estraña
Llena de dulce embeleso,
Se amparó de mis sentidos.
Dejé los frívolos juegos
De la niñez, y embebido
Solo en tí mi pensamiento,
Do quier hallaba el encanto
De tu semblante halagüeño;
Do quiera de tus miradas
Aquel iman hechicero.
Dia y noche me seguia
Tu imágen en el paseo,
En el bosque, en la campaña
Y aun en un tranquilo lecho.
Mi juvenil existencia
Era un deleitoso sueño,
De glorias desconocidas,
De esperanzas y deseos.
Dias felices ¡cuán pronto
Para mi mal fenecieron,
Dejándome circundado
De desolacion y tedio!
A amar juntos aprendimos,
Amor por dulces senderos
Nos llevó en sus alas de oro
Y nos enseño sus juegos.
¿Te acuerdas, Delmira, el dia
Que nos hablámos primero,
Cuán alegre y fácilmente,
Nuestras almas se entendieron?
¿Recuerdas, Delmira mia,
Aquellos dulces momentos
Que pasábamos alegres
En inocentes recreos?

¿Te acuerdas de los regalos
Con que tu cariño tierno
Recompensaba del mio
El incesante desvelo?
¿De las citas misteriosas?
¿De aquel albergue secreto
Donde tu boca y la mia
Se unieron con dulce beso?
De nuestros rubores y ansias,
Nuestro tímido recelo,
La precaucion inocente
Y el cariñoso misterio?
Sobre todos, de aquel dia,
Dia feliz y supremo,
En que por hechizo oculto
Nuestros suspiros se unieron,
Sin saber cómo atraidos
Se tocaron nuestros senos,
Ligáronse nuestros brazos
Con nudo de amor estrecho;
Trémulo tu labio ardiente
Aplicó al mio su fuego,
Se abrasaron mis sentidos
De amor en el grato incendio,
Y á mis ojos y á los tuyos
Se anonadó el universo.
—Todo pasó, dulce amiga,
Todo pasó en fugaz vuelo,
Solo queda la memoria
De aquel venturoso tiempo.
La edad vino á amonestarnos
Con su semblante severo;
Separarnos fué preciso
Y seguir caminos nuevos.
Adios amores de entónces,
Juveniles devaneos
De dos almas inocentes
Que para amarse nacieron.
Llorando y con dulce abrazo
Dimos el adios postrero
Al aire, y nuestros suspiros,
Nuestras ansias llevó el viento.
Tomó mi mano el destino
Y del dulce hogar paterno
Me arrebató; y en el mundo
Me lanzó con furia luego.
He flotado en él sin guia

Cual frágil náufrago leño,
Sin encontrar en camino
Grato asilo ó manso puerto.
Mil tormentas he sufrido,
Que en el voluble elemento
De las inquietas pasiones
Me engolfé fogoso y ciego.
No he sucumbido á sus furias;
Pero mi cuitado pecho
Por siempre, amiga, ha perdido
La dulce paz y el sosiego,
Y despojado, en su aurora,
De los prestigios risueños
De la vida, á la esperanza
Y aun al amor yace muerto.
Solo tú, tú sola puedes
De mi alma en el cáos horrendo,
Hacer brillar un instante
Lampos de fugaz consuelo.
Tu imágen bella á mis ojos,
Como la estrella de Vénus
En desatada tormenta
Se muestra al triste nauclero,
Aparece en los conflictos
De mi triste pensamiento,
Aplaca un tanto las iras
De mis pesares acerbos,
Y esclamo entónces lloroso:
«Angel de amor y consuelo,
No apartes tu luz divina
De mi espantoso desierto,
Mi corazon desdichado
Flota en un mar de tormentos,
Delmira, mas tu memoria
Calma su dolor funesto.»

(ESTEVAN ECHEVERRIA.)

VI.

POESIA JOCOSA.

LETRILLA SATIRICA.

«Navega nuestro bajel
«Viento en popa y mar bonanza;
«Buena va la danza!»

No den interpretaciones
A mis versos los ilusos,
Que el que ataca los abusos
Ama á las instituciones;
Mas si aquestas prevenciones
No son suficiente fianza,
«Buena va la danza!»

De las capas que yo mismo
Me admiro de su grandor,
Es la mas «doble« y mejor
La capa del patriotismo:
Muchos profesan civismo,
Miéntras corre la pitanza;
«Buena va la danza!»

Defiende en campo de honor
La libertad un valiente,
Como un héroe, y no consiente
Ni aun la sombra de opresor;
Mas en la paz ¡qué dolor!
Aquel duerme y este avanza.
«Buena va la danza!»

Con mas astucia que un gato,
Mas agallas que un tauron,
Se presenta un trapalon
Con un proyecto barato:

Luego tocan á rebato
Y asegura lo que alcanza.
«Buena va la danza!»

Tiene por padrino á un «gordo»
El gran sisador D. Tejo,
Y danle para el «manejo»
Un empleo de alto bordo:
Ordeña á la Patria el tordo
Cual si fuera vaca mansa.
«Buena va la danza!»

Consigue otro parvulillo
«Manya con tuti» y gandul,
Vender por blanco y azul
Lo que es «verde y amarillo»,
Y logra algun empleillo
En que se llena la panza.
«Buena va la danza!»

Muestra Fabio por trofeo
Sus heridos, su opinion,
Buscando colocacion
Sin alcanzar su deseo,
O le ofrecen un empleo
En la isla de Sancho Panza.
«Buena va la danza!»

Confiado en el galardon
Sirve Jorge en trance duro,
Mas en pasando el apuro
Lo relegan á un rincon,
A vivir cual camaleon,
Del aire de la esperanza.
«Buena va la danza!»

Llega al foro de un Tarquino
Constanza, y se pestañó,
Ha de salir cual salió
La esposa de Colatino;
Mas su heroismo y destino
No imita Doña Constanza.
«Buena va la danza!»

Entra un Licurgo doncel
De la ley en el santuario,
Y se adhiere á un partidario,

Sacrificando por él
De Temis la espada fiel,
Y de Astrea la balanza.
«Buena va la danza!»

Va el pueblo en una eleccion
A votar como en barbecho
Y la astucia y el cohecho
Triunfan en la votacion:
Se repite otra ocasion
Y sigue la contradanza.
«Buena va la danza!»

Alto ahí! dice un figuron;
Yo soy la Patria y la Ley,
Los demas son una grey
De irracional condicion;
Mis fueros son el cañon
Y mi derecho la lanza.
«Buena va la danza!»

Manchados de concusion
Muchos se lavan ufanos
Como Pilatos las manos
Sin lavarse el corazon,
Y al hacer la espoliacion
Se escudan con la ordenanza.
«Buena va la danza!»

El escribano Pantoja
Sordo escribe y apartado,
Sin ver que el papel sellado
Cuesta á dos reales la hoja;
De sus derechos no afloja
Segun su maldita usanza.
«Buena va la danza!»

Ve á una garza D. Ciriaco,
Se emboba y casa con ella,
Pensando que es la doncella
«Sesto signo» del zodiaco;
Mas ella hace al monicaco
Capricornio sin tardanza.
«Buena va la danza!»

Llega un albeitar de «alen,»
Nuevo adepto de Esculapio,

Conjugando el verbo «rapio»
Y matando á «tutiplen,»
Todos le dicen amen,
Y autorizan la matanza.
«Buena va la danza!»

Odio al vicio, dice Andres,
Virtud es nuestra divisa!
Miéntras pierde la camisa
Al «en puertas» y al «en tres»,
Perorando en los cafés
De Colon y de la Alianza.
«Buena va la danza!»

Llega en cerdulo lenguaje
Un gringo diciendo «gui»
Y mil manos luego aquí
Le imitan el aire y traje,
O le encargan que trabaje
En la pública enseñanza.
«Buena va la danza!»

Sóplase orondo un trompeta
En el Parnaso, porque
Aprendió el «peopo-e»
«Poe-teata-poeta»,
Y en su mísera cuarteta
Enreda una mezcolanza.
«Buena va la danza!»

Porque no llegue á rabiar
Matan un cuzco inocente,
Mas pagando «la patente»,
Ya puede un mastin campar,
Que impune con su collar
Rabie y muerda con confianza.
«Buena va la danza!»

Hay escritor adulon
Que al sol que nace se inclina,
Hace Bruto á un Catilina
Y Vespasiono á un Neron,
Y túrbido es Washington
Miéntras no hay una mudanza.
«Buena va la danza!»

Es verdad que hay mil varones
En patriotismo acendrados;

Hay virtuosos magistrados,
Temistocles y Catones;
Solo hablo con los bribones
Cuando les digo por chanza:
«Buena va la danza!
«Buena va la danza!»
(Francisco Acuña De Figueroa.)

LA CURIOSA INOCENTE.

(LETRILLA.)

Pues que sabe tanto,
Diga, mama mia,
¿Qué santo seria
D. Código Santo?
En prosa y en canto,
No hay quien no le alabe;
Todos lo idolatran;
—Eso Dios lo sabe!

¿Será jóven bella
La Patria, mamita?
Pues cada cual grita,
¡La vida por ella!
Dichosa su estrella
Es en cuanto cabe,
Con novios tan finos;
—Eso Dios lo sabe!

Ese despotismo
Será cosa adusta,
Que nadie de él gusta,
Sino es en sí mismo;
Vaya al hondo abismo,
Dijo un hombre grave
Porque lo aborrece:
—Eso Dios lo sabe!

De igualdad completa
Nadie hay que no hable,
Los hombres de sable
Y los de chaqueta;
Todo se sujeta
A la ley suave,

Que á todos iguala,
— Eso Dios lo sabe!

La ley y el derecho
Guardemos, decian;
¿Dó lo guardarian?
¿Adentro del pecho?
Ó por mas provecho
Debajo de llave
En algun baulito?
— Eso Dios lo sabe!

¿Serán los jurados
Santos muy seguros,
En jamas perjuros,
Ni ménos malvados?
No habrá paniagudos,
Ni empeño que trabe
Su justa conciencia;
— Eso Dios lo sabe!

Diz que no sé cuántos
Habrá tribunales,
Con mas oficiales
Que en el cielo santos;
Con pilotos tantos
Nuestra hermosa nave
Irá viento en popa;
— Eso Dios lo sabe!

Oh, qué monumento
De arreglo y firmeza,
Siendo la cabeza
Mayor que el asiento!
Con poco cimiento,
Y mucho arquitrabe,
Tendrá consistencia?
— Eso Dios lo sabe!

¿Qué habrá sucedido
Á los escritores?
Los mas parladores
Han enmudecido;
Se habrán adormido
Con algun jarabe?
O tendrán cuartana?
— Eso Dios lo sabe!

Y hay quién les dirá
Con zonga y cariño,
Arrorró mi niño,
Que viene el guá guá;
Qué gusto será
Cuando el sueño acabe,
Verlos cuán valientes;
—Eso Dios lo sabe!

Dirán sentenciòsos
Por toda descarga,
La verdad amarga
A los poderosos:
Mamá qué famosos
Serán para el clave,
Con tanto tecleo;
—Eso Dios lo sabe!

Oh, por vida mia,
Hábleme mas claro:
¡Qué animal tan raro
Será la anarquía!
¿O es alguna arpía
Con lanza y trabuco,
O será Mandinga?
—Hija, ese es el Cuco.

Virtud, se me antoja,
Ser cosa muy bella,
Pues diz que sin ella,
Tata Dios se enoja:
¿Es vestido en hoja,
O en fin, es un ángel?
—Esa es la papita.

(FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.)

LA LETRILLA Y LA NOTA.

El infrascrito... ni al diablo
Se le ocurre mas maldito
Proyecto.... ¿Yo el infrascrito?
Por Dios que no sé lo que hablo.
Esta charla me acribilla
Y la paciencia me agota.

Mas, fuerza es poner la nota
Y abandonar la letrilla.

La letrilla, en jugueton
Ademan, á otra tarea
Mas dulce me aguijonea,
Fácil la imaginacion
Al mirarte se alborota,
Y la voluntad se humilla....
¡Yo abandonar la letrilla!
No; abandonemos la nota.

¿Cómo la nota?... El registro
De la letrilla cerremos,
Y de una vez empecemos.
El infrascrita ministro....
La materia es muy sencilla:
Mas mi caletre se embota
Y es fuerza poner la nota
Y abandonar la letrilla.

Todo ha de tener su turno:
¿Pará qué tanta eficacia?
Hora de la diplomacia
Cálzome el grave coturno,
Y mi nota sigo... ¡Idiota!
¡Y en dónde vas á seguilla',
Si has escrito una letrilla
En el papel de la nota!

(Felipe Pardo y Aliaga.)

LOS PARAISOS DE SEMPRONIO.

«Si yo fuera Presidente,
¡Bello el país estaria!
¡Ah! cómo se elevaria
Prontacuente,
Hasta un grado incomprensible
De prosperidad y gloria!
No afearan nuestra historia
De la horrible
Anarquía los pendones,
Que trastorna las naciones,
Y desgarra.»
— Otra cosa es con guitarra.

«Cuanto en los libros se ensarta
Sobre romanas escenas,
Cuanto se admira de Atenas
Y de Esparta,
Cuanto hablan autores ciento
De públicas libertades,
No fuera en estas edades
Puro cuento,
Si los destinos quisieran
Que los peruanos cayeran
En mi garra.»
— Otra cosa es con guitarra.

«Dicta el congreso una ley:
En cumplirla seré activa;
Pues yo soy Ejecutiva,
No soy rey.
Arruina al país quien la invoque,
No importa: tieso que tieso,
Hasta que en otro congreso
Se revoque.
Huirá el desórden maldito
Como se borra lo escrito
En pizarra.»
— Otra cosa es con guitarra.

«Se encerrarán los poderes
Dentro de un límite eterno;
Y no hablarán de gobierno
Las mujeres:
Con mi política unidos
Todos al bien marcharán,
Y ya no se agitarán
Los partidos.
¿Quién, mandando yo, alborota?
¿Quién no es sincero patriota?
¿Quién desbarra?»
— Otra cosa es con guitarra.

«Qué obstáculo habrá que impida
Hacer mejoras á miles;
Formar códigos civiles;
Dar la vida
A la agonizante hacienda,
Honra á la literatura;
Y lograr que la cultura
Tal se estienda,

(No son estas paradojas)
Cual suelen las verdes hojas
De la parra?»
— Otra cosa es con guitarra.

«Irán siempre en su trabajo
Las oficinas corrientes,
Aunque lluevan espedientes
A destajo.
Haré salir de sus ocios
A la turba de empleados,
Que á jefes poco versados
En negocios,
Confunde, ahoga, impacienta,
Sofoca, aburre, atormenta,
Y achicharra.»
— Otra cosa es con guitarra.

«Quien de su deber se aparta,
Quien la opinion atropella,
Quien con pié atrevido huella
Nuestra carta,
Creará mil Marcos Brutos;
Los periódicos, las leyes,
El pueblo serán mis reyes,
Absolutos
Y con tan sanos intentos,
¿Quién me hace pronunciamentos?
¿Quién me amarra?»
— Otra cosa es con guitarra.

«Si de esta administracion
Cuatro años el Perú alcanza,
Será de la bienandanza
La mansion.
Y cuando haya terminado
De mi gobierno el periodo,
En regla dejaré todo:
Al Estado
Sin disensiones crüentas:
A las cámaras contentas
Y á la barra.»
— Otra cosa es con guitarra.

Sempronio, tus intenciones
Son patrióticas, honrosas;
Pero no pasan de hermosas
Ilusiones:

Manda, y lucha con la inopia:
De intrigantes ambiciosos,
Egoistas, perezosas
Con la copia;
Y dirás (hago una apuesta),
«Otra vez para esta fiesta,
¿Quién me agarra?»
«¡Vaya al diablo la guitarra!»

(Felipe Pardo y Aliaga.)

MI VECINITA.

¡Ay! el que vea
A mi vecina
Ve la presea
Mas peregrina.
Toda esperanza
De bienandanza
La tiene fija
En una hija,
Que es la muchacha,
Mas vivaracha,
Mas decidora
Y encantadora
Que se conoce.
Raya en las doce.
Nunca se cura
De la costura
(¡Y qué bien hace!)
Pues no le place,
Porque la aguja,
Cuando la empuja,
La mano hermosa
No le taladre.
¡Qué niña tan graciosa!
Retrato de su madre!

Dále paseos,
Dále jarana,
Dále bureos;
Y en su lozana
Fresca mejilla
Verás cuadrilla
De cupidillos
Juguetoncillos,

Que travesean
Y se recrean:
Verás qué hermosa
Risa graciosa
Baña sus labios.
Empero agravios
Recibe eternos,
Y hasta hecha ternos
(Tal por la injuria
Se enciende en furia)
Cuando se intenta
Que haga contenta
Alguna cosa
Que no le cuadre.
¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!

Un mozalvete
Almibarado
Allí se mete.
Tan grande agrado
Se le acredita
Que su visita
Nunca fenece.
¡Qué! si parece
Que se entornilla
Sobre la silla.
Con él retoza
Y se alboroza
La damisela
Que se las pela,
Y hasta hay de quiños
Y de cariños
Cange secreto.
Al tal sujeto,
Segun es fama,
Siempre le llama
La candorosa
Mamá, — «compadre»
¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!

Saber le gusta
Quién entra en casa,
(Cosa muy justa)
Y hasta quién pasa,
Por eso tiene

Cuida y mantiene
La señorita
Una perrita
Que es un armiño,
De su cariño
Felice dueño.
Todo su empeño
Es que si alguna
Llega importuna
Cuando se aplica
La bella chica
A sus constantes
E interesantes
Distribuciones
Y devociones,
La maliciosa
Perrita ladre.
¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!

A su hábil lengua
Mil señoritas
Deben su mengua.
¡Qué! ni amiguitas
Fácil perdona
La picarona
Mas á los hombres.
¡Qué dulces nombres
Que les prodiga
Cual tierna amiga!
Del petimetre
Mas sin caletre
Y mas erguido,
Del presumido
De literato
Mas mentecato,
Hace una alhaja;
Quiere, agasaja
Con suaves modos,
Afable, á todos,
Y cariñosa,
Ménos al padre.
¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!

(Felipe Pardo y Aliaga.)

EL MINISTRO Y EL ASPIRANTE.

(LETRILLA.)

«No es posible estar mejor:
El amor al órden cunde,
La hacienda va de primor,
Y la instruccion se difunde.
Gobierno tan bienhechor
Forzoso será que funde
La gloria de este hemisferio.»
— Este ocupa un ministerio.

«Esto se lo lleva el diablo:
El desórden que se nota
No lo ataja ni San Pablo:
La hacienda está en bancarrota,
Y, ó no sé yo lo que hablo,
O hace este gobierno idiota
Del país un cementerio.»
— Este quiere un ministerio. —

«¡Cuánto complace el que sean
Premiadas hoy las virtudes!
¡Cuánto ver que solo emplean
A hombres de honor y aptitudes!
¡Cuánto que su fin ya vean
Nuestras largas inquietudes
De la ley bajo el imperio!»
— Este ocupa un ministerio.

«¡Da horror ver en su apogeo
A viciosos disolutos
Y que no se da un empleo
Sino á pícaros y á brutos!
La nacion es el recreo
De estos dueños absolutos.
¿Quién sufre tal cautiverio?»
— Este quiere un ministerio.

«El mandarin mas adusto
Ve en el pueblo á sus iguales,
Y gobierna franco y justo
Con afectos paternales.
¿Y habrá censor tan injusto
Que pueda manejos tales

Juzgar dignos de improperio?»
— Este ocupa un ministerio.

«Vilmente hollando la ley
¿A quién dejarán de herir?
Peor que en tiempo del rey
Va el Estado en mi sentir:
Cada Prefecto es un Dey,
Cada Ministro un Visir;
Todo es tapujo y misterio.»
— Este quiere un ministerio.

«Si del poder se ensancharan
Los límites ¡ay! entónces
Mucho se facilitaran
De esta máquina los gonces:
Proyectos se ejecutaran
Dignos de grabarse en bronces,
Y algo se hiciera mas serio.»
— Este ocupa un ministerio.

«Se anhela por una inmensa
Libertad en los negocios,
Y á este fin gime la prensa
Bajo el ministro y sus socios.
¿Quiérenla aun mas estensa
Para entretener sus ocios?
¡O vergüenza! ¡o vituperio!»
— Este quiere un ministerio.

«Mas bienandanza cabal
No tendrá la patria mia
Miéntras la imprenta fatal
No vea su último dia,
Y se agote el manantial
De calumnia, de osadía,
De impudencia y de dicterio.»
— Este ocupa un ministerio.

«No hay libertad de opinion:
Por la imprenta no hay ataques.
Que esperen la Estrema-Uncion
Los que se metan á jaques
Contra cualquiera mandon.
¿Piensan estos badulaques
Que es la nacion monasterio?»
— Este quiere un ministerio.

Sin oir este charlar
Eterno, aunque no administro
Ni ambiciono administrar,
Puedo si el alma registro
De cada hombre, penetrar
Que el que quiere ser ministro
No usa del mismo criterio
Que el que ocupa un ministerio.

(FELIPE PARDO Y ALIAGA.)

BUENAS NOCHES.

Por hoy, amigo, es bastante:
Ya marea y acribilla
Escuchar tan incesante
Taravilla.
¡Vamos! ya me rinde el sueño;
Y temo que aquí trasnoches
Si no interrumpo tu empeño.
¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! pero advierte
Que aun hay que hablar infinito,
Y vuelvo mañana á verte
Tempranito.
—Está corriente: haz mañana,
Como hoy ya no me agarroches,
Lo que mas te dé la gana.
¡Buenas noches!

—Te hablaré de mi querella
Con la inconstante Marica,
De mi amor con una bella
Viuda y rica,
De sus prendas estimables,
De su hacienda y sus coches.
—Me hablarás, pero no me hables.
¡Buenas noches!

—Agur.... Cuando estoy contigo,
Me embeleso, me deleito....
¡Ah! y no te olvides, amigo,
De mi pleito.

Temprano ves á los jueces;
No en la cama te abizcoches. —
— Ya me lo has dicho diez veces.
¡Buenas noches!

— Ese usurero maldito
Que tenazmente me enjuicia
Pretende un auto inaudito
De injusticia:
¡Somos cuerdos cuando viejos....
¡Hijo mio! no derroches,
Porque.... — A estas horas consejos!
¡Buenas noches!

— Me faltaba lo mejor.
Te traigo aquí mis, poemas.
Has de ser tu mi censor;
Y no temas
Me irrite que al criticarme
Severo te desabroches.
— ¿Si acabarás de dejarme?
¡Buenas noches.

— No aguardo fallos adversos:
Hay imágines, poesía:
Verás fluidez en los versos
Y armonía,
Aunque de algunos vocablos
La antigüedad me reproches.
— ¡Pelmazo! con dos mil diablos!
¡Buenas noches!

— No temo serte importuno...
— ¿No lo temes? ¿qué tal digas?
Me importunas cual ninguno,
Me atosigas;
Y no calmará mi enojo
Miéntras tus labios no abroches.
O te vas, ó me recojo.
¡Buenas noches!

(Felipe Pardo y Aliaga.)

LA CITA.

Adela resistia
Y Silvio importunaba,
Silvio que por Adela se abrasaba.
Pero al fin alcanzó con su porfía
Que á su cita la cruda conviniera,
Cuando cesase de alumbrar el dia.
Puntual anduvo el tierno enamorado:
Se asoma, nadie viene; en vano espera
Al dueño idolatrado.

Mas no, ya por el soto la divisa
Trayendo en su compaña cautamente
Dos perros, la linterna y un sirviente,
Y ahogándose de risa;
De cuya burla Silvio avergonzado,
Se fué á dormir por lo que habia velado.

(Gabriel A. Real De Azua.)

FRAGMENTO DE LA DESCRIPCION DE UNA COMIDA EN UN CAFETAL.

Es de la comitiva
Fray Ramon, religioso franciscano,
De largas esperanzas y fe viva,
De corazon sencillo, y buen cristiano
Católico, apostólico, romano;
Cuello corto, cuadrado, anchas espaldas,
Al parecer, no amigo de las faldas;
Mas no falta al bendito
Ni buen humor, ni ménos apetito.
Dice puntual su misa cada dia;
Pero en esto de ayuno y de abstinencia,
No es ciertamente estrecho de conciencia.

El buen vino, la buena compañía
Y los ricos, jugosos alimentos
Despiertan en el pecho sentimientos
De amable libertad y de alegría:
Se habla de la estincion de los conventos,
Y asómanse las risas placenteras,

Y las gracias ligeras;
Ya parte sutilmente la ironía,
Ya el equívoco agudo;
Y come y calla Fray Ramon sesudo:
En fin, cada uno sale de su quicio,
Y entre chanzas y veras,
Dicen á Fray Ramon mil frioleras;
Pero el buen Fray Ramon, que no es novicio,
Come, bebe y responde: juicio, juicio!

(José Fernandez Madrid.)

A UN INSIGNE EMBUSTERO.

Tú, á quien la pura verdad
Es fénix desconocido,
Tanto el crédito has perdido
Por tu embuste y falsedad.

Que si llega á suceder
Que recitando algun cuento,
Digas ingenuo: «yo miento»
Nadie te querrá creer.

(Gabriel Alejandr Real De Azua.)

RESPUESTA DE UN VEJETE.

Dije á Beltran: á los viejos
No les conviene el amor;
Retírate, lo mejor
Es ver los toros de léjos.

Y él contestó: si el amor
Es fuego, por conveniencia,
En esta edad de inclemencia,
Busco que me dé calor.

(Gabriel A. Real De Azua.)

A FATO

QUE ACONSEJÓ AL AUTOR QUE NO HICIESE VERSOS EN EL MES DE ENERO POR SER TIEMPO DE MUCHO FRIO.

Fato el coplero
Me ha aconsejado
Que esté callado
El mes de enero:
Me he conformado,
Y he recetado
Al majadero
Que esté callado
De enero á enero.

(José Fernandez Madrid.)

LA HAMACA.

(CANCION.)

No canto los primoreos
Que otros poetas cantan,
Ni cosas que eran viejas
En tiempo del rey Vamba:
Si el alba llora perlas,
Si la aurora es rosada,
Si murmura el arroyo,
Si el lago duerme y calla.
«¡Salud, salud dos veces
«Al que inventó la hamaca!»

¿Qué me importan los cetros
De los grandes monarcas,
De los conquistadores
Las sangrientas espadas?
Me asusto cuando escucho
La trompa de la fama,
Y prefiero la oliva
Al laurel y las palmas.
«¡Salud, etc.

Al modo que en sus nidos,
Que cuelgan de las ramas,
Las tiernas avecillas
Se mecen y balanzan;
Con movimiento blando,

En apacible calma,
Así yo voy y vengo
Sobre mi dulce hamaca.
«¡Salud, etc.

Suspendida entre puertas,
En medio de la sala,
¡Qué cama tan suave,
Tan fresca y regalada!
Cuando el sol con sus rayos
Ardientes nos abrasa,
¿De qué sirven las plumas
Ni las mullidas camas?
«¡Salud, etc.

Meciéndone en el aire,
Sobre mi cuerpo pasa
La brisa del oriente
Que me refresca el alma:
De aquí descubro el campo,
La bóveda azulada,
Y la ciudad inquieta,
Y el mar que fiero brama.
«¡Salud, etc.

A nadie tengo envidia;
Como un sultan del Asia,
Reposo blandamente
Tendido aquí á mis anchas:
Es verdad que soy pobre,
Mas con poco me basta;
Mi mesa no es muy rica,
Pero es buena mi gana.
«¡Salud, etc.

Los primeros, sin duda,
Que inventaron la hamaca
Fueron los Indios, gente
Dulce, benigna y mansa:
La hamaca agradecida
Consuela sus desgracias,
Los recibe en su seno,
Los duerme y los halaga.
«¡Salud, etc.

Pobres los descendientes
Del grande Huayna Capac

Y de los opulentos
Monarcas del Anahuac,
Hoy miserables gimen,
Todo, todo les falta
Y solo un bien les queda,
Su pereza y su hamaca.
«¡ Salud, etc.

Hace muy bien el indio
Que, en su choza de paja,
De sus ávidos amos
Engaña la esperanza:
Para que estos no cojan
El fruto de sus ansias,
En su hamaca tendido,
Se ocupa en no hacer nada.
«¡ Salud, etc.

Mi hamaca es un tesoro,
Es mi mejor alhaja;
A la ciudad, al campo
Siempre ella me acompaña.
¡ O prodigio de industria!
Cuando no encuentro casa,
La cuelgo de dos troncos,
Y allí está mi posada.
«¡ Salud, etc.

Si venga el ciudadano,
Que dos mil pesos gasta
En ricas colgaduras
Para vestir su cama:
Venga, venga y envidie
Mi magnífica hamaca
Mas cómoda y vistosa
Sin que me cuesta nada.
«¡ Salud, etc.

Las copas elegantes
De las ceibas y palmas,
Son las verdes cortinas
Que mi hamaca engalanan;
Pintados pajarillos
De rama en rama saltan,
Y en trinos acordados
Amor, amor me cantan.
«¡ Salud, etc.

Ven que los dos cabemos,
Amira idolatrada;
Sobre mi pecho ardiente
Ponme tu mano blanca.
¿No sientes cuál me late?
¿No sientes cuál se abrasa?
¡O Amira encantadora!
¡O sonrisa! O palabras!
«¡Salud, salud dos veces
«Al que inventó la hamaca!»

(José Fernandez Madrid.)

SATIRA.

DIRIGIDA A MI MALOGRADO AMIGO EL SÑR. J. A. MIRALLA, QUE ME HABIA REMITIDO LOS DOS VERSOS SIGUIENTES, PARA QUE ME SIRVIESEN DE TEMA PARA UNA SATIRA.

Hay en el munde dos felicidades:
Una ser rico, y otra ser soltero.

Otra vez poseido del demonio
Que me inspiró la sátira primera,
Te escribo la segunda, José Antonio.

Dirá esta vez mi musa justiciera,
Sin disfraz ni rebozo, claridades,
Y si á alguno le duelen, que se muera.

«Hay en el mundo dos felicidades:
Una ser rico, y otra ser soltero;»
Tuyas son, caro amigo, estas verdades.

El Dios de esta ciudad es el dinero:
Desvélese y estudie el que quisiere,
Que pronto ha de descender á pordiosero.

Si de ser grande tentacion te diere,
No olvides que al ingenio mas divino
Un ingenio de azúcar se prefiere.

Matarse por saber es desatino:
El sabio muere de hombre; el ignorante
Goza del buen bocado y del buen vino.

Porque sabes hablar, eres pedante;
Porque entiendes de todo, eres ligero:
Por ameno y jovial, eres tunante.

Así te juzga el público habanero;
Miéntras tiene por hombre de gran juicio
A un Hipócrates, grave majadero;

Verbi-gracia el Doctor Anti-patricio,
Que á la diaria cosecha de pesetas
Reune mas de un sueldo vitalicio.

Su mónita jesuítica y sus tretas
Imitemos, amigo; apostatemos
Del Dios, á quien adoran los poetas.

No mas el tiempo en versos malgastemos,
Porque á la sombra del laurel de Apolo,
Coronados y hambrientos moriremos.

La gloria! es humo leve, torpe dolo,
O para hablar mas claro, aquí no hay gloria,
Quien no tiene doblones, es un bolo.

¿Qué importa, por ejemplo, que la historia
Diga algun bien de mí, que es muy dudoso,
Que se citen mis versos de memoria,

Que me llamen buen padre, tierno esposo,
Amigo fiel, patriota desgraciado;
Si ya estoy en el lecho del reposo,

Y si á mis pobres hijos no ha quedado
Sino este vano, estéril patrimonio,
¡Gran tesoro por cierto han heredado!

Ponte mas serio que un Lacedemonio,
Porque al segundo punto ya tocamos,
Y no es cosa de risa el matrimonio.

Ola! ¿De mí te burlas? vamos, vamos!
Recuerda que Malvina es un portento;
Como ella diga sí, ya te enjaulamos.

Es temible y no lo es un casamiento;
Si se hace por amor, es un azote,
Y si se hace por cálculo, un contento.

Se pesa al pretendiente con la dote:
Sale la cuenta: viene un escribano,
Y echa la bendicion un monigote.

Líganse, meramente con la mano,
Quedando en libertad los corazones.
¿Puede haber un estado mas liviano?

Aquí no sufre trabas ni prisiones,
Como en otros países, Himeneo,
Ni se somete á freno y privaciones.

Así viven á lo ancho del deseo
El jóven con la vieja cortesana,
O con la niña linda el viejo feo.

Es nuestra gente muy republicana;
No quieren ni aun hablar de monarquía
Las ninfas de la siempre fiel Habana!

Alguna que otra queda todavía
Que, insensible á este ejemplo seductivo,
Todo el gobierno á su marido fia.

Las demas, de carácter mas altivo,
No quieren un señor, y á dos, al ménos,
Entregan el poder ejecutivo.

Son los maridos cómodos y buenos,
Y llenos de indulgencia y de pecados,
Pasan dias tranquilos y serenos.

Perdonan, y tambien son perdonados,
Y consiste en que es santo el sacramento,
Y, sin duda, el mejor de los estados.

Unese con Florinda en casamiento
Don Obos, un Esopo, en la figura,
Que no lo es ciertamente en el talento:

Florinda, del amor feliz hechura,
Reune, entre mil gracias hechiceras,
Medio millon, tres lustros y hermosura.

O Don Obos, que quieras, ó no quieras,
Te pondrá una corona con sus manos
La niña de las quince primaveras.

Tus cuidados, tus celos, todo es vano;
Animo pues, y armarse caballero,
Que del órden serás tarde ó temprano.

En medio del enjambre lisonjero
Que hoy te hace la corte por tu esposa,
Hallarás un amigo verdadero:

Y apénas tú dirás, quiero tal cosa,
Que la tendrás, Don Obos, al instante,
¡Qué rica mira es la mujer hermosa!
¡Qué amigo tan leal es un amante!

(José Fernandez Madrid.)

RELACION QUE HACE EL GAUCHO RAMON CONTRERAS A JACINTO CHANO

DE TODO LO QUE VIÓ EN LAS FIESTAS MAYAS EN BUENOS-AIRES, EN EL AÑO 1822.

CHANO.

¡Conque mi amigo Contreras,
Qué hace en el ruano gordazo!
Pues desde ántes de marcar
No lo veo por el pago.

CONTRERAS.

Tiempo hace que le ofrecí
El venir á visitarlo,
Y lo que se ofrece es deuda:
¡Pucha! pero está lejazos.
Mire que ya el mancarron
Se me venia aplastando.
¿Y usted no fué á la ciudad
A ver las fiestas este año?

CHANO.

No me lo recuerde, amigo,
Si supiera ¡voto al diablo!
Lo que me pasa ¡por Cristo!

Se apareció el veinticuatro
Sayavedra el domador
A comprarme unos caballos:
Le pedí á dieziocho reales,
Le pareció de su agrado,
Y ya no se habló palabra,
Y ya el ajuste cerrámos;
Por señas que el trato se hizo
Con caña y con mate amargo.
Caliéntase Sayavedra,
Y con el aguardientazo
Se echó atras de su palabra,
Y deshacer quizo el trato.
Me dió tal coraje, amigo,
Que me aseguré de un palo,
Y en cuanto lo descuidé
Sin que pudiera estorbarlo
Le acudí con cosa fresca:
Sintió el golpe, se hizo gato,
Se enderezó y ya se vino
El alfajor relumbrando:
Yo quise meterle el poncho,
Pero, amigo, quiso el diablo
Trompezase en una taba,
Y lueguito mi contrario
Se me durmió en una pierna
Que me dejó coloreando:
En esto llegó la gente
Del puesto, y nos apartaron;
Se fué y me quedé caliente
Sintiendo no tanto el tajo
Como el haberme impedido
Ver las funciones de Mayo:
De ese dia por el cual
Me arrimaron un balazo,
Yo pelearé hasta que quede
En el suelo hecho miñango.
Si usted estuvo, Contreras,
Cuénteme lo que ha pasado.

CONTRERAS.

¡Ah fiestas lindas, amigo!
No he visto en los otros años
Funciones mas mandadoras,
Y mire que no lo engaño.
El veinticuatro á la noche,

Como es costumbre, empezaron.
Yo vi unas grandes columnas
En coronas rematando
Y ramos llenos de flores
Puestos á modo de lazos.
Las luces como aguacero
Colgadas entre los arcos,
El cabildo, la pirami,
La recoba y otros lados,
Y luego la versería.
¡Ah cosa linda! un paisano
Me los estuvo leyendo.
Pero ¡ah poeta cristiano,
Qué décimas y qué trovas!
Y todo siempre tirando
A favor de nuestro aquel.
Luego habia en un tablado
Musiquería con fuerza
Y bailando unos muchachos
Con arcos y muy compuestos
Vestidos de azul y blanco;
Y al acabar, el mas chico
Una relacion echando
Me dejó medio.... quién sábe.
¡Ah muchachito liviano,
Por Cristo que le habló lindo
Al veinticinco de Mayo!
Despues siguieron los fuegos
Y cierto que me quemaron
Porque me puse cerquita,
Y de golpe me largaron
Unas cuantas escupidas
Que el poncho me lo cribaron.
A las ocho de tropel
Para la Merced tiraron
Las gentes á las comedias;
Yo estaba medio cansado
Y enderecé á lo de Roque;
Dormí, y al cantar los gallos
Ya me vestí; calenté agua,
Estuve cimarreonando
Y luego para la plaza
Cogí y me vine despacio:
Llegué ¡bien haiga el humor!
Llenitos todos los bancos
De pura mujerería;
Y no amigo cualquier trapo

Sino mozas como azúcar,
Hombres, eso era un milagro;
Y al punto en varias tropillas
Se vinieron acercando
Los escueleros mayores
Cada uno con sus muchachos,
Con banderas de la patria
Ocupando un trecho largo:
Llegaron á la pirami
Y al dir el sol coloreando,
Y asomando una puntita....
Bracatan los cañonazos,
La gritería, el tropel,
Música por todos lados,
Banderas, danzas, funciones,
Los escuelistas cantando;
Y despues salió uno solo
Que tendria doce años,
Nos hechó una relacion....
¡Cosa linda, amigo Chano,
Mira que á muchos patriotas
Las lágrimas les saltaron.
Mas tarde la soldadesca
A la plaza fué dentrando
Y desde el fuerte á la iglesia
Todo ese tiro ocupando.
Salió el gobierno á las once
Con escolta de á caballo,
Con jefes y comandantes
Y otros muchos convidados,
Doctores, escribinistas,
Las justicias á otro lado,
Detras la oficialería
Los latones culebreando.
La soldadesca hizo caucha
Y todos fueron pasando
Hasta llegar á la iglesia.
Yo estaba medio delgado
Y enderecé á un bodegon,
Comí con Antonio el manco,
Y á la tarde me dijeron
Que habia sortija en el Bajo;
Me fuí de un hilo al paraje,
Y cierto no me engañaron.
En medio de la alameda
Habia un arco muy pintado
Con colores de la patria;

Gente, amigo, como pasto,
Y una mozada lucida
En cabellos aperados
Con pretales y coscojas
Pero pingos tan livianos
Que á la mas chica pregunta
No los sujetaba el diablo.
Uno por uno rompia
Tendido como lagarto,
Y ... zas ... ya ensartó ... ya no ...
¡Oiganla que pegó en falso!
¡Qué risa y qué boracear!
Hasta que un mozito amargo
Le aflojó todo al rocin
Y ¡bien haiga el ojo claro!
Se vino al humo, llegó
Y la sortija ensartando
Le dió una sentada al pingo
Y todos ¡viva! gritaron.

Vine á la plaza: las danzas
Seguian en el tablado;
Y vi subir á un inglés
En un palo jabonado
Tan alto como un ombú,
Y allá en la punta colgando
Una chuspa con pesetas,
Una muestra, y otros varios
Premios para el que llegase:
El inglés era baqueano:
Se le prendió al palo viejo,
Y moviendo piés y manos
Al galope llegó arriba,
Y al grito ya le echó mano
A la chuspa y se largó
De un pataplus hasta abajo:
De allí á otro rato volvió
Y se trepó en otro palo
Y tambien sacó una muestra,
¡Bien haiga el bisteque diablo!
Despues se treparon otros
Y algunos tambien llegaron.
Pero lo que me dió risa
Fueron, amigo, otros palos
Que habia con unas guascas
Para montar los muchachos,
Por nombre rompecabezas;

Y en frente, en el otro lado
Un premio para el que fuese
Hecho rana hasta toparlo;
Pero era tan belicoso
Aquel potro, amigo Chano,
Que muchacho que montaba,
Contra el suelo... y ya trepando
Estaba otro... y zas al suelo;
Hasta que vino un muchacho
Y sin respirar siquiera
Se fué el pobre resbalando
Por la guasca, llegó al fin
Y sacó el premio acordado.
Pusieron luego un pañuelo
Y me tenté, mire el diablo!
Con poncho y todo trepé
Y en cuanto me lo largaron,
Al infierno me tiró,
Y sin poder remediarlo
(Perdonando el mal estilo)
Me pegué tan gran culazo,
Que si allí tengo narices
Quedo para siempre ñato.
Luego encendieron las velas
Y los bailes continuaron,
La cuetería y los fuegos.
Despues todos se marcharon
Otra vez á las comedias.
Yo quise verlas un rato
Y me metí en el monton,
Y tanto me rempujaron
Que me encontré en un galpon,
Todo muy iluminado,
Con casitas de madera
Y en el medio muchos bancos.
No salian las comedias
Y yo ya estaba sudando
Cuando, amigo, de repente
Ardese un maldito vaso
Que tenia luces dentro,
Y la llama subió tanto
Que pegó fuego en el techo:
Alborotóse el cotarro,
Y yo que estaba cerquita
De la puerta, pegué un salto
Y ya no quise volver.
Despues me anduve paseando

Por los cuarteles, que habia
Tambien muy bonitos arcos
Y versos que daba miedo. —

Llegó el veintiseis de mayo
Y siguieron las funciones
Como habian empezado.
El veintisiete lo mismo:
Un gentío temerario
Vino á la plaza: las danzas,
Los hombres subiendo al palo,
Y allá en el rompe-cabezas
A porfía los muchachos,
Luego con muchas banderas
Otros niños se acercaron
Con una imágen muy linda
Y un tamborcito tocando:
Pregunté qué vírgen era,
La Fama, me contestaron:
Al tablado la subieron
Y allí estuvieron un rato,
A donde uno de los niños
Los estuvo proclamando
A todos sus compañeros.
¡Ah, pico de oro! Era un pasmo
Ver al muchacho caliente
Y mas patriota que el diablo.
Despues hubo volantines,
Y un inglés todo pintado,
En un caballo al galope
Iba dando muchos saltos.
Entretanto la sortija
La jugaban en el Bajo.
Por la plaza de Sorea
Otros tambien me contaron
Que habia habido otros lindos.
Yo estaba ya tan cansado
Que así que dieron las ocho
Corté para lo de Alfaro,
Donde estaban los amigos
En beberaje y fandango!
Eché un cielito en batalla,
Y me resbalé hasta un cuarto
Donde encontré á algunos calandrias
Calientes jugando al paro.
Yo llevaba unos realitos,
Y así que echaron el cuatro

Se los planté, perdí en boca,
Y sin medio me dejaron.
En esto un catre viché,
Y me la fuí acomodando,
Me tapé con este poncho
Y allí me quedé roncando.
Esto es, amigo del alma,
Lo que he visto y ha pasado.

CHANO.

Ni oirlo quisiera, amigo,
Cómo ha de ser! Padezcamos!
A bien que el año que viene,
Si vivo iré á acompañarlo,
Y la correremos juntos.

Contreras lió su recado
Y estuvo allí todo un dia;
Y al otro ensilló su ruano,
Y se volvió á su querencia
Despidiéndose de Chano.

(Bartolomé Hidalgo.)

EL SORDO.

Dijo un sordo: ¿porqué inventan
Que es bullicioso el cochino,
Cuando tengo en la pocilga
Seis que no me ten ruido?

Mienten, pues, los que tal dicen,
O bien un linaje mismo
No tienen todos los Cerdos,
Pues son callados los mios.

Es de inferir que estos eran
Seis trompetas del juicio,
Que gruñir como Verracos
Supieron desde muy chicos.

Ved cuál ciega el amor propio!
Lo que era falta de oido
En el sordo, él lo atribuia
A falta de sus vecinos.

(Gabriel A. Real De Azua.)

A LOS OJOS DE CRISEA.

Cuando Cupido te vea,
A pesar de sus enojos
Le dirás, dulce Crisea,
Que luego apague su tea
Y se valga de tus ojos.

AL MISMO ASUNTO.

Luego que vió Cupido
Tus bellos ojos,
Arrojó contra el suelo
Sus flechas de oro,
Y dijo riendo:
Desde hoy serán mis armas
Tus ojos bellos.

(Fr. Manuel Navarrete.)

EL DENGUE.

Allá en tiempo en que los dengues
Eran la grandeza y pompa,
Y se alababan de lindos
Entre muchas damas bobas,

Era ley que á los fandangos
Fuesen con sus dengues todas
Las que habian de hacer papel,
Porque era traje de moda.

Entónces una muchacha
Muerta por andar en bola,

Vístese un dengue rotado,
Y cátamela persona.

Vase á una fiesta, y asiento
Yo presumo que ella toma,
Y desde luego se mete
Por lucir, á bailadora.

Levántase la algazara;
Pero ella gritaba: ¡ola!
Malo está mi dengue; pero,
¿Quién me quita estar de moda?

Currutacas, las que sois
De truco alto y carambola,
Y haceis á cortejos viejos,
Por no tener otra cosa:

Cuando suene su matraca
El vulgo de nueva forma,
Responded lo que allá dijo
La muchacha de la historia.

(Fr. Manuel Navarrete.)

LOS VIEJOS CASADOS.

Una vieja de ochenta,
Y un viejo de cien años,
Para aumentar el mundo
Sus bodas concertaron.

Como dos armazones
De fragmentos humanos,
Se presentan aquellos
Novios apolillados.

A las nupciales fiestas,
Como era de contado,
Vino el dios Himeneo
Con su cirio en la mano.

Vino la madre Vénus,
Sus toallas preparando;
Y su hijo tambien vino
Y sus arpones trajo.

Cercáronse del lecho,
Cuando ya se acostaron
Aquellos esqueletas
En forma de casados.

Y al verlos tan endebles,
Tan viejos, tan cascados,
Unos á otros se miran
Los dioses soberanos.

Apartáronse al punto
Himeneo cabizbajo,
Avergonzada Vénus,
Y Cupido llorando.

El caso es fabuloso;
Mas si en verdad hablamos,
¿Cuántos viejos y viejas
Habremos retratado?

(Fr. Manuel Navarrete.)

ROMANCE PARA EL ALBUM DE DOS SEÑORITAS INGLESAS.

¡Mal haya mi vanidad
Y mal haya mi amor propio!
Pretendí quedar lucido
Y he de quedar como un tonto.
Cuando Luisita me dijo,
Con embarazo gracioso,
Dulce sonrisa, y bajando
Modestamente los ojos:
«Señor, si V. gusta, escriba
«Dos versos en ese tomo.»
¿No hubiera sido mejor
Obedecer, y de pronto
Poner dos versos ó cuatro
Para no pecar de corto?
Pues no, señor; al instante
Se entró en mi cuerpo el demonio
De los poetas, mal dicho,
El demonio de los locos,
Y me dijo: el caso es grave;

No improvises; poco á poco:
La ocasion es oportuna,
El asunto delicioso.
Llévate el libro á tu casa:
En raudales harmoniosos
Corran por sus blancas hojas
De tu vena los tesoros,
Tú en medio de la corriente,
Bogando, Cisne amoroso,
Cantarás á Luisa y Emma,
Y Luisa y Emma en retorno
Te llamarán su poeta
Y su colombiano Apolo;
Y tales pueden ponerse
Las cosas, que acaso en torno
De tu cabeza sus manos
Ciñan el laurel glorioso.
Y yo, tres veces menguado!
Le di crédito ¡ qué bobo!
En vano al Dios de las Musas
En tan grande apuro invoco,
Porque el Dios como una estatua,
A mis ruegos está sordo.
Para salir de este aprieto
Hay un medio, no lo ignoro;...
Un plagio... pero, Luisita,
Soy poeta escrupuloso.
Y si aborresco un pecado,
Es, sobre todos, el robo.
Vedme pues con mi volúmen,
¡ Qué engalanado de adornos,
Fino papel, rica pasta,
Y hermosos perfiles de oro!
Vaya! que provoca el libro!
Y está en blanco casi todo!
Comienzo. Canto á Luisita,
Aquel donaire, aquel modo,
Aquellas gracias amables,
Aquellos pequeños ojos
Como relámpagos vivos,
Y tan habladores, — como
Son los de su bella hermana
Tímidos y vergonzosos.
Su pelo ni tira á negro,
Ni tira á rubio tampoco;
Es un misto, ya me acuerdo,
Castaño es su nombre propio.

La linda hermana, al contrario,
Tiene su cabello blondo,
Nevada la tez, imágen
De la inocencia es en todo.
Ni los niños del Albano
Son tan puros y graciosos
Como es Emma: de Diana
Junta el pudor y el decoro.
No es un ángel celestial
Luisita, lo reconozco;
Confieso que tiene mas
De este mundo que del otro;
Pero encanta, y le dan culto
Innumerables devotos.
Es deidad del mediodía;
Y si yo no me equivoco,
En su sangre hay una gota
De la sangre de los moros.

(José Fernandez Madrid.)

VII.

HOMENAGES
Y
CANTOS PATRIOTICOS.

A CRISTOBAL COLON.

(SONETO.)

¿«Quién el furor insulta de mis olas?
¿Quién del mundo apartado y de la orilla
Entre cielos y abismo hunde la quilla
De tristes naves náufragas y solas?
Las banderas triunfantes que enarbolas,
En la mojada arena con mancilla
Miedo al mundo serán, no maravilla,
Y el ocaso de tus naves españolas.»

El mar clamó; pero una voz sonora
¡Colon! prorumpe y al divino acento
Inclina la cerviz, besa la prora.
Cruje el timon: la lona se hincha al viento;
Y Dios guiando al nauta sin segundo
A los piés de Isabel arroja un mundo.

(Rafael Maria Baralt.)

AL LIBERTADOR,
EL DIA DE SU CUMPLEAÑOS.

CANCION.

CORO.

Compatriotas, llegó nuestro dia!
Hoy el grande *Bolívar* nació,
Nuevo Alcides, pavor de tiranos
Y de América gloria y amor.

¡Colombianos, pasó la tormenta!
Ya no se oye tronar el cañon;
Ya no se oyen los gritos de muerte,
Ni del huérfano el triste clamor.

Sobre el suelo feliz de la patria
No ha quedado ni un solo español,
Y Colombia reposa en los brazos
De la Paz, la Concordia y la Union.

CORO.

Compatriotas, etc.

Hoy la América entera te aplaude;
Y las artes, la industria, el honor
Cuanto encierra de ilustre la Europa,
Te saluda, inmortal campeon;
Y los libres de toda la tierra,
Acordando uniformes su voz,
Te proclaman el héroe del siglo,
Te titulan, el *Libertador*.

CORO.

Compatriotas, etc.

Hoy recorre tu nombre igualmente
De dos mundos la inmensa estension:
¡Prodijoso concierto de aplausos!
Ningun héroe jamas lo escitó.
A las ninfas del Támesis rico
Y del Sena y del Rin y del Pó
Corresponden con voz majestuosa
Orinoco y el gran Marañon.

CORO.

Compatriotas, etc.

El rompió nuestras duras cadenas;
Vida, hogares y patria nos dió:
El, de un pueblo de tristes esclavos,
Ha formado una hermosa nacion.
Por nosotros ¡qué angustias
Ha sufrido su gran corazon!
En quince años de afan y trabajos,
¡Cuántas veces la muerte arrostró!

CORO.

Compatriotas, etc.

¿No los veis? En su frente gloriosa,
Coronada de eterno verdor,
¿No los veis esos blancos cabellos,
Esas huellas de un noble dolor?

Jóven tierno empezó la carrera:
No son muestras del tiempo veloz;
De sus largas fatigas, sin duda,
De su amor y cuidados lo son.

CORO.

Compatriotas, etc.

Pero él vive; así viva cien años
De Colombia el feliz fundador,
El guerrero impertérrito y firme
Que ha vengado á los hijos del sol!
Sí, prolónguese un siglo esa vida
Que las vidas de tantos salvó,
Y benignos conserven los cielos
En *Bolívar* al padre mejor!

CORO.

Compatriotas, llegó nuestro dia!
Hoy el grande *Bolívar* nació,
Nuevo Alcides, pavor de tiranos,
Y de América gloria y amor.

(José Fernandez Madrid.)

A WASHINGTON.

SONETO.)

No en lo pasado á tu virtud modelo,
Ni copia al porvenir dará la historia,
Ni el laurel inmortal de tu victoria
Marchitarán los siglos en su vuelo.

Si con rasgos de sangre guarda el suelo
Del coloso del Sena la memoria,
Cual astro puro brillará tu gloria
Nunca empañada por oscuro velo.

Miéntras la fama las virtudes cuente
Del héroe ilustre que cadenas lima
Y á la cerviz de los tiranos doma,

Alza gozosa, América, tu frente,
Que al Cincinato que formó tu clima
Le admira el mundo, y te lo envidia Roma.

(Gertrudis G. De Avellaneda.)

A NAPOLEON.

Sin rey ni leyes, Francia desolada
De anárquico furor cayó en la hoguera:
Salvóla Bonaparte: lisonjera
La gloria en cetro convirtió su espada.

Tembló á su voz Europa consternada:
Reyes la dispensó con faz severa;
En Moscou, en Madrid su águila fiera,
En Roma y Viena y en Berlin vió alzada.

¡Cómo cayó! vencido, abandonado
En un peñasco silencioso espira,
Dando ejemplo á los déspotas terrible.

Al contemplar su fin desventurado,
Clama la historia, que su genio admira:
«No hay opresor por fuerte irresistible.»

(José María Heredia.)

EL PATRIOTISMO.

Cuando la antigua Grecia florecia,
Cuando Roma señora dominaba,
Con celo el patriotismo se abrigaba,
Su nombre con placer se repetia.

A su impulso, toda alma en sí sentia
Fuego que al heroismo la incitaba
Y este, que de Victoria se orleaba,
A la victoria misma embellecia.

Mas su celeste llama gloriosa
Ya no cual ántes muéstrase tan pura,
Ni cual ántes es hoy tan ardorosa.

Entronizada la avaricia oscura,
Yo reina soy, esclama ella imperiosa,
Desconocerme es perdicion segura!

(Joaquin M. de Castillo y Lanzas.)

BRINDIS EN UN CONVITE PATRIOTICO.

Cuatro constelaciones en el cielo
Hoy aparecen de figura estraña:
Al Medio-día corre el astro hermoso,
Y por el Norte se atraviesa el águila.

De fenómeno tal nadie adivina
Los efectos, los modos y las causas:
Se aturde el necio, el sabio es el que dice:
«Colombia y el Perú, Chile y Bonaria.»

(Juan Crisostomo Lafinur.)

EL SOLDADO DE LA LIBERTAD.

Sobre un caballo brioso
Camina un jóven guerrero
Cubierto de duro acero,
Lleno de bélico ardor.
Lleva la espada en el cinto,
Lleva en la cuja la lanza,
Brilla en su faz la esperanza,
En sus ojos el valor.

De su diestra el guante quita
Y el robusto cuello halaga,
Y la crin que al viento vaga
De su compañero fiel.
Al sentirse acariciado
Por la mano del valiente,
Ufano alzando la frente
Relincha el noble corcel.

Su negro pecho y sus brazos
De blanca espuma se llenan;
Sus herraduras resuenan
Sobre el duro pedernal;
Y al compas de sus pisadas,
Y al resonar del acero,
Alza su voz el guerrero
Con un acento inmortal:

Vuela, vuela, corcel mio,
Denodado;

No abatan tu noble brio
Enemigos escuadrones,
Que el fuego de los cañones
Siempre altivo has despreciado;
Y mil veces
Has oido
Su estallido
Aterrador
Como un canto
De victoria,
De la gloria
Precursor.
Entre hierros, con oprobio,
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

El artero cortesano
La grandeza
Compre adulando al tirano
Y doblando la rodilla;
Mi troton y pobre silla
No daré por su riqueza;
Que bien pueden
Sus salones
Con canciones
Resonar.
Corcel mio,
Yo prefiero
Tu altanero
Relinchar.
Entre hierro, con oprobio,
Gocen vergonzosa paz:
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

Yo dejé el paterno asilo
Delicioso;
Dejé mi existir tranquilo
Para ceñirme la espada,
Y del seno de mi amada
Supe arrancarme animoso;
Vi, al dejarla,
Su tormento:
¡Qué momento
De dolor!

Vi su llanto
Y pena impía,
Fuí á la mia
Superior.
Otros gocen entre hierros
Una vergonzosa paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

Vuela, bruto generoso,
Que ha llegado
El momento venturoso
De mostrar tu ardiente brio,
Y hollar del tirano impío
El pendon abominado.
En su alcázar
Relumbrante,
Arrogante
Pisarás,
Y en su pecho
Con bravura
Tu herradura
Estamparás.
Otros gocen entre hierros
Una vergonzosa paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

Así el guerrero cantaba
Cuando resuena en su oido
Un lejano sordo ruido
Como de guerra el fragor.
«A la lid», el héroe grita,
En los estribos se afianza,
Y empuña la dura lanza
Lleno de insólito ardor.

En sus ojos y en su frente
La luz brilla de la gloria,
Un presagio de victoria,
Un rayo de libertad.
Del monte en las quiebras hondas
Resuena su voz terrible
Como el huracan horrible
Que anuncia la tempestad.

Rápido vuela el caballo
Ya del combate impaciente,

Mucho mas que el rayo ardiente
En su carrera veloz.
Entre una nube de polvo
Desaparece el guerrero,
Aun se ve brillar su acero,
Se oye á lo léjos su voz.

Gloria, gloria! yo no quiero
Una vergonzosa paz;
Busco en medio de la guerra
La muerte ó la libertad.
(Fernando Calderon.)

CANCION NACIONAL.

CORO.

«A la voz de la América unida
«De sus hijos se inflama el valor;
«Sus derechos el mundo venera,
«Y sus armas se cubren de honor.»

Desde el dia que en este hemisferio
De la aurora la gloria brilló,
Vivir libre juró nuestro pueblo
Convertido de esclavo en Señor.
Este voto del cielo inspirado
A la faz de la tierra ofreció;
Con placer las naciones le oyeron,
Los tiranos con susto y pavor.

CORO.

«A la voz etc.

Tú primero, inmortal Venezuela,
Dar supiste el ejemplo y la voz;
Y con gloria la Nueva Granada
Sus cadenas al punto rompió,
Buenos-Aires y Chile á porfía
Se disputan el mismo blason,
Y hasta al suelo del Méjico hermoso
Libertad comunica su ardor.

CORO.

«A la voz etc.

Se conmueven de júbilo y gozo
Las cenizas del digno Colon,

Y los manes de príncipes tantos,
Cuyo trono la Iberia usurpó.
Ya revive la patria querida
De los Incas, los hijos del sol,
El imperio del gran Montezuma,
De los Zipas la antigua nacion.

CORO.

«A la voz etc.

Héroes indios, la América toda
Os saluda con himnos de amor,
Y os ofrece por justo homenaje
Roto el cetro del cruel español.
Y vosotros ¡oh víctimas caras!
Que el cadalso del yugo libró,
Viendo el fruto de tal sacrificio
Descansad en la eterna mansion.

CORO.

«A la voz etc.

A los aires se eleva triunfante
De la América el fiero Condor,
Y á su vista le mira abatido
De la Iberia el soberbio Leon:
Ya no ruge cual ántes solia,
El aliento primero perdió,
La melena sacude sin brio,
Falto ya del antiguo vigor.

CORO.

«A la voz etc.

Nada importa que en vez de la fuerza
Ponga en juego la infame traicion,
Y que el fin de su imperio señale
Con escenas de muerte y horror.
Los despojos, las ruinas, los pueblos
Que la llama enemiga abrasó,
Nos escitan á justa venganza,
Y nos hablan con mudo clamor.

CORO.

«A la voz etc.

Esto es hecho! La América al orbe
Se presenta cual nueva nacion,
La barrera del vasto oceano
De dos mundos impide la nacion,

Adios trono, ministros, validos,
Instrumentos de vil opresion;
Bendiciendo la mano divina
Os decimos el último adios.

(José Maria Salazar.)

EL VEINTE Y CINCO DE MAYO DE 1838, EN BUENOS-AIRES.

«Ya raya la aurora del dia de mayo:
Salgamos, salgamos á esperar el rayo
Que lance primero su fúlgido sol.

«Mirad, todavía no asoma la frente,
Pero ya le anuncia cercano al oriente
De púrpura y oro brillante arrebol.

«Mirad esas filas, el rayo, el acero,
Los patrios pendones, la voz del guerrero
Al salir el astro saludo le harán:

«De párvulos tiernos inocente coro
Alzará á los cielos el canto sonoro,
Y todas las madres de amor llorarán.

«Por los horizontes del rio de Plata
El pueblo en silencio la vista dilata
Buscando en las aguas naciente fulgor;

«Y el aire de vivas poblaráse luego
Cuando en el baluarte con lenguas de fuego
Anuncie el momento cañon tronador.

«Cándida y celeste la patria bandera
Sobre las almenas será la primera
Que el brillo reciba del gran luminar.

«Y ved en las bellas cándida y celeste
Como la bandera la nítida veste
En gracioso talle graciosa ondear.

«Yo he sido guerrero: tambien ha postrado
Mi brazo enemigos: me le ha destrozado
La ardiente metralla del bronce español.

«No sigo estandartes inútil ahora,
Pero tengo patria:... Ya luce la aurora,
Y seré dichoso si miro este sol.»

Así entre estranjeros que absortos vian,
Y á ver esta pompa de léjos venian,
Hablaba un soldado, y era jóven yo.

¡Qué mayo el de entónces! ¡Qué glorias aquellas!
¡Pasaron! ¡Pasaron! Ni memoria de ellas
Consiente el tirano que el mando robó.

¡Ay! sella tu labio, antiguo guerrero,
Y no hables ahora si ansioso estranjero
La gloria de mayo pregunta cuál es!

¡Sí, sella tus labios, reprime tus iras,
¡Ah! no te desprecien los hombres que miras,
Espera los dias que vendrán despues!

¡En vano se abrieron de oriente las puertas!
¡Cómo en negra noche, mudas y desiertas
Las calles y plazas y templos están!

Solo por escarnio de un pueblo de bravos,
Bandas africanas de viles esclavos
Por calles y plazas discurriendo van.

Su bárbara grita, su danza salvaje
Es en este dia meditado ultraje
Del nuevo caribe que el sur abortó.

Sin parte en tu gloria, nacion argentina,
Tu gloria, tu nombre, tu honor abomina:
En su enojo el cielo tal hijo te dió.

Feroz y medroso, desde el hondo encierro
Do temblando mora, la mano de hierro
Tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.

Vergüenza, despecho y envidia le oprimen;
Los hombres de mayo son hombres de crímen
Para este ministro del genio del mal.

Sin él Patria, Leyes, Libertad gritaron,
Sin él valerosos la espada empuñaron,
Rompieron cadenas y yugo sin él.

Por eso persigue con hórrida saña
A los vencedores de su amada España,
Y en el grande dia la venga cruel.

El Plata, los Andes, Tucuman hermoso,
Y Salta, y el Maipo, y el Perú fragoso,
¿ Le vieron acaso pugnar y vencer?

Vilcapujio, Ayuma, Moquegua, Torata,
Donde la victoria nos fué tan ingrata,
¿ Le vieron acaso con gloria caer?

A fuer de cobarde y aleve asesino
Espiaba al momento que al pueblo argentino
Postrado dejara discordia civil.

Y al verle vencido por su propia fuerza
Le asalta, le oprime, le burla y se esfuerza
En que arrastre esclavo cadena servil.

¡ Oh Dios ! No supimos vivir como hermanos,
De la dulce patria nuestras mismas manos
Las tiernas entrañas osaron romper:

Y por castigarnos al cielo le plugo
Hacer que marchemos uncidos al yugo
Que oscuro salvaje nos quiso imponer!

¿ Y tú, Buenos-Aires, ántes vencedora,
Humillada sufres que sirvan ahora
Todos sus trofeos de alfombra á su pié?

¿ Será que ese monstruo robártelos pueda
Y de tí se diga que solo te queda
El mísero orgullo de un tiempo que fué?

¿ Qué azote, qué ultraje resta todavía,
Qué nuevo infortunio, cara patria mia,
De que tú no seas la víctima ya?

¡ Ah ! si tu tirano supiese siquiera
Reprimir el vuelo de audacia estranjera
Y vengar insultos que no vengará !

De Albion la potente sin duro castigo,
Del Brasil, de Iberia bajel enemigo
La espalda del Plata jamas abrumó.

¡Y hora estraña flota le doma, le oprime,
Tricolor bandera flamea sublime,
Y la azul y blanca vencida cayó!

¿Qué importa al perjuro tu honor ó tu afrenta?
Los heróicos hechos que tu historia cuenta,
Tus dias felices, tu antigua esplendor,

Deslumbran su vista, confunden su nada,
Y el bárbaro intenta dejar apagada
La luz que á los libres en mayo alumbró.

Tú, que alzando el grito despertaste un mundo
Postrado tres siglos en sueño profundo
Y diste á los reyes tremenda leccion,

¿De un déspota imbécil, esclava suspiras?
¡Eh! contra tu fuerza ¿qué valen sus iras?
¿No has visto á tus plantas rendido un Leon?

¡Hijos de mi patria, levantad la frente
Y con fuerte brazo la fiera inclemente
Que lanzó el desierto, de un golpe aterrad!

Lavad nuestra mancha, valientes porteños,
Y mostrad al mundo que no tiene dueños
El pueblo que en mayo gritó Libertad.

(Juan Cruz Varela.)

A LA VICTORIA DE CHACABUCO.

(ODA.)

Entre guerra y venganzas,
Muertes y horrores el caudillo Ibero,
Entre crueles verdugos y asechanzas
Cual Minotauro fiero
Con centelleantes ojos asombraba
De Chile el monte y llano que ocupaba.

Alza la erguida frente
Sobre un trono con sangre salpicado
Mil y mil veces de la indiana gente;
El cetro ya empuñado,
El férreo cetro, agudas las espadas,
Cierran ya de su imperio las entradas.

Ya conquisté esta tierra,
A sus sangrientas haces les decia,
Que á esfuerzos del terror y de la guerra
Por tres siglos es mia;
En mis iras conoce el Araucano
El rayo de que Jove armó mi mano.

¿Mi dominio rodeado
De intransitables ásperas montañas
Será del Argentino profanado?
¿Mil heróicas hazañas
No os gritan que este suelo subyuguemos,
Ó que al furor de Alecto lo entreguemos?

Así el tirano clama:
San Martin, otro Aníbal mas famoso,
A quien celeste ardor el pecho inflama,
Practica ya el fragoso
Camino de los Andes, ya el soldado
Toma ejemplo del jefe denodado.

A un lado, molo inmenso
Ve levantarse al cielo, á la otra parte
Un precipicio horrendo, y solo piensa
A fuer de brio y arte
Al término llegar de la angostura;
Pigmeo es la montaña á su bravura.

El enemigo bando
Avistan los campeones impacientes,
Sobre él ya cargan rápidos bajando
Como en gruesos torrentes
Por entre riscos el furioso Guano,
Que raudo corre por inmenso llano.

Los montes cavernosos
Retumban con el bélico alarido,
Y el tronar de las armas, espantosos
Dando horrible gemido
Desde sus hondas lóbregas entrañas
De sí arrojan al Leon de las Españas.

Ruge herido del rayo
De las patrias legiones, que aguerridas
En fuga ponen y en mortal desmayo
Sus huestes homicidas,
El paso vencen y al favor de Marte
Tremola en el valle su estandarte.

¡ O deidad, que inflamaste
En sacro ardor el númen del mantuano!
¡ O tú que en plectro de oro celebraste
El valor sobrehumano
De Hércules vencedor! hoy canta solo
El paso de los Andes, sacro Apolo.

No cantes, no este dia,
La cítara divina resonando,
Del héroe de Cartago la osadía
Los Alpes traspasando:
A un otro Aníbal canta, mayor gloria
Da al Nuevo Mundo eterna su memoria.

Mas ¡ o terrible escena!
Del Hispano la armada muchedumbre
Los llanos abandona, cruel se ordena
De nuevo en la alta cumbre
De la vecina y escarpada sierra,
Y el pendon alza de ominosa guerra.

El oprimido suelo
Mira en fuertes guerreros convertido,
Resonando los cóncavos del cielo
Con el marcial ruido;
Clamar universal oye, y se aterra:
¡ Venganza, Eponamon, venganza y guerra!

El grito heróico alcanza
Al mar del sud en ásperos acentos
Cual austro embravecido; invicto avanza
San Martin los sangrientos
Rebeldes enemigos; ronco suena
El bélico clarin, el bronce truena.

La lid está trabada
En Chacabuco; del guerrero infante
Se ve la línea en fuegos inflamada;
Su acero fulminante
En la diestra revuelve ya el jinete,
Y en el veloz caballo ya arremete.

La intrépida carrera
Del relinchante bruto, el corvo alfanje,
Rompen al enemigo que lo espera
En cerrada falange:
Al duro choque retemblaba el suelo
Cual si brotara nuevo Monjibelo.

La muerte conducida
Sobre el rodante carro hiere, mata
En ambas huestes, la infelice vida
Del cuerpo la desata;
Los muertos hüella, corre sin fatiga,
Que el cuadriga fatal la guerra instiga.

Frente á sus escuadrones,
San Martin ya decide la victoria,
Clama, atropella, rinde las legiones;
Cubierto va de gloria
Cual otro Aquíles fuerte, invulnerable,
A las Troyanas gentes espantable.

Dos rayos de Mavorte,
De la patria constantes defensores,
Solér, O'Higgins, cada uno en su cohorte
Gobierna los furores;
De los fieros Titanes este dia
Triunfará en Chacabuco su osadía.

¡O patria! tus guerreros
Los montes y los llanos ocüparon,
Y el pendon de Castilla de ellos fieros
Al suelo derribaron;
Salve, Patria, mil veces, altaneras
Flotan en todo Chile tus banderas.

Las sombras irritadas
De Tucapel, Caupolican, Lautaro,
Dejaron los patriotas hoy vengadas,
Hoy vuestro nombre caro
Llama al hijo de Arauco que la lanza
Tiñe en sangre española en la matanza.

Del arduo escelso asiento
De los nevados Andes, hoy la fama
Tocando el estrellado pavimento,
En los orbes proclama
A vuestros héroes: su eco resonante
Va desde el mar del sud al mar de Atlante.

¡O paternal gobierno
Qué enérgico y prudente protegiste
Tan gigantesca empresa! honor eterno
A la patria le diste:

Tuyo es el regocijo á que se torna,
Y el precioso esplendor con que se adorna.

Vírgenes adorables,
Ninfas del Argentino sacro rio,
Cantad tambien los hechos memorables,
Miéntras el llanto mio
Tributo al campeon que en la victoria
Muriendo por la patria nos da gloria.

(ESTEVAN LUCA.)

AMERICA.

Ceñida de jazmin y enredadera
Y entre viejas montañas escondida,
Pasa su blanda y perezosa vida
Una tierra bellísima, un jardin.

América unos hombres la llamaron
Y sus hijos despues lo repitieron;
Sus moradas sobre ella suspendieron
La sílfide, la fada, el serafin.

Las auras de sus bosques centenarios
Mecen los mil jazmines de su frente,
Y en aroma purísimo, inocente,
Se desprende al columpio virginal.

Ciñen su inmensa frente por diadema
Ejércitos de palmas cimbradoras,
Altivas caducas moradoras
Del desierto y del tórrido arenal.

Descienden en vistosos torbellinos
De trasparentes perlas sus cascadas,
Y bordan las corolas perfumadas
De la campestre y olvidada flor.

Pueblan sus altos robles y sus ceibas
En bandos pintorescos los turpiales,
Y ostentan los mitrados cardenales
La púrpura de Tiro en su color.

Las deidades del mar visten sus playas
De caracoles, conchas y corales,

Que ostentan sus desiertos arenales
Como un cinto de perlas y rubí.

Encaje pintoresco y ondulante
Con que adornan su vírgen vestidura,
La casta, hermosa, celestial y pura
Tierra de los ensueños de alhelí.

Un cielo azul, benigno, trasparente
De nubes de oro y nácar tachonado,
Y sus noches de amor, engalanado
Con millares de estrellas por do quier.

Es el toldo magnífico, esplendente,
Que con tierna y bellísima sonrisa
Tiende en las alas de la mansa brisa
El ángel de los sueños y el placer.

Los ojos de sus bellas son de fuego,
Sus miradas fascinan y enloquecen;
Descarriados arcángeles parecen
Que descendieron en su vuelo aquí.

Sus morenas mejillas, sus melenas,
Sus senos voluptuosos, palpitantes,
Del corazon arrancan delirantes
Mil suspiros de ardiente frenesí.

Tus bosques, tus rios, tus limpias cascadas,
Eternos sus flores, sus aguas te den,
Tus auras fugaces de aroma cargadas
Columpien tus palmas con blando vaiven.

Tu cielo de estrellas, azul, trasparente,
Derrame su manso fulgor para tí;
Y rica y altiva, feraz y potente,
Los soles te alumbren, fantástica hurí.

Esconda en tus flores sus lágrimas puras
La cándida y tibia mañana de paz,
Y tienda en tus verdes feraces llanuras,
Su velo de rosas liviano y fugaz.

Arrullen tu casto, mansísimo sueño,
Del bosque las brisas con dulce rumor,
Y el canto del ave, silvestre, halagüeño,
Tu paz interrumpa con notas de amor.

Desciendan en vistosos torbellinos
De trasparentes perlas tus cascadas,
Y borden las corolas perfumadas
De la flor escondida y virginal.

Ciñan tu inmensa frente por diadema
Ejércitos de palmas cimbradoras,
Siempre altivas y eternas moradoras,
Del llano, el bosque, el valle, el arenal.

Vierta Dios á torrentes en tu suelo,
Virtud, saber, prosperidad, bonanza;
Y el eterno fanal de la esperanza
Alumbre tu dormir, tu despertar.

Que el genio misterioso de los siglos
Sobre su inmensa trípode sentado,
Te augure con la fe del inspirado
Glorias que él mismo no podrá borrar.

(A. Lozano.)

MONTEVIDEO.

Semejante á Ondina bella
Su cuerpo airoso descuella...
(E. Echeverria.)

De las entrañas de América
Dos raudales se desatan;
El Paraná, faz de perlas,
Y el Uruguay, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren
O entre flóridas barrancas,
Como dos grandes espejos
Entre marcos de esmeraldas.
Salúdanlos en su paso
La melancólica pava,
El picaflor y el jilguero,
El zorzal y la torcaza.
Como ante reyes se inclinan
Ante ellos seibos y palmas,
Y la arrojan flor del aire,
Aroma y flor de naranja:
Así siguiendo su senda
Sobre sus lechos se arrastran;

Luego en el Guazú se encuentran,
Y reuniendo sus aguas,
Mezclando nácar y perlas
Se derraman en el Plata.

El Plata? y es verdad. Ancha llanura
De bruñido metal que nunca acaba,
Parece el rio cuya diestra lava
De Buenos-Aires el soberbio pié;

Cuya izquierda tendiendo hácia el oriente
De una jóven beldad la falda toca;
Beldad guardada por gigante roca
Que el Plata inmenso desde léjos ve.

Y es fama que esa roca majestuosa
A la bella ciudad pusiera nombre,
Cuando en medio del mar al verla un hombre
Monte veo, del mástil esclamó.

En frente de ese monte nació un pueblo
Con un cinto de muros y cañones,
Do clavaron tres reyes sus pendones
Que colérico el Plata contempló.

Te envidiaron los reyes, rica joya,
Y un dia en sus coronas te ostentaron,
Y al mirarte otro dia solo hallaron
En vez de joya duro pedernal.

Entónces adornaste la diadema
De la jóven república de oriente,
Que te muestra á los pueblos en su frente
Desde el Cerro su eterno pedestal.

Ahí está Montevideo
Estendida sobre el rio,
Como vírgen que en estío
Se ve en lago nadar.
La Matriz es tu cabeza,
Es la Aguada tu guirnalda,
Blancos techos son tu espalda
Y tu cintura, la mar.

Ciudad coqueta, sonríes
Cuando ves los pabellones
De poderosas naciones
Flamear en rico bajel,
Y les pagas las ofrendas
Que ellos traen á tu belleza,
Con tu campo, y la riqueza
Que derrama Dios en él.

En tu puerto á centenares
Mécense los masteleros
Como bosques de palmeros
Que sacude el vendaval.
Y si en él se ve de noche
Navegar rápida vela,
Parece garza que vuela
De algun lago en el juncal.

En las noches sin estrellas
Tenebrosas del invierno,
Cuando el mar es un infierno
Que al marino hace temblar,
Tú benéfica iluminas
Sobre tu roca gigante,
Un fanal que al navegante
Seguro norte va á dar.

En otro tiempo los reyes
Levantaron alta valla,
De impenetrable muralla
Para oprimirte, Beldad.
Pero el hierro del esclavo
Sacudiste de tus brazos,
Y los muros á pedazos
Derrumbó la libertad.

Eres tú, Montevideo,
Del Plata blanca sirena,
Y tu entraña, una colmena
Cuya miel es el amor,
Feliz el labio que guste
De tu miel, ciudad de amores,
Que tus hijas son las flores
Que dan tan dulce licor.

Tus hijas todas son ángeles
En dulzura y en pureza,

Son estrellas en belleza,
De la vida el íris son.
Por ellas, solo por ellas,
Eres tú, Montevideo,
De mi memoria recreo,
De mis sueños ilusion.

Y si tu crees en los sueños,
Escucha, oh pueblo, uno mio,
Yo soñé que veia al rio
Salir de su ancho cristal,
Y que á tí ya Buenos-Aires
En sus brazos estrechaba,
Y así unidos os dejaba
En un abrazo inmortal!

Si eres solo un ensueño, dulce idea,
Que fascinas mi ardiente fantasía,
No amanezca jamas el triste dia
Que te borre de mí.

Pero no! que en los cielos está escrita
En la página de oro del destino,
La union del Oriental y el Argentino
Que en mis ensueños vi.

(Luis F. Dominguez.)

AL GENERAL FLORES, VENCEDOR EN MIÑARICA.

Cual águila inesperta, que impelida
Del regio instinto de su estirpe clara,
Emprende el precoz vuelo
En atrevido ensayo;
Y elevándose ufana, envanecida
Sobre las nubes que atormenta el rayo,
No en el peligro de su ardor repara,
Y á su ambicioso anhelo
Estrecha viene la mitad del cielo;

Mas de improviso deslumbrada, ciega,
Sin saber dónde va, pierde el aliento,

Y á la merced del viento
Ya su destino y su salud entrega:
O por su solo peso descendiendo
Se encuentra por acaso
En medio de su selva conocida,
Y allí la luz huyendo, se guarece,
Y de fatiga y de pavor vencida,
Renunciando al imperio, desfallece:
Así mi musa un dia
Sintió la tierra huir bajo su planta,
Y osó escalar los cielos, no teniendo
Mas genio que amor patrio y osadía.
En la region etérea se declara
Grande sacerdotisa de los Incas;
Abre el templo del Sol: flores y ofrendas
Esparce sobre el ara:
Ciñe la estola espléndida y la tiara;
Inquieta, atormentada
De un Dios, que dentro el pecho no le cabe,
Profiere en alta voz lo que no sabe,
Por ciega inspiracion. Tiemblan los reyes
Escuchando el oráculo tremendo:
Revelacion, leyes
Dicta al Pueblo: describe las batallas;
De la patria predice la victoria,
Y la aplaude en seráficos cantares:
De los Incas deifica la memoria,
Y á sus manes sagrados,
Si tumba les faltó, levanta altares.
Mas cuando ya su triunfo absorta canta,
Atras la vista torna,
Mide el abismo que salvó, y se espanta.
Tiembla, deja caer el refulgente
Sacro diadema que sus sienes orna,
Y flaco el pecho, el ánimo doliente
Cual si volviera de un delirio siente;
Y de la santa agitacion rendida
Quedó en lento deliquio adormecida.

En vano el bronce fraticida truena,
Y de las armas rompe el estallido;
Y al recrujir el carro de la guerra
Se siente en torno retemblar la tierra.

Y el atroz silbo de rabiosas sierpes
Que la discordia enreda en su melena
En sed mortal los pechos enfurece;

Y de la antigua silla de los Incas
Hasta do bate el mar los altos muros
De la noble heredera de Cartago,
Todo es horror y confusion y estrago.

En vano, o Dios, del medio
De las olas civiles, con sorpresa,
Jóven, graciosa, de esperanza llena
Una nueva República aparece;
Cual la Diosa de amor y de belleza
Coronada de rosas y azahares,
Con que el ambiente plácido perfuma,
Surgió sobre la hirviente y alba espuma;
Del mar nacida á serenar los mares.

Y en vano sobre el márgen populoso
Del rico Támes y bullente Rima,
En verso numeroso
Canoras voces se alzan despertando
La musa de Junin... que el sacro fuego
De inspiracion cesó; lánguido espira;
Y el canto silencioso
Duerme sobre las cuerdas de su lira.

Mas nunca el genio muere: y con su aliento
La tierra, el firmamento,
El mármol y cadáveres anima.

Ya está dentro de mí. — Veloces vientos,
Anunciad á las gentes
Un nuevo canto de victoria. — Dadme
Laurel y palmas y alas esplendentes;
Volvedme el estro santo,
Que ya en el seno siento hervir el canto.

¿Adónde huyendo del paterno techo
Corre la juventud precipitada?
En sus ojos furor, rabia en su pecho,
Y en su mano blandiendo ensangrentada
Un tizon infernal: cual civil Parca
Ciega discurre, tala, y sus horrendas
Huellas en sangre y encenizas marca.

Leyes y Patria y Libertad proclaman....
Y oro, sangre, poder.... esas sus leyes,
Esa es la libertad, de que se llaman
Inclitos vengadores...

Y en los enormes montes interpuestos
Y en el soberbio inespugnable alcázar,
Que de léjos ostenta
La reina del Pacífico opulenta,
La insolente esperanza
Ponen de triunfo cierto y de venganza.

Corren al triunfo cierto... y un abismo
Se abrió bajo sus piés... que los horrores
De tanta sedicion — los alaridos
Que entre las ruinas salen — los clamores
De tantos pueblos íntegros y fieles,
El rayo concitaron que dormia
Allá en el seno de su nube umbría.

Ese es el adalid á quien dió el cielo
Valor, consejo — prevision y audacia.
Al arduo empeño, á la mayor desgracia
Le sobra el corazon. Todo le cede:
Sirve á su voz la suerte — ante su genio
El peligro espantado retrocede.

Flores los pueblos claman: y los montes
Que la escena magnífica decoran,
Flores repiten sin cesar. Los ecos
Avidos unos á otros se devoran
Y en inquietud perpetua se suceden
Como olas de la mar. Sordos aterran
La turba pertinaz, que espavorida
Huye: y no sabe dónde — que do quiera
Los ecos la persiguen, — y do quiera
El espectro del héroe la intimida.

Así cuando una nube repentina
Enluta el cielo, cuando el sol declina,
Se afanan los pastores recogiendo
El rebaño que pace descuidado.
Mas si improviso estalla un trueno horrendo,
El tímido ganado
Se aturde, se dispersa desoyendo
Del fiel mastin inútiles clamores;
Se pierde en precipicios espantosos,
Que mas lo apartan del redil querido;
Y entre tantos horrores
Vagan, tiemblan, caen confundidos
Ganados y mastines y pastores.

Oyó la voz doliente de la patria
Su siempre fiel guerrero;
Y desnudando el invencible acero,
Se avanza; y los valientes capitanes
En cien lides gloriosos lo rodean,
Y dar paz á la patria, ó morir firmes
Sobre la cruz de sus espadas juran....

El habla; y á su acento
Todo en torno es accion y movimiento.
Armas, tormentos bélicos... y cuanto
Elemento de guerra y de victoria
Da el suelo, forma el arte, el genio crea
Se apresta, — ó aparece por encanto.
Gime el yunque — la fragua centellea —
Brota naves el mar — tropas la tierra....
Aquí y allí la juventud se adiestra
A la terrible y desigual palestra...
Y el caballo impaciente
De freno y de reposo
Se indigna, escarba el suelo polvoroso;
Impávido, insolente
Demanda la señal: bufa, amenaza,
Tiemblan sus miembros: su ojo reverbera;
Enarca la cerviz, la alza arrogante
De prominente oreja coronada;
Y al viento derramada
La crin luciente de su cuello enhiesto
Ufano da en fantástica carrera
Mil y mil pasos sin salir del puesto.

Mayor afan, agitacion, tumulto
Reina en el bando opuesto.
Armas le da el furor: la ambicion ciega
Constancia, ostinacion. ¡Cuán impotente
Dió voces la razon!... Y en vano el cielo
Los aterra con signos portentosos.
Nocturnas sombras vagan por el suelo
Exhalando alaridos lastimosos;
Rayos sanguíneos las tinieblas aran
En pálido fulgor; y por la noche
Sones terribles de uno al otro estremo
De la espantosa bóveda se oyeron:
Se hiende el monte; el huracan estalla,
Y es todo el aire un campo de batalla.

Y en medio de la pompa mas solemne
Las imágenes santas derribadas,

¡Qué horror! del alto pedestal cayeron
Del incienso sacrílego indignadas.
¿Veis allá léjos ominosa nube
Ondeando en polvo de revuelta arena,
Que densa se derrama y lenta sube?...
Allí está Miñarica. La Discordia
Allí sus haces crédulas ordena:
Las convoca, las cuenta, las inflama...
Las inflama... despues las desenfrena.
Flores vuela al encuentro: y cuando alzada
Sobre la hostil cerviz resplandecia
Su espada, reconoce sus hermanos;
Léjos de sí la arroja: y les ofrece
El seno abierto y las inermes manos.

Mas fiera la faccion se enorgullece:
Razon, ruego, amistad y paz desdeña.
Triunfa al verse rogada,
Y en ilusion y en arrogancia crece:
Que rara vez clemencia generosa
El monstruo del furor civil domeña,
Y aun mas los viles pechos escandece.

Tornó del héroe á relumbrar la espada
Y esta fué la señal. Los combatientes
Con firme paso y exultantes frentes
Se acometen: se mezclan... De una parte
El número y el ímpetu... de la otra
Arte, valor, serenidad: do quiera
Furor y sangre... y á las armas sangre
Aun mas infame que el orin, empaña;
Y los pendones patrios encontrados
Rotos y en sangre flotan empapados.
Cristados yelmos, miembros palpitantes
Erizan la campaña,
Y los troncos humanos
Se revuelcan, amagan:
E impotentes de herir, siquiera insultan
Miéntras los restos de vital aliento
Entre sus labios macilentos vagan.

Los antiguos amigos, los hermanos
Se encuentran, se cònocen... y se abrazan...
Con el abrazo de furente saña.
Ni tregua, ni piedad. — ¿Quién me retira
De esta escena de horror? — Rompe tu lira,
Doliente musa mia; y ántes deja

Por siempre sepultada en noche oscura
Tanta guerra civil, oh, tú no seas
Quien á la edad futura
Quiera en durable verso revelarla:
Que si mengua, ó escándalo resulta,
Honra mas la verdad, quien mas la oculta.

Como rayo entre nube tormentosa
Serpea fulminando, y veloz huye:
Vuelve á brillar, la tempestad disipa,
Y su esplendor al cielo restituye;
Así la espada del invicto Flores
Por entre los espesos escuadrones
Va sin ley cierta, brilla... y desparecen.
A los unos aterra su presencia:
Otros, piedad clamando, se rindieron:
Y á los que fuertes para huir, huyeron,
Los alcanzó en su fuga la clemencia.

Salud, o claro Vencedor. O firme
Brazo, coluna, y gloria de la patria!
Por tí la asolacion, por tí el estruendo
Bélico cesa, y la inspirada Musa
Despertó dando arrebatado canto.
Por tí la patria el merecido llanto
Templa al mirar el hecatombe horrendo
Que es precio de la paz. Por tí recobran
Su paz los pueblos, y su prez las artes;
La alma Témis su santo ministerio;
Su antiguo honor los patrios estandartes,
La ley su cetro: Libertad su imperio:
Y las sombras de Guachi desoladas
De su afrenta y dolor quedan vengadas.

Rey de los Andes, la ardua frente inclina,
Que pasa el Vencedor. A nuestras playas
Dirige el paso victorioso, en tanto
Que el himno santo la amistad entona.
Y fausta la Victoria le destina
Triunfales pompas en su caro Guayas
Y en este canto espléndida corona.

(José Joaquin De Olmedo.)

LA GLORIA.

A DON FELIX DE AZARA.

¡ Adelante ! ... ¡ adelante ! ... nada importa
Que rasgando la bóveda del cielo,
Cual flamígera nube, ardiente velo
Amague al universo devorar:
¡ Adelante ! ... ¡ adelante ! ... nada importa
Que zumbe el huracan, y en fiero embate
El rayo tremebundo se desate
Y en sus hondos abismos ruja el mar !

No importa que en furioso torbellino
Se despense la inmensa catarata,
Y cubra con su sábana de plata
El bosque y la llanura hasta el confin.
No importa que la tierra tiemble ó ceda
Bajo la planta del audaz viajero,
Y no encuentre ni huella ni sendero
Que le conduzca de su marcha al fin.

El adelante seguirá, ¡ adelante !
Cruzando siempre con mayores brios,
Selvas, desiertos, páramos y rios,
Que absortos dejan alma y corazon.
El sol á plomo lanzará sus rayos...
Pero es en vano que al viajero asalten,
Que el aire incendien y en la yerba salten
Sus mil lenguas de fuego en rebelion.

El impasible cruzará los brazos,
Y aunque un instante le acongoje el fuego,
Firme y altiva su mirada luego
En el vasto horizonte clavará.
Y entre ardorosa nube de ceniza
El terreno pisando, que aun humea,
Será el incendio su gloriosa tea,
Y él tras las llamas adelante irá.

¡ Siempre adelante ! .... Fétidas lagunas,
Negros vapóres que la muerte exhalan,
Vámpiros que con sangre se regalan,
Insectos que se aferran á la piel,
Sierpes que anuncian su presencia hiriendo,
Tigres hambrientos que la selva aduna,

Y que al trémulo rayo de la luna
Rebramando se acercan en tropel.

Bárbara tribu que se oculta aleve
Y allí al cristiano vengativa acecha
Con la veloz, envenenada flecha,
Que silba, hiere, pasa y no se ve;
Nada amedrenta ni detiene al fuerte
Varon heróico en su fatal camino,
Puede darle en él tumba su destino...
¡Mas no obligarle á desviar el pié!

Un impulso secreto, un misterioso
Instinto que invencible le domina,
Le arrebata, le impele, le encamina
Do cumpla su mision, triste ó feliz.
Y cae y se levanta, y cae de nuevo
Y otra vez mas altivo se levanta;
Y sigue sin temor, firme la planta,
Sereno el pecho, erguida la cerviz.

Acaso en premio de su afan arribe
De su ansiada esperanza al grato puerto,
Y á la posteridad legue cubierto
Su nombre de aureola divinal.
Y acaso ese demonio que persigue
Al genio y la virtud con furia insana,
Dé á su noble ambicion tumba temprana
Y á su memoria olvido perennal.

Esa es la gloria!.... Los que van tras ella
Su juventud arrojan en sus aras,
Dichas, placeres, ilusiones caras,
Cuanto atesora el alma y corazon.
Así tan solo se fecunda y brota
Y se entreabre su espinoso lirio;
Porqué la gloria es... nada... ó el martirio:
¡Es del ángel proscripto la espiacion!

Miéntras palpita el hombre, ella le pide
Toda la savia de la vida suya,
Y hace que ardiente sin cesar refluya
En la fragua del tiempo el porvenir.
Porvenir que no llega, sino cuando
El alma rompe su mortal cadena,
Y se remonta á la religion serena
Entre nubes de rosa y de zafir.

Viene entónces la gloria, casta vírgen,
Que huye del hombre cuanto mas la implora,
Y en su sepulcro se le entrega y llora,
Porque viviendo le negó su amor:
La tierra besa que sus restos cubre
Y el puro llanto que á raudales vierte
En luz y aromas y laurel convierte
Lo que ántes era polvo corruptor.

Tu fuiste, oh Azara! tambien escogido,
Tambien en tu losa gimiendo aun está
La gloria que un dia te vió decidido,
Arrostrar las iras del gran Paraná.

Tu nombre aun repiten, al salvar las rocas,
Con salto gigante, Guazú y Aguaray,
Y al oirlo es fama, que en sus anchas bocas
Tiembla y se detiene su inmenso raudal.

La brisa que viene de la ignota Pampa
Trae una armonía dulce para tí,
Y hasta el indio bravo que en sus valles campa
La oye alborozado con gozo infantil.

Gime el Aconquija y en su blanca espalda
No borran las nieves tus huellas, feliz
Paraguay no tiene para tu guirnalda
Suficientes flores en su gran jardin.

Uruguay, la tierra do vertió á millares
Sus mas ricos dones pródigo el Señor,
Ostenta en su bella corona de azahares
Tu nombre, diamante que á España robó.

Y cuando vil chusma traspasa la sierra
Por donde impetuoso corre el Yaguarron;
Cuenta que se rasga y asoma en la tierra
Brillante la línea que Azara trazó.

Las vírgenes selvas del Chaco salvaje
Y los densos bosques del Yi y Tucuman,
Dicen que al nombrarte doblan su ramaje
Y aromada lluvia de sus hojas cae.

Tiene el Plata un vago colosal murmullo
Con que á veces cuenta su dolor al mar,

Y yo que poeta comprendo su arrullo
Sé que tu memoria nunca olvidará.

Llora por tí, Azara, porque tú no fuiste
Ni venal, ni torpe, ni déspota cruel;
Llora por tí, Azara, porque mereciste
La rica diadema que puso en tu sien.

Digna y envidiable, fúlgida aureola,
Que alcanzó tu esfuerzo, virtud y saber!
Déjame admirarla... tu gloria española
Tambien de mi patria, de América es!

(Alejandro Magariños Cervantes.)

LA CONCORDIA.

Deh fate un corpo sol di membri amici,
Fate un capo che gli altri indrizzi e frene.
(Gerusalemme liberata.)

¡Ay! protege, Señor, tu hermosa hechura!
Por tí este pueblo sacudiera el yugo
De servidumbre dura;
Y, en tu inmensa bondad, al fin te plugo
Darle nueva existencia,
Y llamarle á gozar de independencia.

No abandones jamas la tierna planta
Al furor de los vientos, cuando apénas
Lozana se levanta.
Libra á tu pueblo ¡oh Dios! de las escenas
De discordia inhumana,
Que destruyen la tierra Americana.

Si en merecida pena á sus delitos
Impuso tu justicia á otras naciones
Los males infinitos
Que traen las fraternales disensiones,
El pueblo del Oriente
Como recien nacido es inocente.

Sálvale, por piedad: no se marchiten
Jamas sus esperanzas deliciosas;
Sin fin en él habiten

La Concordia y la Paz, hijas dichosas
De la virtud, consuelo
Al hombre justo dado por el cielo.

A su sombra benéfica florecen
Las ciencias y las artes bienhechoras,
Los pueblos se engrandecen
Llenos de vida; y leyes protectoras
La perfeccion alcanzan
Y moderada libertad afianzan.

La Concordia es la fuente mas fecunda
De los bienes que gozan los humanos;
Y como el sol inunda
Con su fulgor las cumbres y los llanos,
Ella con su influencia
A todo sabe dar nueva existencia.

Al verla se desempeñan al abismo
La ambicion prepotente, la ignorancia,
El ciego fanatismo,
La sacrílega y ruda intolerancia,
Y todos los errores
Que las pasiones traen con sus furores.

Ella fué la que un dia dió renombre
A mi patria: por ella el universo
Veneraba su nombre,
Y la historia veraz, y el rico verso
En página divina
Honraron la república Argentina.

El cielo la robó tanta ventura.
Llanto y respeto á su fatal estrella:
Y el que, con lengua impura,
Se atreva mancillar su fama bella,
Y su desgracia insulte,
En el profundo Averno se sepulte.

Sus males evitad, hijos de Oriente;
De la Concordia al delicioso abrazo
Volad alegremente:
El os estreche con perpetuo lazo,
Ahogando en vuestra orilla
De la anarquía la letal semilla.

La madre entónces besará tranquila
Al hijo de su amor, sin que la muerte
De la rebelde fila
Se lo arrebate en flor; y á dura suerte
Su ancianidad condene,
Y de amargura y de dolor la llene.

Ni temerá el colono que inclemente
El soldado feroz sus mieses tale,
Dejando solamente
La negra huella que el furor señale;
Y de pueblos cubiertos
Los campos se verán que hoy son desiertos.

Mis votos oye ¡oh Dios omnipotente!
Y una familia sola reunida
Forma en el rico Oriente,
Que á leyes paternales sometida,
La peligrosa rienda
Nunca usurpar con crímenes pretenda.

Ampara tú su juventud dichosa
Y hostias de Paz adornen tus altares;
Con mano bondadosa
Vierte sobre ella dones á millares
De la gloria y ventura;
¡Ay! protege, Señor, tu hermosa hechura!

(Florencio Varela.)

LOS AUTORES.

AVELLANEDA (Doña Gertrudis Gomez de). Nació en la ciudad de Puerto-Príncipe (isla de Cuba), el dia 23 de Marzo de 1816.

BALCARCE (D. Florencio). Poeta argentino. Murió en Buenos-Aires el 16 de Mayo de 1839.

BARALT (D. Rafael Maria). Nació en la ciudad de Maracaibo (Venezuela), en 1810.

BELLO (D. Andres). Nació en Carácas, por los años de 1780.

BERRO (D. Adolfo). Nació en Montevideo el dia 11 de Agosto de 1819. Murió el 28 de Setiembre de 1841.

CALDERON (D. Fernando). Nació en Guadalajara (Méjico), el 20 de Julio de 1809. Falleció en la ciudad de Ojocaliente el 18 de Enero de 1845.

CANTILO (D. José Maria). Nació en Buenos-Aires.

CARPIO (D. Manuel). Nació en Casamaloapam (Estado de Veracruz).

CERVANTES (D. Alejandro Magariños y). Nació en Montevideo el dia 3 de Octubre de 1825.

CHACON (D. Jacinto). Hijo de la República de Chile. Nació en 1822.

CORTES (D. José Manuel). Hijo de la República de Bolivia.

COUTO (D. José Bernardo). Poeta mejicano.

DELMONTE (D. Felix Maria). Nació en la ciudad de Santo-Domingo el dia 20 de Noviembre de 1819.

DOMINGUEZ (D. Luis L.). Nació en la ciudad de Buenos-Aires.

ECHEVERRIA (D. Estevan). Nació en la ciudad de Buenos-Aires.

FIGUEROA (D. Francisco Acuña de). Nació en Montevideo por los últimos años del siglo próximo pasado.

GODOY (D. JUAN). Nació en Mendoza, Provincia de Cuyo en la República Argentina, el año de 1793.

GOMEZ (D. JUAN CÁRLOS). Nació el dia 25 de Julio de 1820 en la capital del Estado Oriental del Uruguay.

HEREDIA (D. JOSÉ MARIA.). Nació en Santiago de Cuba el dia 29 de Diciembre de 1803. Falleció en Méjico en 1839.

HIDALGO (D. BARTOLOMÉ). Nació en la ciudad de Montevideo.

INURRIETA (D. MANUEL). Nació en Chascomus, ciudad muy principal de la Provincia de Buenos-Aires.

IRISARRI (D. HERMOGENES). Nació en la República de Chile el 19 de Abril de 1819.

LAFINUR (D. JUAN CRISÓSTOMO). Nació en las Minas de la Carolina, lugar situado en la jurisdiccion de San Luis, Provincia de la República Argentina, el 27 de Enero 1797. Murió el dia 13 de Agosto de 1824.

LANZAS (D. JOAQUIN M. DE CASTILLO Y). Hijo de Jalapa, en Méjico.

LILLO (D. EUSEBIO). Nació el 14 de Agosto de 1826. Su patria es Chile.

LOZANO (D. A.). Es hijo de Venezuela.

LUCA (D. ESTEVAN). Nació en Buenos-Aires y pereció en el Banco ingles del Rio de la Plata, en Marzode 1824.

MADIEDO (D. M. M.). Poeta granadino.

MADRID (D. JOSÉ FERNANDEZ). Nació en Cartagena (Nueva-Granada). Falleció en Lóndres por los años de 1830.

MAITIN (D. JOSÉ ANTONIO). Nació en Puerto-Cabello, ciudad marítima de Venezuela.

MARIN DE SOLAR (DOÑA MERCEDES). Es hija de Santiago, capital de la República de Chile.

MARMOL (D. JOSÉ). Nació en Buenos-Aires el dia 4 de Diciembre de 1818. Es bliotecario de la Biblioteca pública de Buenos-Aires.

MENDIVE (D. RAFAEL MARIA). Nació en la Habana, capital de la isla de Cuba, el dia 24 de Octubre de 1821.

MILANÉS (D. JOSÉ JACINTO). Nació en la ciudad de Matanzas (isla de Cuba), el año de 1814.

NAVARRETE (D. FR. MANUEL MARTINEZ DE). Nació en Méjico, en la villa de Zamora, el dia 18 de Junio de 1768. Murió el 19 de Julio del año 1809.

OLMEDO (D. JOSÉ JOAQUIN DE). Nació en Guayaquil por los años de 1784.

PACHECO Y OBES (Don Melchor). Nació en el Uruguay el dia 9 de Enero de 1810.

PARDO Y ALIAGA (D. Felipe). Nació en Lima el año de 1806.

PESADO (D. Joaquin). Es nativo de Orizaba (Méjico).

PRIETO (D. Guillermo). Poeta mejicano.

RAMALLO (D. Mariano). Nació en la ciudad de Oruro (República de Bolivia) en 24 de Setiembre de 1817.

REAL DE AZÚA (D. Gabriel Alejandro). Nació en Buenos-Aires.

RIVERA INDARTE (D. José). Nació en la ciudad de Córdova del Tucuman el 13 de Agosto de 1814. Falleció en la isla de Santa Catalina el 19 de Agosto de 1845.

TAGLE (D. Francisco M. Sanchez de). Nació en Morelia, capital del Estado de Michoacan (Méjico) el dia 11 de Enero de 1782. Falleció el 7 de Diciembre de 1847.

VALDES (Gabriel de la Concepcion). Nació en Matanzas (isla de Cuba). Murió el dia 28 de Junio de 1844.

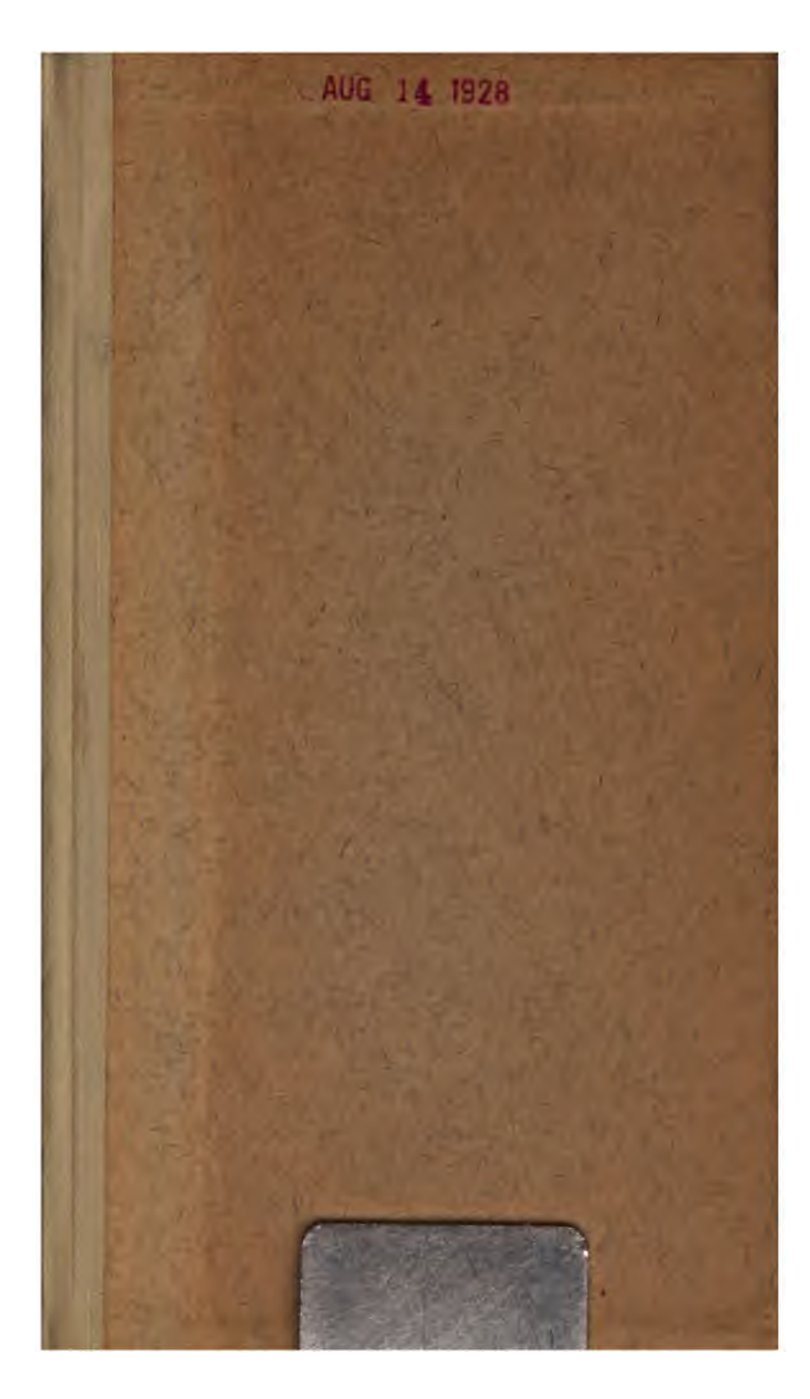
VALDES (D. José Manuel). Catedrático de prima de medicina, Protomédico general del Perú, Director del Colegio de medicina y cirugía de Lima etc. etc.

VARELA (D. Florencio). Es hijo de Buenos-Aires.

VARELA (D. Juan Cruz). Nació en Buenos-Aires el 24 de Noviembre de 1794. Falleció en Montevideo el dia 24 de Enero de 1839.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.




AUG 14 1928